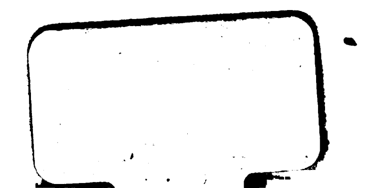
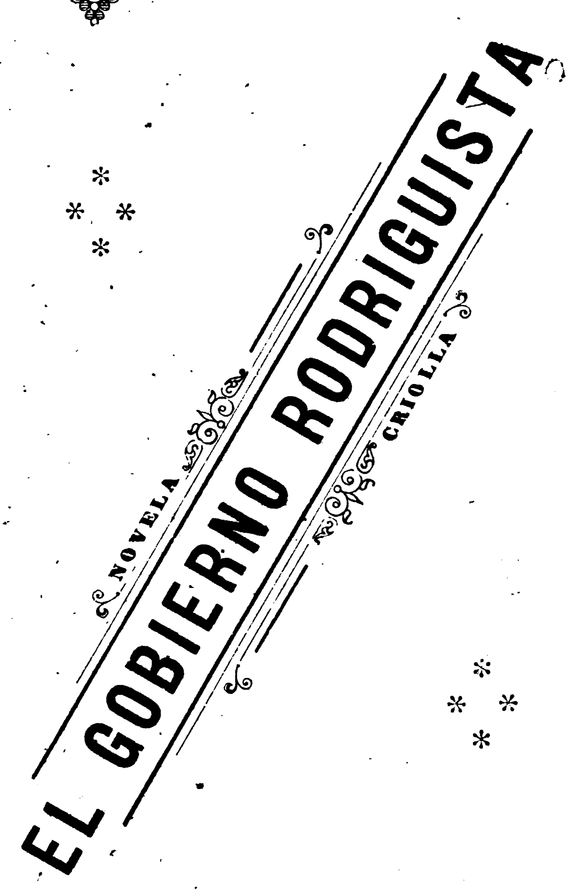


NUMAEL EZPER



ARNOLDO MOEN y Hno. — Editores

Florida 323 — Buenos Aires

1905

NUMAEL EZPER

EL GOBIERNO RODRIGUISTA

NOVELA CRIOLLA

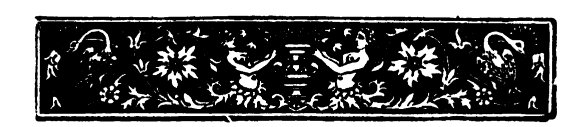


EDITORES: ARNOLDO MOEN Y HNO.

NUEVA LIBRERÍA EUROPEA — CALLE FLORIDA 323

BUENOS AIRES

1905



EL GOBIERNO RODRIGUISTA

I

El primer decreto

—¡Ira de Dios!—exclamó Rodrigón del Malezal, una vez que sus entusiastas apologistas lo dejaron á solas con sus partidarios—¡Si la cosa dura un poco más, salgo de la manifestación hecho pedazos!

—El entusiasmo ha sido indescriptible, inaudito, aplastador—apoyó Zoilo de la Silva.

—Ya lo creo; sobre todo, lo último. Si se trompeaban unos á otros para estrecharme la mano, abrazarme, cubrirme de besos y contemplarme como si fuera un Dios. ¡Asi me han dejado con los trompis que de rechazo he recibido! ¡Estoy, que no puedo más! ¿Qué dices á esto, Vitó?

Víctor de la Cueva contempló al gobernador electo con aire estúpido, de compasión, mejor dicho; pero no deseando aguarle el triunfo, apenas gustado, contestó:

—¿Qué quiere que diga, patrón? ¡Qué Ud. es tremendo, invencible, todopoderoso! De hoy en adelante, me guardaré muy bien de contrariarlo en lo más mínimo; porque si á Ud. se le pone en la cabeza ser Dios, lo será.

—No tanto, hombre, no tanto. Me basta con haber llegado á gobierno que era lo que más ardientemente deseaba, para bien de nuestro pueblo, tan digno de ser gobernado como la gente.

—En ésto, como en tantas otras cosas, todo está en empezar—reflexionó el comodoro Bolada.

—Cuando hay cónquivos, armas y muñeca—aclaró Dn. Rodrigón.

—Señor—interrumpió Fariña, que hasta entonces había permanecido callado, esperando que se acordaran de él—¿puedo celebrar el triunfo con una copita más?

—Con todas las que quieras, hombre, porque lo que es yo voy á acabar de celebrarlo con una dormida morrocotuda, que buena falta me hace, para amanecer fresco mañana. ¿El ejército está en su puesto?

—Y con el arma al brazo—contestó el capitán Pirrallo, en su calidad de ayudante del Gobernador.

—Entonces, ordena el toque de silencio.

Y el jefe de la revolución triunfante, por un lado, sus lugartenientes, por el otro, y los soldados, por el suyo, molidos como estaban todos del tranqueteo eleccionario, que acababa de dar la gobernación á aquél, se dejaron caer muertos de cansancio, en los lechos que unos á otros se habían preparado.

Nosotros, que para servir bien al curioso lector, hasta nos privamos muchas veces de rendir á Morfeo el debido

culto, vamos á aprovechar el tiempo destinado por los nuevos dueños de la situación política al descanso que sus cuerpos reclamaban, para dar una idea del paraje en que nos encontramos.

La casa que Redondo Parada había preparado para residencia de su vencedor, al rendirle un gobierno imaginario, para recuperar de algún modo la jefatura política que tan tontamente perdiera, al término de la estrafalaria lucha sostenida, en compañía del juez Pacotilla, del comisario Villanez y del pedáneo Machaca, con el revolucionario malezalero, ocupaba los alrededores del pintoresco pueblo correntino de Santa Lucía.

Rodeada de naranjos en flor por todas partes, ella tenía apariencias de todo, menos de casa de gobierno; pero Rodrigón del Malezal estaba demasiado engreído con sus triunfos, para detenerse en el examen de estos detalles, y no era de temer, por otra parte, que sus partidarios de fórmula se decidieran á sacarlo de la duda, si alguna hubiera tenido.

Asi es que lo que menos le llamó la atención fué la extraña fisonomía de su palacio de gobierno, verdadera aglomeración de piezas de ladrillo, malamente rebocadas, que se comunicaban entre sí, por intermedio de unas puertas interiores, no tan altas que no obligaran á bajar la cabeza, á quien tuviese que transponer sus umbrales.

La principal de estas piezas, como es de suponer, fué destinada por el urdidor de la tramoya que dió el bastón del mando á Rodrigón del Malezal, para despacho del Gobernador, y desde ella se dominaba, por amplio corredor que dividía las otras seis, en dos grupos de á tres, de cada lado, todo el edificio, que formaba una especie de

cuadrilátero abierto por el fondo, cuyo frente comprendía el despacho en cuestión, con su correspondiente antesala.

A la derecha de éste, estaban el Ministerio de Hacienda, la Oficina de Contabilidad y la Tesorería; á la izquierda, el Ministerio de Gobierno, el Registro Oficial y el Archivo, formando vis á vis unos con otros, en sus respectivas piezas. En los altos, existía un número igual de piezas, superpuestas sobre las descriptas, que formaban otros tantos dormitorios, á los cuales se ascendía por una escalera de caracol, común á todos. Del lado de afuera, pegadas á la Tesorería y al Archivo, habia otras dos piezas, con sus correspondientes cocinas, como para los ordenanzas que fuera necesario emplear, en el servicio de aquella extraña casa de gobierno.

Todos estos cuartos, como el lector supondrá, estaban amueblados de acuerdo con el destino que se les había dado, así es que creemos inútil entrar en mayores detalles, á su respecto.

Hacia el fondo de la quinta, cuyo perímetro no pasaba de unos mil metros cuadrados, había un gran galpón que fué ocupado, á guisa de cuartel, por los cincuenta hombres que entraron con el caudillo del Tucurú en la capital santaluciana, tomada por éste como de la Provincia; de modo que, en caso necesario, el ejército triunfante quedaba á la mano del gobernador surgido de la parodia eleccionaria ideada por el viejo Mendoval, al intervenir entre las fuerzas en lucha, para sacar á su amigo, el jefe político santaluciano, del atolladero en que se había metido.

Dicho esto, aun no creyéndolo indispensable, remitamos

al lector que nos lea por vez primera, á «La Revolución Malezalera» de la cual arranca «El Gobierno Rodriguista», por si desea aclarar en aquel libro algo que pueda parecerle obscuro en éste, y pasemos á otra cosa.

Amaneció. El sol de los trópicos lanzó el haz de sus rayos sobre la tierra, que humeó á su contacto, por inversa ley natural, como el rescoldo humedecido por el agua. Los naranjos, agobiados bajo el peso de sus múltiples racimos de azahares, esparcían su penetrante perfume por la feraz campiña, sahumándolo todo de emananaciones odoríferas. Los pájaros, revoloteando de rama en rama, como si un resorte vital movido por oculta fuerza los arrojara de un punto á otro, llenaban el ambiente con la ruidosa algarabía de sus trinos, gorjeos y silbidos. El Santa Lucía, acariciado por juguetona brisa contra el suave pelo de sus aguas, se quebraba en ondulantes círculos de espuma, sobre la lejana playa.

Por la falda de las lomas, dando alaridos de alegría salvaje, con sus instrumentos de trabajo al hombro, bajaban compactas las primeras columnas de peones; el suelo endurecido de las quintas gimió herido por la azada que penetró en su seno, despedazándolo sin piedad, al impulso de sus golpes; el pueblo santaluciano circuló por las calles de su ciudad, como la sangre de un cuerpo yacente vuelto á la vida, por sus arterias, y cual de la obscuridad brota la luz, en el crisol del crepúsculo, de la profunda quietud de una noche de campo, surgió, como por encanto, el bullicioso rumor de una mañana de trabajo.

Rodrigón del Malezal, arrancado de su profundo sueño por un rayo de sol furtivo que penetraba por una rendija de su dormitorio, dándole en plena faz, se arrojó de un

salto de su lecho; se vistió á la ligera, ayudado por Fariña, convertido en su edecán mayor, y enderezó al escritorio que le habían preparado, para regenerar al pueblo, redimido por su brazo.

Una vez allí, apoyó la cabeza en la siniestra mano y tomando la pluma con la derecha, se quedó largo rato con ella apoyada en el papel y la vista clavada en blanco. Las ideas voltejeaban en su cerebro, como un torbellino de hojas al soplo del viento, en reducido espacio; pero no se perfilaba ninguna que diera tiempo á sorprenderla, agarrarla y traerla, aunque fuera de las orejas, hasta los picos de la pluma para que ésta, obediente á la voluntad de su dueño, la volcase en signos inteligibles sobre el mudo pliego de papel que yacía bajo la mole de su puño, esperando que lo llenaran.

El gobernador electo pasó la otra mano por la frente, apretándola con todos sus dedos, como para sacarle algo, pero en el momento en que le pareció tener entre ellos lo que buscaba, se le escapó la idea como una mariposa de entre las uñas de un niño y el atribulado gobernante, echándose sobre el respaldo del sillón que ocupaba, con las manos cruzadas sobre el pecho, exclamó desconsolado:

—¡Pucha, digo! Con el rebenque en la mano he hecho prodigios, pero lo que es con la pluma.... ¡puedo ir á sembrar papas!

Sin embargo, el hombre estaba empeñado en que su primer decreto saliera de su caletre hecho de su puño y letra, y de ningún modo dispuesto á dejarse vencer por las invisibles huestes de aquella impotencia, que amenazaba dejarlo tendido sobre el campo intelectual de la batalla que libraba con sus ideas. Aprovechando, pues, un mo-

mento de borrosa lucidez, á cuyo fulgor se dejaron sorprender algunos pensamientos, empuñó nuevamente la rebelde pluma y la hizo marchar á rastras sobre el papel que crujió con ansia bajo el acicate de sus picos, hasta quedar completamente cubierto de garabatos que se apuntalaban unos á otros, en una orgía de empujones, como si no pudieran tenerse en pie.

Hecho esto, Dn. Rodrigón resolló como quien se quita un peso de encima; pidió á un edecán que le sirviera un mate y mientras éste iba y venía con el porongo que ce baba, aquél, borra de acá, intercala de allí, corrige de acullá, tan negro de enmiendas dejó el papel en que acababa de estampar sus ideas que, cuando quiso deletrear lo que había escrito, se encontró con un *batifondo* de palotes amontonados unos sobre otros, entre los cuales era tan difícil encontrar una palabra como una aguja en un pa jar.

—¡Lucas Gómez!—exclamó nuestro hombre, ante la imposibilidad de descifrar la charada de su propia hechura —¡Está visto que lo que me sobra *pa* la pelea, me falta *pa* la pluma! ¡Pateta!—gritó, después de un nuevo conato de lectura, dando un puñetazo en la mesa, que hizo saltar de la cama, escalera abajo, al gran vividor—¡A ver, hombre, tú que eres un talento, si me sacas de este apuro!

—¿De cuál?—indagó el célebre doctor, restregándose los ojos.

—De este maldito decreto que acabo de *redatar* y que de tanto que lo corregí, no puedo atinar con una palabra.

Y al decir esto, el caudillo convertido en gobierno, soltó la rienda á la carcajada que le estaba haciendo cosqui-

llas en la garganta. Pateta se rió á su vez de buena gana y tomando el papel que Dn. Rodrigón había llenado de garabatos, guiñó de una manera indescifrable.

—Pues lo que es yo—dijo—todavía lo entiendo menos.

El caudillo dió, entonces, al gran vividor los contornos de la idea que le llenaba el cerebro y éste, rechazando con un ademán de pausa, la pluma que aquél le brindaba, objetó:

—Ante todo, Excmo. Señor, es necesario averiguar si Ño Vitó y yo somos las personas indicadas para ocupar los ministerios con que se nos brinda y después, si ambos nos consideramos con fuerzas suficientes para salir airosos del sacrificio que exige de nosotros el señor Gobernador, porque no todo lo que relumbra es oro.

Rodrigón del Malezal abrió una cuarta de boca; pero al sentirse tratar de Excelencia, creyó que debía encarar el asunto con la seriedad que le daba su lugarteniente. En consecuencia, dijo:

—En ese caso, llame el ilustre doctor Pateta al bravo coronel Victor de la Cueva y conferenciaremos.

El futuro ministro llamó á su colega en proyecto y éste, por toda contestación á la oferta que le hizo el Gobernador de un ministerio, contestó que nada entendía de aquellas cosas.

—Basta que lo entienda yo—argumentó Rodrigón del Malezal.

—No -redarguyó Pateta—Si el gobierno de V. E. ha de ser lo que debe, un gobierno de opinión, es necesario que los ministros que hemos de acompañarlo, seamos conscientes de lo que hacemos.

—No se hizo para todos la bota de potro, patrón—dijo Ño Vitó, por decir algo—Estas cosas hay que reflexionarlas mucho...

—El sacrificio que se nos exige es grande—apoyó Pateta.

Dn. Rodrigón, admirado en grado sumo de lo que oía, olvidó las buenas formas con que se había propuesto ventilar el asunto, y estalló:

—¡Cómo! ¿Llamáis sacrificio á la canongía de trescientos pesos mensuales que os propongo? ¿Acaso os habéis visto alguna vez en otra tan gorda, en vuestra perra vida?

Pateta que, á pesar de lo dicho, de ningún modo quería desperdiciar la bolada de figurar en el gobierno de Dn. Rodrigón, aunque éste fuera imaginario, temiendo que la ocasión de hacer su agosto se le escapara de las manos, dijo, por fin, que si el coronel de la Cueva aceptaba, él, por su parte, estaba también dispuesto al sacrificio.

Y como Ño Vitó se encogiera ingenuamente de hombros, dijo el Gobernador, sin poder disimular el fastidio que sentía:

—Me parece que os estáis haciendo los muertos para que os entierren vivos. En resumen ¿aceptáis ó no las carteras que os ofrezco? Porque si vosotros no las queréis, se las voy á brindar á Fariña y Bolada.

Pateta guiñó, Ño Vitó se santiguó y el caudillo terminó:

—¡Vamos! Extiende el nombramiento de ministro de Gobierno para tí y el de Hacienda para Víctor, precediéndolos con el preámbulo cuya idea te expuse, aderezado del modo que tú sabes hacerlo, cuando quieres ¡Pronto, que el tiempo es oro!

Zoilo de la Silva tomó entonces la pluma y redactó el documento, que leído, rectificado, discutido y aprobado quedó, por fin, así:

«Habiendo cesado en el ejercicio de su mandato el ignominioso gobierno que vilipendiaba á la Provincia, ante propios y extraños, y siendo necesario proceder á la organización de los poderes públicos que los coimeros, paniaguados, corifeos y demás acólitos de la situación caída dejaron abandonados á su suerte, al término de la sangrienta revolución que dió con todos en tierra, el nuevo Gobernador de la Provincia, en uso de las facultades que el pueblo soberano le ha conferido,

DECRETA:

Art. 1.° Nómbrase Ministro Secretario de Estado, en el ramo de Gobierno, al eminente ciudadano, doctor Zoilo de la Silva, y, en el de Hacienda, al no menos eminente patricio coronel Víctor de la Cueva.

Art. 2.° Fíjase el día de hoy, á las dos de la tarde, para que los beneméritos ciudadanos designados para el honroso cargo de Ministros, presten el juramento que la ley ordena.

Art. 3.° A falta de un escribano de gobierno que refrende este decreto, lo hará por él mi edecán, el mayor Antonio Fariña, á quien invisto de las atribuciones necesarias para el caso.

Art. 4.° Dése al Registro Oficial, publíquese en los diarios y pásese al Archivo, por lo que ocurriere.

RODRIGÓN DEL MALEZAL,
Antonio Fariña.



II

Medidas á tomarse

Designado el ministerio, lo que más urgía al nuevo gobierno era dotar á los distintos departamentos de la Provincia de jefes que respondieran á su política; pero, llegado el momento de pensar en ésto, encontróse Dn. Rodrigón con que no tenía, entre sus partidarios, ni media docena de hombres que reunieran las condiciones indispensables para semejante puesto.

—¡Caráfito!—exclamó.—¿Y de dónde saco yo ahora gente bastante para tanta jefatura?

Un nuevo remolino de ideas voltejeó en su cerebro, con la pesadez de una nube de tamo removida por el viento, sin que durante la larga hora que se mantuvo engolfado en tan afligente meditación, encontrara la clave que lo llevase al término del problema que intentaba resolver. El hombre pasó en minuciosa revista los vecinos de su estancia, sus viejos compradores de hacienda, cuantos le habían acompañado en su campaña revolucionaria;

pero, por más vueltas que daba al magín, no descubría á nadie capaz de sacarlo del apuro, de cuyas redes era presa.

—¡Esto, sí, que no estaba en mis libros! —repitió desalentado, para agregar luego, tranquilándose á sí mismo. —Pero... vamos por partes.

Y, deseando ante todo recibirse en forma de la casa de gobierno caída en su poder, invitó á sus ministros á efectuar con él un prolijo examen de sus distintas reparticiones.

—Esto —dijo paseando lentamente la vista por su despacho—está un poco abandonado; pero la cosa se explica por el *jabón* en que debe haber vivído mi ex-colega, en sus últimos días de gobierno. Lo que me parece es que ha arreado con todo cuanto pudiera comprometerle; pues, hasta este momento, no he encontrado en todos los cajones de mi escritorio, más que pedazos de diarios. Pero, ahora que me acuerdo—agregó, buscando algo que no hallaba—¿y los sellos de la gobernación? ¡Ah, qué pícaro! ¡Se los ha llevado todos consigo!

—*Pueda* que estén en mi despacho, Excmo. Señor—dijo Pateta.

—O en el mío, patrón.

—Excmo. Señor, si te place—corrigió Dn. Rodrigón.—Acuérdese el coronel de la Cueva de que no está hablando con el estanciero del Tucurú, sino con el gobernador de la Provincia.

—Ño Vitó se mordió el labio; pero, reponiéndose en seguida, expuso, con cierta gravedad:

—Está bien, pa... digo Excmo. Señor. Es esta caracha de costumbre que no puedo olvidar.

—Pues aquí tampoco están los sellos interrumpió el doctor Pateta, guiñando á Ño Vitó.—Y lo único que encuentro en los cajones de mi escritorio, son papeles de diarios.

—¡Qué canallas!—exclamó Rodrigón del Malezal—Todo se lo han llevado! Veamos en el ministerio del coronel.... ¿Tampoco? ¡Ah! ¡Son de lo último! ¡Y los cajones están también llenos de diarios! Pero... ¡esto es una burla sangrienta! ¡Ah! Yo les arreglaré las cuentas, en cuanto normalice todo esto! Y en la caja ¿habrán dejado algo?....

—Veámoslo—dijo Pateta, pasando á esta oficina y abriendo el pequeño cofre que había en uno de sus rincones, para, agregar después de prolijo examen, en el cual el gran vividor puso sus cinco sentidos—¡Ni fósforos, Excmo. Señor!

—¡Cómo! ¿Ni un centavo? ¿Qué han hecho entonces de la plata del pueblo? ¿Se la han robado toda? ¡Esto no tiene perdón de Dios! ¡Yo no paso por esto! ¡Ladrones, raspas, coimeros! Y debajo de estas carpetas ¿qué hay?...

—Papeles de diario, patrón... ¡caracha!... digo Excmo. Señor.

Dn. Rodrigón miró á su ministro con fruncido ceño; pero absorbido por la revisación que hacía se le fué de la idea el reproche formulado *in péctore* y exclamó:

—¿Papeles de diario otra vez? ¡Ah! ¡Esto es inícuo, es infame, es el colmo de la sinvergüenza, es un robo manifiesto, que voy á punir con una azotaina ejemplar! Pasemos á la contaduría. A ver los libros....

—¿Qué libros?—indagó Pateta, no descubriendo ninguno, en todo el espacio ocupado por la pieza en cuestión.

—¡Los libros de contabilidad, amigo! Porque debe su-

ponerse que no es en novelas donde habrán llevado los apuntes de sus trapisondas, estos sátrapos que Dios confunda.

—Pues... no veo ninguno.

—Entonces ¿qué hay, caráfito?—exclamó, indignado, el gobernador de la Provincia.

— Papeles de diario, Excmo. patrón.

—¡Excmo. Señor, amigo! ¡Pucha, que *sos* duro de boca!

—¡Caracha, patrón, digo, Excmo. Señor, deje que se me ablande la lengua, antes de retarme tanto!

Dn. Rodrigón, á pesar de la ira que le causaba el verdadero despojo hecho por su antecesor de todo cuanto debía haber en la casa de gobierno, sonrió ante la exclamación de Ño Vitó; pero, á la vista de lo que ocurría, se le fué la rienda de los labios y sin atender los consejos con que trataban de carmarlo sus ministros, se puso á gritar, como un energúmeno:

—¡Raspas, coimeros, estafadores públicos, ladrones de caminos, detentadores de bienes ajenos, prepárense á rendir cuentas de sus actos á la justicia! Mayor Fariña, —agregó, llamando á éste, que andaba sirviendo mates detrás de todos—apersónese Ud. inmediatamente al comodoro Bolada, y dígale de mi parte que prepare la escuadra, para salir hoy mismo, en busca de los desterrados de ayer.

—Cálmese V. E.—dijo Pateta, conteniendo á Fariña con un signo—A la fecha, los causantes del desbarajuste...

—Del despojo, de la ratería, del robo, dirás mejor — interrumpió el Gobernador, fuera de sí.

—Sea del robo, con que nos encontramos: deben estar

lejos. Además, lo que ahora nos pasa á nosotros, es lo que sucede siempre que un gobierno cae derribado por una revolución.

—¿Cómo?—indagó el caudillo malezalero, ingenuamente—¿Sucede lo mismo en otros casos como éste?

—Es claro, Exmo. Señor patrón; en todas partes se cuecen estas calderadas de habas.

—¿Quién lo ignora?—corroboró Pateta, apoyando á Ño Vitó—A mi modo de ver, debemos darnos por bien servidos con que nos hayan dejado los muebles y la casa.

—¡Hombre, por favor! ¿Dónde has visto tú que los gobiernos caídos se lleven consigo hasta la casa?

El ministro de Gobierno comprendió que se había pasado á la otra alforja; pero como ya era tarde para retroceder, á fin de no pasar por mentiroso, insistió en que, cuando se trataba de casas de madera, iba en más de una vez que tal cosa había sucedido.

—Pues, bien—dijo el caudillo, sarenándose aparentemente—si eso ha sucedido en alguna parte, no quiere decir que deba suceder, y por lo tanto yo, en uso de las facultades que la constitución me acuerda, resuelvo castigar con la pena de muerte á los ladrones públicos que en tal estado han dejado la hacienda común. Insisto, pues, en que el comodoro Bolada salga inmediatamente en su busca, con la escuadra y el ejército, si es necesario, porque quiero que esos bandidos sean pasados por las armas, antes que se prescriban las tremendas responsabilidades en que han incurrido.

—Yo opino...—dijo el ministro de Hacienda.

—¡Ni una palabra más!—impuso el Gobernador, dirigiéndose á su despacho—¡Que se cumplan mis ór-

denes, por el ministerio que corresponda, y á otra cosa!

Ño Vitó, Pateta y hasta Fariña se quedaron mirando largo rato, sin saber que pensar ni que resolver, sobre tan importante asunto, y así hubieran estado hasta la noche, por lo menos, si Redondo Parada, entrando en aquellos momentos con varios amigos á la cola, no hubiese venido á sacarlos de su abstracción.

—¿Está el Gobernador?—preguntó el jefe político santaluciano.

—Sí, está—expuso Zoilo de la Silva—pero no le aconsejamos que lo vea, en estos momentos.

—¿Por qué?

—Porque está furioso con el estado en que encontró la casa.

—¿Y Uds. no han hecho nada por calmarlo?

—Sí—contestó Ño Vitó—pero todo ha sido inútil.

—Le digo que está furioso—adujo Pateta.

—¡Furiosísimo!—terció Fariña,; brindado un mate al jefe político de Santa Lucía, que lo rechazó, diciendo:

—¡Bah! ¡Porqué Uds. son unos imbéciles, que no sirven para nada! ¡Ya verán Uds. como lo calmo yo, con una pasada de mano por el lomo! Anúncienme ahora mismo, con estos adherentes á la nueva situación política, que buena falta le hacen.

Y como los ministros de Dn. Rodrigón vacilaran, Redondo Parada, con el desparpajo que lo distinguía, agregó:

—¡Vamos! ¡Pronto! Si no quieren que los meta en el cepo por el resto del día, para que aprendan á cumplir con su deber ¡farsantes de porra! ¿Cómo? ¿No se mueven Uds?—agregó, furioso, ante el agachamiento de orejas ministerial—¡Ahora verán lo que les espera!

Y pasando sobre Fariña, que al verse despreciado, en su calidad de edecán-ordenanza, se retirara á guardar la entrada del despacho gubernamental, penetró resueltamente en éste, seguido de sus amigos, cuadrándose con toda la desfachatez, delante de su adversario de otros tiempos.

—Querido Gobernador—dijo, una vez en su presencia —tengo el agrado de presentarle á estos cuatro colegas, que desean hacer acto de adhesión á su política.

El caudillo malezalero levantó la cabeza del pliego de papel, en que redactaba una protesta del estado en que encontrara la casa de gobierno; frunció el entrecejo, que ya tenía arrugado, hasta juntar ambas cejas sobre los ojos, como si fueran una sola, y midiendo al grupo que presidía Redondo Parada, con una mirada de odio mal reprimido, dijo:

—¿Sí?... ¡Muy bien! Pero si los adherentes que Ud. me trae han tenido el menor contacto con la situación caída, advierto al señor jefe político que no los admitiré en el seno de mi partido, sin que antes me contesten, con Ud., á las siguientes preguntas:—¿Qué se han hecho los sellos de la gobernación? ¿A dónde ha ido á parar el dinero que había en caja? ¿En qué libro se ha llevado la contabilidad de los impuestos cobrados? ¿En dónde están los recibos de las cuentas pagadas?

Y al decir esto, el ex contrario de Sotero Redondo adquirió un aire tan sombrío que éste, tomando su rostro por un cielo cargado de nubes, próximo á estallar, sintió que la lengua se le pegaba en la boca y se achicó como un chiquillo travieso, ante el descubridor de sus diabluras.

—Pero ¿cómo?—exclamó, después de un rato de aturdimiento, en que estuvo buscando en su cerebro la mejor manera de salir del paso—¿No han dejado nada de eso?

—No, señor. Me han dejado la casa, pelada como la palma de la mano.

—¡Qué bárbaros! - dijo Redondo Parada, por decir algo.

—Bárbaros, no. Bandidos consuetudinarios, ladrones de caminos, estafadores públicos, á quienes voy á hacer purgar su delito con la pena capital, aplicada á rebencazos, para mayor ignominia de todos.

—¡Lo merecen!—exclamaron los amigos del jefe político santaluciano, viendo que éste se quedaba alelado, ante la enérgica amenaza del Gobernador.

—Y Ud.—terminó éste, dirigiéndose á aquél — va á ser el encargado de cumplirla, para demostrar que su regeneración no es una farsa; porque si lo fuera, ya puede ir preparando aquello que sabemos, para recibirlos por ellos y por Ud.

—¿Yo?—interrogó Parada, poniéndose pálido de ira, vergüenza y miedo, á un tiempo.

—¡Ud., sí! Porque Ud., á la par de ellos, ha de ser el causante de la sangrienta burla de que me han hecho víctima, entregándome una casa saqueada que tiene visos de todo, menos de palacio de gobierno.

Y el Gobernador, roto ya el dique del comedimiento, con que inútilmente se había propuesto detener el raudal de rabia que rugía en su garganta, se deshizo en una de improperios é insultos que quien sabe en que hubiese parado, si, en lo más fragoroso de la tormenta, no se hubiera

introducido en el despacho gubernativo la simpática personalidad de Mendoval, que tanto podía sobre aquél.

El caudillo de verdad, adivinando algo de lo que pasaba, por lo que desde afuera había logrado oir y saber, inducido por Pateta, Ño Vitó y Fariña, enderezó hasta el Gobernador, hízole un saludo ceremonioso y, tratando de contrarrestar la tormenta cernida sobre la cabeza de sus amigos, expuso:

—He tenido conocimiento, Exmo. Señor, del bárbaro saqueo perpetrado en este palacio de gobierno y á fin de calmar las justas iras de V. E., poniendo las cosas en su lugar, solicito una audiencia de pocos momentos, que espero no me negará el ilustre vencedor del Buey Rabón, á quien presento mis respetos.

El gobernante electo dibujó en su rostro una sonrisa, que no acabó de despejar su mirada de la nube que la obscurecía; pero, como Mendoval le inspiraba toda la confianza imaginable, accedió de buena gana á lo que de él se solicitaba.

En consecuencia, Redondo Parada, retirándose con sus amigos, dejó de buen grado solo al caudillo de verdad con el de comedia.

—Sí, mi querido Gobernador—dijo Mendoval, entonces, tomando el asiento que le brindaba Dn. Rodrigón.—Sé que le han dejado la casa como plato de dulce ofrecido á muchacho hambriento; pero créame que de esto nadie tiene la culpa, sino el propio ex-Gobernador que, aquí internos, es un cuatrero conocido. A la fecha, el pobre hombre debe haberse pasado ya con sus ministros, á los indios del Chaco, entre los cuales estarán todos como en casa propia. ¿Qué va á ganar V. E. y sobre todo la Pro-

vincia, con perder el precioso tiempo que se necesita para normalizar todo ésto, en castigar á unos bandidos que llevan en el pecado la penitencia? Sería hacerles mucho honor. Y, además, un escándalo que nos pondría como trapo de cocina ante el pueblo, ante la nación, ante el extranjero, que tienen los ojos clavados en V. E., esperando regeneración, no venganzas.

—¿Entonces, hemos de dejar que esos crápulas gocen tranquilamente del producto de sus coimas, de sus robos manifiestos, sin que caiga sobre sus cabezas la espada de la ley?

—Demasiado castigo tienen con las ignominiosas derrotas que V. E. les ha infligido. Ahora, lo que corresponde es echar tierra sobre lo pasado, sembrar en el presente y recoger los frutos del porvenir, dejando que el desprecio público complete el castigo, cayendo sobre las espaldas que hayan escapado ilesas del glorioso rebenque de V. E.

Rodrigón del Malezal había asentido con vagas inclinaciones de cabeza, á muchos de los consejos que le daba el viejo Mendoval; pero, si hemos de decir la verdad, en tesis general, estaba lejos de su agrado el extraño temperamento que éste le inducía á poner en práctica. Sin embargo, no deseando desahuciar por completo á su consejero, por lo que le debía y de él esperaba, contestó con política condescendencia:

—Lo que Ud. me dice, querido señor Mendoval, es muy humano; pero no se ajusta á los severos principios de austeridad, con que la ley me obliga á proceder. Todo, pues, cuanto por el momento puedo asegurar á Ud., es que consultaré el caso con mis ministros y que tendré

muy en cuenta sus clementes indicaciones, que estimo en lo que valen.

Mendoval se dió por satisfecho con esta promesa, y se despidió para retirarse; pero, interesado como estaba en conocer mejor la opinión del Gobernador, sobre los consejos que le había dado, preguntó aún:

—¿Y cuándo piensa V. E. presidir su primer consejo de ministros?

—Ahora no más, en cuanto hayamos almorzado y éstos presten el juramento de ley, que está fijado para las dos de la tarde.

—Entonces, volveré á esa hora, con algunos amigos para presenciar la ceremonia, que supongo será imponente, como corresponde á un gobierno recibido del poder, en tan extraordinarias circunstancias.

Y Mendoval se retiró, sonriendo disimuladamente.





III.

Provisión de puestos

Apenas sonó la hora designada para que los ministros prestaran el juramento de ley, los invitados á presenciar la ceremonia se derramaron por los corredores de la casa de gobierno; el ejército y la marina, al mando de Demetrio Bolada, evolucionaron en el fondo de la quinta; el himno del Tucurú alegró el aire, con sus notas; Rodrigón del Malezal ocupó la poltrona gubernativa y haciendo colocar á Victor de la Cueva y Zoilo de la Silva la mano abierta sobre la cruz que formaba su rebenque con el arreador de Fariña, preguntó:

—¿Juráis por vuestro honor y vuestras creencias desempeñar el cargo con que os he honrado, con la lealtad que espero de vosotros?

—¡Juramos!—dijeron Pateta y Ño Vitó, entre sonrientes y emocionados.

El flamante gobernador, satisfecho con esta contestación tosió ahuecadamente y dijo, á su vez, con la solemnidad, que el caso requería:

—Si asi lo hiciéreis, la patria os lo premiará y sino os lo demandará.

Una salva de aplausos cubrió las últimas palabras de vencedor del Rancho Ensebado; la banda maltzalera dejó oir nuevamente sus notas, el ejército desfiló por delante de todos y los concurrentes á la solemne ceremonia se abalanzaron á los ministros juramentados, acosándolos á felicitaciones de todo género.

Dn. Rodrigón invitó á unos y otros á consumar el acto con una copa de espumante moscato, á falta de champaña, y llenado este requisito, se encerró con los ministros en su despacho, afanoso de celebrar con ellos su primer acuerdo.

—¡Bueno!—dijo—Ahora que cada ministerio tiene su cabeza visible, hay que pensar en proveer los demás puestos vacantes, con un personal de toda nuestra confianza. En consecuencia, dando principio á tan delicada tarea, propongo al capitán Pirrallo para contador general.

—Apoyado—indicó Pateta.

Ño Vitó sonrióse tristemente y dijo, meneando la cabeza:

—Pero ¿qué cuenta quiere Ud. que rinda de tan complicado cometido, Exmo. Señor patrón, un infeliz como Pirrallo?

—¿Infeliz? Sepa el coronel de la Cueva que el capitán Pirrallo no sabe contar sólamente por los dedos. Ha sido dependiente de una casa de negocio, encargado de una estancia y es, por lo tanto, más versado en contabilidad de lo que se imagina el señor ministro de Hacienda. Y sobre todo, para sacarlo de apuros, aquí está nuestro

amigo y correligionario, el talentoso doctor Pateta, ministro de Gobierno.

—Cierto—dijo éste, guiñando á Ño Vitó—¡Adelante, pues!

—El cargo de tesorero—continuó Dn. Rodrigón—lo desempeñará el teniente Minguicho, que ha sido, en otros tiempos, cobrador de Pedrín, según me han asegurado.

—Y el de escribano de gobierno—indagó Ño Vitó, con la evidente intención de desconcertar al Gobernador—¿á quién piensa V E. confiárselo?

—El de escribano de gobierno.... ¡hombre! ¿Sabes que esto es un poco más difícil de proveer?

Y Dn. Rodrigón se enredó en una serie de meditaciones que le hicieron perder la serenidad de que estaba haciendo alarde; pero, reponiéndose en seguida, dijo, gritando de modo que se le oyera:

—Mayor Fariña, diga Ud. al alferez Barbecho que concurra inmediatamente á mi presencia.

Cuando éste se hubo presentado ante el Gobernador, el coronel de la Cueva le preguntó con sorna:

—¿Te animarías á dar fé por escrito de todos nuestros actos?

Barbecho bajó los ojos, se puso á dar vueltas al sombrero, entre los dedos, y preguntó, por vía de aclaración, á su vez:

—¡A dar qué?...

—¡Fé, animal!—exclamó Dn. Rodrigón, indignado por la ignorancia de su partidario.

—Yo no sé, patrón....

—Exmo. Señor ¡bruto!

—Más vale que lo nombremos jefe del archivo, reser-

vando el cargo de escribano mayor para el comodoro Bolada—intercedió Pateta, indicando á Barbecho que podía retirarse.

—¿Y la armada y el ejército cuyo mando pensaba confiarle en jefe, con el nombre de general-comodoro ó vice-versa?

—El ejército y la armada habrá que licenciarlos.

—Sí, pero ¡de aquí á allá!

—Entonces, nombrémoslo al mayor Fariña.

—¿Fariña? ¿Y quién me sirve de edecán?

El caso se presentaba realmente difícil. Dar la escribanía de gobierno á Fariña, era suprimir su edecán al Gobernador; dársela á Bolada, era dejar sin cabeza al ejército y la marina y dársela á Barbecho, que firmaba con una cruz, era exponerse á la más justa de las rechiflas.

Dn. Rodrigón se echó á pensar sobre tan intrincado caso y de pensamiento en pensamiento, de cálculo en cálculo, se enredó en tales combinaciones númericas, que, cansado de sumar, restar, multiplicar y dividir sus partidarios, encontrándose siempre con la falta de uno para el cargo de escribano de gobierno, concluyó por delegar en sus ministros la facultad de resolver tan arduo problema, si podían.

El doctor Pateta dijo, entonces:

—Nombremos á Barbecho jefe del archivo y á Fariña, escribano de gobierno, que es lo mejor que podremos hacer para salir del paso.

—¡Apoyado!—exclamó Víctor de la Cueva, por su lado.

—¿Y yo voy á quedar, entonces, sin edecán?—expuso el Gobernador.

—Para ese puesto, que no reune mayor importancia,—

objetó Pateta—tome V. E. á uno de los soldados más competentes del ejército ó de la armada.

—¡No! Yo debo la vida al mayor Fariña, y por lo tanto, el será mi edecán *ad vitam*. Ya que el alférez Barbecho no se cree competente para desempeñar la escríbanía de gobierno, lo nombraremos jefe del archivo, dejando vacante el cargo de escribano de gobierno, hasta nuevo aviso.

—Es que no podremos hacer nada, sin un escribano ú oficial primero que legalice nuestros actos—insistió Pateta.

Dn. Rodrigón, ante esta dificultad, que no veía como vencer, empezó á sudar pez. No ignoraba él, que para salir de semejante atolladero, no necesitaba más que dirigirse á Mendoval, á Redondo Parada ó á cualquiera otra entidad del gobierno caído de las muchas que deseaban embanderarse en su política; pero era esto precisamente lo que de ningún modo deseaba hacer, para no verse en el doloroso caso de demostrar á sus enemigos de ayer, la indigencia en que se hallaba de personas competente para cubrir los más elementales puestos de su gobierno.

Fué en estos momentos que, como llovido del cielo cayó por allí Pancho Guapo, aquél muchacho que el lector de la «Revolución Malezalera» habrá conocido al frente de la jefatura de San Miguel, como oficial primero de la misma, en ausencia del titular, cuando Rodrigón del Malezal, á la cabeza de su ejército, invadió aquel departamento y tomó su capital.

El caudillo malezalero, al verlo, estalló de júbilo; pues también recordará el lector que Pancho Guapo, una vez en conocimiento de quien era su vencedor, se manifestó

muy simpático á su política. En consecuencia, aquél se levantó de su asiento y acercándose á éste, que avanzaba con cierto encogimiento, con los brazos abiertos, dijo:

—¡Sorpresa encantadora! ¿Vos por aquí?

—Así es, mi Gobernador. Después de aquel encuentro desgraciado que tuve con las fuerzas de V. E., el Gobierno, basándose en que me había pasado á la revolución, me echó á la calle sin miramientos de ninguna clase, y como mi vieja tiene una chacrita cerca de aquí, en donde ahora vivimos, no he podido resistir al deseo de hacer acto de presencia, en la proclamación de su triunfo electoral.

—¿Conque aquellos sotretas te echaron á la calle, por que simpatizaste conmigo? Pues, hijo, no te aflijas por el honor que te han hecho, porque si tu pase á mi causa es sincero, tengo puesto para tí.

Pancho Guapo inclinó la cabeza, en señal de aceptación.

—De buena gana te daría un ministerio; pero, como ya tengo esos puestos provistos con estos mis leales servidores, te reservo la escribanía de gobierno. ¿Te animas á desempeñarla?

—¡Cómo no, Exmo Señor!

El vencedor del Culantro, por toda contestación, abrazó á Pancho Guapo y el decreto correspondiente á todos estos nombramientos, fué redactado por el ministro Pateta, en la siguiente forma:

«Con el objeto de remediar el desbarajuste en que ha quedado la casa de gobierno, determinando el personal que ha de llevar sobre las espaldas la pesada carga de

su administración, el Gobernador de la Provincia, en acuerdo de Ministros,

DECRETA:

Art. 1º Nómbrase contador general, al meritorio capitán Eneene Pirrallo; tesorero-pagador, al bravo teniente Domingo Minguicho; escribano de gobierno, al ilustre ciudadano Pancho Guapo; jefe del archivo, al hábil alférez Bernardo Barbecho; edecán perpetuo del Exmo Señor Gobernador, al intrépido mayor Antonio Fariña, y ordenanzas generales, en calidad de ayudantes del mismo, á los sargentos Manuel Baqueta y Jacinto Corrales

Art. 2º Dése á todos estos empleados posesión de su puesto, por el ministerio que corresponda, con el sueldo mensual que oportunamente se fijará y á fin de reanudar inmediatamente la marcha de los negocios públicos, provéase por el ministerio de Hacienda, á cada uno de ellos, de los libros, útiles y demás objetos indispensables.

Art. 3º Comuníquese, publíquese y dése al Registro Provincial.

—¡Muy bien!—esclamó el Gobernador, una vez terminada la lectura del documento, indicando disimuladamente á Pancho Guapo, con un saludo, que debía dejarlo solo con sus ministros. Ahora, pasemos á lo más grave, que es el nombramiento de jefes políticos.

Ño Vító y Pateta, que estaban aleccionados sobre este particular por Mendoval y Parada, cambiaron un signo de inteligencia, como diciendo ésta es la nuestra, mientras que Rodrigón del Malezal, empeñado en no pedir á nadie limosnas de partidarios, se quedó largo rato engolfado en profunda meditación.

A fin de ganar tiempo, sin revelar su indigencia de elementos, dijo:

—Como esto gira por el ministerio de Gobierno, me gustaría saber si el doctor Pateta tiene candidatos propios para los puestos en cuestión.

—Candidatos para tales prebendas, no han de faltar, Exmo Señor; pero desde que la nueva situación ha sido recibida con los brazos abiertos por los elementos de la extinta al impulso de la ola popular, sería acto de buena política, dejar las cosas como están.

—¿Confirmar en sus puestos á los sotretas que hemos derrotado ignominiosamente? Eso.... ¡nunca!

—¡Caracha, patrón, digo, Exmo Señor!—argumentó Ño Vitó—¿Y porqué? ¿No se han adherido todos á nuestra política?

El mayor Fariña entró, en este momento, con una bandeja de cartas y telegramas para el Gobernador.

—He dicho que no quiero saber nada con los coimeros, sátrapas y demás secuaces de la situación caída—dijo Dn. Rodrigón, tomando la bandeja que le brindaba su edecán. —Y ¿ésto que es?—agregó, rasgando varios sobres, cuyo contenido puso ante Pateta, para que lo leyese—¿Adhesiones? ¡Vea si serán logreros! ¡A la basura, con todo eso!

—Perdón, Exmo Señor, pero ...

—¡No hay pero que valga! ¡A buscar candidatos dentro de nuestro partido y á nombrarlos jefes políticos!

—Eso está muy bien dicho, señor patrón excelentisimo, pero ¿de *ande* vamos á sacar gente para tanto puesto?

—Eso lo dirá el señor ministro de Gobierno, que es á quien corresponde suplirla.

—¿A mí?—indagó Pateta, con cierta extrañeza.

—A Ud., sí, señor. ¿Para que lo he nombrado, entonces, ministro de Gobierno?—exclamó Dn. Rodrigón, midiendo á su lugarteniente con torva mirada -Si el señor ministro no es el hombre que necesito para el puesto, lo siento mucho, pero....

Pateta, ante la amenaza de perder la pitanza en perspectiva, se apresuró á contestar:

—Exmo. Señor, yo, dentro de nuestro partido, podría encontrar uno, dos, tres, tal vez media docena de jefes políticos, pero no veinte y cinco.

—¡Caráfito!—exclamó Dn. Rodrigón, dejándose caer desalentado en el sillón que ocupaba—¿Tantos necesitamos?

—¡Ni uno menos! -confirmó al ministro de Hacienda— Y no vamos á llegar á ese número, por mucho que paremos el rodeo.

Dn. Rodrigón se dió media vuelta del otro lado de la poltrona, apretándose la cabeza con ambas manos, como si quisiera evitar que le estallase. Las ideas empezaron un nuevo voltejeo dentro de su cráneo, ofuscándolo por completo, á semejanza de esas nubes de verano que entoldan el cielo, obscureciendo el sol que lo ilumina. Aquel ceño que hacía temblar á sus partidarios adquirió un tinte sombrío, indescriptible, y cual si la tempestad estuviera próxima, rodaron por su rostro gruesas y ardientes gotas de sudor.

Tanto Pateta como Ño Vitó, sabían que el caudillo malezalero, aislado y solo como había vivido siempre, no era capaz de reunir, entre todos sus conocidos, ni media docena de hombres, aptos para regir los destinos de

los veinte y cinco departamentos, que la revolución malezalera había puesto bajo su imaginaria autoridad.

—Entonces, ¿qué dicen Uds?.—preguntó á sus ministros.

—Yo, por mi parte, no tengo ningún candidato—agregó Ño Vitó.

—Yo delego esa facultad en el señor Gobernador—dijo, á su vez, Pateta—A no ser que confirmemos en sus puestos á los caídos......

—He dicho que no, y, por lo tanto, estoy en acuerdo permanente de ministros. Nadie saldrá de aquí, sin que encontremos los jefes políticos que necesitamos, para salir del paso.

Fariña volvió á entrar, en este momento, con otra tanda de adhesiones y el Gobernador, echando chispas por los ojos, volvió á decirle que arrojara todo aquello á la basura, entre las guiñadas de Pateta y Ño Vitó, que se contemplaban mudos de asombro, al amparo de cuyo silencio, siguió el célebre caudillo devarándose los sesos, en busca de jefes políticos, dentro de un partido que sólo existía en su calenturienta imaginación.

En tan ardua tarea, recorriendo con vaga mirada las paredes de su despacho, sintió nuestro hombre desfilar por las concavidades de su mente, vecinos, troperos, apologistas, todas cuantas personas conocía; pero, por más vueltas que les daba en el magín, llegaba á una, dos, tres, hasta cuatro que no lo dejaran en ridículo, al frente de un puesto tan delicado como una jefatura política.

—Esto tiene que quedar resuelto hoy—dijo á sus ministros, haciendo encender una lámpara por su edecán, pues empezaba á anochecer.—A Pedrín se le confiará la

jefatura de Mercedes; á Sortiglia, la de Curuzú-Cuatiá; á Patamora, la de Esquina; á Batistín, la de Goya.

—¡Oh Exmo. Señor!—exclamó Pateta, con la mayor sinceridad de su vida—Batistín es un analfabeto; Patamora, un bandido impenitente; Sortiglia, italiano y Pedrín, vasco.

—¡Es verdad, caráfito! Entonces ¿qué hacemos?

—Confirmar á los viejos, patrón.

—¡Exmo. Señor, bruto!

—Perdón—dijo Ño Vitó, con cómica gravedad—Pero no olvide el señor Gobernador que no está hablando con el capataz del Tucurú, sino con el ministro de Hacienda.

Rodrigón del Malezal sonrió. La salida de su ex capataz, que era una excelente devolución de pelota, le hizo gracia; pero, en presencia de la dificultad que inútilmente trataba de vencer, aquel momento de buen humor pasó por su rostro, como un relámpago por el espacio. Y la nube que lo cubría se condensó sobre él, hasta obscurecerlo por completo.

—La cena está en la mesa—dijo en aquel instante Fariña—Y los concurrentes al juramento esperan al señor Gobernador para despedirlo.

—Diga Ud. á todos que estoy en consejo permanente de ministros; que por este motivo, no estoy visible para nadie. En cuanto á la cena, coman Udes., si quieren; porque nosotros no saldremos de aquí, hasta no resolver el asunto que traemos entre manos.

—Caracha, patrón, digo, Exmo. Señor, yo tengo hambre.

Pateta, para no ser tan claro, bostezó ruidosamente.

—Así debe ser, á juzgar por la boca que abre tu cole-

ga—dijo Dn. Rodrigón, sarcásticamente—Pero, para que ninguno se queje, nos pondremos todos á pan y agua.

Pateta, que ya no veía de hambre, ante semejante salida, se llevó ambas manos al vientre, pretextando un fuerte dolor que le obligaba á salir un momento; Ño Vitó se hizo tres cruces de admiración, á espaldas del caudillo malezalero, y éste, en cuanto regresó Pateta, mascando disimuladamente un trozo de asado, volvió á tomar el hilo de sus meditaciones.

Aquella noche, excepto el ministro de Gobierno, que trajo una buena provisión de comida, nadie comió, ni durmió, ni se acostó, en el despacho del Gobernador. El día sorprendió á éste en consejo permanente con sus ministros, sin haber resuelto el problema. Ño Vitó, para quien el apetito, á pesar de lo que había dicho, era cuestión secundaria, se caía de sueño; Pateta pretextó otro dolor de barriga y Dn. Rodrigón prosiguió en sus meditaciones, sin acordarse de otra cosa que no fuera el nombramiento de jefes políticos, que no descubría por ninguna parte.

El segundo día del famoso consejo lo pasó hablando solo, accionando con ambas manos, apretándose la cabeza, paseando agitadamente, sin que á la caída de la noche hubiera adelantado un solo paso, en la solución del problema, que tan preocupado lo traía. Durante todo ese tiempo, Fariña entró muchas veces, con nuevas bandejas de adherentes; pero la contestación del Gobernador era siempre la misma, y así llegó el tercer día de consejo, sin que el endemoniado problema de los jefes políticos se hubiera resuelto.

A esta altura del acuerdo, la descompostura de Pateta

lo postró en cama; Ño Vitó se rindió al sueño y Dn. Rodrigón se desmayó de debilidad. Mendoval, Parada y todos cuantos estaban esperando el resultado del acuerdo, sin ignorar nada de cuanto pasaba en él, pues ellos eran los forjadores de las adhesiones á que hemos hecho alusión, penetraron en el despacho gubernativo, resueltos á aprovechar aquel momento de impotencia material, para conseguir su objeto, que era la confirmación de todos los jefes políticos, en sus cargos.

Y Dn. Rodrigón, dándoles las gracias por el auxilio que le prestaban, accedió á sus pedidos, por falta de fuerzas para contrarrestarlos.





IV

Apertura del Congreso

El nombramiento de jefes políticos, para los veinte y cinco departamentos, en que se dividía la Provincia, costó á Rodrigón del Malezal ocho días de cama, durante los cuales tuvo el pobre hombre tan violentos accesos de delirio, que hicieron temer por su vida, á sus más íntimos partidarios.

Ño Vitó, especialmente, sintióse tan afligido, durante todo ese tiempo, que más de una vez estuvo á punto de hablar claro, para sacarlo del engaño en que vivía, y llevárselo al Tucurú; pero el temor de que su declaración, en el supuesto de que se le creyese, no hiciera más que agravar las cosas, sin conseguir nada, lo contuvo, sin abrir la boca.

En consecuencia, dejó correr los sucesos, esperando que la férrea constitución de su amo triunfara de sus desalientos, devolviéndole el buen humor, el apetito y la

energía de antes, para llevar hasta el fin aquella comedia que no era dado aún prever como acabaría. Efectivamente, pasado el álgido período de nerviosidad que le abrasaba las entrañas, Dn. Rodrigón se arrojó del lecho, como si las sábanas le pesaran, y, en pocos días más, asumió de nuevo la dirección de los asuntos de estado, á los cuales se debía.

Mendoval, Parada, Guapo y otros gubernistas que habían hecho acto de adhesión á su política, secundados por sus ministros y demás subalternos, se apresuraron á confortarlo, y las cartas de agradecimiento y sumisión, que unos y otros le llevaban de los obsequiados con las jefaturas políticas, acabaron de disipar el mal efecto que le causara el tener que dejar en sus puestos, á los mismos que tan encarnizadamente había combatido. Pero el mal, si lo era, ya estaba hecho, y no había, por lo tanto, más remedio que seguir adelante.

Pateta, instruído debidamente por Redondo Parada, á quien á su vez dirigía Mendoval, planteó, en consecuencia, la necesidad de proceder á una elección general de representantes del pueblo, para concluir de normalizar las cosas, en beneficio público.

—Antes de eso—objetó Victor de la Cueva, sin ocultar las contrariedades que los enjuagues de su colega le causaban—habría que licenciar al ejército, que está aquí comiendo y bebiendo, por nuestra cuenta.

—Eso vendrá, después que el Congreso fije los honores que, en justicia, debe la patria á cada uno—dijo Dn. Rodrigón.—Por ahora, hay que conservar la hueste intacta para mantener el orden.

—Si, pero mientras tanto, quien está pagando el pato

es el Tucurú, de donde viene todo lo que gastamos, sin esperanza de resarcirlo.

—Y ¿quién te dijo á tí que la Provincia debe cargar con los gastos de nuestra revolución? Crees tú que yo soy como otros gobernadores, que hasta se han hecho pagar los vestidos de sus mujeres con los dineros del pueblo? El Congreso decidirá si debe recompensarnos, con algo de lo mucho que nos cuesta la redención de la Provincia. y mientras tanto, provea el ministro de Hacienda al de Gobierno de los fondos necesarios para convocar al pueblo á elecciones.

Pateta, que no deseaba más que tener dinero á mano, para hacer su agosto, apoyó al Gobernador en contra de Ño Vitó, con todas sus fuerzas, y de acuerdo con Parada y Mendoval, que por su intermedio llevaban á Dn. Rodrigón por donde querían, redactó el decreto de eleccio, nes y lo dió á conocer en el «Yaguá Pelón», periódico, de la localidad, convertido al oficialismo rodriguista.

El lector que tenga la paciencia de seguirnos en la trabazón de esta fábula, habrá comprendido ya que el gobierno de Rodrigón del Malezal estaba á la fecha haciendo el gasto de risa de todos los habitantes de la provincia correntina, y que, metidos como se hallaban muchos de cabeza en la chacota, desde el último ordenanza hasta el Gobernador auténtico, todo le faltaba á nuestro protagonista, menos admiradores de su personalidad, adherentes á su política y partidarios de sus ideas.

Las visitas á su despacho no cesaban, pues. Los jefes políticos de los departamentos cercanos iban á cada momento á recibir órdenes, haciendo acto de profunda adhesión á sus menores caprichos, y el hombre estaba

tan posesionado de su imaginario papel, que todo hubiera creído, menos que no fuese tal gobernador.

Con motivo de las elecciones á que iba á procederse, conoció á muchos de sus subalternos y á todos impuso la orden de ser prescindentes, en la contienda electoral, bajo pena de destitución, encarcelamiento y pérdida de bienes. Los jefes políticos fingieron acatarlo todo; tomaron nota detallada de sus apremiantes instrucciones, y los preliminares de la elección, comenzaron en medio del mayor refocilamiento público.

Algunos periódicos, siguiendo indicaciones recibidas bajo cuerda, se ocuparon del asunto, augurando una época de libertad y honradez política, bajo el gobierno regenerador de Rodrigón del Malezal, y ésto, que Pateta, por la cuenta que le tenía, se cuidó de llevar al conocimiento del interesado, produjo en el nuevo mandatario un efecto que lo hacía reventar de gozo.

Al amparo de esta popularidad, que se filtraba por todos los poros de su cuerpo, como un aire de vida, Dn. Rodrigón se repuso fácilmente de la enfermedad que le había causado la conservación, á su servicio, de los viejos jefes políticos. Y olvidándose de las medidas de represalia que pensaba ejercer en los desterrados de la situación caída, encerróse en su despacho y sólo pensó en la preparación del discurso que debía pronunciar ante la legislatura, en cuanto las urnas abiertas por él al voto libre, hubieran dado á conocer la voluntad del pueblo soberano.

A fin de prever el menor fraude, el Gobernador, sin descuidar la redacción de su plataforma política, que llevaba á cabo asesorado por el doctor Pateta, ordenó al comodoro Bolada que dividiera el ejército en tantas frac-

ciones, como departamentos existían; y en el día de la elección, cada atrio de iglesia ostentaba un par de rodriguistas, armados de rebenque, trabuco y tacuara, con la misión de asegurar, á todo trance, la libertad de sufragio.

Esto, sin embargo, resultó una precaución innecesaria; pues la voluntad provincial estaba tan uniformada en favor de su mandatario de comedia que, llegado el momento de la votación, aunque el ministro de Gobierno había recomendado secretamente á ciertos jefes políticos que dieran cabida en las urnas á algunos nombres contrarios, para dar visos de realidad á la libre emisión del voto, sólamente el departamento de Mercedes, jugando una mala partida á su ex-jefe político, dió el triunfo á un candidato opositor.

—¡Pueden irse al demonio!—murmuró Redondo Parada, al tener conocimiento de este suceso, que ponía en peligro el puesto que desempeñaba—¡Vaya uno ahora á convencer al Gobernador de que esto no es cosa mía!

Y sin esperar explicaciones, desahogó la ira que esta burla le causaba, en un telegrama dirigido á su colega de aquel departamento, en que le preguntaba con que permiso lo había tomado de tipo. En seguida, á fin de conjurar la tormenta que creía cernida sobre su cabeza, se fué en busca de Mendoval para oponerlo, á guisa de pararrayo, entre él y el Gobernador.

Pero Rodrigón del Malezal, como se lo hizo ver el caudillo de verdad, estaba demasiado satisfecho del resultado de la elección, para fijarse en este detalle. Conocido el eco de las urnas que, como el lector se habrá imaginado ya, diera el triunfo á individuos residentes en Santa Lucía, indicados de antemano, los telegramas de

felicitación llovieron sobre el Gobernador, y los candidatos electos, con la sola excepción del representante mercedeño, se apresuraron á hacer acto de adhesión al gobierno constituido.

Dn. Rodrigón estaba que no cabía en sí de gozo; así es que cuando Mendoval, instigado por Parada, le dijo, entre entusiastas felicitacioues, que éste nada tenía que ver con la elección de Mercedes, el caudillo malezalero le contestó sonriendo.

—Y aunque así fuera, amigo, ¿qué temor puede inspirarme un coimero rezagado, entre tanta gente honrada? Al contrario, la elección de un admirador de las matufias pasadas de mi actual colaborador Redondo Parada, es la prueba más evidente de que la eirisión del voto ha sido libre. Festejemos, pues, el triunfo dignamente y no nos preocupemos más que de la apertura del parlamento.

Redondo Parada, animado con esta salida del caudillo malezalero, hizo abrir el primer tarro de caña de durazno de los muchos que se habían traído para celebrar el triunfo, y brindando con un vaso al Gobernador, para que iniciara la chupandina, que luego se hizo general, abrió la boca que conservara tan cerrada y dijo:

—Es que yo deseo que V. E. vea en mí un partidario, sin resabios del pasado, y que no tome el voto de Mercedes, como un signo de oposición á su política; porque lejos de tener la menor participación en él, el señor Mendoval es testigo de la contrariedad que me ha causado el triunfo de un candidato del régimen caído.

—La elección ha sido libre—expuso Dn. Rodrigón, con suficiencia—Y favorable ó adverso, yo acato el resultado de las urnas.

—¡Bravo!—exclamó Mendoval, iniciando los brindis que bullían en la boca de todos—¡A la gloria del ilustre regenerador del pueblo!

—¡A la de mis desinteresados colaboradores!—replicó Dn. Rodrigón, chocando con Mendoval, Parada, Guapo y cuanto representante había concurrido á ponerse á sus órdenes—¡Viva la libertad de sufragio, la honradez política y la redención popular!

—¡Viva!—respondieron todos.

—¡Muera el fraude escandaloso, la coima inmoral y el robo descarado!

—¡Muera!

Y tales vivas y mueras de este jaez se siguieron á éstos, entre copa y copa de caña de durazno, que, al cerrar la noche sobre el palacio de gobierno, nadie sabía ya lo que decía, ni lo que bebía. Para dar mayor brillo á la fiesta, uno de los nuevos representantes, conocedor perfecto de su pueblo, salió en busca de mujeres dispuestas á dar cuatro vueltas y al poco rato de concluidos los brindis, la casa de gobierno rodriguista, crujía bajo el golpe compasado de innumerables parejas de bailarines, lanzadas en vertiginosa danza, al son de la banda malezalera, que tocaban Pirrallo, Barbecho y Minguicho.

—A eso de la media noche, Mendoval tomó su sombrero de una percha y acercándose al Gobernador, en ademán de despedida, dijo:

—Felicito una vez más á V. E. por el éxito de la campaña eleccionaria, y me retiro para darle tiempo á que prepare el discurso que ha de leer mañana, ante la legislatura popular.

—¡Gracias!—exclamó Dn. Rodrigón, estrechándole la

mano—En cuanto al discurso, lo tengo ya bien metido la mollera y le aseguro á Ud. que estoy filoso como un cuchillo.

—¡Bravo! ¡Así me gustan los hombres!

Al otro día, la ciudad santaluciana rebosaba de forasteros, ávidos de escuchar la pieza oratoria que Rodrigón del Malezal había declarado estar listo para pronunciar, ante la asamblea de representantes, y los pedidos de locales para asistir al solemne acto de la apertura del Congreso eran tantos, que una hora antes del suceso ya no cabía un alfiler más en el recinto de las leyes.

El ejército, de regreso de su expedición á los departamentos, se escalonó entre la casa de gobierno y la del pueblo, conteniendo á duras penas la apiñada muchedumbre que lo rodeaba, y Rodrigón del Malezal, disfrazado bajo un traje de frac, con su correspondiente galera, terciada al pecho la banda de Gobernador y un bastón con borlas, en la mano, acompañado de sus ministros, empleados de palacio, algunos gefes políticos y otros partidarios, avanzó entre la multitud que lo aclamaba, al son del himno malezalero, hasta el Congreso, á cuyas puertas lo esperaban tres de sus más entusiastas adherentes, nombrados en comisión para recibirlo, por Mendoval, que ocupaba la presidencia de las Cámaras reunidas.

El Gobernador subió á la tribuna que le había sido designada para pronunciar su discurso-programa, al son de bombas y cohetes, y en cuanto tomó posesión de su puesto, estruendosa salva de aplausos de la galería y de la barra, saludó la tos preparativa con que el popular magistrado creyó indispensable preceder su oración política.

En seguida, Rodrigón del Malezal dijo:

—Honorable Senado; Honorable Cámara de Diputados: «Después de las múltiples vicisitudes de la sangrienta revolución que dió en tierra con la runfla de coimeros, sátrapas, paniaguados, turiferarios y demás parásitos de la situación caída, al impulso de mi rebenque, aquí me tenéis dispuesto á levantarlo todo del suelo, en que lo encontré, porque nadie podrá rehacer mejor una cosa que el mismo que la ha deshecho».

La barra prorrumpió en grandes aplausos. Mendoval agitó un cencerro, que le servía de campanilla, para imponer silencio.

—«En cuanto á la forma en que llevaré á cabo mis patrióticos anhelos, será la que consultaré con V. H., en las debidas oportunidades, si alguna vez sintiera vacilar mi reconocida clarovidencia; pues aunque tengo la suerte de hallarme asesorado por una notabilidad intelectual, como el doctor Pateta, y asistido por la honradez personificada en el coronel Víctor de la Cueva, quiero que los genuinos representantes del pueblo soberano, encarnados en V. H., compartan conmigo las responsabilidades del alto puesto á que he ascendido, sacrificando mi tranquilidad al bien de todos».

El orador se vé obligado á interrumpir su discurso, para dar tiempo á que los concurrentes á la asamblea desahoguen su entusiasmo en una tempestad de aplausos, que rugió durante unos minutos, sobre el augusto recinto de las leyes. Terminada la explosión admirativa, Dn. Rodrigón continuó:

—«Sí, honorables representantes del pueblo soberano. ... representantes honorables del pueblo soberano, sí.... del pueblo soberano.... honorables representantes...

—Que acudís en popular avalancha...—le sopló Pateta, á tiempo para contener el vendaval de risas que retozaba en todos los labios, ante el atascamiento de Dn. Rodrigón.

—«Que acudís en popular avalancha á oír la palabra de vuestro primer mandatario, yo os prometo barrer de mis dominios los paniaguados, llenar las cárceles de coimeros, desposeer de sus manos á los ladrones públicos y fusilar por la espalda á los traidores, de modo que, en un término perentorio de tiempo, no queden en la Provincia más que los hombres honrados como nosotros».

El Congreso se vino abajo de aplausos, y Dn. Rodrigón, después de esta nueva explosión de entusiasmo, que rayó en delirio, continuó:

—«He de acabar con todo cuanto huela á ratería, con los políticos fraudulentos, con los jueces prevaricadores, con los empleados haraganes, y desde hoy no se ha de hacer más sebo en toda la Provincia de mi mando que el necesario para la fabricación de velas, símbolo del progreso, la ilustración y el prestigio que mi gobierno está destinado á irradiar sobre propios y extraños».

Al llegar á esta parte de su oración, ya no eran salvas de aplausos las que saludaban los períodos del Gobernador. El entusiasmo llegó á tal punto que se aplaudía con las manos, los piés y los bastones; los pañuelos, los sombreros y las corbatas volaban por el aire, como gaviotas aturdidas, y más de un representante creyendo poco el descomunal barullo desatado en el recinto de las leyes, para dar cabal idea del delirio en que hervía, descargó su revólver contra el suelo, para que la expresión de sus sentimientos fuera más estrepitosa.

Dn. Rodrigón sonreía, contestando á los vivas al héroe del Buey Rabón, al vencedor del Culantro, al estratégico del Rancho Ensebado y otros con inclinaciones de cabeza, á cuya vista arreciaba la tempestad de aplausos de tal modo que Mendoval, cansado de agitar el cencerro, sin el menor resultado, se subió á una silla y amenazó con desalojar la sala, por el ejército, si no se callaban todos.

—Dejadlos que aplaudan, presidente! — exclamó Dn. Rodrigón, saludando siempre—¡Todo pueblo es un niño grande!

—Sí, pero esto va á concluir por ofuscar á V. E., en el desarrollo de su brillante peroración, de la cual no debe perderse ni una sílaba.

La barra se calló, por fin, aunque sólamente después de una nueva explosión de aplausos, y el Gobernador prosiguió, después de hacerse decir por Pateta, en donde iba:

—«Cuento con V. H., para sacar la nave del estado del escollo en que la dejaron los gobiernos de familia que antes de mí la han tripulado, echándola á pique, para salvarse ellos, cuando la ola malezalera, salida de madre, arrasó con todo, y el ungido en sus espumantes crestas, los arrojó del templo en que traficaban con la honra del pueblo, á rebenque pelado, que es el arma que debe emplearse con los sotretas y la insignia gloriosa de mi gobierno».

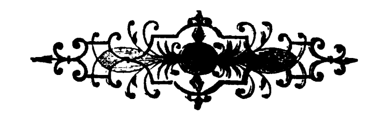
Y al decir esto Dn. Rodrigón, sin poderse contener, metió la mano por la juntura del saco y el pantalón, sacó el rebenque que llevava al cinto y empuñándolo con mano firme, lo enseñó al pueblo que reventó en una

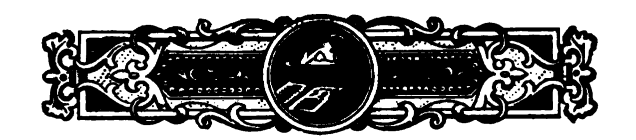
nueva tempestad de aplausos, en que hasta las sillas, los bancos y las butacas fueron arrojados por el aire, impidiendo al Gobernador que terminara su discurso. Este fué acabado por el ministro de Gobierno y cuando lo hubo concluido, en medio de una de aplausos, gritos y tiros que resonaban á gran distancia, confundidos con los ecos del himno gubernista, del traje de Dn. Rodrigón no quedaban más que los girones.

El entusiasmo fué tan grande que entre todos lo abrazaron, lo alzaron en hombros y lo llevaron hasta la casa de gobierno, dejándolo en ella poco menos que desnudo, tal fué la efusión, el interés y el atropellamiento con que unos y otros quisieron manifestar su adhesión á la polífca, cuyo programa acababa de revelarse.

—¡Esto no es amor!—dijo nuestro hombre á sus íntimos, cuando lo dejaron á solas con ellos—¡Es idolatría!

Y se cayó desvanecido en brazos de Ño Vitó, que previendo lo que iba á pasar, se apresuró á recogerlo al borde del lecho que le tenía preparado, para que descansara de tan intensas emociones, en tanto que él, rendido á opuestos sentimientos, enjugaba una lágrima furtiva.





V

Licenciamiento del ejército

El local ocupado por el Congreso rodriguista era un viejo caserón, por el estilo del palacio de gobierno, del cual se hallaba separado por unas tres cuadras de distancia, en línea recta.

Dividido en cuatro piezas y un gran salón, entrábase á éste por amplio zaguán de piso de ladrillo que dejaba, con sus correspondientes puertas laterales, dos de aquellas piezas á cada uno de sus lados, ocupando el frente de la casa. Las otras dos, siguiendo la extraña configuración del edificio, quedaban al fondo, separadas también entre sí por un corredor que salía á una huerta; de modo que el salón en que se reunían los representantes del pueblo, llenaba por completo el interior del antiguo caserón en que más de una vez nos hemos de encontrar, si Dios no dispone otra cosa.

Una triple hilera de bancos, como esos que se usan en los circos, colocados de tal modo que la segunda dominaba la primera y la tercera, la segunda, arrimados á

los tres primeros costados del salón, constituían lo que muy bien pudiera llamarse la barra. La sala de sesiones formábanla un gran estrado erguido en su fondo, con destino á la presidencia, y unas cuantas hileras de sillas colocadas á su frente, partidas por un pasadizo central, como para dar cabida á una persona; así es que, una vez llenos de gente todos los asientos, aquello tenia en parte el aspecto de un teatro y en parte el de un circo, por no decir de ambas cosas á la vez.

En el dintel del corredor que daba paso al fondo, casi sobre la mesa de la presidencia, había sido colocado un retrato de Rodrigón del Malezal, burdamente hecho, encima de un par de rebenques cruzados á su pie, entre otros dos, más pequeños, que representaban á sus ministros, Zoilo de la Silva y Víctor de la Cueva. Las demás paredes del palacio de sesiones estaban pintarrajeadas con paisajes alusivos á los hechos de armas más culminantes de Rodrigón del Malezal, como el entrevero del Perro Muerto, el asalto del Vale Cuatro, la azotaina de Pacotilla, la acción del Rancho Ensebado, el paso del Culantro, la toma de San Miguel, la batalla del Buey Rabón y otros; de modo que ver aquello y oír el relato de la estrafalaria revolución malezalera venía á ser casi lo mismo.

El héroe de Malezal, á quien el viejo Dn. Benjamín reservó esta grata sorpresa, tan encantado quedara de la peregrina ocurrencia de su colega de verdad, que ordenó que el palácio de gobierno fuera decorado en seguida de idéntica manera y una vez hecho esto, se pasaba el día de pieza en pieza, absorto en la contemplación de sus propios hechos.

Pero volvamos al Congreso. Para evitar confusiones,

los diputados se reunían en un día y los senadores en otro, á no ser que se tratara de grandes solemnidades, como la recepción del Gobernador, en cuyo caso funcionaban ambas Cámaras, reunidas en una. La presidencia del Senado, que se componía de trece miembros, ocupábala el viejo Mendoval y la de la Cámara de Diputados, que constaba de veinte y cinco, el jóven Guapo, que tuvo que renunciar á la escribanía de gobierno, para dar gusto á los electores de Concepción, con gran refocilamiento de Pateta, que para maniobrar con menos trabas, colocó en la vacante dejada por aquél á un hermano natural de Nicanora, caído por allí al olor de la pitanza.

Para dar cierto tinte de importancia á este personaje, Pateta lo hizo presentar á Dn. Rodrigón por su querida, como un aventajado estudiante, gran admirador de sus hazañas, y el caudillo malezalero, que ardía en deseos de dar una prueba de su reconocimiento á la heroína del Rancho Ensebado, extendió en seguida el decreto que daba á Ruperto Belitre la posesión de la escribanía de gobierno, con el título de licenciado, para que no fuese menos que nadie.

Hecho este nombramiento, que hacía falta para completar el personal de la casa de gobierno, volvamos otra vez al Congreso. Los representantes del pueblo soberano, en cuanto se subdividieron en comisiones é inauguraron el período legislativo, creyeron de su deber, á fin de desembarazarse de trabas, abordar en primer término la cuestión del licenciamiento del ejército, cuya mantenencia al servicio de un gobierno sin recursos, amenazaba ser fuente de muchos disgustos. En consecuencia, en una de las sesiones que siguieron á la apertura del parla-

mento, un grupo de representantes, sólidamente apoyado por todos los demás, formuló el siguiente proyecto de minuta:

—«La Cámara de Diputados, tomando en consideración el estado precario del tesoro público, vería con agrado que el P. E. le propusiera cuanto antes la nómina de honores con que se piensa recompensar los servicio del ejército y la armada, á quienes debe la Provincia la paz inalterable de que actualmente goza, á fin de que las gloriosas unidades que componen uno y otra puedan ser restituídas al seno de sus hogares».

Discutida, votada y aplaudida la minuta en cuestión, fué llevada al gobernador de la Provincia por el presidente de la Cámara, en persona, y Rodrigón del Malezal encontrándola aceptable en el fondo, después que la hubo leído detenidamente, dijo á Pancho Guapo:

—Muy bien. Me place la idea. Puede Ud. anunciar á la Cámara de su digna presidencia, que voy á reunir al Ministerio para someter este asunto á su consideración y que pondré en juego toda mi influencia, ante él, para que mañana mismo sea contestada, como es debido, la minuta de que Ud. es portador.

—¡Gracias, Exmo. Señor! No podía esperar otra contestación del elevado y patriótico criterio de V. E. Así lo anunciaré á mis presididos, pudiendo adelantar que su adhesión á la minuta presentada será recibida con una salva de aplausos.

Pancho Guapo despidióse en seguida y no bien se perdió de la vista de Dn. Rodrigón, éste llamó á Pateta y á Ño Vitó, á su despacho, para discutir la indicación del Congreso.

El ministro de Gobierno leyó en alta voz la minuta de la referencia y se manifestó de acuerdo con ella, si bien fué de opinión que el Gobernador debía reservarse una escolta de soldados escogidos, á su servicio, como medida de precaución, cuando menos.

—Eso se comprende—adujo Dn. Rodrigón—No creo que el Congreso quiera dejarme á merced del primer *quidam*, que se le antoje alzarse contra mi autoridad. ¿No opina lo mismo el coronel de la Cueva?

—Exmo. Señor patrón,—contestó el aludido—yo opino que podemos pasar sin ejército de ninguna clase; porque esta gente hay que pagarla y lo que soy yo no largo un centavo más para sostenimiento de haraganes!

—¿Qué dices, desgraciado?—indagó Dn. Rodrigón, poniéndose furioso—¿Te atreves á llamar haraganes á los héroes que nos han dado la victoria, á los beneméritos patricios que nos han ayudado á barrer la Provincia de ladrones?

Ño Vitó comprendió que se había extralimitado. En consecuencia, dijo:

—Perdón, Exmo. Señor. No he querido decir tanto. Quise decir que el Tucurú está fundido y que ha llegado el momento de cerrar la bolsa.

Pateta, á quien la avaricia de Ño Vitó, sacaba de su quicio, objetó:

—Pero si todo cuanto Ud. desembolsa ahora, se ha de resarcir con creces, á su tiempo. Lo que Ud. hace no son pagos, sino adelantos, amigo Ño Vitó. Yo gestionaré de las Cámaras la devolución de esos caudales, en cuanto empiece á recogerse la cosecha de impuestos, en perspectiva.

—¡Es claro!—apoyó Dn. Rodrigón—¡Y aunque fueran pagos y no adelantos los que se hiciesen, yo ordeno que se hagan y se acabó!

Ño Vitó meneó la cabeza negativamente y Dn. Rodrigón dijo:

—¡Vete al demonio! ¡Paga ó renuncia! ¡Aquí no hay más autoridad que la mía!

—Es que no hay plata, patrón, digo Exmo. Señor.

—¡Se vende hacienda, amigo!

—Está bien. Se venderá hacienda; pero déjeme el señor Gobernador ver si consigo que el Congreso concurra con algo.

—El Congreso concurrirá con los honores, como lo deja comprender—advirtió Pateta—Pero ¿de dónde va á sacar dinero, si Ud. que es el ministro de Hacienda, cierra la bolsa?

—¡El ejército hay que pagarlo!—intimó Dn. Rodrigón.

—Se pagará, Exmo Señor, pero como esto al fin y al cabo corre por mi ministerio, repito que se me deje en libertad de arreglar el asunto con el Congreso, como pueda; por que no es justo, ni razonable, que todas las cargas recaigan sobre nosotros, cuando la verdadera gananciosa es la patria.

Dn. Rodrigón, ante esta salida de Ño Vitó, que halagaba su vanidad, se encogió de hombros; Pateta reflexionó que cuanto menos se le diera al ejército, más quedaba para él; así es que, no hallando uno ni otro sólidas razones que oponer á las vertidas por Ño Vitó, quedó entendido que éste sería el encargado de representar al P. E. ante el Congreso, para responder á la cuestión del licenciamiento del ejército.

En consecuencia, Víctor de la Cueva pasó la noche de aquel día, ideando de que argucias podría valerse para inducir al Congreso á cargar con un desembolso, que amenazaba dejar sin hacienda á su desgraciado amo.

No ignoraba el pobre viejo que aquél acordaría todos los honores que se le pidieran; pero que, en cuestión de fondos, no se le sacaría ni un milésimo. Sin embargo, había de por medio un caso de conciencia que se proponía hacer resaltar, en el momento oportuno, y ó los representantes del pueblo habían de ser de piedra ó no tendrían más remedio que contribuir con algo, á la función que se les daba.

Con estas ideas en la cabeza, pasó la noche meditando como había de abordar la cuestión y todo el siguiente día, lo pasó encerrado en su despacho, preparando el discurso que debía pronunciar en el Congreso ¡él que jamás se había visto en otra semejante, un pobre capataz de estancia que apenas sabía echar una firma! Los congresales, que tuvieron conocimiento de esto por el propio Gobernador, se prepararon á darse el gran atracón de risa, y cuando Ño Vitó puso el pie en el recinto de las leyes, todas las miradas se clavaron en él, entre risueñas y compasivas.

El ex-capataz del Tucurú, sin parar mientes en semejante recibimiento, que poco le extrañaba, ocupó la silla que Pancho Guapo puso á su disposición, y una vez que los murmullos que acompañaron su entrada en el Congreso cesaron de sonar, pidió la palabra y dijo:

—Señores Honorables del Pueblo:—Yo vengo aquí, por mandato de mi Exmo Señor patrón, digo Gobernador, á ver si podemos ponernos de acuerdo, sobre las recompen-

sas que deben darse al ejército y á la armada que dieron nacimiento á este gobierno.

—Pido la palabra — dijo uno de los representantes— Yo propongo que se funde la orden del rebenque y que se nombre á todòs los que hayan militado bajo el pabellón revolucionario, caballeros de dicha orden.

Grandes aplausos acogieron esta indicación y otro representante, á fin de completarla, hizo moción para que el distintivo de la orden propuesta fuese una medalla con el busto de Dn. Rodrigón, en el anverso, y un rebenque enfundado, en el reverso.

—¿Y esa medalla de que ha de ser, excelentes soberanos del pueblo?—indagó Víctor de la Cueva, sin inmutarse.

Ante esta pregunta, que no esperaba nadie, la sala permaneció muda, y sólo después de un largo silencio, se atrevió el representante de Mercedes á contestar que bastaba con que fuese de cuero.

—¡Ah, no!—replicó el ministro de Hacienda, ahogando las risas, que el representante mercedeño hizo brotar en los labios de todos.—Esa medalla debe ser, cuando menos, de oro y del tamaño de una onza; porque Vuestras Soberanas Honorabilidades han de comprender que nadie trabaja de balde. El ejército malezalero, aunque triunfante, ostenta aún frescas las cicatrices de los chichones recibidos, en defensa del pueblo cuya ruidosa alegría, tantas veces manifestada, es la prueba más evidente de lo bien que se encuentra con este gobierno. Yo someto, pues, á vuestra soberana aprobación, el pago al ejército de una suma en dinero, y, como el tesoro público está más pelado que la palma de mi mano, propongo que esta

suma sea reunida por subscripción, á no ser que la medalla con el rebenque sea hecha de una onza de oro y que el Congreso se encargue de proporcionar las que sean necesarias, para premiar á todos.

Los diputados, que estaban lejos de esperar á Ño Vitó, por donde se les venía, dejaron de reir y se miraron unos á otros cariacontecidos. Uno de ellos, á quien hacía poca gracia que la chacota les costase dinero, propuso que el Gobernador pagara el ejército de su bolsillo; pero Víctor de la Cueva, que desde que se hiciera político se había afilado mucho, contestó en seguida:

—La música, señores honorables del pueblo, debe pagarla el que la oye, como dijo no sé quien.

—¿Y quién la ha oído más que Uds?—indagó uno.

—Uds., excelentísimos señores patrones, digo representantes, que consiguieron el gobierno que buscaban, con derecho á gozarlo todo el tiempo que quieran, siempre que los haberes del ejército sean pagados por la Provincia, en monedas de buena ley, porque ninguno de los soldados que han servido á mi patrón excelentísimo entienden de órdenes, ni de medallas, si no sirven siquiera para empeñarse.

La barra aplaudió; Pancho Guapo agitó el cencerro, para imponer silencio, y los representantes del pueblo volvieron á mirarse, entre sí, como indagando de que modo podrían salir de aquel intríngulis, sin largar un centavo, que era lo único que preocupaba á todos.

Animado por los aplausos de la barra, que juzgó sinceros, el ministro de Hacienda continuó:

—Sí, soberanos del pueblo aquí congregados, es preciso que Vuestras Honorabilidades se den cuenta de que

los héroes del Perro Muerto, del Vale Cuatro, de la Mula Coja, del Rancho Ensebado, de San Miguel, del Buey Rabón y de tantas otras hazañas que andan en boca de todo el mundo, son hombres de carne y hueso, como todos los demás, á quienes conviene matar el hambre cuan to antes, para que todos tengamos la fiesta en paz; porque si esos paisanos, qne en su mayoría son unos brutos, llegaran á sospechar que el Honorable Congreso, á quien han hecho tan feliz con el gobierno que le han dado, pretende pagarles su trabajo con una medalla de cuero, sin valor de ninguna clase, son tan brutos, repito, que serían capaces de no guardar á Vuestras Excelencias los debidos respetos.

Esta declaración del ministro de Hacienda, produjo un movimiento tan inusitado de animadversión hacia el orador, que en más de una banca estallaron algunas protestas. Cualquiera, en su lugar, al ver la prevención con que era recibido su discurso, se hubiese desalentado; pero el astuto capataz del Tucurú, era demasiado vivo, en medio de su ignorancia, para no comprender que el mal humor del Congreso era la prueba más evidente de que llevaba dominada la situación.

Alentado por esta creencia, hizo comprender á todos, como mejor pudo, que él no era de los que se chupaban el dedo; que con la creación de órdenes, fuera de moda, sólo se conseguiría irritar los ánimos; que á los verdaderos forjadores de aquella situación correspondía ayudarlo á salir del apuro; que la estancia del Tucurú, por mucho que el P. E. lo deseara, no estaba en condiciones de adelantar fondos; que su Exmo. Patrón había fundido todo cuanto tenía, en la endemoniada revuelta que le diera el

gobierno; que era tiempo de que cada uno cargase con la parte de gastos que le correspondía, en los sucesos en marcha, y lanzado ya por este camino, el capataz rodriguista hubiera seguramente concluído por arrojar de sí cuanto tenía amontonado en el estómago, si Dn. Rodrigón, que en ese momento penetrara en el recinto de las leyes, adivinando tal vez su intención, no le hubiese atajado el pasmo, gritándole, desde el zaguán:

—¡Camine á su ministerio, maula! ¡Y agradezca que no lo devuelva á la estancia, de donde nunca, por lo visto, debió haber salido!

Y dicho esto, Dn. Rodrigón se hubiera abalanzado á su ministro, dispuesto á castigar sus extralimitaciones, si el Congreso, temiendo algo que no estaba en sus libros, no se hubiese apresurado á cubrir las palabras del Gobernador con una salva de aplausos, para dar tiempo á que la tempestad desatada en sus ámbitos se disipara.

El viejo Ño Vitó, sorprendido por la violenta amonestación de su amo, se retiró de la tribuna en que hablaba, corrido como un conejo por una rechifla de galgos. Pero la semilla lanzada al aire había caído en surcos preparados para que germinase, y la reacción, en su favor, no tardó en producirse.

Mendoval, Parada, Guapo y muchos otros representantes sensatos, enterados del verdadero objeto de su discurso, del entrañable amor que sus palabras reflejaban hacia su amo, intercedieron por el ministro ante el Gobernador, á quien aplacaron haciendo aparecer á aquél como un diplomático consumado, y bajo cuerda le proveyeron de los fondos necesarios para licenciar el ejército, á condición de que, además de su paga, cada uno de sus miembros

sería condecorado con una medalla, alusiva á la campaña revolucionaria.

Aceptado este honor por el P. E., á los pocos días del comentado discurso de Ño Vitó, el ejército recibió la orden de formar frente al palacio de gobierno, al mando de Bolada; Mendoval, en representación del Senado, colocó en el pecho de Dn. Rodrigón una medalla de oro, en que había sido grabado un rebenque; Pancho Guapo, por delegación de la Cámara de Diputados, puso otra de plata, con una charasca, en los de Ño Vitó, Pateta y Bolada, y el redactor del «Yagua Pelón», á nombre del pueblo soberano, condecoró á los demás con una vaina, grabada en cobre, todo, como es natural, al son del himno y acompañado del correspondiente discurso.

En seguida, el Gobernador proclamó á las tropas; puso en sus manos la paga de cada uno; abrazó á todos, sin distinción; los convidó con una cena, en que fundió diez reses más del Tucurú, y los despidió con un baile, en que tomó parte lo mejor de la sociedad santa luciana.





VI

Deslindando posiciones

Para que el lector pueda seguirnos, sin cansancio, á través de esta obra, no tenemos más remedio que dedicar este capítulo á la exposición de las ideas, á cuyo impulso se mueven los bandos actuantes, en la lucha que va á perfilarse.

Sabemos que los vencidos de la revolución malezalera, Redondo Parada, Francisco Pacotilla, Eusebio Villanez y Tiberio Machaca, por no haber dado cuenta de los sucesos á sus superiores, tal como se habían producido, á su debido tiempo, se vieron obligados, para salir del atolladero en que se hallaban, á forjar un gobierno que rindieron á Rodrigón del Malezal y que éste ejercía, en la forma que dejamos iniciada.

El verdadero gobierno de la Provincia no ignoraba nada de lo que sucedía en la capital santaluciana, y lo toleraba, gracias sólamente á la influencia del padre de Redondo Parada, que le garantizara que su hijo daría

pronto y satisfactorio término á aquella anómala situación; pero está por demás decir que todo tiene su fin en la vida, y que si bien el gobierno legal no dudaba que Rodrigón del Malezal era un maniático, tampoco se sentía dispuesto á que tan extraño estado de cosas se prolongara mucho.

Así se lo hizo saber el viejo Redondo Parada, á su hijo, en detallada carta, y éste que, por otra parte, venía siendo el mayor pagano de la función, en cuanto la recibió, hizo comparecer á su presencia á sus antiguos aliados, para convenir con ellos la manera de salir del pantano en que seguía hundido, con el menor barullo posible.

A esta reunión, fueron invitados también el tropero Dn. Pifiano y el comerciante Perrati, aquellos amigos comunes de todos que tanta participación tomaran en la campaña revolucionaria, y una vez que los seis se hallaron reunidos, en el gabinete de Redondo Parada, á espaldas de Dn. Rodrigón, por supuesto, aquél tomó la palabra y dijo:

— Los he llamado, amigos mios, porque esto, como Uds. comprenderán, no puede continuar así, por mucho tiempo. Mi viejo me escribe de Corrientes que el Gobierno no vé con buenos ojos el ridículo órden de cosas, á que aquí hemos dado vida y por lo tanto, ha llegado el momento de que veamos la manera de acabar con esto.

—Disculpe, jefe,—aclaró Pacotilla—pero creo que Ud. habrá querido decir empezar; porque, en realidad, lo único que ha concluído, hasta ahora, con nuestra derrota, por cierto, es la revolución. El gobierno rodriguista, si es á eso que Ud. se refiere, recién empieza.

—Cierto,—asintió Parada—Pero, aprovechando la ocasión de que nuestros enemigos se han deshecho de su ejército, debemos comenzar á combatirlos. Es eso lo que he querido decir.

—La idea no me parece mala—expuso Villanez—Pero aclaremos una cosa: ¿hemos de combatirlos de hecho ó de palabra?

—Por ahora, de palabra ... esto es ... de hecho; pero sin apelar á las armas, ni á los denuestos.

—Me parece Dn. Redondo—advirtió Machaca—que Ud. no se explica bien. ¿Como se entiende ese combate?

—¡Pucha, que son duros de cabeza!—exclamó Redondo Parada, comenzando á sulfurarse—Quiero decir que debemos dar principio á una oposición disimulada, de modo que el blanco de nuestras displicencias, Rodrigón del Malezal, se aburra y renuncie cuanto antes.

—¡Ah!—exclamaron, por su lado, D. Pifiano y Perrati, aprovechando aquel momento para abrir la boca.

—Eso, más que de nosotros, depende del Congreso—observó Pacotilla.

—¿Y el Congreso de quién depende? ¿No se lo hemos proporcionado nosotros? ¡Cada día amanecen Uds. más cerrados de mate! ¡A ver, pues, si se avivan de una vez y me ayudan á salir del pantano en que me han metido, si no quieren que los haga destituir por ineptos!

Y al decir esto, Redondo Parada dió un puñetazo en la mesa de su despacho, que hizo saltar el tintero por el aire.

—¡Vamos, Dn. Redondo!—articuló Villanez, apelando á toda su calma para contenerse—¡A puñetazos, no vamos á adelantar nada! Por mi parte, comprendo lo qu e

Ud. desea y haré cuanto pueda por complacerlo, sin necesidad de que me lo impongan. Opondré trabas disimuladas á todas las órdenes que reciba del gobierno rodriguista.

—Yo haré lo mismo —arguyó Machaca.

—¿Y Ud?—preguntó Parada á Pacotilla.

—Yo ... idem de lienzo.

– ¡Acabáramos!—exclamó Sotero Redondo Parada, serenándose —Entonces, por ahora, la consigna es oposición salapada, influyendo con los miembros del Congreso para que secunden nuestros planes—agregó, haciéndo servir un cimarrón á sus aliados—En cuanto á Uds—terminó, dirigiéndose á Dn. Pifiano y Perrati—harán lo mismo que vean hacer.

—Comprendido—asintió Dn. Pifiano—yo empezaré á quejarme amargamente del mal estado de los caminos, que tan bien cuidados tenía el gobierno caído.

—Y yo—confirmó Perrati—diré á cuantos quieran oirme que si no se rebajan las exhorbitantes patentes que pagamos, no tendré más remedio que declararme en quiebra.

—¡Eso, eso!—exclamó Parada, palmeando á sus aliados—¡A no dejarlo resollar, haciéndole sentir todas las amarguras del gobierno, antes de que alcance á tomarle gusto!

—En resumen—terminó Pacotilla—después de haber perdido una revolución de arriba, tenemos que promover otra de abajo. Ya puede Ud. ir preparando, entonces, el rebenque enfundado.

— Y Ud. aquello que sabemos para recibir dignamente los azotes que puedan sobrevenir.

Perrati, Dn. Pifiano, Machaca y Villanez rieron es, truendosamente la salida de Redondo Parada; pero éste viendo que Pacotilla se había puesto serio, le palmeó la espalda, en señal de desagravio, y Pacotilla se rió también, aunque haciendo un signo de emplazamiento á Parada. Cerrado el incidente, el jefe político santaluciano hizo servir una vuelta de caña, para asentar los mates to mados, y el juez de paz de San Roque, el comisario de Nueve de Julio, el pedáneo de Yataytí, el tropero Dn. Pifiano y el comerciante Ferrati se despidieron de su jefe.

Por su parte, Rodrigón del Malezal, en cuanto se sintió un poco descansado de las emociones de aquellos días, reunió en su despacho á Ño Vitó, Pateta, Bolada, Fariña y Pirrallo, como su gente de mayor confianza, y les habló de esta manera:

—Bueno, amigos. Ha llegado el momento de que empecemos á gobernar, como Dios manda. Creo inútil advertirles que no me fío gran cosa de los coimeros regenerados, que acaban de darse vuelta al poncho, plegándose á nuestra política. Por consiguiente, es necesario tratar de ir formándonos un partido propio, para deshacernos de todos cuantos incurran en la más mínima falta, tan pronto como ella sea conocida. Esto, sin perjuicio de dar comienzo, desde ahora, al azotamiento de todos aquellos que hayan delinquido.

—Primero, es necesario hacernos del partido que Ud. dice, patrón excelentísimo—expuso Ño Vitó, con el laudable objeto de moderar los ímpetus punitivos del Gobernador—porque si levantamos la menor resistencia en el pueblo, no tenemos en quien apoyarnos.

—Por eso, no estaba yo muy conforme con el licencia-

miento del ejército—observó Pateta, por llevar la contra á Ño Vitó, á quien empezaba á tomar un poco de en jundia por sus mezquindades.—Pero el señor ministro de Hacienda se empeñó en que debía licenciarse....

—¡Caracha!—exclamó Ño Vitó—¿Cree Ud. que cincuenta hombres se mantienen con palabras?

—¡Silencio!—ordenó el Gobernador, atajando la incipiente polémica de sus ministros, con un fruncimiento de cejas.— No hemos venido aquí para discutir eso, que en realidad no me preocupa, ni poco ni mucho. Para meter en vereda á los maulas que marchen fuera de ella, basta y sobra con mi rebenque. Y aunque así no fuera, estoy seguro de que en cuanto pegue un grito, tendré la Provincia á mi lado, como un solo hombre.

—Yo soy de la misma opinión—apoyó Bolada.

Fariña sorbió un poco de caña de la botella que continuamente llevaba consigo, y exclamó, tomándose la libertad de palmear á su condescendiente jefe:

—¡Antes de tocar un pelo de mi Gobernador, tendrían que pasar sobre mí todos los ejércitos de la tierra!

—¿Cómo en la Mula Coja?—indagó Dn. Rodrigón, retribuyendo la galantería de su edecán, con una sonrisa.

Fariña se sintió moralmente corrido por esta salida; pero como en aquel momento "estaba" fresco, tomó otro sorbo de caña, para inspirarse mejor, sobre lo que debía contestar, y salió del paso, con esta argucia:

—¡Patrón Exmo! En la Mula Coja, yo me emborraché á propósito para no matarlo; porque Villanez me había prometido cien pesos, si era capaz de pegarle un tiro.

—¡Ah, infame!—exclamó el Gobernador—¡Tráiganme la pluma, que voy á destituirlo en el acto!

—¡Bah!— dijo el ministro de Gobierno, fulminando á Fariña eon una mirada.—¿Quién para mientes en palabras que lleva el viento, hijas del estado de guerra en que entonces nos hallábamos? Villanez se ha rendido á nuestras armas, y hoy por hoy no desea más que servirnos. Si efectivamente ha peleado contra nosotros, lo ha hecho por obligación, no por gusto, según me lo ha manifestado más de una vez.

—¿Cierto, ché?—interrogó Dn. Rodrigón, tomándose con su ministro una confianza, que hacía tiempo no usaba.

—Cierto, Exmo. Señor—repuso Ño Vitó, apoyando á Pateta, en esta emergencia.—Y lo que le pasa á Villanez, le pasa á todos los demás.

—Entonces,—dijo Pirrallo, conteniendo sus ganas de bostezar, á duras penas—será mejor dejarlos.

—Yo—articuló Fariña, recordando el cepo á que lo había sentenciado el comisario, si llegaba á caer bajo su mano—dejaría á todos, pero lo que es á Villanez, lo fusilaba, sin compasión.

Y dicho esto, tomó un buen trago de caña, para no arrepentirse de lo que acababa de pedir contra su ex-jefe.

—En tu caso, yo empezaría por Pacotilla, á quien le debes el pescuezo—dijo Dn. Rodrigón, sonriendo tranquilamente.—Pero déjalos que vivan, que si de las averiguaciones que voy á hacer, resulta el menor cargo contra cualquiera de ellos, tiempo les queda para morir. Y lo que digo de estos dos, lo digo de todos los demás, amigos ó enemigos, que en esto de faltas al cumplimiento del deber, no he de casarme con nadie. A trabajar, pues, todo el mundo con el arma bajo la ropa, como yo, porque

en la prec ución está el buen gobierno - terminó, exhibiendo el rebenque que llevaba al cinto—Y mucho ojo con todo cuanto haya tenido el menor contacto con la situación caída, porque yo no me fío mucho de ladrones arrepentidos, ni de coimeros regenerados, ni de sátrapas impenitentes.

Esta advertencia fué, más que á otros, dirigida á Demetrio Bolada, que, con el título de general-comodoro, quedara al mando de un pelotón de ocho hombres, cuatro soldados y cuatro marineros, elegidos entre los mejores, con la misión aparente de servir de escolta al Gobernador y la secreta de vigilar á todo individuo sospechoso, como Parada, Pacotilla, Villanez, Machaca, Dn. Pifiano y Perrati.

Entre este grupo y el que constituía el estado mayor de Rodrigón del Malezal, como puntos intermedios entre dos extremos, hallábanse Mendoval, con el Senado; Pancho Guapo, con la Cámara de Diputados, y el director del «Yaguá Pelón», con su periódico. La actuación del primero de estos personajss está harto delineada, para que sea necesario aportar nuevos datos á su detalle; la del segundo queda descripta con decir que seguía la trayectoria de aquél, aunque girando en un plano inferior; pero la del tercero merece los honores de una aclaración, que no podemos dejar de hacer.

Juan de la Pita, más conocido por el apodo de Yaguá Pelón, á causa del parecido con un perro que le daba la extraña configuración de su rostro, completamente lampiño, á pesar de los cincuenta años que llevaba á cuestas, era uno de esos parásitos humanos que de todo saben sacar partido. Como una de esas cuñas que entran ajus-

tadas en cualquier hueco, el había sido cuanto hay que ser: comerciante, corredor, revolucionario, tropero, procurador, dependiente, etc.

Después de haber rodado por casi toda la República, fracasando en todo, cayó por Santa Lucía, como llovido del cielo, y á falta de otra cosa mejor, fundó un periódico, en que ganaba lo suficiente para morirse de hambre. Pero lo que el periódico le negaba, se lo venía á dar la circunstancia de tener en sus manos la vida y milagros del pueblo santalucense, de los cuales hacía el uso que sus necesidades le aconsejaban, no por cierto el mejor.

Debido á la desfachatez con que dejaba caer la férula de su crítica ruín, sobre la cabeza de todo el mundo, andaba á paliza por semana con los lectores de su periódico, al cual, para identificarlo mejor con su propia personalidad, bautizó con el nombre de «Yaguá Pelón». Pero, fuera por lo acostumbrado que estaba á este género de vida ó porque ya no le quedasen coyunturas que deshacer, lo cierto es que los palos caían en su cuerpo como sobre una bolsa de goma, sin dejar más huellas de su paso por él, que unas cuantas abolladuras que se enderezaban de por sí.

El era el primero en todas las discusiones y en todas las peleas; pero también era siempre el primero en caer, en rodar por el suelo, y aunque debía un insulto á cada hombre y una vela á cada santo, no dejaba por eso de mirar á todos por encima del hombro, ni de tener su despensa bien provista de comestibles.

Al comerciante que no le fiaba, lo hacía aparecer como raspa patentado, en el periódico, y al que tenía la audacia de cobrarle, lo retaba á duelo por insolente, aunque

nadie guardara recuerdo de que jamás se hubiese batido con ninguno. En política, era contrario de todos cuantos le negaran el menor favor y amigo, hasta cierto punto, de quienes le daban de comer; porque, para esto, tenía unas mandíbulas que no se cerraban así no más.

De acuerdo con este modo de ser, Yaguá Pelón, en cuanto se enteró de la comedia en marcha y descubrió las intenciones de Parada, como le constaba que éste tenía dinero y no era duro de bolsa, se puso incondicionalmente á su disposición y aplaudió los actos del revolucionario del Malezal, como si sintiera lo que decía; pero guardándose mucho de decir á éste que aquél le pagaba, para que lo colmara de elogios, y dándose por uno de sus más decididos partidarios, se hacía abonar también por Dn. Rodrigón lo que ya Parada le había retribuído ampliamente.

En los momentos que esta obra lleva de vida, Juan de la Pita vivía casi exclusivamente de lo que le daban Rodrigón del Malezal, por un lado, y Redondo Parada, por otro, en cuyo conjunto había encontrado nuestro hombre una mina de dos filones, al servicio de los cuales pusiera su periódico, sin importársele un comino de los demás lectores, que no le daban, todos juntos, ni la mitad de lo que le producían estos dos.

Aparte de esto, que le proporcionaba materia para comer á dos carrillos, Yaguá Pelón había conseguido que Mendoval y Guapo, con amenazas disimuladas de amargarles el pastel que estaban amasando, le diesen algunos centavos por la inserción, en su periódico, de las sesiones de las Cámaras por ellos presididas, y como si todo lo dicho aun fuera poco, sacaba en gastos el importe del discurso de cada dueño de negocio, que insertaba en su hoja.

De modo que, desde el momento en que Rodrigón del Malezal hubo pisado en Santa Lucía, Juan de la Pita, más que á dos, comía á cinco ó seis carrillos, y en posesión como estaba de la tramoya que diera á aquél su imaginaria gobernación, venía á ser una especie de árbitro del ridículo orden de cosas allí implantado.

No es por nosotros, que nos hemos entretenido tanto con un tipo que, á no mediar las circunstancias expuestas, apenas habría dado juego para una cuartilla; pero dada la gran circulación que, en virtud de los materiales que lo llenaban, había alcanzado el «Yagua Pelón», en toda la Provincia, no podíamos seguir adelante, sin asignar á su director el puesto que le corresponde, en la lucha á empeñarse.

Y ya que se trata de fijar la posición que cada uno de nuestros personajes ha de ocupar, en esta obra, no debemos concluir este capítulo, sin dejar constancia de que así como Rodrigón del Malezal se reservaba deshacerse de los elementos sospechosos, pasados á sus filas, en cuanto tuviera otros con quienes reemplazarlos, y Redondo Parada, obligarlo á renunciar por cansancio, aburrimiento y hastío, Juan de la Pita, por su lado, se proponía vivir á costillas de ambos todo el tiempo que pudiera, secundando la tarea conciliadora del Congreso, en cuanto no se opusiese á su *patriótico* designio.

Despachemos ahora, para el Tucurú, á Marianona, que desde la proclamación de su amo se quedara en Santa Lucía, á cocinar para el ejército; instalemos á Nicanora, con Ña Pafuncia, en la casita que Pateta les había preparado del otro lado del río, desde que vinieran, con aquella, para la antedicha proclamación, y prosigamos la novela.



VII

Una crisis inesperada

Con todo lo pasado, desde que su extraño gobierno funcionaba, Dn. Rodrigón había perdido algunas carnes, y en corpulencia, no era ya el hombre de antes. Esto, sin embargo, era tan poco notorio que sólamente Ño Vitó, que tan á fondo lo conocía, lo echara de ver.

Tanto es así que, viéndolo levantarse muy temprano cierta mañana y engolfarse en la lectura de una montaña de cartas, que en pocos días se amontonaran en su despacho, el viejo capataz, que disimuladamente velaba por su salud, no pudo dejar de decirle, con un dejo de amargura:

—No trabaje tanto, patrón, que la salud está primero que todo.

El Gobernador levantó la cabeza de los papeles que leía; miró á su ministro con extrañeza y frunciendo el entrecejo, dijo:

—Pero ¿qué diablo te importa á *vos* mi salud? En pri-

mer lugar, me siento más fuerte que nunca; en segundo, lo principal no es la salud, sino el deber; en tercero, no he venido aquí para cuidarme, sino para servir al pueblo, y en cuarto, te prohibo de una vez por todas que me trates con esa familiaridad.

—Perdón, Exmo. Señor, pero...

—No hay pero que valga. Márchate á tu puesto y déjame en paz.

Ño Vitó, sonriendo tristemente, enderezó á su ministerio y el Gobernador continuó la lectura de las cartas que tenía delante de los ojos. Estas formaban una pirámide tan alta, que, á la hora del almuerzo, apenas había sido reducida á la mitad. ¡Y continuaban llegando otras! Dn. Rodrigón, creyendo que su deber le imponía no moverse de allí, sin enterarse de todas, se hizo servir un té por Fariña, para entretener el estómago, y una vez que todos en el palacio de gobierno, menos él, hubieron almorzado, mandó llamar á Bolada, que después del licenciamiento del ejército venía á ser el más desocupado, para que le ayudase á derribar aquella montaña de cartas.

Bolada concurrió al llamado del Gobernador, y entre los dos, sin levantar cabeza, dieron cuenta de la pirámide de papeles, en seis horas más de asiduo trabajo.

—¡Caráfito! —exclamó Dn. Rodrigón —Si *vos* no me ayudas, hubiera necesitado una semana, para darme cuenta de de todo esto. Pero vamos á ver—agregó, contemplando la mole de cartas derribada—¿qué encuentras en lo que has leído?

—¡Quejas, quejas y más quejas, Exmo. Señor!

—Pues, hijo, yo encuentro exactamente lo mismo. Y esto me dá una idea del desbarajuste que reinaba en todo,

de los múltiples males que hay que remediar, del inmenso trabajo que nos toca producir, para subsanar las imperdonables faltas de mis predecesores en el poder.

—Sin embargo, Exmo Señor,—objetó Bolada, con cierto embarazo—he leído algo en que, más que del gobierno caído, se quejan del nuestro.

—¡Bah! Ya comprenderás que el pobre pueblo no entiende de estas cosas y que generalmente pagan justos por pecadores. No hay que tomar á mal esos desahogos, propios de la ignorancia, unas veces, y de la necesidad, otras; así es que vamos á contestar todo esto, en seguida, sin darnos por aludidos de cuanto pueda afectarnos. Conozco al pueblo y sé que es un niño llorón que con poca cosa se conforma.

Bolada, asustado por la perspectiva de tener que contestar unas mil cartas, sin haber cenado, objetó:

—Me permito recordar al señor Gobernador que está casi en ayunas y que son las ocho de la noche.

—¡Caráfito!—exclamó Dn. Rodrigón, pensando mentalmente en cuanto le dijera su ex capataz—Entonces ¿hemos estado todo el día imbuídos en este trabajo, sin acordarnos de nada más? ¡Es trabajar!

Por su parte, Victor de la Cueva, una vez en su ministerio, trató de olvidar el reto que recibiera de su patrón y jefe, y, con el fin de conjurar el hastío que rebosaba de su alma, como un líquido de vaso lleno, buscó la manera de pasar el día entretenido en algo. ¡No se le ocurría nada!

¡Pobre!

De buena gana, hubiese mandado al diablo su cartera y salido á recorrer el pueblo; pero ya que estaba obligado

á ocuparse de cosas que no entendía, ó á fingir, por lo menos, que así lo hacía, mojó la pluma en el tintero que le pusieran encima de su escritorio de ministro, aun lleno de diarios viejos, y más que de Hacienda, creyéndose ministro de la hacienda, se puso á redactar un decreto en que daba á los paisanos algunas ideas, hijas de la experiencia que el capataz tenía, sobre la manera de fomentar la parición, dividir el terneraje, marcar el ganado, promover su engorde y sacar buenos precios, tarea en la cual invirtió todo el día, haciéndose ayudar por Pirrallo y Minguicho, que nada tampoco tenían que hacer.

Zoilo de la Silva, á semejanza de Ño Vitó, en vez de ministro de Gobierno, creyóse ministro del Gobierno, y de acuerdo con este modo de pensar, comía lo más y trabajaba lo menos que le era dable; pero, eso sí, á cada momento se le ocurría comprar algo para su escritorio, con el objeto de quedarse con algunos centavos, entre los dedos, y con este mismo fin, llevaba redactados un sinnúmero de proyectos, que, para no cansarse mucho, hacía poner en limpio por Belitre y copiar por Barbecho, que le pedían trabajo.

Los días iban arrastrándose, sin mayores trastornos para nuestros personajes, que pasaban de uno á otro, Dn. Rodrigón, contestando quejas con promesas; Ño Vitó, instruyendo á los paisanos, en el arte de cuidar la hacienda; Pateta, ideando proyectos que le dejaran algo. Y así hubiesen transcurrido tal vez todos los que el destino reservaba de vida al gobierno rodriguista, si el Senado no hubiera venido cierto día á sacar á sus miembros de abstracciones, con una minuta en que se invitaba al P. E. á presentar el presupuesto de gastos.

—Ud comprende, Exmo. Señor—dijo Mendoval, al hacer entrega al Gobernador de la minuta en cuestión—que este es un deber de cuyo cumplimiento no puede excusarse ningún gobierno legal; así es que el Honorable Senado, que tengo el honor de presidir, ha extrañado, hasta cierto punto, que tan elemental requisito no se haya cubierto aún.

—No se ha llenado aún,—contestó el Gobernador, dando á comprender al presidente del Senado que no le gustaban imposiciones—porque no podía dejar sin contestación estas quejas del pueblo, que está por encima de todo; pero puede Ud. anunciar al Senado de su digna presidencia, que voy á celebrar inmediatamente un acuerdo de ministros, para tomar en debida cuenta su pedido.

Mendoval se despidió con una inclinación de cabeza. El Gobernador, lamentando verse distraído de la tarea en que estaba empeñado, llamó á Víctor de la Cueva y Zoilo de la Silva, á su despacho, y les dió lectura del contenido de la nota que acababa de recibir, agregando:

—Por mi parte, estoy conforme en llenar este requisito; así es que recomiendo á Uds. la pronta confección del presupuesto que se nos pide.

—¿Y qué quiere decir éso?—indagó Ño Vitó, abriendo la boca ingenuamente.

Pateta, á la vista de la ignorancia de su colega, creyó que debía aprovechar aquella oportunidad para motificarlo ante el Gobernador, en desquite de la mezquindad con que lo trataba. En consecuencia, entre aspavientos de admiración depresivos para Ño Vitó, hizo una guiñada al héroe del Vale Cuatro, como diciéndole:

—¡Qué ministro tiene Ud., Exmo. Señor!

Pero como esto le pareciera poco, para el fin que perseguía, se encaró con el ministro de Hacienda y adoptando un aire de protección, dijo:

—Eso quiere decir, amigo Ño Vitó, que un gobierno no es una estancia que se administra al capricho de un capataz, sin dar satisfacción á nadie de sus actos. Un gobierno de opinión, como el nuestro, debe marchar sobre una pauta, y esa pauta es el presupuesto de gastos que se nos pide, para que el pueblo soberano conozca el uso que hacemos de los caudales, con que contribuye á nuestro sostenimiento.

—¡Ah! —exclamó el ministro de Hacienda, como empezando á comprender.

—Francamente,—prosiguió Pateta, sin dejar de hacerse el admirado—es para mí motivo de gran extrañeza qne un funcionario como Ud., que se las echa de financista, no esté al corriente de cosas tan rudimentarias.

—Y para mí,—apoyó Dn. Rodrigón—que al confiarle el ministerio de Hacienda, lo creía capaz de desempeñarlo. Pero, en fin, ya que no es así—agregó, indicando á sus ministros que podían retirarse—tú que de todo entiendes algo, ayúdalo á salir del paso, como puedas, que yo estoy harto ocupado con estas cartas, para enseñar al que no sabe.

El doctor Pateta se encerró con Ruperto Balitre, el licenciado, en su despecho, y á la media hora de trabajo, había dado término al levantamiento de un presupuesto general de gastos, en que todas las partidas aparecían extraordinariamente crecidas, aunque basadas en un espléndido cálculo de recursos.

Ño Vitó, por el contrario, pasó el día reflexionando

sobre aquel pedido del Senado y á la noche, no había dado aún una plumada. El astuto ex capataz del Tucurú, de deducción en deducción, se fué afirmando en la sospecha de que el pedido en cuestión, dado lo ilusorio del Gobierno de que formaba parte, no podía responder más que al objeto de producir dificultades á su amo, por un lado, y atentar á su bolsillo, por otro. Firme en esta creencia, se dispuso á conjurar el peligro que veía cernirse sobre el Tucurú, más que sobre el gobierno de su amo, y llenó el presupuesto de gastos que se le pedía con partidas ridículamente mezquinas.

La disparidad de criterio, entre su presupuesto y el de Pateta, era tan notoria, que, mientras el Gobernador figuraba, en uno, con mil pesos de sueldo y doscientos para extras, en el otro no figuraba más que con cien, para todo, y así sucesivamente.

El doctor Pateta, al ver el sueldo de trescientos pesos, que se había asignado, reducido á cuarenta, se encaró indignado con su colega y sin poderse contener, dijo:

—¡Pero esto es inaudito! ¿A dónde ha visto Ud., amigo Ño Vitó, á un gobernador de Provincia, con el sueldo de un dependiente, y á todo un Ministro, con el de un peón?

—En primer lugar—contestó Ño Vitó, con mucha calma—ni el Gobernador es tal gobernador, ni esos Ministros son tales ministros, y después Ud. sabe tan bien como yo, que ese cálculo de recursos con que me pretende tapar la boca, sólo existe en su cabeza.

Pateta se mordió el labio; pero no deseando darse por vencido, replicó:

—Eso no quiere decir que las cosas no se hagan como deben hacerse; pues de otro modo . . .

—De otro modo, yo tendría que pagar los sueldazos que Ud. se fija á sí mismo y á otros, y si mi patrón no se dá cuenta de lo que hace, yo, sí, me doy, y, por lo tanto, no acepto su presupuesto.

—Es que tendrá que aceptarlo; porque yo tampoco estoy dispuesto á pasar, por lo que me imponga un hombre que no está á la altura del cargo que desempeña, por desgracia nuestra.

—¡Estoy á tanta ó más altura que Ud., amigo Pateta! Lo que hay es que aquellos tiempos de los locos despilfarros se han concluído, y si Ud. piensa que va á seguir sacrificando impunemente á mi patrón, se equivoca.

—¿Cree Ud. que voy á convertirme en cómplice de sus *larguezas*?

—¡No! Ud., si quiere acompañarnos en esta farsa, hasta el fin, por la comida, como en otros tiempos, puede hacerlo, pero no por dinero; porque si su colaboración nos ha de costar el Tucurú, pasaremos sin ella, *crealó*.

—Sin mí, ya estarían Ud. y su patrón en la cárcel—dijo Pateta, para asustar á Ño Vitó—pero, en fin, eso será lo que diga el Gobernador, el Senado, la Cámara de Diputados y la opinión, á quienes apelo.

Ño Vitó no pudo dejar de reirse, ante la amenaza de Pateta; pero aun no había soltado la carcajada, cuando Pancho Guapo penetró en el despacho del Gobernador, con otra minuta idéntica a la traída por Mendoval, y aquél se vió obligado á suspender la contestación de las cartas, que seguía recibiendo, para indagar el estado del trabajo, encargado á sus ministros.

—Y ¿cómo va eso?—preguntó, despidiendo á Pancho Guapo, con la promesa de que pronto tendría lo que solicitaba.

—Patrón Exmo.,—dijo Ño Vitó—yo he hecho un estudio profundo de la cosa, y en vista del estado precario de la Provincia, la nulidad de los cobros y las economías que el pueblo nos ha de exigir, opino que no debe darse á nadie un centavo más de lo que aquí consigno; y esto cuando empiece á cobrarse algo.

—Yo, Exmo. Señor,—dijo Pateta—opino que el presupuesto del señor ministro de Hacienda es ridículo, irrisorio y más propio de mendigos que de un Gobierno que se estima un algo. Por estas razones, que algo han de pesar en el sano criterio de V. E., he levantado otro presupuesto, más cercano de la realidad, del cual no creo que deba rebajarse nada.

Dn. Rodrigón leyó cada uno de los presupuestos, que sus ministros le presentaban, y ante la disparidad de criterio con que habían sido hechos, no pudo disimular un gesto de impaciencia; pero, deseando ante todo dar término á la tarea que traía entre manos, contuvo la ola de de mal humor que le subía por la garganta, y sólamente dijo:

—¡Pucha, que son nulos! Déjenme acabar de contestar estas cartas y veremos, después, si logro ponerlos de acuerdo, ya que Uds. no se entienden.

Al día siguiente, como no se hubiera presentado aún el famoso presupuesto de gastos, el «Yaguá Pelón», que estaba al corriente de la tardanza, publicó un suelto reclamando su inmediata presentación, y el Gobernador, enterado de esta noticia, dejó su correspondencia para otro momento, y se decidió á abocarse el asunto directamente.

—Vamos á ver—dijo á sus ministros, sin contener su displicencia—¿qué dificultades hay para que Uds. se pon-

gan de acuerdo, sobre una cosa tan sencilla? Para mí, todo se reduce á que uno aumente un poco y el otro rebaje otro poco. ¿Porqué no lo hacen?

—Yo no aumento un centavo, Exmo. Señor—dijo Ño Vitó.

—Exmo. Señor, yo no rebajo un céntimo—dijo Zoilo de la Silva—La Provincia es bastante rica, para que pague á los que por ella nos sacrificamos como Dios manda, no con una especie de subscripción.

—Está esquilmada, fundida y más pelada que la palma de mi mano—replicó Víctor de la Cueva Y además, no ha entrado, ni hay esperanzas de que entre un solo centavo.

—Entrarán á paladas, si el personal que ha de recogerlos está bien remunerado—contrarreplicó Pateta—Con presupuestos miserables, no hay administración posible.

—La mejor administración es la economía y además, yo soy el ministro de Hacienda, y este es asunto que me incumbe á mí y no al señor ministro de Gobierno. Por lo tanto, reclamo la intervención que me corresponde en él, si se quiere que siga al frente de mi cargo. El presupuesto á presentarse á las Cámaras debe llevar mi visto bueno, porque poco importa que en él se fijen grandes sueldos, si no hay con que pagarlos.

Dn. Rodrigón, que hasta entonces se había limitado á escuchar, al ver el tesón con que Ño Vitó defendía sus fueros, sonrió con sorna y dijo:

—¡Bravo! ¡Así me gustan los hombres! Yo opino como tu colega que tu presupuesto es ridículamente bajo; pero la independencia con que lo defiendes, me demuestra que *sos* un hombre de fibra, y por lo tanto, te autorizo á presen-

tarlo, desde que no me expongas á una derrota. Déjalo, pues, amigo Pateta, que él se las arregle con el Congreso.

—Es que, Exmo. Señor,—dijo Pateta, sin disimular la contrariedad que le causaba la rebaja de su sueldo á cuarenta pesos—vamos á hacer un papel ridículo.

—Déjeme hacer á mi, patrón, digo, Exmo. Señor—expuso Ño Vitó—Y no so aflija tanto el señor Ministro, que algo ha de quedar para la comida.

El doctor Pateta se retiró corrido y desahuciado; Dn. Rodrigón volvió á engolfarse en su correspondencia y Ño Vitó se dispuso á afrontar la discusión del presupuesto, con el Congreso, reunido en una sola entidad para abreviar tiempo.

Dado lo relativamente bien que le había ido en su anterior presentación ante él, el pobre viejo iba confiado en la sinceridad de su causa; pero no contaba con los trabajos que, desde entonces, se hicieran para promover dificultades al Gobierno, y aunque defendió su obra con argumentos que conmovieron á muchos, el presupuesto fué rechazado por ridículo.

El ex capataz del Tucurú, que no esperaba este resultado, sintió ímpetus de decir á los congresales unas cuantas verdades, pero temiendo que su patrón anduviera por allí y le aguara el apóstrofe, se retiró con las orejas gachas á la casa de gobierno, á donde ya, por su desgracia, había llegado la noticia de su derrota.

Pateta, que no cabía en sí de gozo, estaba instruyendo á Dn. Rodrigón en las causas del rechazo presupuestivo, y éste, irritado grandemente contra el ministro que á tal fracaso lo expusiera, en cuanto lo tuvo al alcance de la palabra, le dijo con la más irónica compasión:

—Vaya, hombre, deja aquí tu cartera y *andate* por ahí á tomar fresco, que la culpa la tengo yo de haberte confiado una misión superior á tus fuerzas, cuando tenía aquí al ilustre doctor Pateta, para saçarnos de apuros.

— Patrón Exmo....—balbució Ño Vitó.

—¡Ni una palabra!—impuso Dn. Rodrigón--Presente Ud. la renuncia de su cargo, y márchese al Tucurú á ver si ha partido alguna vaca, que es lo único para que sirve.

—El bueno de Ño Vitó sonrió tristemente y en vez de irse á donde se le mandaba, se encerró en su despacho á redactar la renuncia que le pedían, mientras Zoilo de la Silva, que, previendo su derrota, se estuviera preparando, enderezó al Congreso, seguro de la victoria.

Una vez allí, el gran vividor, cayó sobre los camaristas con un discurso lleno de floreos, que fué estrepitosamente aplaudido; pero al hacer el cómputo de los votos, con gran disgusto del ministro de Gobierno, que creía ganada la batalla, su presupuesto, como el de Ño Vitó, fué rechazado por bombástico.

Pateta regresó á la casa de gobierno, más gacho aun que su colega, y para no exponerse á lo que acababa de pasarle á Ño Vitó, á quien tocaba ahora reirse, dió el golpe teatral de mandar su renuncia al Gobernador, sin verlo siquiera.

—Pero ¿qué es ésto?—se preguntó á sí mismo Rodrigón del Malezal, extrañado hasta el colmo de lo que estaba pasando, con su gobierno—¿Impericia ú oposición?

Es lo que vamos á ver en seguida, si el lector tiene la galantería de seguir acompañándonos.



VIII

Sesión de desagravio

La inesperada votación del Congreso, que diera en tierra con el ministerio rodriguista, había sorprendido á todos, incluso á sus presidentes, que, no sabiendo como presentarse ante el Gobernador, á quien suponían grandemente irritado, se retiraron á sus casas, para reflexionar sobre el suceso.

Redondo Parada, atribuyendo el voto del Congreso á *trop de zele* de sus secuaces y asustado por las consecuencias que el hecho podía tener para su tranquilidad, mandó llamar inmediatamente á su despacho á Pacotilla, Villanez y Machaca y en cuanto los tuvo al alcance de la voz, se les fué encima con una de aquellas andanadas de denuestos, que tanta semejanza le daban con Dn. Rodrigón.

—¡Son unos burros, así como suena!—les dijo—En su perra vida, harán más que disparates, y desgraciado de quien pretenda hacer algo bueno, con unos inútiles como Uds.

Pacotilla creyó que debía echarse á reir, con todas sus

ganas, de las chocantes ofensas de Redondo Parada y así lo hizo, para contestar, después que se hubo desahogado á su gusto:

—¡Pero, hombre, por favor! ¡Ud. siempre el mismo! ¿A qué viene todo eso, quiere tener la bondad de decirnos?

—Viene á propósito de la votación del Congreso, que nos aboca al peligro de que el Gobernador de comedia se enfurezca más de lo que está, y le vuelva á propinar otra vuelta de azotes.

—Pero —intercedió Villanez —¿no nos dijo Ud., señor Dn. Redondo, que le promoviéramos oposición?

—Solapada, no á cara descubierta. Uds., con su imbecilidad, todo lo entienden por las patas, y se han pasado á la otra alforja. Y ahora tendré yo que ir á postrarme ante Mendoval, para que me arregle esta nueva embrolla, si es que la cosa tiene compostura.

—Tanto mejor, si no la tiene;—opinó Machaca —porque, entonces, se impondría la renuncia del Gobernador y asunto concluído.

—¡No diga disparates, hombre!—replicó Redondo Parada—Con las burradas que estamos haciendo, voy á tener que renunciar yo, antes que él.

—No es para tanto—terció Pacotilla, que hasta entonces había permanecido mudo, rumiando la amenaza de Parada —En todo esto, no hay más que un *trop de zele* del Congreso, que fácilmente se puede remediar, con un voto favorable á cualquier otro presupuesto. Nosotros, siguiendo sus instrucciones, habíamos recomendado que se promovieran dificultades, pero no de tanta magnitud. Para evitar que otra vez nos propasemos, Ud. debe precisar bien la clase de dificultades que se han de promover.

—¡Es claro!—apoyó Villanez.—Y, por mi parte, estoy dispuesto á ajustarme á las instrucciones que se me dén; pero, sin que esto constituya una falta de respeto, suplico al señor jefe político que sea más moderado, en sus apreciaciones sobre nuestra conducta; porque esos epítetos con que á cada momento nos brinda...

Al llegar aquí, se le cortó la palabra á Villanez y Redondo Parada, viéndolo ponerse serio, aprovechó aquel instante de vacilación para cambiar de tono, sin abdicar pretensiones.

—¿Qué?—interrumpió—¿Pretende Ud. que los trate de sabios?

La salida produjo su efecto. Villanez se calmó; Machaca desarrugó el entrecejo y Pacotilla se echó á reir otra vez.

—¡Pucha, que están Uds. alegres hoy!—dijo Redondo Parada.

—Entonces ¿quiere que lloremos?—preguntó Pacotilla—Con sus cosas, hay que reir ó rabiar.

—Y lo último—dijo el pedáneo de Yataytí—no ha de ser, seguramente, del agrado del señor jefe político.

—Bueno—asintió este—Vamos á ver si ahora nos entendemos. ¡Oposición solapada! Graben bien esto en el mate. Por ejemplo, en vez de esas quejas, que, según he sabido, no han dado el resultado que yo esperaba, que era hacerlo trinar, empiecen Uds. á mandarle recomendados, á ver que hace con ellos.

—Así lo haremos—dijeron los aliados de Redondo Parada, cada uno por su parte.—Pero ¿de dónde sacamos nosotros gente para eso?...

—De la luna. Arréglense como puedan, que yo dema-

siado tengo que hacer, con echarlo una vez más á Mendoval de ceba al tigre malezalero, para que lo apacigüe, si es que no ha salido ya de la cueva, dispuesto á tragarnos de un bocado.

Dicho esto, Parada despidió á sus auxiliares, recomendándoles que pasaran la nueva consigna á Dn. Pifiano y á Perrati, con una convidada general de caña, y se quedó un rato reflexionando sobre los sucesos en marcha.

Dado el carácter violento del héroe del Buey Rabón, el rechazo de sus presupuestos por el Congreso, agravado con una crisis ministerial, cuando apenas se extrenaba en el gobierno, podría traer consecuencias desastrosas, para el doble jefe político santaluciano, quien no se sentía muy seguro en su puesto, ni por un lado, ni por otro.

Era, pues, necesario atajar la tormenta, antes que estallase, y para detener á esta en su avance, no había más remedio que apelar al pararrayo del viejo Mendoval, única persona á quien el Gobernador malezalero prestaría oídos, si, como también pudiera creerse, no achacaba á ella la votación adversa del Congreso.

Parada se dispuso, pues, á ver al interventor de otros tiempos; pero como todo inducía á creer que éste, al igual de Dn. Rodrigón, debía también estar furioso, con los papelones que se le obligaba á desempeñar, el jefe político santaluciano creyó del caso preceder su visita con un obsequio. Siguiendo á éste, presentóse en casa del caudillo de verdad, y llamó á su puerta, con mano trémula.

Le abrieron, entró y después de un rato de espera, vió venir hacia él al viejo caudillo, con cara de pocos amigos, seguido de Pancho Guapo y Juan de la Pita, con quienes estaba comentando el rechazo del presupuesto.

—¡Oh feliz coincidencia!—exclamó Redondo Parada, saludando á todos, con un expresivo apretón de manos — ¡Esto se llama matar tres pájaros de un tiro!

—¡No está Ud. mal pájaro!—refunfuñó Mendoval— ¿Qué demonio de vuelta me ha dado Ud. al Congreso? ¿No le he dicho que esto tenía que ir despacio?

Parada explicó á su protector como habían pasado las cosas; dióle cuenta del reto que acababa de propinar á Pacotilla, Villanez y Machaca y concluyó suplicándole que intercediera con el Gobernador, á fin de apaciguarlo.

—Eso es fácil....de decir; pero ya comprenderá Ud. que no pienso exponerme á que me reciba como lo merezco, dado el equívoco papel que vengo desempeñando en todo esto; así es que, si Ud. no va á verlo, puede dar por terminada su misión, como yo doy la mía.

Parada se puso pálido. No contar con Mendoval, en un intríngulis como aquél, era echarlo todo á perder. En consecuencia, instó, rogó, suplicó; pero nada consiguió.

—¿Porqué no va Ud?—díjole el caudillo—Ud., que ha hecho el mal, debe promover la cura.

—Yo no haría más que empeorar las cosas, mi querido señor Mendoval.

—Entonces, que vaya Pancho.

Guapo contestó, á esta indicación, que no se animaba y trató de echar el muerto sobre Yaguá Pelón. Este, después de un momento de duda, dijo que si le daban algo para curarse de los rebencazos que pudiera costarle su intervención en el asunto, estaba dispuesto á tentar la hombrada de ver al Gobernador, en el sentido que se deseaba.

La propuesta fué aceptada y el trato cerrado en veinte pesos, que sufragó Redondo Parada. En consecuencia, Juan de la Pita, con la excusa de dar la noticia del suceso, en su periódico, como mejor fuera del agrado del Gobernador, fué, consiguió hablarle, le sacó otros veinte pesos y trajo la misión de invitar, á una conferencia con él, á los presidentes del Senado y del Congreso.

—¡Hombre!—exclamó Redondo Parada—¿Se nos descuelga por ahí?

—Si; me ha dicho que no daría un paso, sin hablar antes con estas personalidades de su gobierno.

Mendoval y Guapo se miraron entre sí, como consultando lo que debían hacer, y al fin se dicidieron; pero con la condición de que Parada los acompañase. Este, que no las tenía todas consigo, se excusó; pero, viendo que no había más remedio que afrontar la situación, tal como se presentaba, se dió ánimo á sí mismo y tomó por delante de sus amigos.

Al acercarse á su destino, vieron que Dn. Rodrigón tenía montada toda su escolta, á la puerta del palacio de gobierno, y cuando intentaron transponer sus umbrales, Bolada, cuadrándose militarmente delante de ellos, les dió el ¡alto! ¿quién vive?

—¡Gente de paz!—contestó Mendoval, sacando su tarjeta y recogiendo las de sus acompañantes—Anuncie Ud. al Gobernador nuestra visita.

—Bueno—dijo Bolada, enviando las tarjetas al despacho gubernativo de Dn. Rodrigón, por un soldado—Pero espérense un poco; porque tengo orden de no dejar pasar á nadie, sin autorización expresa del primer mandatario de la Provincia.

—¡Diablo! —exclamó Redondo Parada, para su coleto— ¡Si vengo solo, me come ó salgo de aquí para el cementerio!

En cuanto á Mendoval y Guapo, se miraron entre sí, como diciendo:

—¡En que lío nos hemos metido!

Franqueado el paso, los tres personajes penetraron al despacho del Gobernador, á cuya puerta hacía la guardia Fariña, con la manea del caballo á la cintura, y una vez en presencia de aquél, tan ceñudo lo encontraron, que hasta Mendoval, que era hombre de armas llevar y de valor probado en cien combates, sintió algo que no nos animaríamos á clasificar de miedo, pero, sí, de preocupación, por lo que pudiera sobrevenir.

Parada, temeroso de que el Gobernador hubiera descubierto la treta que le jugara, se dejó quedar atrás, como quien no quiere la cosa; pero aquél, para quien no pasó inadvertida su presencia, le preguntó, midiéndolo con una mirada recelosa:

—¿Qué hace Ud. aquí?

—Exmo Señor,—contestó el jefe político santaluciano, esforzándose por aparecer sereno—me he atrevido á venir con estos señores, sin ser llamado, para ponerme á sus órdenes, por si V. E. cree que ha llegado el momento de dar al Congreso una lección de galantería.

—¡Hum! —exclamó el Gobernador, sin desarrugar su ceño—¡Camine á su puesto, que si lo necesito para algo, ya lo llamaré!

Redondo Parada, felicitándose interiormente de aquel recibimiento, se marchó más que ligero; Mendoval y Guapo tomaron asiento en las sillas que le designó

Dn. Rodrigón, y éste, haciendo maniobrar su escolta en pleno patio, al mando de Bolada, así como al descuido, ocupó su poltrona y dijo:

—Escucho sus explicaciones.

—La cuestión es muy sencilla, Exmo. Señor,—comenzó Mendoval, esbozando una sonrisa, que pugnaba por mantenerse oculta—y quiero, ante todo, hacer constar que no se trata de ningún ataque al Gobernador. El Congreso dedujo de la lectura del presupuesto sometido á su aprobación, por el benemérito coronel de la Cueva, que los sueldos que en él se hacían figurar, no estaban á la altura de la recompensa, con que el pueblo se proponía retribuir los servicios de sus gloriosos redentores, especialmente en lo que á V. E. afectaba. En consecuencia, creyó que su aprobación podría ser interpretada como un acto de mezquindad, y obrando bajo esta idea, lo rechazó de plano.

—¡Pero, hombre!—exclamó Dn. Rodrigón, abriendo una rendija del ceño que cerraba su rostro, por completo— ¡Hubiese Ud. propuesto un cuarto intermedio y hecho mediar explicaciones!

—Eso se quiso hacer, Exmo Señor,—dijo Pancho Guapo, mientras Mendoval resollaba—pero el señor ministro de Hacienda pidió que se votara, y de ahí que la votación fuese adversa.

—¡Animal!—refunfuñó Rodrigón del Malezal, aludiendo á Ño Vitó—Y después ¿por qué rechazaron el otro?

—Diré á V. E.—prosiguió Mendoval.—Retirado el coronel de la Cueva del Congreso, increpé duramente á sus miembros y les hice ver que bien sabido tendría V. E. lo que estaba haciendo, cuando sometió á nuestra consi-

deración un presupuesto tan bajo. El Congreso me dió las excusas que acabo de transmitir á V. E; pero, en vista de mi amonestación, reconoció el error cometido y se dispuso á volver sobre sus pasos, llamando al señor ministro de Hacienda, para aprobarle su presupuesto, cuando hete aquí que se nos presentó en la Cámara el ilustre doctor Pateta, con otro diametralmente opuesto.

—Y, claro está,—terminó Pancho Guapo—como la propaganda estaba hecha, en favor del primero, fué rechazado el presupuesto del señor ministro de Gobierno.

—¡Vamos!—exclamó el Gobernador, desarrugando otro pliegue de su ceño—¡Burrada sobre burrada!

—¿De parte de quién, Exmo. Señor?—indagó Mendoval, con cierta prevención.

—De mis ministros, señor presidente del Senado, ó, mejor dicho, mía, por que yo debí echar de ver que, después de un presupuesto tan bajo, no correspondía presentar otro completamente distinto, sino insistir en el primero ó provocar una crisis total; pero yo estaba ocupado en contestar unas quejas, que me llovían de todas partes, y, francamente, no dediqué al asunto toda la atención que merecía. Ahora que veo las cosas como son, me doy por satisfecho con las explicaciones recibidas, y sólo me duele que no se hayan Uds. apresurado á decírmelo, desde el primer momento.

—Nos han sobrado deseos de hacerlo así, Exmo. Señor,—expuso el presidente de la Cámara de Diputados—pero dado el papelón hecho por nuestros presididos, ni el señor Mendoval ni yo tuvimos cara para presentarnos ante V. E.

—Sin embargo, debieron Uds. haberlo hecho—insistió

el Gobernador--aunque no fuera más que para evitarme la crisis producida, que ahora no sé como arreglar, por que yo no soy hombre de volver sobre mis pasos.

--¡Ah!—exclamó Mendoval—Pues no tendrá V. E. más remedio que volver, porque el Congreso desea dar plena satisfacción, no sólo al Gobernador, sino á los ministros dimitentes, á causa de un lamentable mal entendido; por lo tanto, si V. E. no ha aceptado aún por escrito las renuncias, debe pedir á sus ministros que las retiren y que vuelvan á hacerse cargo de sus carteras.

Dn. Rodrigón, poco afecto á inclinarse ante nadie, mostró ciertos escrúpulos para dar este paso; pero Mendoval, con su autorización, redactó dos notas, en este sentido, una para Ño Vitó y otra para Pateta, las hizo firmar por el Gobernador y conducir á sus destinatarios, por un ordenanza, con orden de no volver, sin haberlas entregado.

Costó un poco de trabajo dar con los ministros renunciantes, que andaban resabiados, vagando por el pueblo, pero á la hora de la cena, fué encontrado Pateta, á quien venció su voraz apetito; un poco más tarde, se dió con Ño Vitó, que no pudo resistir á la tentación de volver á verse con su amo, y antes de que la noche hubiese cerrado completamente, sobre aquel día de emociones, todo marchaba otra vez por su carril.

Los congresales que, con el objeto de desagraviar al Gobernador, habían andado toda la tarde buscando á los ministros por el pueblo, una vez descubiertos éstos, hicieron irrupción en la casa de gobierno, y ansiosos de borrar la falta cometida y dar amplias pruebas de su formal arrepentimiento, instaron con insistencia al Gobernador, para que al día siguiente concerriera con sus minis-

terio al Congreso, á fin de desagraviarlo por completo.

Acosado á pedidos de este jaez, Dn. Rodrigón se fué abriendo al sol de la alegría, que dió de lleno en su faz, iluminándola con sus rayos, y reducidos los presupuestos de sus ministros á un justo término medio, se dispuso á complacer á los congresales, concurriendo con aquéllos á la sesión de desagravio, en que debía ser aprobado el presupuesto definitivo, tal como se presentase.

A la hora designada, vino por ellos una comisión de tres miembros, nombrada especialmente. Para dar más brillo á la ceremonia, Rodrigón del Malezal había puesto en la solapa de su levita, á manera de flor sobre ojal invisible, la medalla del rebenque; Víctor de la Cueva y Zoilo de la Silva llevaban la de la charasca. Y con semejantes talismanes, se creyeron todos exentos de desagradables contratiempos.

Así fué, en efecto. La Cámara de Senadores y la de Diputados, reunidas en una sola, para dar mayor lucidez al acto, en cuanto penetraron en su recinto las tres primeras cabezas del gobierno rodriguista, prorrumpieron en una salva de aplausos, que se prolongó durante más de una hora, y sólo cesó completamente, cuando ninguno de los asistentes á la ceremonia pudo aguantar más el dolor de cabeza, que les sobrevino.

Entonces, fué leído el nuevo presupuesto y exceptuando el opositor de Mercedes, que lo combatió con las mismas razones con que había atacado los otros, invertidas á su capricho, entre una tempestad de silbidos que dió alas al común dolor de cabeza, todos los demás se apresuraron á votarlo, tal como había sido redactado.

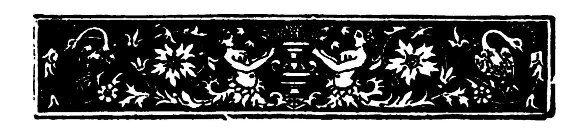
Dn. Rodrigón dió las gracias á la Cámara, en un

corto discurso, que fué ahogado por nuevos y más nutridos aplausos, y en medio de sus ministros, seguido del Congreso en masa, regresó al palacio de gobierno, completamente desagraviado.

¿Quién le diría, entonces, que todas aquellas manifestaciones de fino amor, no eran más que preludios enmascarados de las desazones que le esperaban? ¡Nadie! Porque nadie, en realidad, se habría atrevido á tanto, á no ser el fiel Ño Vitó, si la experiencia no le hubiera enseñado ya que no es cosa tan fácil, como parece, devolver la vista á un ciego.

La ilusión tiene vendas que muy pocos se animan á desatar.





IX

El Gobernador en gira

Al amparo de la buena voluntad demostrada por el Congreso, hacia el Poder Ejecutivo, el Gobernador creyó llegado el momento de hacer una gira por la Provincia de su mando, á fin de darse cuenta de las exigencias del pueblo, por su lado, y del comportamiento de sus autoridades, por otro.

Tanteado el parlamento, en este sentido, y no habiéndose opuesto dificultades á la concesión de la licencia necesaria, para emprender la gira, aquella fué solicitada en forma, y una vez concedida, Dn. Rodrigón, deseando comenzar por los departamentos costaneros del Paraná, dió orden al comodoro Bolada de aprontar el mejor buque de la escuadra y tenerlo listo para ponerse en marcha, á la primera indicación.

Bolada, al recibir esta orden, sonrió, comprendiendo que ninguno de los barcos que habían dado el triunfo á la revolución malezalera, resultaba apto para la navega-

ción del Paraná; pero no animándose á declarar esto al Gobernador, después de haber consultado el caso con los ministros de Hacienda y de Gobierno, sin que ninguno de ellos supiera que decirle, ocurrió en solicitud de consejos á Redondo Parada.

El jefe político santaluciano, á quien no hacía muy feliz la gira del Gobernador, por el ruido que estaba destinada á producir, en toda la Provincia, dijo á Bolada que volviese al otro día, y mientras tanto, fué á ver á Mendoval, para que influyera con Dn. Rodrigón, á fin de que éste desistiese de su proyecto; pero habiéndole manifestado aquél que ya lo había hecho inútilmente, pensó que yendo él con el Gobernador todo lo podría arreglar á su gusto, y evacuó la consulta de Bolada, por el atajo, ó sea tratando el asunto directamente con el hombre de la gira.

En consecuencia, una vez frente al Gobernador, á quien necesitaba ganar el lado flaco, para manejarlo á su gusto, durante el viaje, dijo:

—Exmo. Señor, he sabido que V. E. está en vísperas de hacer una gira, por los departamentos costaneros de la Provincia, y como creo que ninguno de los buques de la escuadra reune comodidades suficientes para un viaje de esa clase, vengo á poner á su disposición un vaporcito particular, que, con poca cosa, nos puede llevar cómodamente á donde queramos.

Dn. Rodrigón, reflexionando que Parada tenía razón, en lo que opinaba sobre las naves de la armada, desagraviado como estaba, después del voto del Congreso, aceptó el ofrecimiento de su subalterno y aun lo invitó á formar parte de su comitiva.

—¡Con mucho gusto! dijo Parada, que no deseaba otra cosa—Mi oficial primero puede perfectamente quedar en mi puesto. ¿Qué otros acompañantes piensa llevar V. E.?

—Hasta ahora, no he pensado más que en los ministros porque deseo que mi excursión sea lo menos gravosa posible para la Provincia.

—Eso habla muy alto en favor de los buenos propósitos de V. E. Así es que seremos cuatro ¿no es eso?

—Hombre, sí. Porque, desde que no hay necesidad de llevar al comodoro Bolada, lo dejaré al frente de la escolta, para que nos cuide la casa, que, como Ud. comprenderá, no conviene dejar abandonada.

—No me parece de más la precaución, aunque quedando Mendoval al frente del Gobierno, no la creo tampoco indispensable. Sin embargo, V. E. sabrá lo que hace.

Dn. Rodrigón hizo un signo de asentimiento, y recomendó al jefe político santaluciano que tuviese listo el vaporcito ofrecido, para ponerse en marcha al anochecer del día siguiente.

Redondo Parada lo prometió así, y al acercarse la hora designada, Dn. Rodrigón promulgó un decreto, poniendo en posesión del P. E. á Mendoval, que si no lo hemos dicho en la primera parte de esta obra, diremos ahora que ocupaba la presidencia del Senado, en su carácter de vice-gobernador, oportunamente electo; en lugar de éste, asumió la presidencia de la alta Cámara un tendero local, muy adicto á la nueva situación, por el gasto que le hacía, llamado Pedro Torta; Eneene Pirrallo y Ruperto Belitre ocuparon interinamente los ministerios de Hacien-

da y de Gobierno y substituído todo el mundo, por su inmediato subalterno, el Gobernador, los Ministros y el Jefe Político santalucianos tomaron posesión del vaporcito que los esperaba en la playa, con los fuegos encendidos.

El pueblo, acaudillado por Mendoval, hizo á su gobernante una despedida entusiasta, que fué contestada desde á bordo con toques de pito, izamientos de bandera y ondulaciones de pañuelos, y al cerrar la noche sobre aquella imaginaria capital de provincia, «El Corredor», que así se llamaba el navío excursionista, franqueó la barra del Santa Lucía y se arrojó en el Paraná, iluminando la tiniebla con las chispas que brotaban de su chimenea é interrumpiendo su silencio con el estrepitoso traqueteo de su máquina.

Dn. Rodrigón, á la vista de aquel mar dulce cuya grandeza total no se había imaginado nunca, sintió algo así como un achicamiento de espíritu, y al contemplar la espumante estela cavada en las aguas del río por la hélice del buque, al resplandor de la luna que brillaba plácidamente sobre su cabeza, pensó en silencio, cuánta audacia había necesitado para apoderarse de la Provincia que mandaba, con una escuadra qua habría resultado ridícula, si no apareciese á su vista agrandada por los hechos de los marinos que la tripularan.

«El Corredor», evolucionando como un caballo, al impulso de su capitán, un viejo italiano, que lo manejaba por las riendas del timón, debidamente instruído por Redondo Parada, en cuanto navegó un poco aguas abajo, aprovechando la obscuridad de la noche, dobló el recodo que forma la frondosa isla tendida frente á Goya y to-

mando por el brazo de agua, que la separa de la costa, enderezó resueltamente aguas arriba, en dirección á Bella Vista, sin que Dn. Rodrigón, que creía bajar de Corrientes, entretenido como iba en amigable plática con sus acompañantes, se hubiera dado cuenta de este cambio.

Redondo Parada, en virtud de cuyas órdenes se había llevado á cabo esta evolución, en cuanto tuvo la seguridad de que al amanecer se hallarían en Bella Vista, se apresuró á decir á Dn. Rodrigón que aprovechase aquellas horas para descansar, á fin de hallarse fresco, en el momento del desembarco; pero el caudillo malezalero, á quien los aires puros del río, entrando á bocanadas por sus pulmones, devolvían una vitalidad que en secreto comenzaba á echar de menos, dió las gracias á su solícito acompañante y siguió con la vista clavada en los remolinos de espuma, que formaban las aguas en torno de la hélice.

—¡Qué grande es la naturaleza!—dijo, entusiasmado, al capitán—Si los hombres se diesen exacta cuenta de su pequeñez ante ella, no habría guerras, ni revoluciones, ni luchas de ninguna especie.

—Sempre haveba que lotare per lo pane, Excelenza—arguyó el capitán, filosóficamente.

—Si, es cierto; pero ésa lucha es muy poca cosa, al lado de la que he tenido que sostener yo, para redimir esta tierra.

—¡Ah! Cuesto l'e altre cosa.

—Ya lo creo, amigo Pitone; pero todo, en la vida, es cuestión de voluntad. ¿Te gustaría ser gobernador, como yo?

—Lo sono del mio buqüe, Exmo. Signor Padrone.

Dn. Rodrigón sonrió, como diciendo entre sí:

—¡Bienaventurados sean los pobres de espíritu, que con tan poca cosa se conforman!

Pero comprondiendo, como gobernante que era, que no convenía despertar ambiciones dormidas, se despidió de su interlocutor, dejóse caer en el lecho que le habían dispuesto y se durmió, acariciado por el viento, que le echaba los lustrosos rizos de la melena sobre la frente, y mecido por el sordo oleaje, que levantaba «El Corredor», dividiendo las aguas con la proa, en dos ondas de espuma que se perdían á lo lejos, á manera de gigantes y retorcidos bigotes, estirados por la corriente.

El fué, sin embargo, el último que se durmió. Al otro día, los primeros rayos del sol naciente, despertaron á nuestros hombres, en el pintoresco fondeadero de Bella Vista, y grande fué el asombro de Rodrigón del Malezal, al ver cargando frutos y descargando mercaderías, unos cuantos buques de alto bordo, ante cuyas moles se quedó largo rato extasiado, sin pronunciar palabra.

—Hemos llegado, Exmo. Señor—dijo Parada, sacándolo de su arrobamiento.

El Gobernador en gira levantó la vista de los buques, lo miró con aire atontado y dijo:

—Pero dígame, amigo Parada: ¿cómo es que teniendo Uds. una escuadra, con naves de este tamaño, se han dejado vencer por unos cachirulos como los míos? Si me echan encima uno de estos *animales*, no tenía ni para empezar con toda mi armada.

—Cierto, Exmo. Señor; pero ni estos buques eran del Gobierno caído, ni podrían navegar en los parajes en que hemos peleado nosotros.

—¡Ah! ¡Eso, sí! Pero, francamente....

En este momento, el jefe político de Bella Vista, oportunamente avisado por Redondo Parada de la excursión en marcha, atracando al costado de «El Corredor», con una lancha, hizo irrupción á bordo con todo el personal de la jefatura y un poco de pueblo, y los vivas á Rodrigón del Malezal cortaron el hilo de la conversación que éste sostenía con su acompañante, en lo mejor de la trama.

El héroe del Culantro, con sus ministros, fué conducido á uno de los mejores hoteles del pueblo, y después de un ligero desayuno, de que participaron sus vitoreantes, paseado con sus compañeros de viaje por las calles de Bella Vista, que sorprendió á Dn. Rodrigón por su tamaño, comparada con el mezquino rancherío de Santa Lucía.

—Pero—dijo éste, con creciente asombro—Tenía que ver una ciudad como ésta, para convencerme que sólo el desbarajuste que regía los actos de mis predecesores, en el gobierno, pudo haber mantenido á la capital, en un atraso que dá lástima, cuando aquí todo respira progreso.

Redondo Parada no supo que decir á esto; Ño Vitó temió por un momento que su amo alcanzara á darse cuenta de la realidad de las cosas; pero Pateta, que vió claro el camino por donde se iba mejor, para conjurar el peligro que veía cernerse sobre todos, apoyó el Gobernador, diciendo:

—Es cierto, Exmo Señor. A eso solamente se debe que la capital quedara atrás de cualquier departamento. Para progresar, era necesario hallarse lo más lejos posible de los robos manifiestos, las coimas impúdicas y los prevaricatos indecentes de nuestros predecesores.

Ño Vitó apoyó á su colega, sonriendo tristemente.

—Ya lo veo, ya—dijo el Gobernador—Pero dejemos estas reflexiones para luego, y vamos al grano. ¿Llevan Uds. sus medallas?

—¡Aquí están!—dijeron Pateta y Ño Vitó, exhibiendo las solapas de sus sacos, adornadas con el emblema de la charasca.

—¡La mía también!—agregó Dn. Rodrigón, señalando el rebenque.—Entonces, si le place—dijo á Parada—echemos un vistazo á la jefatura; porque, como tenemos que ver mucho, deseo largarme de aquí cuanto antes.

—Como guste, Exmo. Señor—dijo el jefe político de Bella Vista, que acompañaba á los viajeros, siguiendo su coche á caballo, entre la doble hilera de pueblo que había acudido á la puerta de sus casas, ansiando averiguar de que se trataba.—Todo está listo para recibir á V. E.

Dn. Rodrigón bajó en el umbral de la jefatura; recibió, con una sonrisa, la presentación de armas que le hicieron los pocos soldados que la guarnecían, y sin que nadie osara atajarlo, examinó el cuartel, pieza por pieza; probó el rancho de los policianos, que hervía al fuego; averiguó de los presos como eran tratados y satisfecho, en apariencia, de cuanto había visto, felicitó al jefe político, entre los guiños de Pateta y las cruces de admiración, que, á espaldas de todos, se hacía el ministro de Hacienda.

En seguida, quiso ver otras reparticiones públicas; pero la noticia de su llegada había cundido en el pueblo, y sea por curiosidad ó por consigna recibida, el hombre se vió, desde entonces, tan rodeado de admiradores, que no le quedó tiempo para nada más. Todo el de que disponía, le fué poco para recibir saludos, contestar apretones de

manos y retribuir abrazos; de modo que el hotel en que paraba hizo aquel día el gran negocio. Y Dn. Rodrigon, convencido de que todo el mundo allí lo idolatraba, distribuyó algunos pesos á los más necesitados y volvió á tomar su puesto á bordo, casi á escondidas, para evitar que Bella Vista en masa viniera á despedirlo.

Redondo Parada, Víctor de la Cueva y Zoilo de la Silva, al verlo á bordo, respiraron libremente, y «El Corredor», impulsado por su hélice, asociada á la corriente del río, que hacía la mitad del gasto, hendió la superficie de las aguas, cuesta abajo. Los naranjos que levantaban sus copas, entre las casas de Bella Vista, fueron quedando atrás; las barrancas que se yerguen á la izquierda del río, á manera de centinelas interpuestas entre la playa y los campos, se amontonaron, desbandaron y aplastaron, hasta confundirse con la tierra; la selva que verdegueaba á la derecha, tendida en un mar de hojas, en rumoroso movimiento, sobre la pampa santafecina, ondeaba á lo lejos al son del viento, hasta perderse de vista, en un espacio sin límites, y á eso de la oración, «El Corredor», obligando á nuestros viajeros á expresarse á gritos, para poder entenderse sobre el ruido de sus máquinas, virando en redondo, tomó por un brazo del Paraná y ancló frente al puerto interior de Goya.

La plaza de la Alameda, tan solitaria siempre, rebosaba de gente aquella noche y las calles de Goya, en donde puede darse una batalla, en pleno día, sin temor de que perezca un alma transeunte, en cuanto se tuvo noticia de la llegada del gobernador de Santa Lucía, se inundaron con los curiosos que salieron de sus casas, ávidos de acompañar á tan distinguido huésped hasta su alojamiento, en medio de grandes aclamaciones.

Pateta, Ño Vitó y hasta Parada estaban admirados del modo como Dn. Rodrigón era recibido en todas partes, sin que á nadie se le escapara una de esas imprudencias, que todo lo echan á perder, y el Gobernador, halagado por todos repartía apretones de manos, contestaba saludos y devolvía abrazos, remozado al amor de aquel pueblo redimido por su pujante brazo.

—Cada vez me convenzo más —dijo á sus acompañantes, al tiempo de acostarse—que si el Gobierno caído hubiera contado con la quinta parte de mi popularidad, me aplastaba como un piojo.

Y se durmió como un bendito, pensando en que no todo había sido robado; pues durante el paseo que le hicieron dar por la población, después de cenar, alcanzó á ver algunas casas de negocio, cuya opulencia contrasta con la habitual tristeza del pueblo.

Al otro día, colocó la medalla del rebenque, en la solapa de la levita; hizo cargar á Pateta y Ño Vitó con las carteras de sus respectivos ministerios; subió con ellos y Parada, en un coche; pasó por delante de la jefatura; visitó el club social; entró en la intendencia y cayó por el juzgado de primera instancia. en momentos en que sus habituales concurrentes se despachaban á su gusto, sobre la extraña personalidad de su visitante.

—¡Veamos un poco como andan esos expedientes—dijo al juez.

Y sin esperar que éste se pusiera á sus órdenes, hizo bajar pilas de legajos; los examinó detenidamente; pidió datos aclaratorios, sobre algunas sentencias; averiguó por que estaban paralizados ciertos procesos; recomendó mayor actividad, en el despacho de algunos, y se pasó todo el día, en el juzgado, dictando providencias.

Hecho esto, aduciendo que tenía muchos pueblos que visitar, se despidió de algunos de sus admiradores, aprovechando la hora en que los demás cenaban, para rehuir manifestaciones, y se embarcó para Esquina.

«El Corredor» volvió á perforar las aguas, abriéndose camino por entre el laberinto de islas que esmaltan aquel mar dulce, á cuyas márgenes se expanden otros más sólidos, de tierra llana, cubiertos de árboles, que se pierden en boscosas lejanías, formando remansos como los del agua, y al amanecer del siguiente día, pasaba del Paraná al Corrientes y descendía á tierra, en la falda de la loma que sirve de asiento á la pintoresca ciudad de Esquina.

Una vez en tierra, aclamado como siempre, Dn. Rodrigón, que había adoptado el sistema de no dar cuenta á nadie de lo que pensaba hacer, se coló de rondón en un colegio de niñas, y antes de que ninguno tuviese tiempo de presentar á su directora al personaje que la honraba con su visita, dió orden á ésta de que hiciera cantar el himno por sus educandas.

La directora, que no conocía al gobernador de verdad ni al de comedia, se quedó como alelada, ante semejante orden; pero viendo que Dn. Rodrigón insistía, en su pedido, con un imperio que no dejaba lugar á dudas, sobre su alta jerarquía, instada por unos signos de los acompañantes de nuestro hombre, transmitió á sus discípulas la orden recibida, y éstas, suspendiendo sus tareas, entonaron el himno nacional.

—¡Ahora, sí, que se va á descubrir el pastel!—dijo Ño Vitó, santiguándose, á Pateta, mientras las chicas se desgañitaban cantando —¡A ver, pues, amigo si Ud. nos saca de este apuro!

Pateta estaba como alelado; Parada, pálido, como un muerto; pero, con gran asombro de todos, Dn. Rodrigón dijo, al término del canto:

—¡Muy bien! Que canten ahora el nuestro.

Aquí fueron los apuros. La maestra abrió una boca que puso en evidencia su completa ignorancia, al respecto; No Vitó se hizo tres cruces de admiración; Pateta guiñó durante un minuto largo y Parada pidió permiso para salir á hacer una necesidad, que le apremiaba. Por fin, el ministro de Gobierno, con el pretexto de dar un momento de descanso á las niñas, logró hablar á solas con la profesora y le pasó un ejemplar del himno malezalero, que ésta, dominada desde un principio, sin saber porqué, colocó en el atril del piano, con que había acompañado el otro.

Y empezó el canto, dirigido por ella misma, cuyas palabras repetían las pobres muchachas. La ejecución no fué muy perfecta, que digamos; pero, sí, lo bastante tolerable para que Dn. Rodrigón, dándose por satisfecho, felicitara á la directora del colegio, por el adelanto de sus discípulas, prometiéndole un ascenso, para cuando volviese á verla.

Dicho esto, recorrió el pueblo acompañado de los mamanifestantes de costumbre, y como le había tomado gusto á la gira, dió orden á «El Corredor» de proseguirla, remontando el Corrientes, aguas arriba. A Redondo Parada, que era el principal pagano de la función, no le hizo gracia ninguna este alargamiento de viaje; pero no tuvo más remedio que someterse.

En consecuencia, el capitán de «El Corredor» puso nuevamente á su buque en movimiento, y éste, empujado

una vez más por su ruidosa maquinaria, á cuyo fragor chocaban las aguas, agitando las hierbas medicinales de la playa, remontó gallardamente las setenta leguas que separan al Paraná del Payubre, Corrientes arriba.

Una vez allí, en lo de Pedrín, aquel vasco acriollado que conocen los lectores de «La Revolución Malezalera», pasó la noche en su casa, bailando hasta el amanecer, á costillas de Redondo Parada, y á eso de las ocho de la mañana, siguió para Mercedes, con sus acompañantes, en alegre cabalgata que perforando bosques sombríos y espesos montes, dió con todos en su nuevo destino, al caer de la tarde de aquel mismo día.

En la ciudad mercedeña, se le ocurrió al Gobernador, pasar revista á las casas de negocio, averiguando cuanto pagaban de patente, como procedían con ellos los cobradores de impuestos, si soportaban bien las cargas con que contribuían al sostenimiento del Gobierno, cuanto vendían al año y otras muchas cosas que obligaron á Ño Vitó á llevar el índice á la sien, moviéndolo como un huso, para evitar que los interrogados, tomando á su patrón por cuerdo, lo echaran á rodar.

Redondo Parada, que se hallaba allí como en su casa, ayudó á Víctor de la Cueva á allanar las dificultades que surgían, y la cosa pasó sin mayores consecuencias; pero aunque todos insistieron, ante Dn. Rodrigón, para que diese la gira por terminada, éste pasó de allí á Curuzú Cuatiá; después, á Caseros; en seguida, á Libres; más tarde, á Santo Tomé, para regresar á Santa Lucía, por San Miguel, Concepción y San Roque, exclamando, el término de su viaje, entre cuantos fueron á recibirlo:

¡Ahora, á gobernar! ¡Basta de manifestaciones!



X

Oposición ad portas

—¡Ahora, á gobernar!—había dicho Dn. Rodrigón, al reinstalarse en el poder; y, efectivamente, tales eran sus más ardientes anhelos.

Pero, como sucede tantas veces, no siempre querer es poder. Apenas lo habían dejado en paz los hipócritas amigos, que acudieron á recibirlo, el gobernador santa-luciano se vió acosado por una nube de individuos de todo pelaje, que, diciéndose beneméritos de la patria, amigos políticos y hasta parientes suyos, exigían un puesto en el banquete de la situación.

El caudillo malezalero, á la vista de las recomendaciones que, como argumento decisivo, esgrimían los postulantes, creyó reñido con su conciencia de mandatario generoso, negarse á aquellos hijos del pueblo que, al fin y al cabo, habían concurrido, en la medida de sus fuerzas, á elevarlo al poder y sostenerlo en él. Además, escueto de partidarios propios, como se veía, la ocasión se le presentaba propicia para echar los cimientos de un partido, que

apoyara sus actos, y éste no podía tener mejor base que la emergente de una recomendación atendida, un servicio remunerado ó un favor hecho.

Dejando, pues, para otra oportunidad, el estudio de los apuntes tomados durante su gira, Dn. Rodrigón se dispuso á atender la nube de recomendados que golpeaba á la puerta de su despacho, creciendo como una ola atajada en su camino por un obstáculo imprevisto. ¡Lo primero era lo primero! ¿Cómo desairar á los jefes políticos, firmantes de las recomendaciones, que tantas pruebas de aprecio le habían dado, durante su gira? ¡Imposible!

Con este criterio por norma, fueron franqueadas las puertas del despacho gubernativo, á cuantos á ellas se agolpaban, y, uno por uno, atendidos todos con la mayor solicitud, sacando un nombramiento en el acto unos, una comisión accidental, otros y la promesa de ser tenidos en cuenta, en la primera oportunidad, los demás. Animados por la largueza gubernativa, los pedidos de puestos aumentaron de un modo, que durante la semana que siguió al regreso del Gobernador, tanto éste como sus ministros, con sus respectivos ayudantes, eran pocos para extender nombramientos, redactar pliegos de instrucciones y suscribir cartas de presentación.

El asunto de los recomendados adquirió tales proporciones, que en todo el palacio de gobierno santaluciano, no se hacía nada absolutamente, que no tuviese atingencia con él, y ésto, como era de esperarse, dió pie á la más acerba crítica popular, á una oposición *sotto voce*, que creciendo de tono, á medida que pasaba el tiempo, repercutió en el Congreso, con el fragor de una tempestad mal contenida, y estalló sobre la casa de gobierno, en

forma de minuta conminatoria, para que fuese presentada la nota de los gastos de la gira, á la posible brevedad

—¡Es cierto, caráfito!—exclamó Dn. Rodrigón, suspendiendo un momento las audiencias que daba, para verse con sus ministros —¡Hay que presentar hoy mismo esa nota!

—Y ¿á qué responde ese pedido?—indagó Ño Vitó, temiendo que todo aquello importase un nuevo gasto, á cargo del Tucurú.

—¡Responde á que el pueblo se dé cuenta del uso que hacemos de sus dineros ¡ignorante! ¿O sigues creyendo que un gobierno es una estancia, que se administra al capricho de sus dueños?

—No, no creo eso, sapientísimo patrón; pero como Dn. Redondo se comprometió á sufragar los gastos de nuestro viaje ..

Dn. Rodrigón, recordando este ofrecimiento de su subalterno, no supo qué contestar á su ministro de Hacienda; pero Pateta, que vió en la presentación de la nota pedida, la posibilidad de aumentar su peculio, con el reembolso de unas cuantas copas costeadas de su bolsillo, dijo:

—Eso no impide que se llenen las trámites legales; pues no todo lo ha pagado el señor jefe político.

—¡Es claro!—apoyó Rodrigón del Malezal —Y, sobre todo, hay que dar algún hueso á roer al parlamento, mientras nosotros atendemos, como se debe, á estos recomendados, con los cuales espero formar un partido bastante fuerte, para perpetuarnos en el poder, si tales son los deseos del pueblo, como todo induce á suponerlo.

No Vitó, que nunca se había imaginado que su patrón

aspirase á tanto, abrió tamaña cuarta de boca; pero Zoilo de la Silva, que vió en ello una prolongación de su pitanza, apoyó al Gobernador con todas sus fuerzas, compeliendo á su colega, en el ramo de Hacienda, á que asumiera cuanto antes el papel que las circunstancias le fijaban, en la emergencia.

Víctor de la Cueva, cerciorado por Redondo Parada de que el pedido del Congreso no envolvía ningún ataque para los intereses de su amo, envió por un ordenanza de su ministerio, la nota pedida, incluyendo las copas de Pateta, para no verse obligado á sufragarlas de su bolsillo, y mientras en el parlamento se discutían los gastos de la gira, en la casa de gobierno se seguía atendiendo á los recomendados que continuaban llamando á sus puertas, con una solicitud digna de mejor empleo.

Entregado á la inocente tarea de firmar nombramientos, á favor de quienes los solicitaban, hasta sin recomendaciones, ni fe de que le fuesen en realidad confiados, el gobierno rodriguista llevaba trazas de esterilizarse en el poder, sin provecho para nadie, y aunque parezca mentira, tratándose de un hombre tan independiente como nuestro héroe, el asunto de los recomendados, entre los cuales hubo algunos que tomaron á lo serio su nombramiento, adquirió un carácter tan enredado, que el Congreso, al cual incumbía refrendar muchos con su voto, creyó del caso llamar al orden al Gobernador, y allá fueron Mendoval, por un lado, y Guapo, por otro, á conferenciar con él.

Dn. Rodrigón se irritó, en el primer momento; pero reflexionando que el Congreso no iba por mal camino, en el amistoso consejo que le daba de que extendiese

menos nombramientos y presentara más proyectos, pues había llegado hasta él un poco de la crítica que rodaba por las calles, hizo saber á ambas Cámaras, por intermedio de sus presidentes, que pronto iba á dar fe de su existencia, en el poder, con una serie de proyectos que asombrarían á más de cuatro por la magnitud de su alcance.

En consecuencia, aprobada la nota de gastos, con exclusión de las copas en ella incluídas por Pateta, que habiéndose resistido Parada á sufragarlas, tuvieron que recaer sobre el Tucurú, Dn. Rodrigón suspendió las audiencias que acordaba á los postulantes de empleos y se encerró en su despacho, dispuesto á no salir de él, sino con un proyecto que lo elevara al mayor grado de prestigio, en la consideración de su pueblo

El hombre había observado, durante su gira, que los departamentos recorridos no estaban tan escuetos de progreso, como él lo suponía, dado el concepto que se forjara del gobierno caído, y que, por lo tanto, era en la capital, donde nada quedara en pie, ó, mejor dicho, nada se hiciera, en donde habría que hacerlo todo. Partiendo de esta base, se mantuvo tres días á pan y agua, para aclarar la inteligencia, y después de cuatro más, que pasó emborronando pliegos de papel, salió de su encierro, cayéndose de debilidad, con un proyecto que, leído al pie de la letra, decía así:

«Considerando que la capital de la Provincia, á causa de las depredaciones de los gobiernos de familia, que hasta aquí han residido en ella, aparece en un plano muy inferior á la de cualquier departamento, en cuanto á progresos edilicios se refiere, y siendo indispensable proceder sin pérdida de tiempo á su ornamentación, para que no se diga que el Gobierno vive en un villorio, indigno de su

categoría, la Cámara de Diputados sanciona con fuerza de ley:

Art. 1°. Todo propietario de terrenos, comprendidos dentro de los ejidos de esta capital, está obligado á edificarlos, en un término que no exceda de un día, por cada vara cuadrada, á contar del que siga á la sanción de esta ley.

Art. 2°. Los planos que sirvan de base, para el levantamiento de los edificios cuya construcción se ordena, serán sometidos al examen particular de una comisión de estancieros, á fin de que la ornamentación que se intenta llevar á cabo, no resulte un bodrio que, más que admiración, produzca risa en los extraños.

Art. 3°. Los propietarios que no se apresuren á dar cumplimiento á esta ley, serán despojados de su propiedad, y en este caso, el P. E. hará la edificación por su cuenta, cubriéndose el valor de lo expropiado con órdenes de pago, contra los primeros ocupantes del edificio construído.

Art. 4°. En cuanto á los albañiles, oficiales y peones que se empleen en la mano de obra de la transformación de la capital, serán recompensados con una pensión vitalicia que cobrarán sus viudas ó hijos, después de su muerte, para que no se diga que ha habido *negotium*.

Art. 5°. Y los materiales necesarios, para llevar á cabo este proyecto, serán adquiridos con el producto de un empréstito público, qne se pagará de rentas generales, cuando éstas lo permitan.

Art. 6°. Publíquese en el Yaguá Pelón, para que nadie alegue ignorancia, y téngase por ley de la Provincia.»

Rodrigón del Malezal, una vez que hubo leído su pro-

yecto, con voz solemne y enfática, se quedó contemplando á sus atónitos ministros, como inquiriendo que efecto había producido, en su ánimo, su magna obra.

Pateta, qne fué el primero en salir de su asombro, aunque comprendiendo su impracticabilidad, dijo que el proyecto era factible; pero Ño Vitó, que no veía nada clara en todo aquel fárrago de palabras, pidió tiempo para reflexionar, antes de pronunciarse.

—¡Pero, si no tienes ni un centavo que desembolsar!—exclamó Dn. Rodrigón, adivinando la causa de la reticencia de su ministro—-La ley está tan sabiamente estudiada, que del cuero han de salir las correas.

Ño Vitó sonrió tristemente, por toda contestación, y el gobernador santaluciano, cansado de estas sonrisas que lo irritaban, se retiró, diciendo á su ministro que se preparara á defender el proyecto ante el Congreso, si en algo estimaba su puesto.

El ex-capataz del Tucurú dejó marchar á su amo, y una vez que éste se hubo perdido de su vista, dijo al ministro de Gobierno:

—Pero ¿ha visto, amigo Pateta, cómo me trata mi patrón?

Pateta, que debido á haber cobrado íntegro el sueldo, con que figuraba en el presupuesto, se había vuelto á hacer amigo de Ño Vitó, dijo:

—Es que Ud. también lo contraría mucho ¡pateta!

—Y ¿cómo quiere Ud. que no lo contraríe, cuando se me viene encima con esa caracha de proyecto que va á levantar una *polvadera* bárbara?

—Si Ud. quiere, yo me animo á defenderlo ó á hacerle el discurso que debe pronunciarse, en su defensa; porque, para estas cosas.. .

—¡Nada de eso!—interrumpió Dn. Rodrigón, regresando repentinamente al círculo de sus ministros, con los bríos del coktail que acababa de tomar -¡Que lo defienda él, ó que renuncie!

—Muy bien, patrón, digo, Exmo Señor, lo defenderé; pero déjeme siquiera consultar lo que he de decir, con la almohada. Y mientras tanto, no estaría demás que se diera publicidad al proyecto, para tantear la opinión, que debe ser lo primero.

El Gobernador indagó el parecer del ministro Pateta, con una mirada que llegó al fondo del alma del gran vividor.

—No me parece mal—dijo éste, encogiéndose de hombros.

—Pues ¡á la imprenta, con el proyecto!—ordenó Dn. Rodrigón, poniendo el pliego en un sobre dirigido á Juan de la Pita, quien, mediante el correspondiente pago, lo insertó íntegro en su periódico, acompañándolo de un comentario que podía interpretarse en muchos sentidos.

El proyecto gubernativo circuló de mano en mano, siendo leído con avidez, y no estalló como una bomba, en la población, por que no procedía de un gobierno legal. El Congreso lo recibió primero con risas; después, con prevención y más tarde, con cierta alarma; pues el que más y el que menos de sus miembros era propietario de un pedazo de tierra, que no deseaba envolver en un pleito improbable, sí, pero no imposible.

Nadie, sin embargo, se animó á hacerle franca oposición y en consecuencia de esto, alentado por declaraciones de Mendoval y Guapo, que dieron al estrafalario proyecto patente de viable, el ministro de Hacienda se re-

solvió á afrontar su discusión, ante el Congreso, y éste, que lo había leído, tratando de penetrar su fondo, aunque inútilmente, recibió á Víctor de la Cueva con unos rumores que nunca se pudo saber bien de que clase eran: si favorables ó adversos.

Abierta la discusión, vióse claro que el Congreso, prevenido como estaba, no daría fácilmente su voto al magno proyecto de Dn. Rodrigón, y esto no pasó, por cierto, inadvertido para el hábil ex-capataz del Tucurú, quien, después de haber reflexionado sobre su situación, trató disimuladamente de retrógrados á cuantos creyó tener de punta.

—¡Nada de retrógrados!—opuso uno de los diputados, tratando de excusar su mala disposición de ánimo—El proyecto del P. E. es demasiado profundo, para que pueda sancionarse, sin un estudio prolijo.

—Para eso, ha tenido V. H. una semana—objetó el ministro de Hacienda—Yo propongo, pues, que se cierre el debate y que se vote; de todos modos, honorables patrones...

Ño Vitó quiso decir que todo aquello, como cosa imaginaria que era, quedaría en agua de cerrajas; pero se guardó muy bien de dar salida á la frase que asomaba á sus labios.

—¡Sí; que se vote su pase al archivo!—dijo el opositor de Mercedes—Esas ideologías impracticables deben archivarse, á no ser que se las destine al número cien, que es su verdadero lugar.

—Advierto al diputado por Mercedes que está tratando al Gobierno con mucha irreverencia—reprendió Pancho Guapo, agitando la campanilla—Y que suspenderé el

uso de la palabra á todo el que se salga de la cuestión.

Ño Vitó, alentado por esta advertencia, que aplaudió la barra, cargó á fondo con un discurso que produjo cierta mella en el auditorio, aunque en medio de chocantes interrupciones; pero, al votarse el proyecto, los diputados, alegando necesidades perentorias que llenar, dejaron la sala sin quorum legal y así se pasó toda la tarde, sin que la famosa ley fuese aprobada ni rechazada.

Dn. Rodrigón, que tenía gran fé en su magna obra, no se explicaba semejante proceder de parte del Congreso, sino por una torpeza de su ministro; pero como todos coincidían en reconocerle habilidad parlamentaria, dejó que la discusión siguiese su curso, confiando en que algún día, por convencimiento ó por cansancio, el proyecto sería aprobado.

Pero, uno trás otro, pasaron tres días más, sin que á pesar de todos los argumentos que Ño Vitó puso en juego, desde la súplica hasta la amenaza, dejara de suceder lo del primero, cada vez que tocaban á votar. La palabra obstrucción, hasta entonces contenida, por inexplicable, resonó en la casa de gobierno, como un augurio desagradable, para los planes con que Dn. Rodrigón pensaba señalar su paso, por la primera magistratura de la Provincia.

Buscando remedio al mal que le aquejaba, el Gobernador llamó á Pancho Guapo y le increpó duramente el proceder del Congreso; pero éste, alegando que la obstrucción, si lo era, no dependía de él, se limitó á aconsejar al autor del proyecto, que mandara otro ministro á defenderlo.

—Es lo que voy á hacer—dijo el Gobernador, orde-

nando á Pateta que fuese al Congreso, á sacar su obra del pantano, en que se hallaba—Porque el que hasta ahora la ha defendido, no sé como habrá estado.

El ministro de Gobierno, que ardía en ansias de hacer una hombrada, enderezó á la rebelde Cámara, con el discurso que había estado preparando, durante todo aquel tiempo, debajo del brazo, y en cuanto le fué concedido el uso de la palabra, cayó sobre ella con una tempestad de palabras rimbombantes, que despertaron gran entusiasmo; pero cuando Pancho Guapo, aprovechando aquel golpe, propuso que se cerrara el debate, pidió la palabra el representante de Esquina, que se había plegado á la oposición presidida por el de Mercedes, y dijo:

—¿Cerrar el debate? ¡Jamás! Aun no he hablado yo, sobre este *negotium*, disfrazado de proyecto, y tengo almacenados en la cabeza argumentos bastantes, para sostener el interés del debate, durante una semana, por lo menos. El señor ministro de Gobierno habla muy bien, pero no me entona. Esa su fama de gran vividor no es la más aparente para sacar á flote, un proyecto que ha nacido muerto, como todo producto de una imaginación enferma.

—El señor diputado no sabe lo que dice—objetó Pateta, poniéndose pálido—Si el debate se ha de mantener en este terreno, yo, francamente, me retiro.

—Retírese en buena ó mala hora el señor Ministro, que no por eso ha de quedar, sin pronunciarse mi discurso.

Y dicho esto, el diputado esquinense habló durante el resto de la tarde, quedando Pateta en contestarle, al otro día. Abierta la subsiguiente sesión, el ministro de Gobierno, cuyos argumentos se le iban agotando, trató á la opinión de inconscciente, obstruccionista y retrógrada, y

habiendósele interrumpido con con unos rumores antipáticos, que no le olieron bien, pidió á Guapo que suspendiera, en el uso de la palabra, á los contrarios del proyecto que defendía.

—Entonces ¿á que hemos venido aquí?—indagó el representante de Mercedes—¿Para aprobar los disparates de este gobierno de familia?

La Cámara, que, á pesar de todo, no deseaba dar á conocer su oposición, sino solapadamente, que era la consigna recibida, estalló en gritos de ¡fuera!; pero la sanción del proyecto no adelantó por eso un paso, en su pesada marcha. Cuando el ministro de Gobierno, dispuesto á vencer ó morir, en un discurso que hubiera convencido á hombres de piedra, pidió que la ley en discusión fuese aprobada ó rechazada, la sala volvió á quedar sin quorum, por centésima vez, y la votación no pudo tener lugar, con gran asombro del Gobernador.

Fué llamado Mendoval para palanquear el asunto; pero éste, alegando que carecía de influencia sobre la Cámara baja, aconsejó á Dn. Rodrigón que muñequease él mismo su proyecto, en la seguridad de que, con su presencia en la liza, pasaría fácilmente.

—Es lo que voy á hacer—dijo Dn. Rodrigón—porque yo hago cuestión de estado de mi ley. Y le aseguro á Ud.—agregó, mostrando el rebenque á su consejero—que si no pasa á buenas, pasará á malas.

Y como hubieran transcurrido otros cuatro días de discusiones, sin que el magno proyecto se votara, el gobernador santaluciano colocó la medalla de marras en la levita, empuñó el rebenque acolchado y enderezó al Congreso, resuelto á herrar ó quitar el banco.



XI

La Cámara sitiada

La gira de Rodrigón del Malezal había levantado los más extraños comentarios, en toda la Provincia. Los periódicos, intrigados grandemente con la presencia de aquel gobernador de comedia, que se hacía aplaudir por donde quiera que pasaba, acogieron en sus columnas cuanta noticia circuló, á su respecto, y rodando de boca en boca, éstas llegaron hasta el gobierno de verdad, dejando en su seno un sedimento de mal humor, que agrió los ánimos.

Nadie ignoraba que lo que sucedía con el gobernador santaluciano era cosa de risa; pero la popularidad es un ave que tan rara vez levanta el vuelo al paso de los gobernantes argentinos, que la que saltaba al encuentro de Rodrigón del Malezal despertó prevenciones, en todos los demás, y el de su provincia echó mano á la escopeta, que tenía á su alcance, para derribarla.

Esta escopeta era el padre de Redondo Parada, el cual fué seriamente interpelado sobre el inconcebible proceder

de su hijo, verdadera y única causa de los sucesos que tanto se lamentaban. El pobre viejo, á cuyos oídos había llegado algo de lo que estaba pasando, no supo que decir; pero pidió que se tuvieran en cuenta sus años para disculpar á su hijo, á quien se comprometió á escribir una vez más, induciéndolo á acabar con la ridícula comedia, que se estaba representando, á la orilla del Santa Lucía.

Y como lo dijo, lo hizo. Redondo Parada, á la vista de la nueva reprimenda paterna, secundada por una nota del verdadero ministro de Gobierno, en que se llamaba su atención sobre el sainete de que formaba parte, con gran escándalo público, se decidió á dar gran empuje á las medidas que, en su romo criterio, debían concurrir á dar en tierra con el célebre gobernador imaginario.

De ahí, aquella nube de postulantes que hemos visto golpear á las puertas del gobierno rodriguista; de ahí, las acerbas críticas populares, que chocaran en los oídos de su jefe nato, y de ahí también, el extraño proceder de la Cámara, en cuanto á su magno proyecto se refería. A no mediar las circunstancias anotadas, todo cuanto hiciera Rodrigón del Malezal pasaría sin obstáculos, como en el mejor de los mundos; pero, habiéndose ellas producido, del fondo de los aplausos de otros tiempos tenían que surgir las críticas, los reproches y las derrotas.

Dn. Rodrigón, sin embargo, no era hombre de amilanarse así no más, como lo demostraba su idea de ir personalmente á defender su proyecto, con el rebenque en la mano, y Redondo Parada, que no ignoraba nada de esto, creyó que lo mejor que por el momento podía hacer, era apaciguarlo con una manifestación de aprecio.

En consecuencia, no bien tuvo noticia de su salida de

la casa de gobierno, por un espía disimulado que acechaba á su puerta, se dirigió al Congreso, adelantándose á su enemigo, para de acuerdo con Pancho Guapo, prepararle un recibimiento entusiasta, que contribuyó en mucho á desarmar sus prevenciones.

—Pero, vamos á ver—dijo Dn. Rodrigón, orgulloso de verse tan bien recibido, sin reparar en Parada, que se escurrió por los fondos, al advertir su presencia—¿Cómo es que no pasa el proyecto de un gobernante tan querido de su pueblo? ¿Es malo?

Los diputados rodearon al jefe del P. E., en *petit comité*, y una vez que todos le hubieron estrechado la mano, sin dar carácter oficial, á lo que tenía todas las trazas de una reunión íntima, dijo uno de los indicados para dirigirle la palabra, en sentido conciliatorio:

—¡Exmo. Señor! El proyecto en debate no sólo no es malo, sino que es grande, estupendo, superior á toda ponderación. Pero V. E. tiene la desgracia de pensar tan hondo, que no está al alcance de todas las inteligencias. Hay que estudiarlo mucho, para comprenderlo bien, y aunque su ilustre ministerio ha disipado, en gran parte, las tinieblas que nos rodean, quedan algunos de nuestros colegas que todavía no ven claro, todo el alcance de la ley sometida á su aprobación.

—Nunca me hubiera imaginado—expuso Dn. Rodrigón, sin darse por muy satisfecho, con este exordio—que V. H. fuesen tan estúpidas.

—Es cierto, Exmo. Señor—continuó el disertante—pero, por desgracia, es así: ninguno de nosotros estamos á la altura intelectual de V. E. El proyecto, sin embargo, pasará; pero hay que hombrearlo, muñequearlo é ilustrarlo, en

una serie de debates, que disipen nuestras dudas, á fin de que de las tinieblas surja la luz y de la luz, la aprobación.

—Hombreémoslo, muñequeémoslo, ilustrémoslo todo cuanto quieran V. H.; pero no me digan que el proyecto es obscuro, porque esto equivaldría á decir que el sol no alumbra. Veamos, pues, que explicaciones necesitan los señores diputados para ver clara mi obra; porque no creo que haya necesidad de apelar á argumentos de otra índole, para decidir á los obstruccionistas.

—¡Nada de eso, Exmo. Señor!—dijo, por todos, el presidente de la Cámara, como si quisiera atajar alguna manifestación de fuerza.

—¡Bien, pues! Entonces, váyanme preguntando, que aquí estoy para responder al son con que me llamen—declaró Dn. Rodrigón, colocando disimuladamente su rebenque sobre la mesa, delante de la cual hablaba —¿Qué manchas encuentran Uds. en mi ley?

Los diputados, al ver la colocación que acababa de dar á su arma favorita el gobernador santaluciano, se miraron largo rato entre sí, como inquiriendo si tal cosa debía permitirse, en una Cámara libre; pero reflexionando que la ofensa tenía su razón de ser, en el carácter de nuestro protagonista, aplaudieron la ocurrencia con una salva de aplausos y dispusiéronse á preguntar.

En consecuencia, el representante de Mercedes, que era el indicado para abrumarlo, á interrupciones, dijo:

—Manchas las tiene hasta el sol, Exmo. Señor, y su proyecto, como obra de un mortal que és, ostenta nebulosidades que no están al alcance de todas las inteligencias, como ha dicho muy bien el señor diputado por Lavalle, entusiasta partidario de V. E.

—¡Yo no he dicho eso!—exclamó el aludido, que de ningún modo quería aparecer como opositor al orden de cosas imperante, por el gasto que se le hacía, en su casa de negocio—Lo que he dicho y repito es que el Exmo. Señor Gobernador es tan profundo, en sus concepciones, que hay obtusos, como el diputado preopinante, que no lo entienden.

—O no me quieren entender, que es lo mismo—aclaró Rodrigón del Malezal—Pero veamos, por fin, cuales son las nebulosidades que dan pie á la obstrucción del señor coimero, digo representante de Mercedes.

La *indirecta* del Gobernador produjo en la Cámara la hilaridad calculada; pero el opositor mercedeño, sin descontarse por eso, dijo:

—Doy las más espresivas gracias al ilustre derrotado de la Mula Coja, por la oportuna rectificación del concepto sobre mi persona vertido; pero ni eso, ni el rebenque con que se me pretende tener á raya, han de impedir que yo defienda al pueblo, de que formo parte, tal como lo entiendo. ¿Qué se propone el Gobierno de la Provincia con despojar de su propiedad, al que no tenga con que edificarla?

—Hacer de este villorrio una ciudad á la moderna, para que los retrógrados, como V. H., se muerdan los codos de envidia, al sentirse aplastados por el carro del progreso que, pese á quien pese, ha de pasar por encima de los obstruccionistas que se opongan á su marcha.

—Está muy bueno eso de edificar ciudades, sobre terrenos de otros, pero siempre que sus dueños sean indemnizados, con algo que huela á dinero, no con palabras vanas; por que esos inquilinos que el señor Gobernador

dá como paganos de las tierras expropiadas, no existen, por desgracia, sino en su cabeza.

Dn Rodrigón sintió ímpetus de caer á rebencazos, sobre el atrevido impugnador de su magno proyecto; pero contenido por Pancho Guapo, refrenó la ira que le acometía, y expuso:

—El señor diputado por Mercedes debe ser realmente un ignorante; porque, si no lo fuera, habría visto que hay cientos de personas decentes que viven en ranchos miserables, por falta de edificios de material, en que habitar. Y además—agregó, como argumento decisivo—si no hubiera quien ocupase los edificios que según mi ley deben construirse, sería capaz de ocuparlos yo mismo, pagándolos á precio de oro, con tal de que el pueblo no sufriera la más mínima lesión, en sus intereses.

—No basta querer, Exmo. Señor—interrumpió el representante de Esquina, plegado á la oposición de que era jefe el de Mercedes—¿Con quién iba V. E. á ocupar tanta casa?

—¡Con mis vacas, que pagarían mejor que V. H!—contestó Dn. Rodrigón, fuera de sí.

La Cámara aplaudió á rabiar la salida del Gobernador, ante la cual enmudeció el diputado esquinense, por todo el resto de la sesión; pero el de Mercedes, que no se daba tan fácilmente por vencido, volvió por los fueros de su colega, diciendo:

—Eso no significa que las vacas de V. E. alcancen para cubrir el empréstito que se intenta levantar, con el objeto de hacer el pago de los materiales que se empleen, en la construcción de los edificios.

—He dicho que el empréstito en cuestión se pagará de

rentas generales, cuando el estado del tesoro lo permita, y el señor diputado no tiene porque dudar de mi palabra, que vale más que la suya.

—¡Es claro!—apoyó el representante de Lavalle—A donde no alcance el señor Gobernador, que al fin y al cabo no tiene porque cargar con las consecuencias que pueda tener una ley bien intencionada, alcanzará la Provincia, que es rica, y que lejos de perder, ganará mucho, con el embellecimiento de la capital, que valorizando la tierra, dará para todo, con la afluencia de forasteros y la abundancia de oro que aquella traerá consigo, á todos los bolsillos.

—En mi última gira,—continuó el Gobernador, agradeciendo á su partidario la luz que había aportado á la discusión—he observado que cualquier capital de departamento, ostenta construcciones que contrastan con la pobreza de nuestros ranchos, y ésto no puede obedecer sino á la falta de iniciativa de mis predecesores, en el Gobierno, que imbuídos en la coima, engolfados en el fraude y hundidos en el robo, solo se han preocupado de llenar sus maletas, con prescindencia de toda clase de mejoras. Yo, como no soy de esa clase de gobernantes, he ideado un proyecto, que ha de darnos una capital digna de nosotros, y como el tesoro público se halla exhausto de fondos, es claro que no puedo pagar al contado los gastos que demande mi magna obra.

—Y como es natural, establece V. E. una forma de pago, como la que se refiere á los albañiles, en que será necesario morirse para cobrar.

Dn. Rodrigón, indignado con este ataque de buena ley, que no supo de momento como contrarrestar, echó ma-

quinalmente mano al rebenque; pero, habiéndose interpuesto á tiempo Pancho Guapo, bajó su arma favorita, y dijo:

—¡No me haga V. H. salir de quicio, con sus'insidiosas interrupciones! La forma en que han de ser retribuídos los servicios profesionales de los albañiles, ha sido estipulada, como lo está, para evitar que los eternos descontentos, en su insolente suspicacia, trataran de *negotium* á la más pulcra de las leyes, y dando con esto por suficientemente aclaradas las nebulosidades descubiertas en el sol de mi proyecto, por la mala fé de los ignorantes, pido á la Cámara que se constituya en sesión oficial y que la ley de embellecimiento, en debate, sea aprobada ó rechazada, para que podamos pasar á otra cosa y el Gobierno tenga tiempo de desarrollar el programa, que ha de de cubrirlo de gloria.

La Cámara aplaudió la tirada final de Dn. Rodrigón, con entusiasmo, y reunida á cencerrazos por Pancho Guapo, se constituyó en sesión oficial, como lo había pedido el Gobernador, quien, considerando ganada la batalla, con las explicaciones dadas, esperó el resultado de la votación, con la sonrisa en los labios.

—¡Una última palabra, Exmo. Señor!—dijo uno de los representantes del pueblo soberano, haciendo oír su voz sobre el cencerro qne agitaba Pancho Guapo—¿No sería tiempo de introducir una modificación?

—¡No!—contestó el Gobernador—Mi proyecto ha de ser aprobado, tal como está, sin quitarle ni agregarle una coma, porque el principio de autoridad debe quedar incólume, en el lugar que le corresponda, aunque me vea obligado á sostenerlo con la fuerza pública. Señor presiden-

te—terminó, dirigiéndose á Pancho Guapo—ponga Ud. el proyecto á votación, porque quiero ver, en resumen, si hay aquí hombres que tengan valor de negarle su voto, en mis barbas.

El proyecto fué puesto á votación, como lo pedía su autor; pero en el momento en que el gobernante santaluciano, descontando su triunfo, se disponía á cantar victoria, los diputados que llenaban el recinto de las leyes, solicitando un instante de espera, para salir de ciertos apuros, dejaron la sala sin quorum y la ley de embellecimiento de la capital rodriguista no fué votada.

Dn. Rodrigón, comprendiendo, entonces, que se le jugaba sucio, se encendió en ira, y levantando el rebenque sobre la cabeza, se abalanzó á la Cámara, con ánimos de hacerle aprobar su proyecto á golpes; pero reflexionando luego que no era propio de un mandatario de su categoría, trenzarse á rebencazos con quienes, al fin, representaban al soberano pueblo, bajó el arma suspendida sobre todos, con la misma rapidez con que la enarbolara, y buscó su desquite, por otro lado.

—¡Ah, sí?—dijo, iluminado por una idea, que brilló en su mente, en el fragor de la tempestad que acababa de obscurecerla—¡Espérenme un momento, que ya vuelvo!

Y sin dar tiempo á que los diputados se diesen verdadera cuenta de las intenciones que ocultaba su exclamación, salió del Congreso como un cohete, llegó á la casa de gobierno, sudando á mares, hizo formar la escolta, le dió orden de dirigirse á la Cámara, á paso redoblado, y cuando los congresales se disponían á retirarse, viéronse detenidos por diez hombres, armados de charasca, trabuco y vaina que, dándoles el alto, los hicieron retroceder

al interior del edificio, en que se habían reído á sus anchas del gobernador santaluciano.

La noticia de que la Cámara se hallaba sitiada circuló por Santa Lucía, con la rapidez consiguiente, y de boca en boca, llegó hasta Redondo Parada, con el estruendo de un trueno, estallado sobre su cabeza, que le hizo temblar, pensando en las consecuencias de su innoble proceder. Sin discurrir lo que hacía, echóse un par de revólveres al cinto y enderezó á lo de Mendoval, á fin de que éste, como de costumbre, lo sacara de apuros, intercediendo ante Dn. Rodrigón, para que diese soltura á los diputados; pero el caudillo de verdad, cansado ya del papel que representaba en la comedia santaluciana, no quiso entender en tan enredado asunto y Parada se quedó sin palabras en la garganta.

Sin embargo, comprendiendo que estaba obligado á hacer algo por sus amigos, tomó un vaso de coñac, para darse ánimo á sí mismo, y como quien va á averiguar lo que pasa y ponerse á las órdenes del Gobierno, penetró en la quinta que servía de palacio al vencedor del Culantro.

—Nada de particular sucede, amigo —dijo éste, con mucha calma—sino que, como yo no soy hombre de dejarme burlar por nadie, he sitiado á la Cámara, para que esta vote por hambre lo que no ha querido votar por decencia. Casualmente, voy para allá, á ver que resultado dan mis medidas: ¿quiere acompañarme?

Parada, que no se hallaba bien á solas con Dn. Rodrigón, sintió ímpetus de excusarse; pero, como esto sería dar pruebas de un temor que de ningún modo deseaba traslucir, echóse por toda contestación á andar, al lado

del Gobernador. Quiso su buena suerte que en la puerta de la imprenta del Yaguá Pelón, descubrieran á Mendoval, comentando el suceso de la Cámara con Juan de la Pita, y lo que no pudo conseguir con ruegos le fué graciosamente concedido por la casualidad.

Dn. Rodrigón fué, apenas visto, abordado por Juan de la Pita, que deseaba ver su casa honrada con su presencia, y Mendoval no pudo dejar de dirigirle algunas preguntas, sobre el sitio de la Cámara, que en su concepto urgía levantar, por lo que pudiera suceder.

—Cuestión es esa, amigo Mendoval, que yo sé como debo arreglar, y sobre la cual no admitiré consejos, ni aún de Ud., á quien tengo en tanta estima, como más de una vez le he demostrado.

—Sin embargo, el pueblo soberano....—dijo Juan de la Pita.

—El pueblo soberano esperará tranquilo que el Gobernador dé libertad á sus prisioneros, en cuanto hayan votado al magno proyecto, sometido á su consideración; porque no es justo que un gobierno tan bueno, como el mío, se vea obstruído, en su gloriosa marcha, por el capricho de unos ignorantes, que no acaban de comprender lo que está al alcance de cualquiera.

—¿Y mientras tanto?—indagó Mendoval.

—Mientras tanto... la Cámara continuará sitiada.

Redondo Parada, á quien afligía grandemente el encierro de sus amigos, por el temor que abrigaba de que fueran sorprendidas sus tramoyas, suspiró con ansia, ante la tenacidad del Gobernador; pero como ninguno de los tres lograra hacerlo desistir de su propósito, tomó cada uno por su lado y la Cámara siguió sitiada.



XII

Guerra á la ley de ornato

Fracasada la conferencia tenida con Rodrigón del Malezal, en lo de Juan de la Pita, Redondo Parada, abandonado á su suerte por Mendoval, se echó á pensar de que medios podría valerse para producir la libertad de sus amigos, antes de que estos, cansados del papel que les hacía representar, la tomaran por sí mismos y el edificio que lograra construir, á fuerza de intrigas, se le viniera encima, con todo su peso.

Engolfado en estas ideas, llegó á su jefatura, sin pasar por el Congreso, y dejándose caer sobre un sofá, lanzó su pensamiento en rauda carrera, como un potro desbocado, por el espacio sin límites de la imaginación, sin dar con lo que buscaba, por más que escudriñó tinieblas, ahondó profundidades y midió alturas.

—¡Soy un imbécil!—dijo, pegándose un puñetazo en la frente—¡No sirvo para nada!

Y abatido, confuso, avergonzado de su inutilidad, dejóse caer en un letargo, rayano de la impotencia, re-

suelto á que la tormenta estallase, como mejor le pluguiera. Pero el afán de conservar un puesto, que dá cierta representación, aguza las intiligencias más romas, y Redondo Parada, que, al fin y al cabo, no era una nulidad absoluta, se alzó de repente como un muchacho, que se dispone á cazar una mosca. En el nublado cielo de su mente, había surgido una idea y temeroso de que se le es capara, la siguió con el cuerpo, hasta que, á fuerza de perseguirla, logró verla enredada en las telarañas de su su cerebro.

—¡Ya la tengo!—exclamó, fuera de sí—¡Soy una lumbrera!

De pensamiento en pensamiento, el jefe político santaluciano había arribado á la conclusión de que el único modo de provocar la libertad de sus amigos, era promover un alboroto callejero, á las puertas del palacio de gobierno; y tal como lo pensó, se dispuso á ponerlo en práctica.

Aprobada la idea por Mendoval, después de muchas reticencias, Parada echó unos centavos al bolsilo, los desparramó por las calles de Santa Lucía, y, con esta ceba singular, tuvo en poco tiempo á su disposición una caterva de muchachos que, provistos de pitos, cohetes de estruendo y latas vacías, se agolparon á la puertas de la casa de gobierno, formando una algarabía ensordecedora.

Pateta, que era un gran miedoso, subió de un brinco á la azotea del palacio gubernativo y al verlo rodeado por tanta gente, en son de guerra, clamó socorro con tal fuerza, que su voz, resonando sobre el estrépito que hacían los muchachos, como un trueno sobre la tempestad, fué oída á las puertas del Congreso por Dn. Rodrígón, y creyendo éste, por el estruendo que llegaba hasta sus

oídos, envuelto en el humo de los cohetes, que había estallado una revolución, cayó con todas sus fuerzas, como un huracán, sobre los revoltosos, que lo recibieron á los gritos de:

—¡Viva el pueblo soberano! ¡Abajo los mandones! ¡Mueran los tiranos!

—¡Ah, sí?—exclamó el Gobernador, ordenando á Bolada que cargase sobre la turba de chiquillos—¡Duro y parejo con esos mequetrefes, que no saben lo que dicen!

Los muchachos opusieron una resistencia tenaz de gritos, estruendos y silbidos de toda clase; pero Bolada, ayudado por Dn. Rodrigón y sus ministros, que con el trabuco uno y la charrasca otro, contribuyeron al triunfo, logró poner en desordenada fuga al ejército de chiquillos, que levantó el sitio de la casa de gobierno, dejando el campo sembrado de pitos, ristras de cohetes y latas vacías.

Pero mientras esto sucedía en la quinta gubernista, la Cámara, aprovechando la libertad que le daba el forzado levantamiento del sitio, á que la había sometido el Gobernador, se aglomeró á las puertas de su encierro, como una bandada de pájaros que se dispone á levantar el vuelo, y levantándolo, realmente, al verse libre de su guardián, rumbeó hacia sus casas, dejando el proyecto en discusión rechazado por mayoría de votos.

El efecto que esto produjo en el gobernador santaluciano, que todo creía poderlo, fué algo indescriptible, que le hizo estallar en denuestos contra el pueblo, con gran asombro de sus ministros, que tanto respeto le habían visto siempre guardar á esa entidad veleidosa, objeto de

sus más solícitas atenciones. Un consejo de ministros, para adoptar una línea de conducta que condujera á un desquite rápido, inmediato, decisivo, se impuso con la fuerza de la fatalidad, y Dn. Rodrigón, cerrando su ceño hasta unir los ojos por debajo de la nariz, declaró abierta la emocionante sesión.

—Esto es un ataque al principio de autoridad, que ha de primar sobre todo, y, por lo tanto, no debe permanecer impune, ni un momento más. Pase la manifestación de hostilidad que, como cosa de muchachos idiotas que es, no debe preocuparnos; pero el rechazo de un proyecto magno, como el mío, por una Cámara consciente de sus acciones, no puede quedar sin el condigno castigo.

—Sin embargo—se atrevió á decir Pateta, medio respuesto del susto, que tanto le había hecho gritar—el pueblo soberano...

—¡Qué soberano, ni qué caráfito!—exclamó el Gobernador—Esas son cosas muy buenas, para dichas desde abajo; pero, de arriba, presentan un cariz completamente distinto. El soberano, aquí como en todas partes, es el que puede más, que en este caso soy yo.

Ño Vitó se hizo tres cruces de admiración tan grandes que tropezando, en una de ellas, con el propio Gobernador, éste se dió bruscamente vuelta hacia su ministro, inquiriendo que le quería decir, con semejante manera de explicarse.

—Esto significa, Exmo. Patrón, que hay que hacerle la cruz al diablo, que nos está tentando á tomar un mal camino.

Dn. Rodrigón, que, á pesar de cuanto le molestaban las

reflexiones de su ex-capataz, no podía dejar de reconocer en él un hombre práctico, enemigo de arrebatos peligrosos, mascullô en silencio su sarcástica observación y vió claro, en su fondo, el peligro á que se exponía, con sus ímpetus.

—Tal vez *teugás* razón—dijo, en consecuencia—pero el principio de autoridad rueda por el suelo y es necesario levantarlo, antes que tengamos que ir todos á hacerle compañia. A un tiempo casi, nos han hecho una manifestación de hostilidad y nos han rechazado un proyecto. Para mí, ha llegado, pues, el momento de apelar á la fuerza, para hacer saber á la oposición que sobre ella está el gobierno.

Pateta, que habiendo salido ileso del ataque de los muchachos, había cobrado unos bríos bárbaros, dijo:

—En cuanto á lo primero, está suficientemente castigado con la derrota infligida á los revoltosos, por el comodoro Bolada, y en cuanto á lo segundo, opino que, más que de fuerza, todo es cuestión de poner en juego un poco de diplomacia.

—La diplomacia es el arma de los débiles, amigo Pateta. Yo tengo más fé en mi rebenque que en todos esos enjuagues de entretelones, que no sirven más que para hacernos peder tiempo.

—El tiempo bien empleado nunca es una pérdida, Exmo. Patrón—argumentó Ño Vitó—Y si con un poco de labia conseguimos que la alta Cámara apruebe lo que ha rechazado la baja, todo habrá vuelto á su quicio, sin detrimento para nuestra autoridad.

— Sí, pero ¿quién me responde de que tal cosa suceda?

Pateta, á quien no halagaba mucho que el entredicho

con la Cámara se llevase á rompe y rasga, viendo al Gobernador entrar en razón, dijo complacido:

—El señor Mendoval tiene bastante iufluencia en el Senado, para hacer pasar nuestro proyecto, si se empeña en ello.

—¡Es que después del rechazo de la Cámara, trabajo y mucho costará hacerlo aprobar en otra parte!

Y Dn. Rodrigón se entregó á un cálculo tan profundo, sobre la suerte que podía caber á su proyecto, en el Senado, que durante un cuarto de hora todo se le fué en ademanes, que, más que de un hombre, parecían los de un autómata, movido por un resorte.

—Exmo Patrón,—dijo Víctor de la Cueva, compadecido del estado de su amo—es mejor que desistamos de ese caracha de proyecto, que tanta resistencia levanta.

—¡Eso, jamás!—replicó el Gobernador, volviendo en sí—Yo no soy veleta, para cambiar de opinión á cada momento.

—Introduzcámosle algunas modificaciones, entonces—insinuó Pateta.

—¡Tampoco! ¡Llamen á Mendoval!

Y mientras Fariña, con una copa de caña en el buche, para darse más prisa, salió en busca del presidente del Senado, el gobernador santaluciano se paseaba á grandes zancadas por su despacho, entre las cruces de Ño Vitó y los guiños de Pateta, que, para no demostrar su displicencia por el giro que iban tomando los sucesos, salieron al patio á ver evolucionar la escolta, reforzada con unos cuantos hombres más para prevenir posibles contingencias.

—Señor presidente:—dijo Dn. Rodrigón á Mendoval, en cuanto lo tuvo al alcance de su voz—Lo he molestado una vez más para que Ud. me ayude á sacar del pantano, en que se encuentra, mi desgraciado cuán patriótico pro yecto. Pasaré por alto la manifestación de hostilidad de que me ha hecho víctima un pueblo inconsciente, que todo me lo debe: su libertad, su redención, su bienestar. Pero no puedo admitir que un proyecto, como el mío, haya sido arrojado al archivo de los papeles inútiles, porque esto afecta mis prerrogativas; y, por lo tanto, no transigiré con su rechazo.

—¡Oh Exmo. Señor!—exclamó Mendoval, condoliéndose sinceramente de la obcecación de aquel gobernador, que tan poderoso se creía—Cuente V. E. con que pondré de mi parte cuanto me sea dado, para que su proyecto pase á ser ley de la Provincia; pero....

—Pero qué?—indagó Dn. Rodrigón, frunciendo el entrecejo, hasta un límite rayano en lo increible.

—Hay una gran resistencia en el pueblo para aceptar la magna obra de V. E., tal como está concebida, y es ne cesario, ante todo, vencer esta resistencia inexplicable, pero evidente.

—¿Cómo?—volvió á preguntar el gobernante santa luciano.

—Haciendo propaganda por la prensa, dando confe· rencias públicas, convenciendo á los votantes de su utilidad.

Dn. Rodrigón, sospechando que tenía que empezar de de nuevo, suspiró desalentado, pero no vencido.

—De la prensa, podría ocuparme yo—insinuó el minis· tro de Gobierno—pero de las conferencias...

Pateta quiso decir que también se encargaría de esta clase de propaganda, si no temiera que una nueva manifestación de hostilidad le aguara el discurso, y el ministro de Hacienda, que así lo comprendió, viendo tan afligido al Gobernador, dijo, con gran sinceridad:

—De las conferencias me encargaré yo, que soy el más indicado para una *papeadura*.

—En ese caso —expresó Mendoval, sin ocultar la risa que le produjo la salida de Victor de la Cueva —yo trataré de que el proyecto sea ley; pero ...sin asegurar nada.

—¡Cómo sin asegurar nada! —exclamó Dn. Rodrigón, sorprendido de la reticencia de Mendoval—¡Usted puede mucho y yo cuento con eso!

—Puede V. E. contar con lo que quiera; pero poder algo, no es todo.

Dn. Rodrigón abrió la boca, grandemente admirado de lo que Mendoval le decía, pero como el caudillo de verdad se mantuviese firme en su manera de pensar, el Gobernador se encogió de hombros y dijo, por vía de conclusión.

—En fin, yo apelo á la imparcialidad, á la ilustración y al patriotismo del Senado, para que mi proyeeto se convierta en ley.

—Y yo acepto la misión de palanquearlo, con todas mis fuerzas,—dijo Mendoval—desde que el señor Gobernador se comprometa conmigo, á no apelar á medidas de rigor, cualquiera que sea el comportamiento de mis presididos.

—Dése el presidente del Senado á cubierto de toda clase de persecuciones, pero Dn. Benjamin Mendoval debe dejar al Gobierno en libertad de proceder, si la oposición

á mi proyecto fuera tan injusta, que me haga dudar de su sinceridad.

El caudillo de verdad comprendió que el gobernador de comedia estaba dispuesto á todo y que sería tarea vana hacerlo cambiar de miras. Por lo tanto, haciendo las salvedades, que las circunstancias le aconsejaban, aceptó la misión de palenquear al Gobierno ante el Senado, repitiendo que declinaba toda responsabilidad sobre cuanto pudiera suceder.

—¡La cosa aun está dura!—dijo Dn. Rodrigón á sus ministros, tan pronto como se quedó á solas con ellos—Pero la hemos de ablandar, aunque sea á rebencazos!

En consecuencia de este empecinamiento, con la plata del Tucurú, á falta de otra, el «Yaguá Pelón», publicó una serie de artículos de Pateta, que llevaron el célebre proyecto por todas partes; las conferencias dadas por No Vitó, entre silbidos de unos y aplausos de otros, lo hicieron conocer de todos los habitantes santalucianos y después de este compás de propaganda, en que hasta el Gobernador se lanzó de casa en casa, haciendo la apología de su obra, ésta fué presentada al Senado, con todo cuanto á su respecto se había dicho en la prensa, en las calles y en los hogares.

Agregado á esto lo mucho que sobre ella se discutietiera en la Cámara, que también formaba parte del legajo, éste adquirió proporciones tan inusitadas que fueron necesarias ocho sesiones, para dar lectura á todo cuanto al proyecto en apelación se refería; de modo que cuando se dió comienzo á tomarlo en cuenta, Dn. Rodrigón había tenido tiempo de adelgazar otro kilo de los muchos que llevaba perdidos, desde que se veía al frente

del imaginario gobierno que le proporcionara su rebenque.

Si la cosa no pasaba ahora, había que convenir en que la voluntad del pueblo estaba en contra del Gobernador, y esto, que allá en su fuero interno no dejaba de preocupar á Dn. Rodrigón, lo tuvo, durante los días en que tomó vuelo el debate de su proyecto, en un estado de nerviosidad tan grande, que le hizo guardar cama.

Por este lado, Dn. Rodrigon iba tan mal, que, aunque dispuesto á sostenerse en el Gobierno contra la marea, todos temían que á lo mejor le faltaran las fuerzas necesarias para salir airoso de la lucha á que, según él, le provocaban las inconsecuencias de los ingratos.

Por mal de sus pecados, cuando la discusión del proyecto estaba en su auge, casi en el momento decisivo Juan de la Pita, instado por Redondo Parada, que le pagó un poco más, insertó en el Yaguá Pelón un artículo furibundo contra él; y el Gobernador, que entendía haber pagado para que lo sirvieran, mandó al jefe de su escolta á la imprenta, y tal paliza hubo Juan de la Pita, que se comprometió á hacer una rectificación en toda regla.

Esta apareció, efectivamente, en el número que siguió el mencionado y entonces fué Parada quien, por intermedio de su oficial primero, le aplicó otra soba al dicho Juan de la Pita, que detuvo la salida del periódico durante seis días, que resultaron mortales para Dn. Rodrigón, pues como ignoraba que el célebre periodista gemía bajo el peso de dos palizas, creyó firmemente haberlo dejado inútil de la primera.

Esto y la lentitad con que marchaba todo lo concernien-

te á su proyecto lo tenían apesadumbrado, excitadísimo, febricitante, la mayor parte del tiempo en cama. Algunos, compadecidos de su estado, hicieron presión sobre los senadores, para que se le despachara favorablemente el proyecto, pero nuevas amonestaciones recibidas por Parada, impedían dar al problema la solución que se deseaba, y la atmósfera en su contra crecía como una marea difícil de atajar.

Los senadores se inclinaban indudablemente á la aprobación del proyecto, cuyas cláusulas estaban de cualquier modo destinadas á quedar en agua de cerrajas, pero una una fracción de pueblo aglomerada á las puertas del Senado, en virtud de los trabajos que bajo cuerda seguía haciendo Redondo Parada, para cansar al Gobernador, ejercía gran presión sobre los votantes y estos, á fin de no chocar con tiros ni troyanos, repetían en el Senado lo que antes había sucedido en la Cámara.

Ya habían hablado todos los senadores, unos en pró y otros en contra, y las discusiones, serenas unas veces violentas otras, continuaban como si tal cosa se hubiera hecho, sin que su término se perfilara por ningún lado.

El único que no había dicho aún una palabra, tal vez indeciso, en la vidriosa encrucijada, era Mendoval, que cansado de aquella farsa y compadecido del Gobernador, habló por fin, haciendo aprobar el proyecto, por un voto de mayoría; pero cuando quiso comunicar á Dn. Rodrigón la fausta nueva, el pueblo que rodeaba al Senado le cerró el paso, pidiendo el castigo de los votantes, y tuvo que valerse de una paloma mensajera para hacer conocer, en la casa de gobierno, el resultado de la sesión.



XIII

El rebenque en acción

Dn. Rodrigón, en cuanto tuvo noticia de que su proyecto había sido aprobado, se arrojó de la cama en que dormitaba y ávido de vida para proseguir su gobierno hasta el fin, corrió á la mesa en que cenaban sus empleados y comió aquel día por los muchos que llevaba sosteniéndose, casi exclusivamente á pan y agua.

—¡Ahora, sí, caráfito,—exclamó después de tan excelente colación—siento que es sangre la que circula por mis venas! Pero—agregó, sorprendido de que nadie viniera á felicitarlo—¿cómo es que no ha venido el mismo Mendoval con la noticia?

Los comensales callaron como muertos; pero Ño Vitó, que era el indicado para las malas noticias, dijo:

—Patrón Exmo: el presidente del Senado no ha venido en persona, con la fausta nueva, porque el pueblo está reunido á la puerta de la alta Cámara, esperando que salgan los votantes de su proyecto, para apalearlos, sin consideración de edades ni de clases.

Rodrigón del Malezal dió un salto en su asiento, como

si le hubieran aplicado un torpedo, debajo de la silla que ocupaba.

—¿Y por qué no me han dicho eso antes?—preguntó.

—Por no amargarle una buena noticia con otra mala, Exmo. Señor—contestó Pateta, echando la comida que seguía mascando hacia un lado de la boca, para poder hablar.

—¡Son unos imbéciles! ¡Que vaya Bolada inmediatamente, con toda la escolta, á dar libertad á esos beneméritos de la patria!

Pero como si una luz hubiera cruzado, entonces, por su cerebro, iluminándolo de golpe, hasta hacerle ver claro á través de la malla de intrigas que lo rodeaba, atajó á Bolada en la media vuelta que había dado para dar cumplimiento á la orden recibida.

—¡No!—dijo—Déjese estar en su puesto. Vaya Ud. Fariña, y dígale al señor jefe político que comparezca inmediatamente ante mí.

Y mientras llegaba Redondo Parada, que poco se veía andar por la casa de gobierno, Dn. Rodrigón indagó:

—Entonces ¿cómo se ha sabido la noticia de la aprobación del proyecto?

—Por una paloma mensajera, Exmo. Señor.

El gobernante santaluciano quedó pensativo. La aprobación de su proyecto por el Senado lo llanaba de júbilo; pero el círculo de pueblo, reunido á las puerta de la alta Cámara, en son guerra, producía en el fondo de su alma una contusión, que derramándose por su cerebro, como una nube por el espacio, lo entoldó de tal modo, que cuando Redondo Parada llegó azorado á su presencia, ya no guardaba ni memoria de semejante llamamiento.

Como un idiota que mira sin ver, quedóse largo rato contemplando al aturdido jefe político, y éste, que traía un tremendo julepe metido en el cuerpo, palideció de tal modo que Dn. Rodrigón, creyendo habérselas con un muerto, dijo á sus partidarios:

—¡Sáquenme este cadáver de aquí!

Pateta, Ño Vitó, Bolada, Pirrallo, Belitre, Minguicho y Barbecho sacaron al Gobernador de su yerro, y entonces Parada volvió á la vida y aquél dejó de ver visiones.

—¡Hombre, por favor!—dijo—Se achica Ud. tanto algunas veces, que hace dudar de su existencia. Pero vamos al grano—agregó—¿cómo es que permite Ud. que un pueblo irreflexivo tenga acorralados á los beneméritos de la patria, que acaban de votar mi proyecto?

Redondo, que no podía resistir la mirada del Gobernador, agachó la vista, abrió la boca y se encogió de hombros, haciendo aspavientos de admiración, como si nada supiese de cuanto le preguntaban.

—¿Cómo—exclamó, por fin—¿El Senado está prisionero de alguien?

—¡No se haga Ud. el inocente, porque ya sabe que conmigo no cuelan esas agachadas, grandísimo bribón! ¿Cómo es posible que la policía ignore lo que está pasando á sus barbas?

—Aseguro á V. E. que me habla en griego.

—Entonces, es Ud. un inepto.

—Seré un inepto, pero no un pícaro—dijo Parada, recobrando el ánimo que todos le echaban de menos.—A saber yo que el Senado se hallaba prisionero de quien quiera que sea, habría sido el primero en promover su libertad.

Dn. Rodrigón vaciló, en medio de las dudas que le asaltaban de que Parada le jugase súcio; pero como lo que por de pronto urgía era dar libertad á los miembros del Senado y no salir de sus dudas, dejando esto para después, dijo:

—Pues corra Ud. inmediatamente á dársela, y no me vuelva aquí, sino con el Senado en masa, haciéndolo responsable del menor rasguño que, por su desidia, reciba el más insignificante miembro de tan benemérito cuerpo, que desde hoy es sagrado para mí.

Redondo Parada giró sobre sus talones y dándose tres puñetazos en la cabeza, para que, como el agua de la roca de San Isidro, brotara la luz de su cerebro, á fin de salir con honra de la complicada situación en que lo sepultaba la orden del Gobernador, se lanzó por las desiertas calles santalucianas, pensando como podría disolver aquella manifestación guerrera, por él mismo promovida, para aguar el triunfo que Mendoval se empeñara en darle, condolido de sus aflicciones.

Pedir al pueblo opuesto á la votación del Senado que se retirara tranquilamente, después de las mentiras de que se había valido para alborotarlo, era enajenar su buena voluntad para otra ocasión, que no tardaría en proporcionarse; disolverlo por la fuerza, después del trabajo que le había costado embarcarlo en la insegura nave de sus conveniencias, era exponerse á dolorosas y justas represalias y dejar que las cosas se arreglaran de por sí, después de la orden que acababa de recibir, era dar pie á una destitución de parte del gobernador santaluciano, que podía imponer un sesgo muy violento á los sucesos en marcha.

—¡Bah!—exclamó Parada, en cuanto llegó á su jefatura—¡Lo que menos tengo ahora son ganas de quebrarme la cabeza!

Y llamando á su oficial mayor, le transmitió el encargo de ir, con cuatro hombres, á dar libertad á los prisioneros del Senado. En seguida, como si deseara desentenderse de cuanto pudiera sobrevenir, se arrojó en cama, dando orden de que estaba enfermo para todo el mundo.

El oficial de policía llegó al Senado una hora después de la largada de la paloma mensajera, y, sin decir agua va, la emprendió á cintarazos con los sitiadores de la alta Cámara, cuyos miembros, que estaban en el secreto de aquella manifestación, salieron á la calle, condenando duramente el arbitrario proceder de la policía. Pero el oficial atacante, que ignoraba las trapisondas de su jefe, cumplió las órdenes recibidas, con toda la energía de la época, y atropellando á sus inculpadores, al verse agredido de palabra, armó con ellos una de trompis, palos y moquetes cuyos ecos, revolucionando el pueblo, llegaron hasta la misma casa de gobierno.

Dn. Rodrigón, que atribuyó semejante ruido al alborozo con que los senadores recibían su libertad, en cuanto tuvo á Mendoval en su presencia, lo abrazó, lo besó, lo levantó en peso, y sin preocuparse de lo que pasaba en el pueblo, que seguía rugiendo, le hizo dar un baile, para el cual fueron invitadas todas las mujeres santalucianas, en condiciones de hacer una pirueta, sin excluir la querida del ministro de Gobierno, que fué expresamente buscada, para dar mayor brillantez al acto.

Pateta, acompañado al acordeón por Minguicho, tocó la guitarra toda la noche, mientras su compañera de aven-

túras, que pronto se transformó en la heroína de la fiesta, era pasada de Dn. Rodrigón á Mendoval y de éste á aquél, en una interminable serie de piezas, que rindieron á la muchacha, haciéndola descolgarse de los brazos de sus empeñosos admiradores, con el chasquido de una prenda que se cae de su percha.

Zoilo de la Silva dejó, entonces, de tocar; Mendoval, con los senadores que le habían acompañado, se retiró y Rodrigón del Malezal, para quien no había noches, se encerró con los ministros, en su despacho, á deliberar sobre la suerte definitiva de la ley de ornato.

Era al amanecer. Las primeras ráfagas de luz, penetraban por las rendijas de las ventanas, dando de lleno en las caras soñolientas de los tres protagonistas de esta obra, y, entre cabeceos de cansancio y alardes de vencedor, Radrigón del Malezal, después de un corto debate, ordenó á sus ministros que el proyecto fuese devuelto á la Cámara, para su definitiva sanción.

—Es que ahora se necesitan dos tercios de votos para hacerlo pasar, Exmo. Señor—expuso Pateta.

—¡Para insistir en su rechazo, amigo!—corrigió Dn. Rodrigón—¿Crees vos que soy tan ignorante como algunos ministros?

Pateta se mordió el labio y Ño Vitó, dándose por aludido, dijo:

—Yo, como ignorante que soy, Exmo. Patrón, opino que las cosas se dejen como están. Una derrota por un lado y una victoria por otro, no es victoria ni derrota.

—¿Entonces, qué es?—indagó el Gobernador, indeciso.

—Es un triunfo moral, Exmo. Patrón.

—Pues esa clase de triunfos te la guardas para tí;

porque yo los quiero *reales*, de esos que no dejan dudas en la conciencia.

El ministro de Hacienda hizo, entonces, al Gobernador un relato de lo que había ocurrido á las puertas de la alta Cámara, del estado de excitación en que se hallaba el pueblo, por el atropello policial, y de lo que todo esto había de influir en la suerte del proyecto.

Dn. Rodrigón, que nada sabía aún del escándalo callejero-parlamentario-policial, se quedó otra vez viendo las más extrañas visiones. Por su imaginación calenturienta, pasó, en raudo giro, un enjambre de fantasmas, atropellándose unos á otros, y después, como si tan insólita visión se hubiera desvanecido, al soplo de negra tempestad, reinó en su cerebro un caos, de cuyo fondo surgía uno que otro fuego fatuo de impotencia, á manera de chispas quedadas bajo el rescoldo de una hoguera, extinguida á fuerza de agua.

Aquellos alzamientos de pueblo, que allá en el fondo de su alma iban dejando algo que lo tenía extraordinariamente preocupado, aunque no lo manifestase, lo sacaban de quicio; pero, ante todo, era necesario consolidar el principio de autoridad, conseguir la aprobación del proyecto y demostrar, con un golpe bien dado, que el gobierno rodriguista no era moco de pavo. Lo demás vendría después.

Ajustado su criterio á este modo de ver y calculando que la aprobación de su proyecto por el Senado había de pesar grandemente, en el ánimo de la Cámara, para que ésta volviese sobre sus pasos, dada la insignificante mayoría con que lo rechazara, ordenó á sus ministros que gestionasen inmediatamente el pase de la ley de edifica-

ción del Senado á la Cámara, para que ésta la sancionase con su voto.

Y tan seguro estaba el gobernador de comedia de que su proyecto pasaría, al fin, que ni siquiera se preocupó de enviar á ninguno de sus ministros, para que lo defendiese; pero la Cámara, que seguía enconada con el Gobierno, por el sitio de que la hiciera víctima, abordó la reconsideración pedida, sobre tablas, y para hacer más notoria su venganza, lo rechazó por unanimidad, sin discutirlo.

Dn. Rodrigón, al tener noticia de un rechazo tan rápido, que no esperaba, ni siquiera temía, cayó en brazos del ministro que se la dió, como herido por un golpe, aplicado de atrás; en tanto que Parada, saltando de contento, ante para él tan fausta nueva, mandó llamar á Pacotilla, Villanez y Machaca y calculando inminente la renuncia del Gobernador, se entregó con ellos al más desenfrenado bailoteo de contento, que pueda imaginarse el lector.

El hombre estaba que no cabía en sí de gozo, y como el gozo es expansivo, salió á la calle cantando vidalitas, y tanto hizo con sus amigos del Congreso, que consiguió de estos que el proyecto de Dn. Rodrigón fuese enterrado, con las solemnidades que las peripecias de su muerte demandaban.

Al otro día, la Cámara en masa, toda de riguroso luto, con un ataúd llevado por cuatro de sus miembros y seguida de una columna de pueblo, pagada para acompañarla, enderezó al cementerio, en solemne procesión, teniendo el cuidado de pararse delante de la casa de gobierno, al compás de una marcha fúnebre, á cuyos lúgubres ecos asomó Dn. Rodrigón, con toda su gente, á las puertas de su quinta.

—¿Qué es esto?—indagó nuestro hombre, abriendo tamaños ojos.—¿Habrá muerto el párroco?

Pero al leer en el estandarte que precedía la procesión, en grandes letras blancas sobre fondo negro, que el muerto era su proyecto, dió vuelta al rostro para disimular su ira y de la indignación que le sobrevino, se cayó de espaldas, poco menos que desmayado.

—¡Qué canallas!—exclamó, echando mano al rebenque—¡Espérense un poco, maulas, que yo les voy á dar entierro!

Redondo Parada, que desde una casa de enfrente observaba lo que sucedía en la de gobierno, con Pacotilla, Villanez y Machaca, echó tanta risa por aquella su enorme bocaza, abierta hasta las orejas, que sus carcajadas resonaron en el palacio gubernista, como una burla sangrienta, y Dn. Rodrigón, que ardía como un cuerpo untado en alcohol, al cual le hubieran prendido un fósforo, saltó á la calle con su terrible rebenque, dispuesto á dejarlo caer sobre la cabeza de quienes tan mal lo trataban.

Pateta, Ño Vitó, Bolada y Fariña lo atajaron, sin darle tiempo á que llevase á cabo su intento, y Redondo Parada, asustado ante la perspectiva de una rebenqueadura, aprovechó aquel momento, para huir de su escondite, con la risa atragantada en la garganta.

—¡Lo tenemos aplastado!—dijo á sus acompañantes, en cuanto se consideró fuera del alcance del rebenque de su adversario—¡Esto no dura ni tres días más!

¡Cuánto se equivocaba! El gobernador santaluciano, pasada la impresión del golpe que lo trastornara, se serenó como la naturaleza, á la proximidad de la tormenta, y reuniendo á toda su gente, al son del himno malezero, le habló de este modo:

—Amigos míos, nos provocan á la lucha, y yo, como Uds. saben, no soy hombre que tenga el cuero para negocio. Por consiguiente, aprestémonos á la defensa, y demos de arriba á los que nos dan de abajo, que por algo hay que empezar.

Y ordenando á Bolada que siguiera con la escolta á los enterradores de su proyecto y los encerrase en el cementerio, hasta nuevo aviso, se fué á meditar el plan á ponerse en práctica, para acabar de una vez con las anomalías que, dificultando la marcha de su gobierno, lo ponían á las puertas de una crisis, que amenazaba dar en tierra con todas sus ansias de gloria.

Pateta, al ver el mal sesgo que tomaban las cosas, fundándose en que Nicanora había salido enferma del baile, solicitó un adelanto de tres meses que, por la causa invocada, no pudo negarle el Gobernador, que seguía pretendiendo á la jóven payubrera, y cerrado este paréntesis, la noche de aquel día fué pasada por nuestro protagonista, meditando sobre los malos ratos que le causaba el oficio, á cuyo desempeño se entregara con toda su alma.

De pensamiento en pensamiento, el mandatario de sainete llegó al Tucurú, y hubo un instante en que echó de menos la tranquilidad de su estancia; pero este momento de cobardía, si lo era, pasó por su mente, como un relámpago por el espacio. Los golpes recibidos, desde que era gobierno, le dolían; pero en vez de postrarlo, como anhelaban sus enemigos, lo enardecieron, y el espíritu de rebelión que había demostrado desde abajo, tornaba á apoderarse de su alma, para estallar arriba, sobre los obstáculos que se oponían al desarrollo de su programa.

—¡Yo demostraré á estos ingratos de la oposición—

dijo, entre si —que el rebenque que me ha servido para subir al Gobierno, me ha de servir también para sostenerme en él!

Y dicho esto, reflexionando sobre la obstrucción de que era víctima, pensó si no habría sido injusto con sus odiados antecesores; si el mal comportamiento de estos, no provendría de dificultades idénticas á las suyas; si todo, por cuanto luchara, no sería debido única y exclusivamente á la oposición sistemática de cierta parte del pueblo, que no deja más tiempo á los gobiernos que el necesario para contrarrestar su acción demoledora.

Y viendo en todo cuanto le sucedía una mala voluntad inexplicable, sintió que la sangre le hervía en las venas, que sólo los débiles no contestaban al golpe con el golpe, y sitiada como tenía nuevamente la Cámara, en el cementerio, empezó la venganza que clamaba su alma, mandando aplicar á cada uno de los diputados, que concurrieran al entierro de su proyecto, una docena de azotes, bien dados.

Los congresales, como es natural, pusieron el grito en el cielo; pero el Gobernador, dispuesto como estaba á meterlos en un zapato, se rió de ellos, como antes se habían reido tantos de sus angustias, y para prevenir desagradables contingencias, durmió desde entonces, con el famoso rebenque debajo de la almohada.





XIV

Lluvia de interpelaciones

No fué pequeña la polvareda de comentarios, levantada en la capital santalucense por la azotaina, de orden de Rodrigón del Malezal, propinada á los representantes del pueblo soberano.

El comodoro Bolada, que tenía sus ribetes de listo, logró convencer á los diputados de que, para evitar rozamientos enojosos, debían dejarse azotar tranquilamente, y éstos, tomando la cosa por su verdadero lado, accedieron á tal indicación, mediante la promesa de que los azotes á propinarse no pasarían de una fórmula; es decir, dándose la sentencia por cumplida, sin que la fusta vengadora trazara círculos de sangre en ningún cuerpo.

No podía ser de otro modo, tratándose de hombres por cuyas venas corría sangre ardiente; pero, como Bolada necesitaba dar la sentencia por cumplida, con todo el rigor impuesto por el mandatario santaluciano, la versión de los azotes circuló por el pueblo, en tan distin-

tas formas, que mientras unos daban el castigo como ficticio, otros lo daban por rigurosamente aplicado.

Y al fin de un día de comentarios, en que todo se dijo, menos la verdad, se formó un lío de opiniones que se enmarañaba, á medida que más se pretendía desenredarlo, con datos fehacientes.

La Cámara, al ver el sesgo que tomaba el singular suceso, se sintió herida en su dignidad; pero negar de plano la azotaina, era exponerse á que ésta se repitiese de veras, ó provocar un conflicto con el Gobierno que podría adquirir inesperadas proporciones. En consecuencia, habiendo observado que el asunto, al ser vivamente comentado, levantaba resistencias en el pueblo, contra Dn. Rodrigón, resolvió darse oficialmente por azotada, y se dispuso á vengar el ataque perpetrado en sus fueros, con una interpelación en que las libertades públicas aparecían arrastradas por el suelo.

El gobernador malezalero, para quien la interpelación de la Cámara es:aba lejos de ser una sorpresa, citó en seguida á Ño Vitó y á Pateta, á consejo de ministros, y después de una discusión con ellos, que duró toda la tarde, hizo remisión á la Cámara de un oficio, en que se demostraba ignorante de todo cuanto había sucedido.

—¿Cómo? —exclamó el opositor mercedeño, al tener noticia de esta contestación —¿Pretenden tomarnos por zonzos?

Y por unanimidad de votos, se acordó insistir en la interpelación formulada, resultara lo que resultase.

Dn. Rodrigón sonrió maquiavélicamente, y, por toda respuesta, dijo al portador del segundo oficio del Congreso, que también insistía en lo dicho, y que, á no ser

que se le diesen pruebas evidentes de los azotes recibidos, exhibiendo públicamente la parte por ellos afectada, ni daría curso á la solicitud en trámite, ni adoptaría medidas de ninguna clase, contra los presuntos propinadores de tal castigo.

Esta resolución desconcertó á la Cámara. En primer lugar, como los azotes no pasaran de una fórmula, no se podía presentar la prueba exigida por el Gobernador; y después, si estos hubieran sido una realidad ¿quién sería capaz de exhibir en público la prueba demandada?

Evidentemente, el Gobernador se burlaba de los diputados, y, como es natural, los ánimos, en vez de calmarse, se excitaron. Redondo Parada, que pensaba esgrimir los azotes como un arma poderosa, contra el magistrado de comedia, propuso que uno de los congresales se dejara azotar de veras; pero inútil creemos añadir que esta idea fué rechazada de plano, por todo el mundo, y que Dn. Rodrigón saboreaba su maquiavélico triunfo, con toda la efusión de su alma.

—¡Hemos sido vivos, caráfito!—dijo á sus ministros, entusiasmado—A ver si hay algún sin vergüenza, que nos muestre el *pasaporte*.

Pero á la altura á que habían llegado los sucesos, no podía pretender el mandatario santaluciano que los representantes del pueblo lo dejasen en paz, por mucho tiempo. Redondo Parada, instado por el gobierno de verdad, andaba en campaña, y su roma inteligencia, avivada por la necesidad de normalizar aquella situación inconcebible, ocurrió al Senado, en demanda de auxilio.

La alta Cámara, tomando pie de la manera con que la tratara el oficial de policía, enviado para darle soltura,

cayó á su vez sobre el gobierno rodriguista, con una petición de explicaciones más formidable aún que la del Congreso; pero Rodrigón del Malezal, que también los esperaba por este lado, contestó á raíz de un nuevo consejo de ministros, que lo único que podía hacer, en desagravio del Senado, era destituir á Redondo Parada.

El jefe político santaluciano, al tener conocimiento de esta contestación, dió un salto en la silla, como si le hubieran aplicado un clavo ardiendo en las posaderas.

—¡Eso, no!—exclamó, fuera de sí—Yo no tengo nada que ver con los cintarazos del Senado. El único responsable es el oficial primero.

Y temeroso de perder el puesto que desempeñaba, corrió á casa de los senadores, para inducirlos á buscar la venganza de sus ofensas por otro lado, que no le comprometiera.

—¡Otra vez hemos sido vivos!—exclamó Dn. Rodrigón, tan pronto como se impuso de los pasos dados por su subalterno—Si este *pescado* nos juega sucio, negro se va á ver ahora, para salir de la red que le hemos tendido.

Parada salió, efectivamente, á gran costa, del traspié que había dado, y como su salvación era la del Gobernador, éste resolló con ansia, al ver desviado por otro el golpe que le amagaba. Pero la guerra estaba declarada, en toda la línea, y no podía por lo tanto confiarse en que las cosas permanecieran tranquilas, el tiempo suficiente para negociar la paz, ó promover un arreglo.

El Senado, alegando que la policía procediera, en virtud de órdenes del Gobierno, declaró que la destitución del jefe político no era una satisfacción, sino una burla, que no toleraría. El caudillo malezalero exigió que se

exhibiera la orden en cuestión, y como ésta no pudo exhibirse, por no haber existido, la insistencia en la interpelación fué contestada con el silencio.

El Senado, viéndose desatendido, conferenció con la Cámara, y como ésta se hallaba en el mismo caso, fácilmente se entendieron. De esta *entente*, surgió una comisión que, aproximándose al Gobernador, le intimó que rindiera cuenta de sus actos, en el perentorio término de veinte y cuatro horas, si se estimaba en algo.

—Pero ¿qué es lo que quieren?—exclamó el Gobernador, incomodado—¡Vamos á ver! ¿Qué quieren Uds. de mí?

—¡Justicia, Exmo Señor!—dijeron todos.

—Pues si quieren justicia, empiecen Uds. por hacérmela á mí.

—¡Es que V. E. nos ha mandado apalear! - exclamaron los del Senado—Y esto de apalear á representantes del pueblo....

—¡Azotar!—corrigieron los de la Cámara.

—¡Yo no he hecho apalear, ni azotar á nadie!—replicó el Gobernador, conteniéndose á duras penas—Y no permito que Uds. pongan en duda mis afirmaciones, porque eso pasaría la raya de lo tolerable.

—¡Sí, Señor!—contrarreplicó el opositor de Mercedes—V. E. nos ha hecho castigar por sus esbirros, y ésto es un atentado á las libertades públicas, que no ha de quedar así, porque no lo permitirá ninguna de nuestras Honorabilidades, cuyos fueros han sido violados.

—Quedará como á mí se me antoje, Honorabilidades de relumbrón, porque los fueros que Uds. invocan están cien codos más abajo de los míos. Y tengan cuidado de no

levantar mucho la voz, en mi presencia, porque al primero que se desmande, le propinaré yo mismo otra vuelta de esos azotes que tanto le escuecen ¡sotretas!

Y Dn. Rodrigón, que unía con frecuencia el hecho á ta palabra, echó mano al rebenque que colgaba de una de las paredes de su despacho, como una advertencia para todos.

—¡Recuerde V. E. que está hablando con el pueblo sobarano!—exclamó uno de los conferecíantes—¡Ud. no es patrón de ninguno de nosotros!

—¡Los pueblos tienen el gobierno que merecen, politicastros del caráfito, y Uds. son unos atrevidos que hay que manejar á rebencazos!

Y no pudiendo contenerse, por más tiempo, Dn. Rodrigón levantó el rebenque sobre los senadores y diputados, á lo que contestaron estos cerrando sobre él sus puños; pero antes de que la cosa degenerara en gresca de lavanderas, apareció Bolada con la escolta, armada á vaina, y barrió la casa de gobierno de congresales, con gran sentimiento del Gobernador, que se proponía hacer con ellos una de las suyas.

—Otra vez, no te *matás* en estas cosas, sin que yo te llame;—dijo al comodoro, de mal humor—porque, para limpiar mi cuarto de basuras, me basto y me sobro yo.

Pateta y Ño Vitó facilitaron la salida á los congresales, que tomaron rumbo á sus casas, comentando el desenlace de su misión alegremente, y apaciguado el Gobernador, con la disparada de estos, dió principio el consejo de ministros que la conferencia tan grotescamente terminada, obligaba á celebrar.

—Amigos míos,—dijo Rodrigón del Malezal á Víctor

de la Cueva y Zoilo de la Silva, después de haber transmitido ciertas órdenes á Fariña —creo que nuestro gobierno va á terminar como empezó: á rebencazos; pero antes de volver á la fuerza bruta, voy á tentar el último recurso, en pró de la paz.

—¿Que piensa hacer, V. E.?--indagó el ministro de Gobierno.

—Ver si por intermedio de Benjamín Mendoval y Pancho Guapo, podemos meter en vereda á los demagogos descarriados de ambas Cámaras. El paso que voy á dar no está muy en armonía con mi modo de ser; pero el pueblo, el verdadero pueblo, por quien me he sacrificado, exige de mí esta nueva humillación y no quiero mezquinársela.

—Exmo. Patrón—argumentó Ño Vitó—yo opino que ese pueblo, que tanto preocupa á V. E., tiene mucho de ingobernable, y que lo mejor que podemos hacer es renunciar é irnos en paz á nuestra estancia.

El Gobernador contempló al ministro de Hacienda, durante un largo espacio de tiempo, con la mayor sorpresa, estampada en el rostro, y aunque se sintió impulsado á darle la espalda, por toda contestación, no pudo dejar de decirle:

—¡Calla, cobarde! Eso equivaldría á huir, en el fragor de la pelea, y bien sabes tú que yo jamás haré eso.

—¡Huir á tiempo no es cobardía, Exmo. Patrón! --insistió Ño Vitó—La palabra renuncia anda en boca de mucha gente.

—¡Al primero que me hable de tal cosa, lo muelo á rebencazos!

Víctor de la Cueva calló; Pateta se dispuso á terciar

en el debate; pero, en esto, penetraron en el despacho del Gobernador Mendoval y Guapo, que Fariña, por mandato de Dn. Rodrigón, logró alcanzar á su paso por allí, y el consejo de ministros tomó un nuevo cariz.

El mandatario santalucense, encarándose con los recién llegados, los increpó seriamente, por el tono altanero con que se había presentado ante él la comisión de senadores y diputados, exigiéndole explicaciones que no se creía obligado á dar, y los presidentes interpelados creyeron de buen tono adoptar un aire de asombro, que no dejara dudas sobre su inocencia, al respecto de lo que pasaba al Gobernador.

—¿Han faltado á V. E.?—indagó Mendoval.

—¡Ya lo creo! Y prevengo al señor presidente, para que se lo haga saber á los interesados, que no permitiré que nadie se sobreponga á mi autoridad.

—Se comprende—dijo Pancho Guapo—Nosotros hemos hecho cuanto humanamente se pudo, para que semejante comisión no se constituyese; pero la oposición á *outrance*, que se ha levantado contra el gobierno de V. E., pudo más que nosotros ¿no es verdad, señor Mendoval?

—Cierto—apoyó éste—Y es tal el desquicio de opiniones, que reina en el recinto de las leyes, que yo, francamente, renuncio á la ímproba tarea de armonizar ideas, con gente que no quiere entender.

—De modo que Ud. cree que la Cámara está rebelada contra el Gobierno ¿no es así? Esto es grave...

—Yo, querido Gobernador, no creo nada; pero los ánimos están excitados; y la voz de la reflexión es impotente para hacerse oír. Sin embargo, cálmese V. E; tranquilícese su ilustre Ministerio y confíe el Gobierno

en mí y en mi colega de la Cámara, que vamos á hacer todo lo posible para apaciguar la tempestad, que amenaza desatarse sobre nuestras cabezas. Tal vez convendría dar algunas satisfacciones...

—Así es—confirmó Pancho Guapo—La destitución de los propinadores de los azotes y cintarazos allanaría muchas dificultades.

Rodrigón del Malezal, que no estaba muy seguro de la sinceridad de Redondo Parada, de buena gana hubiera aprovechado aquella oportunidad, para destituirlo; pero esto, que en cualquier otro momento hubiese aceptado de plano, le pareció, entonces, una prueba de debilidad, y por lo tanto, disintió con el consejo que le daban.

—¡No! —dijo— Eso no lo haré, porque sería una imposición, á la cual no quiero someterme. Vean Uds. si consiguen normalizar las cosas, con buenas palabras, que siempre será mejor que á rebencazos, como pienso hacerlo yo, si sus gestiones, de las que mucho espero, resultaran inútiles.

Mendoval y Guapo prometieron, sonriendo bajo el bigote, hacer todo cuanto se les pedía, y Dn. Rodrigón descansó en la creencia de que el ascendiente de aquellos, sobre los representantes del pueblo, tendrían que contribuir eficazmente á la normalización de las cosas; pero apenas había vuelto á reanudar su interrumpido debate con Pateta y Ño Vitó, cuando cayeron sobre su mesa de trabajo dos nuevas interpelaciones, una del Senado, pidiendo que fuera á rendir cuentas del resultado de su gira, y otra de la Cámara, reclamando explicaciones sobre los puestos conferidos á los recomendados de Pacotilla, Villanez y Machaca.

—¡Vea, si serán diablos!—dijo el Gobernador á sus ministros—Después que me han dado licencia para viajar y prestado su acuerdo á los nombramientos que hice, me salen ahora pidiendo explicaciones de esto!

Y estrujando nerviosamente las notas en cuestión, con ambas manos, hasta convertirlas en una pelota, agregó, llamando á Fariña, á quien se la entregó, con desdén:

—¡Toma! Lleva esto al gabinete negro, por si hace falta papel allí.

Después, apoyó la cabeza en los abiertos garfios de sus dedos, como si quisiera evitar que le cayese al suelo, ó se remontara por la región del viento, como un globo desprendido de su amarra, y sintiéndose cansado de la lucha á que se le provocaba, dijo, con amargura:

—¿Pero qué he hecho yo á esta gente, para que me trate así? ¿Soy un mal gobernador? ¿No cumplo con mi deber? ¿Habrá que gobernar á palos, para que los pueblos estén contentos? ¿Qué contestan mis ministros á todas estas preguntas?.... ¿Nada?

Zoilo de la Silva y Víctor de la Cueva permanecieron silenciosos; pero comprendiendo ambos que la guerra estaba declarada, entre el pueblo y el Gobierno, de la discusión que siguió á su silencio, surgió indispensable la idea de la defensa. Las palabras renuncia, conspiración, juicio político y otras de este jaez habían llegado hasta la casa de gobierno, y era necesario, por lo tanto, poner un dique á estos desbordes.

En consecuencia, Pateta, que acompañaba al Gobernador en la idea de sostenerse en el poder á todo trance, propuso la creación de un cuerpo de espías enmascarados, con la misión de averiguar los verdaderos designios

de la oposición y castigar, con mano irresponsable, á todos aquellos que se hallasen en flagrante delito de conspiración.

—¡Bravo!—exclamó Dn. Rodrigón, abrazando á su ministro.—¡*Sos* un Maquiavelo, el Napoleón de la política!

Y llamando en seguida á Fariña, que estaba tomando la copa, bajo el corredor de la casa, agregó:

—El talentoso ministro de Gobierno, aquí presente, me ha sugerido la idea salvadora de crear un cuerpo de hombres de confianza, para que, bajo tu inteligente dirección, disfrazados de matones, á fin de que nadie los conozca y todos les teman, salgan de noche por la población, sigan á los representantes del pueblo y averigüen lo que traman contra mí. ¿Estás dispuesto á servirme lealmente, en esta faz de mi gobierno?

Y como Fariña, á una seña de Pateta, hubiese contestado afirmativamente, el Gobernador, á indicación de su referido ministro, contrató ocho individuos de dudosos antecedentes que, al mando de su edecán, cuidadosamente emponchados y malamente disfrazados todos, en cuanto anochecía, se largaban por la población, en busca de conspiradores que castigar, si llegaban á descubrirlos.

El cuerpo de emponchados, tomando su misión á pecho, sembró de alarmas la capital rodriguista, como podrá imaginarse el lector, y á las pocas noches de su aparición, en sus desiertas calles, todo el mundo creía que andaba por ellas una banda de malhechores, unos, de duendes, otros y de ladrones, los demás.

La Cámara de Diputados, sin embargo, por una indiscreción de Fariña, que tuvo que sacar la máscara

para tomar su acostumbrada copa, llegó pronto al descubrimiento de la verdad, y una nueva interpelación llovió sobre el Gobierno. Uno de los senadores, á quien no dejaba en paz otro de los emponchados, llevó la voz de alarma al Senado, y éste se desató sobre el Gobierno, con otra interpelación, que echaría tierra á la de la Cámara, si ésta no fuese incontestable.

El Gobierno, acosado á interpelaciones, dió orden á Fariña de contestar á quienes tan apurado lo traían, con un redoble de vigilancia, acompañado de palos, si fuese necesario, y las cosas andaban tan revueltas, en la pacífica Santa Lucía, que los negocios se veían obligados á cerrar sus puertas, apenas asomaba la noche, tras el bosque de naranjos que sombreaba sus estíos, sin vender un mísero centavo.

Estos líos llegaron á tal extremo que los senadores y disputados, para dar al Gobierno una prueba de la verdad que les negaba, resolvieron tener una de á pié con los emponchados y arrancarles la careta, para llevársela al Gobernador, como justificativo de lo que pasaba; pero Dn. Rodrigón tuvo conocimiento á tiempo de la treta de sus enemigos y poniéndose el mismo al frente de sus matones, con el rebenque acolchado, dió tan soberbia batida á los representantes del pueblo, que no les quedaron ganas á estos de volver por el vuelto.

Para colmo de confusiones, los comerciantes locales, á quienes aquella chacota repercutía en el bolsillo, se presentaron al verdadero Gobierno, pidiendo seguridades, y Redondo Parada, instado por éste, dió orden á ambas Cámaras de extremar su oposición al de comedia, con nueva y más tempestuosa lluvia de interpelaciones.



XV

Disolución de las Cámaras

La tormenta de interpelaciones, acompañada de relámpagos callejeros, tenía al héroe del Buey Rabón completamente recluído en su despacho. El pobre, á quien la oposición de las Cámaras causaba gran pesadumbre, había perdido ya diez kilos de su peso normal, y al paso que iba, llevaba trazas de convertirse en un espárrago de la talla de Ño Vitó, antes de terminar su ciclo gubernativo.

En cambio. Zoilo de la Silva, á quien las preocupaciones del Gobierno no quitaban el apetito, había adquirido una gordura tan extraordinaria, que muchos de sus compañeros de tareas le llamaban, por lo bajo, *chancho cebado*. Pero volvamos á Dn. Rodrigón, que es el eje sobre el cual va á girar este capítulo.

El gobernante imaginario, luchando á brazo partido con las ideas que se agolpaban en su mente, iba afirmándose en la creencia de que no basta ser gobierno, para ser feliz; que los pueblos eran mucho más difíciles de conformar de lo que en un principio creyera y que tal

vez sus antecesores no habían gobernado mejor, porque no les dejaran tiempo ni lugar para ello.

De meditación en meditación, llegó á disculpar, en gran parte, muchos de los actos tiránicos que combatiera con el rebenque en la mano, y ya lanzado por este camino, trató á los senadores de politicastros, á los diputados de patrioteros y al pueblo de levantisco. Y á medida que sondaba el horizonte, se arraigaba en su alma la profunda convicción de que el único modo de evitar un naufragio seguro, era apoyarse en un gobierno de fuerza.

Para esto, necesitaba, ante todo, dinero, gente y armas. Por este último lado, nuestro hombre se creía suficientemente fuerte con su rebenque, la charasca de Ño Vitó, el trabuco de Pateta y las vainas, tacuaras y maneas de su escolta, pues con el mismo desdén con que hablara del gobierno caído, hablaba de la oposición que se erguía ante él. En cuanto á gente, contaba con la adhesión incondicional de todos los departamentos, pues estos, al contrario de lo que temiera en los primeros días de su gobierno, no le daban ningún trabajo, y el progreso que había notado en su gira, continuaba desbordándose por todos los ámbitos de la Provincia, al amparo de la paz por donde quiera difundida. Sólo en cuestión de fondos no estaba el gobernador santaluciano muy seguro de las sumas de que, en caso necesario, podría disponer, y para salir de esta duda, llamó, en seguida, á su fiel ministro de Hacienda, á su despacho.

—Vamos á ver, Víctor—díjole amistosamente—Estoy en vísperas de adoptar grandes resoluciones, y necesito, antes de dar un paso por este camino, saber como andamos de fondos.

Víctor de la Cueva frunció el entrecejo; pues hablarle de gastos á él, después de los múltiples desembolsos que llevaba hechos, por cuenta del Tucurú, equivalía á decirle que fundiese de una vez la estancia.

En consecuencia, contestó, con suma tristeza:

—Malísimamente mal, Exmo. Patrón.

—¿Cómo?—indagó el Gobernador, haciéndose el asombrado—¿No ha venido nada de afuera? ¿No se han cobrado los impuestos de la capital?

—La caja continúa tan pelada como me la entregaron, Exmo. Patrón, y hasta ahora, al menos, ni ha venido un centavo de los departamentos, ni se ha cobrado un milésimo, en la caqital.

—¡Oh! ¡Esto es inconcebible! ¿Habráse visto desquicio? Entonces ¿con qué dinero estamos haciendo fuego?

El capataz del Tucurú contempló á su patrón con la mayor angustia grabada en el semblante, y como aquél le reclamara una contestación inmediata, rompió á llorar como un niño.

—Con el del Turucú, patrón—dijo, ahogado por un sollozo.

—¡Exmo. Señor, Ministro!—corrigió el Gobernador—No olvide Ud., en medio de las angustias que le produce su desidia, el tratamiento que me debe, como primer mandatario de la Provincia.

—No ha habido desidia de ninguna clase, excelentísimo señor mandatario.

Dn. Rodrigón, convencido de que su ministro no aprendería jamás á tratarlo como Dios mandaba, sonrió, á pesar de la ira que le producia la falta de fondos, y, cambiando de tono, preguntó:

—¿Pero ¿qué obstáculos se oponen, entonces, á que el percibo de los impuestos creados para el sostenimiento del Gobierno se efectúe regularmente?

—Yo no sé, Exmo. Señor,—contestó el ministro de Hacienda, sin animarse á decir todo lo que sentía—pero mucho me temo que la Cámara de Diputados, por una parte, y la de Senadores, por otra, sean la única causa de que nadie pague las boletas de contribución que he mandado cobrar, por las oficinas correspondientes.

—Ah, pícaros!—exclamó el Gobernador, sintiendo subírsele la sangre á la cabeza—¿Me quieren vencer por hambre? ¡Yo les voy á dar oposición sistemática, artimañas perversas y prédica malévola! Manda inmediatamente al procurador de la Provincia todas las boletas de contribución impagas, para que gestione su cobro por la vía judicial, y telegrafía ahora mismo á los jefes de los departamentos, para que te hagan perentoria remesa de todos los fondos existentes en su poder, que han de ser muchos.

Víctor de la Cueva enjugó las lágrimas que seguían corriendo por sus mejillas, esbozó una sonrisa amarga como la hiel y enderezó á su despacho, para dar cumplimiento á la órden recibida; pero, apenas había tomado asiento en su raída poltrona, cuando fué interrumpido en su tarea por su colega, en el ramo de Gobierno, que penetró en su oficina, con un pliego en la mano, cerrado aún.

—¿Qué hay, amigo Pateta?—indagó nuestro ministro.

—Algo muy grave debe ser, amigo Ño Vitó. Acabo de recibir una nota de la Cámara de Diputados, que no me huele á cosa buena.

Y Pateta, guiñando misteriosamente, mostró á su colega de Hacienda la minuta que llevaba en la mano. Ño Vitó hizo un movimiento de hombros, como si tal cosa no le preocupara, y dijo:

—¿Por qué no se la lleva al patrón?

—Es eso lo que voy á hacer, ahora mismo; pero no he querido llevársela, sin darle antes conocimiento de ella, por lo que pudiera convenirnos...

—Llévesela no más, que lo que es, por mi parte, deseo acabar cuanto antes, con la ridícula farsa en que me veo envuelto.

—Sí, pero ¿y mi sueldo?—indagó el ministro de Gobierno.

—No se preocupe tanto de eso, amigo Pateta, que si salimos con algo de este pantano, ya lo arreglaremos todo en paz y gracia de Dios.

El ministro de Gobierno, con esta promesa, que le urgía provocar, enderezó al despacho gubernativo y puso en manos de Rodrigón del Malezal una ley de la Cámara de Diputados, votada por unanimidad, en que se negaba al P. E. toda clase de recursos para sostener el cuerpo de espías. El gobernador ilusorio, llamando á Ño Vitó á su despacho, para completar el consejo que la nota recibida reclamaba, vetó la ley en cuestión también por *unanimidad*.

Pero aun no había cerrado el pliego de contestación á la Cámara baja, cuando cayó sobre su despacho otra nota del Senado, por la cual se le suprimía toda la escolta. Dn. Rodrigón agarró esta segunda nota, la hizo pedazos entre sus dedos y la pasó por una parte de su cuerpo, que no nos atrevemos á mencionar.

—¡Canallas, crápulas, indecentes!—exclamó—De este modo, mañana me suprimirán los jefes políticos, después, los ministros y por fin, á mí. Pero yo les voy á ganar el tirón, suprimiéndolos á ellos primero. ¿Cuántos hombres tenemos bajo las armas?

—Veinte y cinco, sin contarnos á nosotros, Exmo. Señor—contestó Pateta, á quien no disgustaba la idea de disolver las Cámaras, después de lo mal que habían recibido su último discurso.

—Bueno—dijo el Gobernador, satisfecho de esta contestación—Pues vete en seguida al telégrafo y pasa una circular á todos los jefes políticos, exigiéndoles que contesten hoy mismo, si podemos contar con ellos, y tú, Víctor, ordena al procurador, á quien has enviado las boletas de contribución impagas, que las haga efectivas, en el acto, aunque sea apelando á la fuerza pública. Mientras tanto, que nadie me interrumpa en mis meditaciones, si quieren que salve la Provincia de la anarquía que la amenaza, por inconsecuencias inconcebibles.

Los ministros salieron á cumplir las órdenes recibidas y el Gobernador quedó solo. En sus nuevas meditaciones, á solas consigo mismo, Dn. Rodrigón hizo un prolijo examen de conciencia y arribó pronto á la convicción de que era un gobernador cabal, sin ribetes de tirano, ni sombras de coimero, ni nada de nepótico. En cambio, volcó todas las ideas que tenía de los gobiernos que combatiera, sobre los miembros de la oposición que le cerraba el paso, y la misma ira que antes alimentara contra aquéllos, la sentía ahora contra los senadores, diputados y ciudadanos que abierta ó solapadamente se le atravesaban, en la senda regeneradora que se había trazado á sí mismo.

—¡Yo les daré á esos anarquistas el gobierno que merecen!—exclamó, paseándose á grandes zancadas, por su despacho, como si hubiera adoptado una resolución—Si no fuera por no desmentirme á mi mismo, daría en el acto participación en mi gobierno á los desterrados del anterior. Pero.... tiempo al tiempo.

Y cansado de estos soliloquios, de estas luchas con su conciencia, cayó en una especie de anonadamiento que lo tuvo postrado todo el resto de aquel día. De esta alarmante postración, que alternaba con intermitentes raptos de energía, vino á sacarlo un número del «Yaguá Pelon», en que Juan de la Pita, buscando seguramente la venganza de las palizas recibidas, por la hilaridad que habían producido en el pueblo, trataba á Rodrigón de gobernador de cómedia y á Parada de apuntador, en medio de reticencias que dejaban en descubierto cosas que todo el mundo sabía, pero que nadie mencionaba.

Dn. Rodrigón, sintiendo que las chocarrerías del «Yaguá Pelón» le punzaban como puñales en carne viva, empuñó el rebenque acolchado y tal paliza dió á Juan de la Pita, que éste botaba y rebotaba bajo el cabo de su arma favorita, como una pelota de goma; pero aun no había dejado de jugar con él, cuando Parada, entrando tan ciego de ira como nuestro héroe, se arrojó á su vez, sobre el desgraciado periodista y se puso á golpear en él, con el rebenque de su uso, como quien sacude una alfombra del polvo que contiene.

—¡Vengan esos cinco!—dijo Dn. Rodrigón, una vez que Sotero Redondo dió por terminado su *trabajo*—¡Así me gustan los hombres!

—¡Con toda mi alma, querido Gobernador!—contestó

Parada, alargando lo que le pedía aquél—¡También á mi me gustan los hombres como V. E!.

Juan de la Pita quedó hecho un *ecce homo*; pero sobre este cadáver, que volvió á la vida al otro día, como si tal cosa, pues ya hemos dicho que este sujeto era realmente de goma, Redondo Parada consiguió que su enemigo de revolución, su reticente gobernador, le diera por fin, en un abrazo, la confianza que tanto le había mezquinado, anotándolo en el número de sus más decididos partidarios.

De este modo, el atolondrado jefe político santaluciano aseguraba la retirada y se mantenía al tanto de los planes del Gobernador, para contrarrestarlos, bajo cuerda, como hasta allí; y la intriga tan burdamente urdida podía prolongarse aún el tiempo suficiente, para preparar con éxito el golpe de gracia, el desenlace de la comedia.

Juan de la Pita, que por suerte del periodismo argentino, era extranjero, telegrafió al ministro de su nación, pidiéndole amparo, y este pedido, que pasó sin que nadie lo advirtiera, repercutió en la legislatura santaluciana con tan voluminosas proyecciones, que el Senado, por una parte, y el Congreso, por otra, cayeron sobre el gobierno rodriguista, pidiendo la inmediata destitución del ministerio, como un desagravio al escritor befado.

Dn. Rodrigón, que acababa de asegurarse la adhesión incondicional de todos los jefes políticos, incluso Redondo Parada, contestó á esta nueva provocación con una serie de ruidos antipáticos, que los portadores de los pliegos conminatorios transnitieron á ambas Cámaras, como los habían oído, y éstas, indignadas como estaban por las múltiples groserías, que con ellas venía cometiendo el

Gobernador, se reunieron inmediatamente en sesión magna, para enjuiciarlo políticamente.

—¿Ah, sí?—exclamó Dn. Rodrigón, al tener noticia de este plan—¡Yo les voy á dar juicio político!

Y sin pedir más explicaciones al emponchado que le traía la nueva, se reunió inmediatamente con sus ministros, en consejo. De este consejo, á pesar de las objeciones de Ño Vitó, que era partidario de la renuncia gubernativa, surgió indispensable la disolución de las Cámaras, y Dn. Rodrigón, que ardía en ansias de vengar las afrentas recibidas, sin hacer caso de Pateta, que le aconsejaba confiar semejante misión á la policía, hizo formar á la escolta, al son del himno malezalero, y la arengó de este modo:

--Soldados de la patria:—Una recua de parias, que estaría mejor tirando de un carro que haciendo leyes para un pueblo, digno de otra suerte, nos está provocando á la guerra, con su oposición de taberna, por no decir otra cosa. Primero, intentó suprimir al benemérito cuerpo de emponchados, porque la vigilaba; en seguida, pretendió disolveros á vosotros, reliquias de un ejército glorioso, porqne la barristeis de mi despacho; después, se atrevió á pedirme la destitución de mi ilustre ministerio, por que sí, y ahora trata nada menos que de enjuiciarme á mí, porque no. La guerra está, pues, declarada, entre nuestro honrado Gobierno y esa caterva de pillos de las Cámaras, que es necesario aplastar para gloria común, salvación de la Provincia y bienestar del pueblo, que merece ser respresentado por otra clase de gente. Echad, pues, mano á vuestras vainas, tacuaras y maneas, como mis ministros la echan á su trabuco, el de Gobierno, á su charasca,

el de Hacienda, y yo, á mi invencible rebenque, y demostremos al mundo que los que han llegado desde abajo á la cumbre del poder, son hombres para arrojar del cielo de la patria á los que ofenden á su primer mandatario, que debe ser sagrado para todos.

Dn. Rodrigón una vez concluída la lectura de su singular arenga, colocó en la solapa de la levita la medalla del rebenque; Pateta y Ño Vitó, pusieron en sus sacos la de la charasca; los soldados adornaron sus raídas camisetas con la de la vaina, y dejando la casa de gobierno al cuidado de Fariña, con el cuerpo de emponchados, aquella masa de hombres, mandada por el Gobernador en persona, se puso en marcha, hacia el Congreso, con la bandera del Tucurú desplegada al viento.

Bolada, que había recibido el encargo de dar escape á Mendoval y Guapo, hizo señas de que estos se hallaban en salvo, y Dn. Rodrigón, cubierto este escrúpulo de conciencia, rodeó el Congreso con todas sus fuerzas, en son de ataque.

Los representantes del pueblo, ajenos á la que se les venía encima, acumulaban en aquellos momentos cargos y más cargos contra el Gobernador, para compeler á los irresolutos á sancionar su destitución. La cosa, como generalmente se dice, estaba que ardía, cuando los acordes del himno malezalero advirtieron á todos del peligro que corrían, y, á falta de otra defensa, cerráronse las puertas en la cara de los asaltantes.

Dn. Rodrigón, ante la imposibilidad de franquear aquellas puertas, que sostenían por dentro los congresales, con todas sus fuerzas, dió á sus soldados la orden de escalar las paredes, destechar la casa y caer en el recinto de las

leyes, sobre los representantes del pueblo, con una granizada de leña que no dejara ninguna espalda por calentar.

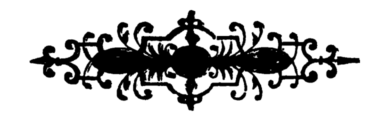
Los soldados de la escolta, ante semejante orden, se quedaron mirando las paredes, sin animarse á escalarlas. Entonces, Dn. Rodrigón, tratándolos de cobardes, trepó por una reja, como un gato, ganó un tirante del techo, con el rebenque entre los dientes, y todos lo siguieron, sin pestañear. La teja que cubría las vigas del techo rodó en fragmentos por el aire, produciendo el consiguiente estrépito, y la nube de hombres acumulada en la cúpula del Congreso, se desplomó, como un ciclón, sobre la sala de sesiones.

Pero cuando esto sucedió, ya los senadores y diputados, que no estaban dispuestos á dejarse azotar como criaturas, habían tomado las de Villadiego, lanzándose por las puertas cuyo forzamiento evitaran, en turbulento oleaje humano, que se desbordó por las calles, y el vengativo Gobernador, para quien aquella escabullida encerraba todo el carácter de una sangrienta burla, se arrojó, á su vez, con toda su gente, en pós de ellos, dispuesto á someterlos á la dura ley de su rebenque.

Declarada como estaba la guerra, entre los dos bandos en pugna, opinaba Dn. Rodrigón que no debía darse cuartel á nadie, y alcanzando á unos, en el camino, sorprendiendo á otros, en una esquina, y sacando á los demás de su escondite, tal batahola de rebencazos, palos y moquetes se armó en las desiertas calles de Santa Lucía, que el pueblo soberano, calentándose al calor de la montaña de leña que caía en cabeza ajena, aplaudió abiertamente al caudillo que la propinaba. Los aturdidos con-

gresales, al ver que el pueblo se ponía de parte de su atacante, hicieron frente al peligro y pretendieron volver por sus fueros, en una carga á trompada limpia, que produjo un momento de desconcierto, en las filas rodriguistas; pero después de un combate, que duró todo el resto de aquel día, el rebenque, la charasca y las vainas se impusieron por la contundencia de sus golpes y los puños se declararon en derrota.

Las Cámaras estaban, pues, virtualmente deshechas y el triunfo de Dn. Rodrigón resultó tan completo, que regresó á la casa de gobierno, con las llaves del Congreso en el bolsillo, entre los vítores del pueblo.





XVI

¡Oh pueblo ingobernable!

El lector habrá echado, seguramente, de ver el olvido en que tenemos á ciertos personajes que actuaron en algunas escenas de esta comedia, desaparecieron por escotillón y se esfumaron en las sombras de la nada, como si hubieran dado por concluído su papel.

¿Qué se han hecho Pacotilla, Villanez, Machaca, Dn. Pifiano y Perrati, que no dan señales de vida por ninguna parte? En realidad, no lo sabemos ni nosotros mismos; pero vamos á tratar de averiguarlo, para que no se diga que nos cuidamos poco de nuestras propias obras.

Sucede con algunos personajes de novela lo que frecuentemente acontece con los amigos de la casa, en ciertas y determinadas reuniones de familia: que unas veces por olvido involuntario; otras, por cuestiones de distancia y las demás por causas fortuitas, que sólo la amistad suele disculpar, no todos toman la participación que les corresponde en esas fiestas íntimas, en que el amfitrión

sacrifica á unos por otros, sin darse cuenta cabal de su verdadero porqué.

El interés de tales reuniones, por no decir novelas, exige, impone y hasta justifica á veces estas anomalías; pero pasado el período de atolondramiento, que trae consigo la reconcentración de ideas sobre determinado objeto, los olvidados acuden á la memoria, se siente la necesidad de dar explicaciones y los pospuestos por exigencias del momento se encuentran, á lo mejor, frente á frente, con la sonrisa en los labios.

Es lo que ha sucedido con los interesantes personajes, á quienes más arriba hacemos alusión, como verá el curioso lector, si lleva sus galanterías al extremo de seguirnos acompañando, hasta más ver.

El doble jefe político santaluciano, al tener noticia de lo que estaba pasando en las calles de la ciudad, en que ejercía de tal, como si el suelo se moviera bajo sus pies, al impulso de extraña remezón, sintióse vacilar en su puesto, y el recuerdo de los amigos de otros tiempos, inadvertidamente tenido en poco, acudió por fin á su memoria, como una tabla salvadora, en medio de la borrasca. En consecuencia, lo primero que se le ocurrió, para serenarse, en medio de sus tribulaciones, fué telegrafiar al juez de paz de San Roque para que bajase inmediatamente á Santa Lucía, trayendo consigo al comisario de Nueve de Julio, al pedáneo de Yataytí, al tropero Dn. Pifiano y al comerciante Perrati, que le quedaban en camino.

Hecho esto, Redondo Parada se echó á pensar sobre lo que debía hacer, y creyéndose obligado á tomar una participación pacificadora, en el alboroto desatado por el

pueblo de su mando, llamó al oficial primero, hizo formar á los pocos policianos de que disponía y poniéndose al frente de todos, con su par de revólveres al cinto:

—¡Muchachos!—dijo—Dejemos la casa al cuidado de nuestro oficial primero, para que la defienda con los músicos de la banda, en caso de ataque, y síganme Uds., por donde yo los lleve, con el valor que todos me reconecen. A la voz de mando: ¡paso redoblado! ¡mar!....

Una vez en la calle, Parada, que no pecaba de temerario, se lanzó con su gente, en busca de los alborotadores, dispuesto á hacer un escarmiento, por todas partes donde no pudiera encontrarlos; de modo que, cuando llegó al verdadero lugar de los sucesos, sólo descubrió, por todo rastro de la contienda, los sombreros, corbatas y pañuelos abandonados por unos y otros, en el campo de batalla.

—¡Son unos inútiles!—dijo á sus acompañantes—¿Porqué no me han dicho que era aquí donde se estaban peleando? ¡Siempre me han de pasar estas cosas, por su falta de orientación!

En seguida, hizo prender á unos cuantos chiquillos que andaban por allí, limpiando el campo de la contienda de despojos, y dando con esto por terminada su misión, ordenó á los policianos que regresaran á la jefatura, con la cosecha de presos efectuada, y enderezó con su par de revólveres á lo de Mendoval, en busca de inspiraciones. Pero el caudillo de verdad, disgustado con aquellos sucesos, cuyo desarrollo lamentaba no haber podido evitar, se había ido á su estancia, á pasar el consiguiente mal humor. Parada, ante semejante contratiempo, rumbeó á lo de Pancho Guapo, pero éste, no menos ofendido que

el presidente del Senado, marchárase á la chacra de su familia.

El jefe político santaluciano, no animándose á ver á ningún otro de sus amigos de ambas Cámaras, á quienes había injustamente dejado en la estacada, creyó que lo mejor que podía hacer era ir á felicitar á Dn. Rodrigón por su hazaña, para impedir que, en otro rapto de mal humor, hiciese con él lo mismo que acababa de hacer con las Cámaras.

—¡Querido Gobernador!—dijo, estrechándole la mano—¡Lo felicito ardientemente por su proeza! Pero—agregó, con la mayor contrariedad estampada en el semblante—¡estoy lo más resentido con V. E.!

El Gobernador miró á su solícito apologista, con aire asombrado, y preguntó, esforzándose por sonreir:

—¿Conmigo? ... Y ¿por qué?

—Porque yo, Exmo Señor, era el indicado para hacer la *limpieza* efectuada por V. E., sin decir agua va.

—Es cierto—asintió Dn. Rodrigón, convencido de las razones que asistían á su inferior—pero la obra llevada á cabo me parece tan meritoria, que he querido reservarme para mí sólo todos los honores de la jornada.

—Yo he andado buscándolo como un loco, con toda mi gente, para darle una manito; pero los imbéciles de mis policianos me han hecho tomar un rumbo equivocado, y cuando llegué al lugar de los sucesos, ya era tarde. Pero aquí estoy á las órdenes de V. E., por si aun queda algo que hacer.

—¡Gracias!—exclamó el Gobernador, estrechando la mano de Parada—Pero ya habrá visto Ud. que para limpiar la Provincia de tan malos representantes, me he bas-

tado y sobrado solo. Lo que debe Ud. hacer ahora es cuidar su jefatura de algún golpe de mano; que de lo demás me encargo yo, si hay quien se atreva á resollar todavía.

Y Rodrigón del Malezal, alegando que estaba lo más cansado, se despidió de Parada hasta el otro día, y se fué á acostar, con la tranquilidad de un justo. El jefe político santaluciano pasó entonces al comedor, en donde platicaban de sobremesa Bolada, Pateta y No Vitó, comentando los sucesos del día, y les habló de este modo:

—Pero díganme ¡grandísimos tunantes! ¿Es así como cumplen Uds. las instrucciones que les tengo dadas? ¿A dónde se proponen Uds. ir con estos escándalos? ¿No les he dicho mil veces que los hacía responsables de las macanas de su patrón? ¿Por qué no lo han contenido, mandrias?

Y dicho esto, por si alguno intentaba contradecirle, Redondo Parada apuntó al grupo con su par de revólveres engatillados.

Bolada, que creía haber cumplido con su deber, escupió por el colmillo, sin inmutarse; Víctor de la Cueva, que todo lo temía siempre de la autoridad legal, se deshizo en excusas; pero el doctor Pateta, á quien la disolución de las Cámaras aseguraba el pan de cada día, viendo que Parada no tenía trazas de hacer fuego, aventuró algunas frases, en defensa de los hechos consumados.

—¡Cállese la boca, *so* pelele, escapado de presidio, que si pronuncia una palabra más, lo dejo seco de un tiro! ¡Miren quien se pone á defender á quien! ¡Mentecato, charlatán, ignorante, pretencioso!

El jefe político santaluciano guardó despreciativamente

los revólveres con que apuntaba y Pateta, recobrando, entonces, todos sus bríos, picado como estaba por habérsele tratado de ignorante, replicó:

—Amigo, Dn. Redondo, Ud. podrá ganarme á valiente, si se quiere; pero á inteligencia ¡no!

—Yo le he ganar á todo lo quiera ¡maula! Y tenga cuidado conmigo, porque si se propasa, en lo más mínimo, lo estaqueo como un cuero. Y lo que le digo á Ud., se lo digo á todos ¡sarta de haraganes!, ¡mangiacañas de porra!; porque si vuelve á suceder otra como la de hoy, van á ir de cabeza al cepo, con su jefe por delante. Abran, pues mucho el ojo ¡sotretas!, que yo soy bueno, pero no zonzo.

Parada dió media vuelta, en busca de la puerta, y, dejando á los tres lugartenientes de Rodrigón del Malezal haciendo comentarios de toda clase, enderezó á la jefatura de su mando, en donde ya le esperaban los miembros de las Cámaras disueltas, para pedirle explicaciones de su inicuo proceder. El jefe político santaluciano, que se sentía culpable de traición, ante sus amigos, atajó la tormenta que amenazaba estallar sobre su cabeza, con una andanada de denuestos, parecida á la que acababa de dejar por el camino, sin que ésta, sin embargo, fuera bastante para conjurar completamente aquélla.

—¿Y á mí que me cuentan Uds?—exclamó Parada, viéndose acorralado—¿No les he dicho que anduvieran con tiento? ¿Porqué no lo han hecho así? ¿Quieren hacerme responsable ahora de sus burradas? ¡Sólo eso me faltaba! ¿Yo—agregó, para terminar—lo único que podría hacer era tomar presos á todos los que han terciado en el ridículo alboroto, que tan mal parada deja mi nunca discutida autoridad.

—Perdón, señor Redondo—alegó Pedro Torta, el vice presidente del Senado, asumiendo la representación de todos sus colegas en desgracia—Ud. nos había prometido defendernos, contra cualquier evento.

—No lo he hecho así... para no verme obligado á dar con todos Uds. en la cárcel, repito. Pero, en fin, no les ha de pesar á Uds. que yo me haya portado como me porté, porque así me lo exigían las circunstancias. Váyanse, pues, á sus casas, tranquilos, que la cosa no ha de quedar impune, sin embargo. Mañana hablaremos de eso.

Y nuestro hombre, comprendiendo que había faltado vilmente á aquellos pobres diablos, que sólo por él se prestaran á desempeñar un papel reñido con la más elemental seriedad, los despidió con una serie de palmaditas en el hombro, que si no dejaron satisfecho á ninguno, suavizaron en cambio algunas asperezas que urgía quitar del camino, para restablecer entre todos la buena amistad de antes.

Salido de este mal paso, con las palmadas en cuestión, el jefe político santaluciano cenó tranquilamente y se dejó caer en cama, pensando que hay situaciones, en la vida, en que no basta la parada para salir de ellas.

La ausencia de Mendoval, su mentor en casos como los que entonces lo agobiaban, lo tenía contrariadísimo, y para no volverse loco, luchando con dificultades superiores al poder de su intelecto, resolvió pasar en brazos de Morfeo la noche que aun lo separaba de los amigos que, á falta de aquél, había llamado á su presencia.

En efecto, Pacotilla, en cuanto recibió el telegrama de Parada, pensando que algo grave debía estar sucediendo

en Santa Lucía, montó á caballo y galope tras galope, no paró hasta la comisaría de Nueve de Julio, en donde se reunió con Villanez. De allí, en amigable plática con éste, que lo acompañó con gusto, llegaron á Yataytí, en donde, á su vez, se les incorporó Machaca. Y reunidos más tarde con Dn. Pifiano y después con Perrati, que les quedaban en camino, penetraron todos al amanecer en la capital santaluciana, yéndose derechos á la casa de su jefe de otros tiempos, ansiosos de saber á qué respondía su llamada.

—Pero ¿de qué se trata?—indagó Pacotilla, por todos, introduciéndose con sus amigos, en el dormitorio de nuestro hombre.—¿Ha sido de á pie ó de á caballo la que hubo?

Redondo Parada, que á pesar de sus deseos, no había podido dormir, en toda la noche, se restregó los ojos, hinchados por una vigilia cruel, y, advertido de la presencia de sus amigos, suspiró con ansia.

—Por fin, han llegado Uds.—exclamó—No es poco lo que se han hecho esperar; pero más vale tarde que nunca. Díganme, antes de seguir adelante—agregó, sentándose en la cama, para hablar y oír mejor—¿puedo contar con Uds., como siempre?

—Eso está demás preguntarlo—expuso Villanez—Pero ¿qué es lo que pasa? Porque, hasta ahora, Ud. no ha contestado nada, á la pregunta de nuestro amigo, el señor Pacotilla....

Parada contó á sus cinco amigos todo lo que había sucedido el día anterior, entre el gobernante santaluciano y las Cámaras, con otras muchas cosas que ignoraban aquéllos, y su relato, aunque atropelladamente hecho, des-

pertó tal interés en todos, que se aglomeraron en torno de su lecho, para escucharlo mejor.

—¡Eso es grave!—dijo Machaca, una vez que Redondo Parada hubo terminado—Y si no se le da otro giro á la comedia, el desenlace va á ser funesto para todos nosotros.

—Dn. Pifiano y Perrati apoyaron, con un movimiento de cabeza, la opinión del pedáneo de Yataytí.

—Por mi parte, estoy dispuesto á proceder, en cuanto se me ordene—insinuó el comisario de Nueve de Julio.

—¡Es claro que es eso lo que hay que hacer cuanto antes!—dijo el juez de paz de San Roque, con calor—El sistema de guerra adoptado por el señor Redondo Parada, para normalizar la situación surgida de nuestra derrota, es absurdo, contraproducente, ridículo.

—El ridículo es Ud., cagatintas de porra, polilla de los juzgados—interrumpió Parada, incomodado—¡Bien se conoce que no vive Ud. en la cueva del tigre, como yo, señor león!

—Vamos—terció Villanez—Dejémonos de discusiones y pensemos en algo de provecho. Yo opino que el camino más corto para acabar con esto, es agarrar al causante de tanto trastorno, sacudirle bien el polvo y mandarlo á la cárcel por loco, si no puede ser por otra cosa.

—Lo sé mejor que Ud., señor estadista de boliche; pero, para agarrar á Rodrigón del Malezal, en la forma que Ud. dice, hay que matarlo primero, y ¿quién me arregla este asunto después, con el Gobierno? Además ¿con qué gente vamos á hacer esa hombrada, cuando el loco está apoyado por treinta idiotas decididos?

—También es verdad eso—arguyó Machaca—Entonces ¿qué hacemos?

Parada se dió un cabezazo contra la pared de su dormitorio, á ver si se filtraba alguna idea por la rajadura que intentó abrirse en el cráneo; pero ni éste se rajó, ni el pensamiento salvador penetró, por ninguno de sus poros, en el nublado cielo de su mollera. Y sin embargo, era necesario hacer algo, antes que los sucesos desarrollados en su campo de acción llegaran á conocimiento del Cobierno, aumentados por la distancia, y éste tomara medidas directas para suprimirlos de raíz, cortando por lo sano.

—¡Una idea!—insinuó Perrati, que como buen comerciante, no era de los más lerdos—¿No dicen que la unión hace la fuerza?

—¡Cierto!—apoyó Redondo Parada, que, mediante otro cabezazo contra la pared, alcanzó á descifrar el pensamiento de Perrati—Falta saber si lo que Ud. piensa es factible.

—¡Oh!—exclamó Dn. Pifiano, que también habia caído en cuenta de lo que se trataba.—El viejo Redondo Parada es una cuña macanuda.

Pacotilla, Villanez y Machaca, á quienes no disgustaba acercarse á su protector, hicieron una serie de encogimientos de hombros y dieron á comprender al jefe político santaluciano que podía contar con ellos, y éste que vió su triunfo en una reconcentración de elementos, se arrojó de la cama, curado de todas las preocupaciones que lo afligían.

—¡Bravo!—exclamó, entusiasmado—Antes de ocho días nos habremos reunido otra vez todos los amigos de otros tiempos, y con hombres como Uds., dirigidos por mí, podemos dar la batalla por ganada. Pero—agregó al poco rato—como durante ese tiempo no debemos perma-

necer inactivos, vuélvanse Uds. inmediatamente á sus puestos y desde allí, mándenme toda la gente que puedan.

—¿Para qué?—indagaron los amigos de nuestro hombre, abriendo tamaña boca.

—Para facilitar mis planes, imbéciles, pues desde que Mendoval me ha abandonado, en la estacada, huyendo cobardemente á su estancia, no puedo contar más que con mis elementos y los de Uds.

Y Redondo Parada, iluminado por una idea que se filtró repentinamente en su cerebro, empujó á sus amigos hacia sus caballos, sin darles más explicaciones, y no los dejó de mano, hasta que los vió en marcha. Una vez solo, tomó un ligero desayuno y se dirigió á la jefatura política, desde donde telegrafió largamente al autor de sus días. En seguida, mandó llamar á Pedro Torta, y aprovechando el disgusto que este tenía con Dn. Rodrigón, porque no le compraba más, desde qne lo tomara de opositor, lo indujo á encabezar una manifestación de desagrado, contra el disolutor de las Cámaras.

Pedro Torta, que llevaba en sus venas sangre vengativa, aceptó la idea, y secundado por sus colegas en derrota, levantó á todo el pueblo santaluciano, contra el orden de cosas imperante, el cual, aumentado con el paisanaje que desde el camino iban mandando los compinches de Parada, formó al poco tiempo un mar de gente, que ondeaba por las calles de Santa Lucía, esperando el momento de estallar, como una tempestad, sobre la casa de gobierno.

Dn. Rodrigón, que tuvo conocimiento de la marea que se levantaba, por el cuerpo de emponchados, en sentido contrario al verdadero, pues los manifestantes, para orga-

nizarse mejor, habían echado á correr la voz de que le preparaban un mitin de adhesión, se preparó para recibir dignamente á sus apologistas, y tal era la confianza que tenía en cuanto le dijeron, que se pasó toda la tarde de aquel día, redactando el discurso con que pensaba agradecer la patriótica adhesión del pueblo á su persona.

A la mañana siguiente, cuando ya no cabía un hombre más en las calles santalucianas, Pedro Torta, con los otros miembros de las Cámaras disueltas, se puso á retaguardia de la ondeante columna de manifestantes, y obligándola á marchar sobre la casa de gobierno, al son de gritos entusiastas, aquélla fué rodeada por un oleaje de cuerpos, que amenazaban alzarla sobre sus brazos.

El héroe del Rancho Ensebado, que seguía tomando aquello por una manifestación de aprecio, asomó al balcón de su palacio con el estado mayor de su gobierno, sonriendo á todos con la más plácida de sus sonrisas; pero al ver que los vivas se transformaban en mueras, que los aplausos se convertían en silbidos y que comenzó á desatarse sobre su palacio una lluvia de papas, tomates y huevos podridos, algunos de los cuales le dieron en la cara, rompió el discurso que tenía preparado, púsose pálido como un muerto, y empuñando el rebenque, que llevaba al cinto, se dispuso á afrontar la situación.

Pero al tiempo de lanzarse á la calle, en medio de la turbamulta que lo befaba, pidiendo su renuncia á voz en cuello, sintió en tal hervor de sangre inflamado el cuerpo, que las piernas se le doblaron, el rebenque se le soltó de las manos, y sólo pudo exclamar, cayendo en brazos de Ño Vitó, estrangulado por la ira:

—¡Oh pueblo ingobernable!



XVII

En plena dictadura

Nada más amargo, en la vida del hombre, que juzgarse acreedor á la admiración pública y al tiempo de recoger el fruto de sus sacrificios, sentirse herido por las espinas de la más negra ingratitud. Es como para maldecir la hora en que hemos sido buenos, arrancar del pecho el corazón que nos ha impulsado á proceder noblemente y substituirlo por otro, cuyas fibras no respondan sino al crímen, á la perversidad y al rencor.

Tal era lo que le pasaba á Rodrigón del Malezal, al sentirse befado por un pueblo que había redimido de la esclavitud, atacado por una Cámara que sólo debido á su buena fé política lograra constituirse y *papeado* por una oposición, en cuyas aras había rendido su bienestar, su fortuna y su salud.

Esto lo irritó, lo enfermó, lo hizo caer desmayado en brazos de su único partidario fiel; pero como si tal desmayo no fuese más que una válvula abierta en su cuerpo, para dar salida á la ira que lo roía por dentro, se pasó

una tarde echando espuma por la boca, descansó durante la noche y al otro día estaba fresco. Su naturaleza viril lo hizo salir airoso de tan dura prueba, y, en cuanto se sintió nuevamente dueño de sí mismo, nacido como había para la lucha, empuñó el rebenque, saltó del lecho y se puso á recorrer su morada, con la extrañeza de quien regresa de un largo viaje.

Todo le era desconocido. Las sillas andaban por el suelo perniquebradas, las mesas yacían patas arriba por las piezas; el corredor estaba sembrado de despojos de todo género; los naranjos de la quinta lucían su tronco escueto de fruta, y tal era el debarajuste que la turba de manifestantes dejara, como huella de su paso por la casa de gobierno, cuyo asalto no pudieron evitar todas las fuerzas rodriguistas, excitadas á la defensa por Bolada, que nuestro hombre tuvo que hacer un gran esfuerzo de imaginación, para no creerse transportado á un lugar muy distinto del que antes ocupaba.

—¡Canallas, bandidos, salvajes! —exclamó, en el colmo de la indignación—Yo les daré atropellos á mano armada, allanamiento de domicilios y claudicación de ideas. Pero—agregó, mirando fijamente á Parada, que, arrepentido hasta cierto punto de sus barbaridades, lo acompañaba en aquella requisa, para evitar que se descubrieran sus pasteles—¿cómo es que la policía no ha sabido prevenir esto?

—Pero, Exmo. Señor,—contestó Redondo Parada, haciéndose el muy afligido—¡si me han pedido permiso para hacerle una manifestación de aprecio!

—¡Es cierto! ¿Quién diablo podría imaginarse otra cosa, después del bien que les hice, disolviendo las Cá-

maras? Eso mismo me ha hecho creer á mí el benemérito cuerpo de emponchados, en quien tengo depositada toda mi confianza. Su falta de precaución está, pues, justificada con la mía; pero yo le aseguro, amigo Parada, que este incalificable atropello á mi autoridad, le va á costar caro á más de uno.

Y deseando dar principio por algo á la sangrienta venganza que clamaba su alma, Rodrigón del Malezal ordenó al jefe político santaluciano que procediese al inmediato encarcelamiento de todo cuanto opositor hubiera tomado parte en la manifestación contra él.

Rodondo Parada, que en su consuetudinaria falta de alcances, no lo esperaba por este lado, tembló como una vara verde ante la idea de tener que castigar, con la pérdida de su libertad, á los mismos que había azuzado contra su ingenuo superior; pero, barruntando que excusarse de dar cumplimiento á tan perentoria orden era venderse estúpidamente, fingió someterse á todas las imposiciones del ofendido Gobernador, y aceptó la bolada de hacer un escarmiento con sus opositores.

—Si; hágalo Ud—dijo Dn. Rodrigón, satisfecho de ver á Parada, tan dispuesto á secundarlo—porque si tuviera que hacerlo yo ¡no dejo á uno sólo con vida! Y, sin embargo—añadió, llevando la mano al corazón—¡yo quiero tanto al pueblo que tan mal me trata!

El jefe político santaluciano, comprendiendo que habría sido inútil hacer cambiar de idea á su mandante, se despidió de él, comprometido á dar curso á sus órdenes; llegó á la jefatura disgustado consigo mismo y no animándose á cargar con responsabilidades, ni á desenmascararse como debía, llamó al oficial primero y le ordenó

que con los cuatro policianos, de que disponía, metiera en la cárcel á todos cuantos habían andado alborotando el pueblo, en los últimos días.

De este modo, quedaba como un negro con sus amigos, con su propia conciencia; pero, en cambio, daba gusto á los dos Gobiernos de que dependía y se afirmaba en el doble puesto que ejercía, que era tal vez el más ardiente de sus anhelos.

El oficial, sin entrar en discusiones con su jefe, para no tener que dar comienzo á las órdenes recibidas por él, echó mano al machete, aseguró su revólver al cinto y seguido de los cuatro policianos, armados á rémington, dando planazos, por un lado, y culatazos, por el otro, en tres horas de ímprobo trabajo, encerró en los fondos de la jefatura que regenteaba Parada, á casi todos los habitantes de Santa Lucía. Aquello, para el susodicho oficial primero, que se daba perfecta cuenta de lo que hacía, era una aberración inconcebible, algo que le repugnaba á él mismo, que tan acostumbrado estaba á toda clase de tropelías; pero las órdenes eran órdenes, y cumplidas éstas, lo demás le importaba poco.

Así embrolladas las cosas, Dn. Rodrigón, instado por Redondo Parada para que dispusiera de aquella gente, que protestaba á voz en cuello contra su prisión, mandó llamar á Mendoval para consultar con él tan peliagudo caso, y sólo entonces supo, con gran extrañeza suya, que aquél se había ido á su estancia, dejándolo abandonado en lo más recio de la lucha.

El azotador de las Cámaras lamentó profundamente este percance; pues tenía en mucho aprecio los consejos que de Mendoval recibía. En su defecto, mandó llamar

á Pancho Guapo; pero habiéndosele dicho que este había tomado el mismo rumbo de Mendoval, sintióse ofendido por el proceder de estos amigos, y no pudo contener una sonrisa amarga, que no fué suficiente á disipar toda la confianza que tenía en sí mismo.

—¡Oh! — exclamó—Jamás hubiera creído que mis más decididos partidarios me abandonasen, en tan difícil trance; pero ¡así son las cosas!

—¡Así son! —apoyó Parada, que no estaba menos resentido con los prófugos que el Gobernador—Pero no crea V. E. que vamos á perecer, porque ellos nos hayan abandonado, en el peligro—agregó, con suficiencia—Ordéneme no más á mí, Exmo. Señor, que si el Gobernador me lo manda, soy capaz de fusilar á toda la gente que tengo presa.

Dn. Rodrigón, aunque satisfecho por la baladronada de Redondo, que halagaba su inconmensurable vanidad, quedó pensativo, ante la inmensa responsabilidad que tal proposición entrañaba. Sin embargo, como creía llegado el momento del castigo, para los opositores alzados contra él, ordenó á Parada que fuese á esperar órdenes á su puesto, y llamó á sus ministros á consejo, para resolver el asunto.

Zoilo de la Silva andaba tan asustado con los sucesos en marcha, que fué necesario, después de buscarlo inútilmente, por todas partes, ocurrir á la letrina para dar con él. Por su parte, Ño Vitó se pasaba el tiempo llorando, en los fondos de la quinta; de modo que, cuando le transmitieron la orden de su patrón, se enjugó las lágrimas que corrían por su faz, para que nadie descubriese su dolor por ellas, y enderezó al despacho gubernativo, esforzándose por sonreir.

—¡Vamos á ver! —dijo Rodrigón del Malezal, recobrando su aplomo de otros tiempos—Los he llamado para que discutamos la situación, surgida de la injustificable marea opositora levantada contra nosotros. ¿Qué hacemos de la gente detenida en la cárcel?

—Soltarla, patrón—se apresuró á decir Ño Vitó, resuelto á hablar claro—La caracha de camino que llevavamos no es la mejor, para llegar á buen fin. ¡Los pueblos tienen derecho á manifestar sus ideas, ya sean en favor ó en contra de los Gobiernos que los rigen!

—Pero no tienen el derecho de befarnos, ni de *muerarnos*, ni mucho menos de *papearnos*, señor pasado á la oposición. Por encima del pueblo, por muy soberano que sea, está el Gobierno, y yo no soy caballo de nadie, para que todos me monten.

Pateta, que tenía un susto de todos los diablos encima del cuerpo, estaba con el Cobernador; pero temiendo que el apoyarlo fuese darle alas para complicar la situación y precipitar una catástrofe, que barriera con aquella parodia de gobierno, del cual sacaba su tajada, se acogió á un temperamento intermedio, entre el del Gobernador y su ministro de Hacienda.

—Exmo. Señor—dijo, en consecuencia—Yo opino que debe pensarse mucho lo que ha de hacerse, en una emergencia tan peliaguda como ésta. ¡Pateta! ¡La cosa es más grave de lo que parece! Soltar á la gente podría ser un acto de debilidad ...

—¡Es claro!—interrumpió Dn. Rodrigón, sin dejar al ministro de Gobierno concluir su pensamiento—Por lo menos, hay que fusilar á los cabecillas de la manifestación.

Ño Vitó, á pesar de la profunda tristeza de que tenía invadida el alma, no pudo dejar de sonreir, ante la insólita bravata de su patrón; pero Pateta, temeroso de que tan sangriento parecer tomara cuerpo, se apresuró á destruirlo, diciendo, con todo su aplomo:

—¡Eso no, Exmo. Señor! Sería una barbaridad. Un hombre como V. E., que tanta confianza tiene en sí mismo, no debe apelar nunca á esas armas de gringo, para satisfacer su venganza. ¡Con el rebenque, basta! Aplíquese á cada uno de los revoltosos un par, una docena ó un ciento de azotes, en donde mejor le plazca á V. E., y ¡asunto concluído!

—¡Es claro, caracha!—apoyó el ministro de Hacienda, convencido de que el ex estanciero del Tucurú no daría libertad gratis á sus opositores—Si se ha de pegar, péguese; pero no asesinemos.

Dn. Rodrigón quedó pensativo. La idea sugerida por su ministro de Cobierno no le disgustaba; pero Redondo Parada, sin quererlo tal vez, había hecho brotar, en su alma, un sistema más expeditivo de venganza que la del rebenque. En consecuencia, conociendo que su pensamiento definitivo no había madurado aún y que la noche avanzaba, envolviéndolo todo en su manto de tinieblas, el Gobernador dió por suspendida la sesión, hasta el otro día.

—Bueno.—dijo á sus ministros, dirigiéndose con ellos al comedor, en donde ya le esperaban sus demás amigos—Lo pensaré bien esta noche, y mañana, á primera hora, resolveremos.

Dn. Rodrigón cenó con buen apetito, charló con sus empleados, se levantó de la mesa y dando orden á Bola-

da de que hiciera dormir la escolta con el arma al brazo y á Fariña de que rondara toda la noche la ciudad, con el cuerpo de enmascarados, se fué á consultar el peliagudo asunto de los castigos con la almohada, mientras el pueblo encerrado, en la jefatura política, pedía á gritos que se le devolviera la libertad de que le habían privado.

Efectivamente; éste, á pesar de las seguridades que se le daban de que, al amanecer, se le daría soltura, de que su prisión no era más que una fórmula, para evitar trastornos mayores, no quiso saber nada de pasar la noche fuera de casa, y, contrariado como estaba por las cosas de Redondo Parada, insistió en que se le franquearan inmediatamente las puertas de su encierro.

El oficial primero, sintiéndose impotente para dominar el tumulto que se le venía encima, con los cuatro policianos con que contaba, mandó llamar á Redondo Parada, y éste, creyendo, como siempre, que bastaba un golpe de teatro, para meter á todas sus víctimas en un zapato, amenazó con dejar seco de un tiro al primero que se moviese. El pueblo, empujado á mayor excitación con tan inconsulta amenaza, rompió en gritos de protesta, echó mano á lo primero con que tropezó y formando un bloque compacto de cabezas en movimiento, avanzó hacia las puertas de la jefatura, con ánimo de forzarlas, si no le daban paso franco.

—¡Alto ahí!—intimó Redondo Parada, apuntando á la columna de revoltosos, con su par de revólveres, por encima de su gente, cuya retaguardia había ganado—¡Si quieren su libertad, pídanla humildemente, de rodillas; pero no me la impongan, porque los fusilo!

El pueblo, sin hacer caso de estas bravatas, atropelló al grupo de policianos, llevándolo por delante, y Parada, sin coraje siquiera para disparar al aire, echó á correr como una criatura puerta á fuera, teniendo la desgracia de tropezar á las pocas varas, caer de bruces y sentir el paso de todos aquellos hombres por encima de su cuerpo, aumentado con los puntapiés, sopapos y pellizcos, con que los más ofendidos se vengaron de su inicuo proceder.

Al otro día, cuando Rodrigón del Malezal se levantó, dispuesto á castigar las ofensas recibidas de sus opositores, con una sangrienta vuelta de azotes, que privara á todos del uso de sus posaderas, por mucho tiempo, se encontró con la inesperada noticia de que el rebaño de presos había roto el redil de su prisión, pasando sobre Parada, é indignado por este percance, que dificultaba su venganza, sintió que el suelo se le movía bajo los pies y tuvo que apoyarse en el borde de su lecho, para no rodar por tierra, víctima de un nuevo ataque de ira.

Vuelto en sí, recobrada la serenidad, al poco rato, comprendiendo que había llegado el momento de asumir todos los poderes, para ejercer el mando sin control, mandó formar la escolta, que con el cuerpo de emponchados sumaba treinta hombres, y se hizo proclamar dictador, por todas las fuerzas de su mando. En seguida, á falta de Cámaras que sancionaran sus actos, dió visos de legalidad á su nombramiento, con un decreto refrendado por sus ministros, que hizo fijar en todas las esquinas de la ciudad, y, poniéndose al frente del cuerpo de enmascarados, para dejar á Bolada, con la escolta, al cuidado de la

casa de gobierno, se lanzó por las calles de su capital, en busca de opositores.

Estos, que habían dado por terminada su misión con la huída de la jefatura política, dormían á pierna suelta, á aquellas horas, de modo que Rodrigón del Malezal, no encontrando por las calles bastante gente, en que saciar su hambre de venganza, secundado por los espías que lo seguían, arrastrados por el ejemplo, derribó puertas, escaló ventanas y se coló, con todos sus acompañantes, en los domicilios de sus contrarios más conocidos, sacudiendo rebencazos, tacuarazos y vainazos, por donde rayaba.

La gresca, cambiando de lugar, según las circunstancias, adquirió pronto tales proporciones, que, á eso de las diez, los enemigos de la situación imperante eran azotados, apaleados ó trompeados, en donde quiera que se encontrasen: debajo de las camas, detrás de los mostradores, en plena calle. Al llegar el sol á su cenit, era tal el revoltillo de golpes, en todas las plazas, calles y casas de Santa Lucía, que, arrastrados unos por otros, se vieron obligados á tomar parte, en la singular contienda, la escolta y la policía, por un lado, el comercio y las familias, por el otro.

A las dos de la tarde, generalizada la lucha en toda la ciudad, nadie sabía ya porque pegaba, ni á quien pegaba; pero todos sacudían, todos menudeaban golpes, todos daban y recibían palos, rebencazos, cachetadas, por donde iba la mano, y las calles de la ciudad, á la vez que de un campo de batalla, tenían el aspecto de una ropería en liquidación, tal era el número de bastones, sombreros, paraguas, corbatas y pañuelos, que cubrían el pavimento, por donde quiera que la vista se tendiese.

En el fragor del tumulto, el párroco local, asustado de las proporciones asumidas por la gresca, hizo tocar las campanas á rebato; la banda de policía, rompió en ruidosa marcha; Dn. Rodrigón mandó tocar su himno y el pueblo estalló en una silbatina, que resonó sobre el general estruendo, como el eco del viento sobre la tempestad.

Sólo cuando la noche cerró en aquel campo de Agramante, amainó la granizada de palos que se desgajaba sobre Santa Lucía y la turba de locos, que en ella tomaba parte, cayó extenuada de fatiga, en donde le sorprendió su término. El párroco se echó, entonces, á la calle, con una angarilla llevada por el sacristán y el monagillo, para recoger los muertos; pero, con gran asombro de aquéllos, á pesar de lo recio de la contienda, éstos no fueron vistos, por ningún lado.

Los heridos se contaban por decenas, los contusos por cientos; pero los muertos brillaban por su ausencia; porque todos los combatientes, á imitación del promotor de la lucha, no habían apelado á armas cortantes, ni perforadoras, sino contundentes. Los estragos producidos por éstas fueron, sin embargo, tan grandes, que el primer día de dictadura rodriguista quedó grabado, en la historia del pueblo santaluciano, con caracteres lúgubres.

Pero, á pesar de los domicilios violados, de los muebles rotos, de las cabezas contusas, del colosal desbarajuste, en que se vió envuelto todo el pueblo, la paz pública más bien ganó que perdió, con la tempestad de palos desencadenada sobre sus ejidos; porque, después del esfuerzo hecho para repelerse unos á otros, los habitantes de Santa Lucía necesitaban, por lo menos, un descanso de ocho días, para volver á levantar cabeza.



XVIII

Una tregua amorosa

La fortuna hace conservadores á los hombres. El doctor Pateta, que conocemos como ministro del gobierno rodriguista, no se parece en nada al habitante del Ombú Guazú, con quien hemos trabado relación, en la primera parte de esta obra.

Entonces, no era un valiente; pero, sí, arriesgado, atrevido y hasta hombre de pelea, si el caso lo requería. Ahora, al contrario de todo eso, era precavido, prudente, conservador; porque, como tenía algo que perder, no estaba para jugarlo todo á cualquiera carta.

Era el gran vividor de siempre, con la diferencia de que antes tenía necesidad de exponer el pellejo para vivir y ahora experimentaba la conveniencia de repeler conflictos, para disfrutar tranquilamente lo que había logrado adquirir, á fuerza de vivezas que le producían algo más de lo que el lector conoce, como pronto se verá.

Por este motivo, cuando Dn. Rodrigón se puso al frente del cuerpo de emponchados, para castigar los des-

manes de los camaristas huídos de la jefatura política, temiendo las consecuencias de tan inconsulta resolución, sintió agravársele su descompostura de vientre y en vez de acompañar á su resuelto jefe,

—¡Pateta!—exclamó, grandemente contrariado.—Si no me esperan un instante, lo siento mucho; pero este maldito dolor de barriga...

Y apretándose el vientre con ambas manos, salió corriendo hacia los fondos de la quinta. Dn. Rodrigón ni siquiera escuchó lo que le decía su ministro de Gobierno: empuñando el rebenque, se puso en marcha con su gente. Y el célebre doctor se pasó toda la mañana leyendo el Yaguá Pelón, en cuclillas.

A la hora del almuerzo, salió, quejándose amargamente de su dolencia, en dirección al comedor; pero, en el momento en que se disponía á sentarse á la mesa, Bolada se resolvió á tomar parte en la lucha, con la escolta, provocado por una turba de pueblo, y Pateta, metiendo unos trozos de comida en el bolsillo, volvióse más que ligero á su escondite, afectado por otro dolor de vientre.

Y allí se lo pasó hasta las dos, filosofando sobre las causas que le impedían tomar un puesto, en la lid desencadenada en las calles. A esa hora, Ño Vitó, convencido de la inutilidad de sus esfuerzos, para volver á juntarse con su amo, de quien lo había separado una ola de pueblo, reventada entre ambos, volvió mohino á la casa de gobierno y grande fué su asombro cuando, al dirigirse á evacuar una necesidad real, sintió brotar del sitio á donde iba una tos inesperada, seguida de una voz que dijo:

—¡Ocupado!

El ex-capataz del Tucurú, que andaba sobresaltado con

los sucesos promovidos por su patrón, desgarró con un molinete de su charasca la cortina de arpillera que cubría la pieza de los fondos, y preguntó, airado:

—¿Quién vive, caracha?

—No vive nadie, amigo Víctor—gimió el gran vividor—Aquí se muere uno de dolores...

Víctor de la Cueva, al ver al doctor Pateta, que suponía en lucha con los adversarios de su jefe, en semejante lugar, se hizo la cruz más grande de su vida, y no pudo dejar de decir:

—¡Amigo, pondero sus dolores de vientre! ¡Caracha con el gaucho, que había sido vivo!

Pateta protestó con energía; pero como en el ánimo de Ño Vitó pesaban poco sus agachadas, el pastel tan pacientemente preparado quedó pronto en descubierto, y Pateta se sintió mejor de la barriga.

—Después de todo,—dijo Ño Vitó, ocupando el lugar dejado por el célebre doctor—Ud. hizo lo que debíamos hacer todos ¡caracha!, si tuviéramos la mitad de su viveza. Porque—agregó, después de una pausa—yo le aseguro que la de hoy, echa tierra á todas las trifulcas en que nos hemos visto envueltos.

—¿Tanto?—indagó Pateta, abotonándose.

—Si es una batahola, un galimatías de palos, un revoltillo de gente á dar y recibir, que nadie se entiende, ni se conoce, ni sabe lo que hace, ni ve por donde va, ni de *ande* viene.

—¿Es posible?—exclamó Pateta, sintiendo que se volvía á enfermar.

—¡Bah! ¿De qué caracha se admira?—¿Acaso Ud. no sabe que puntos calza nuestro jefe? Pues imagínese Ud.

todos los líos en que nos hemos visto enredados, durante la revolución malezalera, desde el Perro Muerto hasta la toma de Santa Lucía, reunidos en uno sólo, y tendrá una idea aproximada del de hoy.

—¡Pateta! ¡Pateta! ¡Pateta! ¡Entonces, la cosa es extraordinaria! ¡Y parece que continúa el mal tiempo! ¿Qué diablo de ruido es ese?

—Son las campanas de la iglesia—dijo Ño Vitó.

—Es la banda de policía—corrigió Pateta.

—¡Es nuestro himno, pues, hombre! ¿No lo oye?

—No, son silbidos, tiros ó algo así. Pero acabe pronto—dijo Pateta á Ño Vitó, á esta altura de la plática—que se me vuelve á descomponer el vientre. ¡Ah, estoy fatal!

Y ocupando de nuevo el lugar en que lo sorprendiera el ministro de Hacienda, el doctor Pateta no salió más de él en todo el día, á pesar de las repetidas instancias de Ño Vitó, para que lo acompañase á ver que había sido de su patrón, cuya suerte le preocupaba en grado sumo. A la caída de la noche, viendo que ni éste, ni ninguno de sus compañeros, aparecía por la casa de gobierno, aun después de haber cesado el tumulto, el ministro de Hacienda, grandemente alarmado, empuñó la mellada charasca y se dispuso á buscar á su patrón debajo de tierra, si fuese necesario. Pateta, sintiéndose sin valor para quedar solo en la quinta, que servía de residencia al gobierno de que formaba parte, cargó su trabuco naranjero hasta la boca, y después de echar algo al estómago, para reponer el desgaste del día, accedió, por fin, á acompañar á su afligido colega de ministerio.

La luna, desgarrando la nube que á manera de flotante

pañal envolvía su naciente faz, iluminó las calles santalucianas con los macilentos rayos de su luz, y las primeras víctimas del insólito combate diurno, aparecieron á la vista de los atónitos ministros rodriguistas, como cuerpos insepultos, bañados por los reflejos de una lámpara funeraria.

—¡Pateta!—exclamó éste, tocando uno de aquellos cuerpos—¿Estarán muertos?

—No se asuste, amigo Pateta—dijo Ño Vitó—Estos muertos tienen vida para muchos años. Pero ¿dónde estará Dn. Rodrigón?

Y el viejo ex-capataz del Tucurú, aun sabiendo que nadie sucumbía en las batallas libradas por su amo, tembló por la suerte de éste, por las consecuencias de sus tropelías, por todo cuanto podía desgajarse de tan anómalo estado de cosas. Haciéndose ayudar por Pateta, que deseaba cuanto antes ponerse á cubierto de desagradables contingencias, encendió fósforos, tanteó cuerpos, removió bultos; pero, por más empeño que puso, no dió, entre ninguno de aquellos muertos de cansancio, que entreabrían los ojos á su paso, sin fuerzas para despertarse, con el cuerpo que tan afanosamente buscaba.

—¡Caracha!—exclamó, limpiando el sudor que destilaba su afligida faz—¿Dónde diablo habrá caído este hombre?

Y nuevamente se puso en busca de él, sin adelantar un paso en sus pesquisas. La caja de fósforos con que encendía los rincones que la luna dejaba á obscuras, se le agotó en las manos, á lo mejor de su trabajo, sin que le fuera dado siquiera reemplazarla por otra. ¡tal era la soledad que á aquellas horas reinaba en toda Santa Lucía!

—Pero ¿qué hace el jefe político, que no supo evitar

esto?—indagó el ministro de Gobierno, asombrado de lo que veía—¿Dónde se ha visto á todo un pueblo durmiendo en la calle, sin que la policía lo recoja?

—¿Y acaso la policía no está entre ellos?—arguyó Víctor de la Cueva—En cuanto á Parada, bien sabe Ud. que se halla en cama, molido á palos.

Pateta se asustó de las consecuencias que todo aquello podía tener y propuso á su colega de ministerio escapar del radio peligroso, antes del estallido de la tormenta, que no podía tardar en producirse; pero Ño Vitó, empeñado en dar con su amo, cuya suerte le preocupaba más que la propia, prosiguió su ímproba tarea, al resplandor de la luna, sin detenerse hasta que la extraordinaria corpulencia de un bulto, con que tropezó, al fin, coronó con el éxito sus titánicos esfuerzos.

—¡Aquí está, caracha!—dijo, tocando el gigante cuerpo.—¡Ayúdeme, pues, amigo, á despertarlo!

Pero Dn. Rodrigón estaba profundamente dormido, desmayado de cansancio, muerto de fatiga, y la tarea de levantarlo del suelo, para que llegase á la casa de gobierno, por sus piernas, era algo muy superior á las fuerzas de su fiel ministerio. Pateta y Ño Vitó, convencidos de su impotencia para despertar al deshecho Gobernador, marcaron el lugar de su encuentro con una cruz de palo, y volvieron al palacio de gobierno, en busca de alguien que les ayudara á llevarlo de allí; pero, con gran asombro de ambos, nadie había vuelto aún á la quinta gubernativa.

Pateta tembló; Víctor de la Cueva sudó plomo derretido; pero acordándose que allá en los fondos de su residencia, bajo un bosque de naranjos, había un carro que se empleaba en el transporte de su odorífero producto,

corrieron allí, ataron á él uno de los caballos que no había tomado parte en la callejera gresca, subiéronse al pescante, lo echaron á rodar por las desiertas calles y después de un trabajo de media hora, en que Dn. Rodrigón fué izado como un fardo, Ño Vitó se dispuso á regresar con él, á su punto de partida.

—¡Alto ahí!—dijo el ministro Pateta, tomándole las riendas del caballo—¡Yo no vuelvo á la casa de gobierno!

El capataz del Tucurú contempló á su acompañante, como si no lo conociera, y éste, aprovechando el estupor de su colega, agregó, con mucho aplomo:

—Ud. comprende, amigo Ño Vitó, que después de lo que hoy ha sucedido, mañana tenemos aquí un piquete de guardias provinciales, para restablecer el orden alterado, y que los primeros á parar en la cárcel seremos nosotros.

—¿Sabe que tiene razón, caracha? Pero ¿á dónde nos dirigimos, entonces, con este hombre de Dios?

—A cualquier parte, menos á la casa de gobierno. A Yataytí, á Maruchas, al Tucurú, lo más lejos posible ...

—De buena gana lo haría, amigo Pateta. ¡Nada mejor que la estancia, para acabar con estos malditos desórdenes, que nos traen con el jesús en la boca! Pero esté Ud. bien seguro que si lo llevamos allí, Dn. Rodrigón nos muele á *berrencacos*. Además, el Tucurú está muy lejos, y este hombre, que no despierta, necesita cuidados inmediatos. ¿No podríamos llevarlo á la casa de su.... peor es nada?

El doctor Pateta, que no se creía seguro tampoco en la casa de su querida, ni se olvidara aún de las pretensiones desarrolladas por Dn. Rodrigón, en el Rancho Ensebado, meneó la cabeza negativamente, alegando que

no deseaba comprometer á su familia de adopción; pero mediante el ofrecimiento hecho por Ño Vitó de retribuirle bien el hospedaje y reflexionando que terminada la comedia en que actuaba, con el regreso de su protagonista al Tucurú, se le concluía también la privanza que disfrutaba, accedió al pedido formulado por aquél, y todo se arregló.

El carro, con el gobernador santaluciano encima, dirigido por Ño Vitó, se puso en marcha, y el aire de la noche, saturado con el perfume refrescante de mil naranjos en fruto, penetrando hasta las cavernas pulmonares de Rodrigón del Malezal, lo despertó de su letárgico sueño.

—¿A dónde me llevan?—preguntó, haciendo esfuerzos para incorporarse.

Pera antes que sus conductores tuvieran tiempo de combinar lo que habían de contestarle, volvió á quedarse profundamente dormido, desmayado de cansancio, tal era la fatiga que le aquejaba, y vuelto al morboso estado de letargo en que yacía, ya no se despertó en toda la noche. Cuando volvió en sí, al amanecer, disipada su modorra por el aire juguetón de la mañana, que penetraba á oleadas por las ventanas del rancho, en que tornara á vivir, se encontró acostado en un lecho semejante al suyo; pero tan distinto le pareció lo que veía de su casa de gobierno, que se quedó largo rato con la boca abierta, sin saber que pensar de cuanto le pasaba.

—¿A dónde diablo me habrán traído?—preguntó, por fin, tendiendo una mirada recelosa en torno suyo.

—A mi casa, Exmo. Señor—contestó Nicanora, debidamente instruída por Ño Vitó, para atajar los primeros

ímpetus de ira que pudiera producir, en Dn. Rodrigón, el alejamiento del teatro de los hechos, en los momentos más críticos de su gobierno.

—¿A tu casa?—exclamó el mandatario santaluciano, reconociendo á su antigua pretendida, sin salir de su asombro.—Nada, en verdad, me place tanto como eso. Pero quieres decirme, prenda: —agregó, haciéndola sentarse al borde de la cama—¿quién me ha traído aquí?

Pateta, ante la prueba de fino amor que Dn. Rodrigón daba á su compañera, arrepintióse bien pronto de su condescendencia con Ño Vitó; pero impelido por éste á que asumiera la responsabilidad del hecho consumado, dijo, señalando á su mímico mentor, con una guiñada:

—Lo hemos traído nosotros, Exmo. Señor, porque después de haber peleado todo el día, por su causa, aunque en distintos puntos, encontramos á V. E. en tan alarmante estado de postración, que temiendo por su vida, nos pareció que en ninguna parte estaría mejor que aquí.

—Está muy bien todo eso; pero ¿cómo será interpretado por la historia el abandono que hemos hecho del poder, en el mayor momento de peligro? ¿Quién me responde de que mientras nosotros descansamos aquí de nuestras fatigas, no hagan nuestros enemigos tabla rasa de todo cuanto nos ha confiado el pueblo?

—En cuanto á eso, tranquilícese, Exmo. Patrón, que si se refiere V. E. á los congresales sobados, estos tienen sosiego para ocho días.

—Eso es lo que piensa el ministro de Hacienda, pero no el gobernador de la Provincia, que todo lo teme de sus enemigos políticos.

Ña Pafuncia, viendo que el mandatario santaluciano se vestía apresuradamente, como si se dispusiera á regresar á la capital de su provincia, se sintió impulsada á terciar en el debate, aunque de mala gana, por los inconvenientes que podía traer á la tranquilidad de su casa, la presencia en ella de tan fogoso huésped.

—¡Bah!—dijo—Quítese de la cabeza esas cosas, Exmo. Señor, que por grandes que sean los deberes de un gobernante, primero está la salud.

—Y lo que es á mi lado—agregó Nicanora, empujada por Ño Vitó—se va á poner en seguida, más bueno que el pan.

—Dios la oiga, prenda mía; pero antes de entregarme á la dicha que tu presencia me depara, deja siquiera que me asegure la retirada. Ministro Pateta—agregó, dirigiéndose á éste—trasládese Ud. inmediatamente á la capital, y transmítame á su regreso las novedades que ocurran.

Pateta, que con lo que había visto y oído tenía sobrados motivos para arder en celos, alegó que con gusto daría cumplimiento á la orden recibida, si no se creyera obligado á hacer los honores de la casa.

—¡Hombre!—exclamó el Gobernador—Para eso está tu prenda; pero, ya que no quieres dejarme solo con ella, que vaya tu colega, en el ramo de finanzas

Víctor de la Cueva partió; Pateta encordó la guitarra; Ña Pafuncia trajo un mate al Gobernador; pero éste, sintiendo que el aire fresco de la mañana le devolvía la posesión de fuerzas, que hace tiempo echaba de manos, dejó á Zoilo de la Silva preludiando un triste, á Ña Pafuncia, con el mate á medio consumo, y tomando á Nica-

norá del brazo, salió con ella á dar una vuelta por aquellos campos, sembrados de lagunas que ondeaban el soplo del viento y se tendían de cara al sol.

Un rayo de éste, filtrado bajo el ala de su sombrero, dió de lleno en su rostro, abriéndolo á una sonrisa de placer; el aire que soplaba pareció aligerarlo del peso de la vida y al tender la vista sobre los bosques de palmeras, que á semejanza de verdegueantes islas, esmaltaban aquel océano de hierba, perdido allá á lo lejos, en los confines del infinito, sintió que una llamarada de vida le penetraba por todos los poros del cuerpo, hasta el fondo del alma, para subírsele por la espina dorsal, llegar á la cabeza y barrerle el cerebro de nubes, dando brillo al pensamiento, colores á la faz y perspicacia á la vista.

—¿Sabes, Nicanora, que esto entona y vivifica?

Y apretándola contra el brazo suavemente, se internó con ella campo á dentro, hasta perderse en un bosque de palmeras que tendía su ramaje al viento, á muchos pasos del rancho en que pasara la noche. Pateta, que desde el seno de un ombú observaba la marcha de los paseantes, maldijo al importuno bosque que le impedía ver lo que tras su fronda pasaba, y ávido de curiosidad, trepó á la última rama del añoso árbol, teniendo la desgracia de perder pie y venirse al suelo, sin aclarar sus dudas.

—¡Maldita sea mi suerte!—dijo, levantándose maltrecho—¡Sólo me faltaba ahora que el idiota ese me la pegara!

Dn. Rodrigón, siempre del brazo de Nicanora, volvió de su paseo hecho otro hombre, colorado como un tomate, con un apetito de todos los diablos, y convencido por Ño Vitó, cuyo regreso coincidió con el suyo, de que

la casa de gobierno seguía en su lugar, custodiada por toda la escolta, al mando de Bolada, se sentó á la mesa puesta á su disposición, con ánimo de devorar cuanto había en ella.

Una vez que hubo almorzado, requerido por Nicanora, que se complacía en oírlo hablar de su gobierno, á pesar del gesto avinagrado con que Pateta miraba á entrambos, el héroe del Buey Rabón, se despachó á su gusto sobre sus opositores, á quienes trató de politicastros, revoltosos y farsantes.

—Así son, Exmo. Señor;—dijo Nicanora—pero con V. E, como no ha jugado el gobierno de antes, no juega el pueblo de ahora.

—El pueblo me idolatra, prenda, no tenga duda. Lo que hay es que estos canallas de las Cámaras lo han irritado contra mí; pero ¡cara les cuesta su oposición! Como ha dicho muy bien mi ministro de Hacienda, con la soba que ayer les dí, tienen tranquilidad para ocho días. Así es que, ya que estoy aquí, quiero aprovechar esta tregua, en medio de la borrasca, para dar cuatro saltos contigo. ¡Toque, pues, algo, señor ministro de Gobierno!

Pateta, maldiciendo el papel que le tocaba desempeñar, pidió un adelanto que le fué concedido en el acto, y, después que tuvo su equivalencia en el bolsillo, tocó un pericón que el gobernador santaluciano, remozado como estaba, se puso á bailar con Nicanora, vuelta tras vuelta, salto tras salto, hasta que Ña Pafuncia, compadecida de las piernas de su hija, echó los manteles sobre la mesa y sacó la cena.

—¡Caráfito!—exclamó Dn. Rodrigón—¿Tan hambrientos están Uds? Pues, hombre,—agregó, viendo que nadie le contestaba—yo sólo tengo hambre de amor.

Pateta colgó la guitarra y empuñó el tenedor; el ex-capataz del Tucurú arrimó un banco á la olla; Ña Pafuncia se sentó á su lado, y Dn. Rodrigón, suspendiendo su interminable danza, se acomodó con Nicanora, en el mejor lugar de la mesa.

Terminada la cena, Ña Pafuncia comenzó á preparar las camas y Rodrigón del Malezal, viendo que le habían puesto la suya, bajo el alero del rancho, en medio de sus ministros, dijo, sorprendido:

—Pero ¿cómo es eso, *prendísima* mía? ¿Vas á permitir que yo, enfermo como estoy, me hiele ahí afuera, con el frío que hace?...

Nicanora se ruborizó; el ex-capataz del Tucurú se hizo tres cruces de admiración; Ña Pafuncia tapó la boca con la mano, para que no se le viera, en toda su grandeza. Sólo Pateta, serenándose ante el peligro que se cernía sobre su cabeza, replicó, con más esfuerzo que aplomo:

— La noche está lindísima. Y á demás, á la enfermedad de V. E., le hace mucho bien el aire libre del campo.

— Eso es de día, amigo Pateta. De noche, me sienta mucho mejor la cubierta de un buen techo. Cóbrame, pues, lo que quieras; pero déjame dormir adentro, porque, de todos modos, tu casa tiene dos piezas.

Y Dn. Rodrigón, arrastrando su cama hasta el comedor del rancho, cerró la puerta y se acostó, dejando á Pateta entregado á los consuelos de Ño Vitó, con la noche más perra de su vida por delante, si á las dos horas de violento acecho, sin aclarar nada, no hubiese llegado un chasque de Redondo, á anunciar que venía una intervención á hacerse cargo del Gobierno, y su jefe no hubiera empuñado el rebenque y puéstose en marcha.



XIX

La Provincia intervenida

Redondo Parada oyó desde la cama en que yacía postrado, por los golpes recibidos de la gente tan sin razón encerrada en los fondos de su jefatura, el colosal tumulto producido en las calles, por el primer día de dictadura rodriguista, y asustado por las consecuencias que tan insólito hecho podía tener para su continuación en el doble puesto que desempeñaba, á la vez que dominado por el miedo cerval que le sobrevino, al verse sólo, mandó llamar á sus amigos Pacotilla, Villanez y Machaca.

Felizmente para él, apenas había salido el chasque á quien confiara tal misión, temiendo que un simple telegrama no produjera el apetecido resultado, recibió una carta de su padre, comunicándole que el Gobierno, después de muchos ruegos, había accedido al traslado de sus protegidos á su jurisdicción política, en los puestos que desempeñaban.

—¡Esto se llama tener suerte! —exclamó, reanimándose,

ante tan fausta nueva—Caigan ahora todos los tumultos que quieran por esas calles de Dios, que con esta gente á mi lado, puedo dar la tormenta por disipada. Sólo me falta ahora—agregó, reflexionando—que el gobierno de comedia me conceda lo mismo que el de verdad; pero en el estado en que se hallan las cosas, esto ha de ser harto fácil de lograr.

Pensando en ello,. Redondo Parada se volvió á meter en cama; porque, aunque se sentía muy mejorado de su dolencia, le convenía más que nunca seguir enfermo. Y tanto era así, que hasta se tapó los oídos, para que no llegasen hasta ellos los ecos de la tempestad que seguía rugiendo en las calles, sin trazas de amainar.

—¡La cosa, por lo visto, está que arde!—dijo, cuando, mezclados en un solo eco, llegaron hasta su lecho, el ruido de las campanas, el estruendo de la banda, las notas del himno malezalero y los gritos del pueblo—Pero ¡allá se las arreglen todos como puedan, que yo tengo bastante con los palos recibidos! ¡Si no estuviera tan enfermo! . . . .

Y sin querer oir nada de cuanto pasaba en torno suyo, hizo un esfuerzo sobrehumano por conciliar el sueño, y se quedó dormido. Al otro día, se despertó fresco, casi sano; pero por ciertos rumores que llegaron hasta él, creyó que debía seguir grave y así se lo manifestó á sus criados. Esta gravedad sólo cedió, cuando, al caer de la tarde, normalizadas ya las cosas, penetraron en su habitación Pacotilla, Villanez y Machaca.

El jefe político santaluciano, excepto de la cuestión de los palos, que clasificó de resfrío pasajero, impuso á sus amigos de todo cuanto venía sucediendo, en el pueblo de su

mando, después de su última visita, é inútil será describir la gran avidez con que todos lo escucharon.

—¡Pucha! ¡Cacho! ¡Mecha!—exclamaron el juez de paz de San Roque, el comisario de Nueve de Julio y el pedáneo de Yataytí—¡Las cosas se complican!

—¡Mucho!—asintió Parada—Pero me tiene sin cuidado, porque he conseguido el pase de Uds. á Santa Lucía y en cuanto nos pongamos de acuerdo, al diablo se va á ir el gobierno rodriguista, con todos sus bochinches.

—Pero ¿es cierto lo que dice Ud. de nuestro traslado? —indagó Pacotilla, con alguna desconfianza.

—Y ¿cuándo he mentido yo, tinterillo de porra?—dijo Parada, enseñando á sus amigos la carta qne acababa de recibir de su padre—Si esto no les convence, habrá que creer que tienen el *mate* de piedra.

—¡Cacho! -exclamó Villanez—Yo estoy muy conforme con mi nuevo puesto, que representa un punto más, en cuestión de categoría.

—Falta saber ahora si el dictador santaluciano nos confirma el pase acordado;—observó Machaca, con su natural suficiencia—porque no hay que olvidar que dependemos de dos gobiernos.

—Cierto—dijo Parada—Pero de eso me encargo yo. ¡Por algo he de andar como chancho con Rodrigón! Además—agregó, convencido de lo que decía—si, en estos momentos, no lo apoyamos nosotros, bien embromado se halla.

—Entonces ¿hemos venido aquí para eso?—indagó Pacotilla.

—No se apure tanto, tinterillo de mala muerte, que todo se andará, si no me hacen perder la cabeza, con sus

impertinencias. Vuélvanse, pues, á sus casas, regresen con sus cachivaches, háganse cargo de sus puestos y déjenme hacer.

Los amigos de Parada volvieron á San Roque, Nueve de Julio y Yataytí; entregaron sus oficinas á los correspondientes substitutos, y al otro día, estaban en la capital rodriguista, al frente de sus nuevos destinos; pero antes de que esto tuviera lugar, habían sucedido cosas de tal magnitud, para el desarrollo de esta obra, que merecen ser relatadas al lector.

El doble jefe político santaluciano, en cuanto sus amigos lo dejaron solo, se puso á meditar un plan que lo condujera al más pronto derribo de la anómala situación, imperante en Santa Lucía. El traslado de Pacotilla, Villanez y Machaca, al teatro de sus hazañas, era una excelente base, para abordar la cuestión, en toda su magnitud; pero, con todo eso, pasó la tarde borroneando planes, sin arribar á ninguno que tuviese sentido común. Su mezquina inteligencia, en vez de entonarse con tan notorio apoyo, se perdía en un mar sin playas; de modo que, como siempre, pensó mucho, lo ahondó todo, pero no resolvió nada.

—Son unos asuntos tan complicados estos, que ni el diablo los desenreda—exclamó, vencido por su impotencia—Si no fuera yo el talento que soy, ya me habría vuelto más loco que Rodrigón del Malezal.

Y, cansado de tanto meditar, se disponía á acostarse nuevamente, cuando llegó á sus manos un telegrama de su padre, avisándole que el Gobierno, en virtud de los extraordinarios sucesos que acababan de desarrollarse en Santa Lucía, sin que el jefe político hubiera sido capaz

de reprimirlos, había resuelto mandar allí un interventor, con cincuenta hombres, bien armados, para restablecer el órden subvertido.

Aunque al principio le pareció claro, Parada leyó tantas veces este despacho, para abarcarlo en todos sus sentidos, que á la quincuagésima lectura, acabó por no comprender nada de cuanto en él se le decía, y á fin de no quebrarse la cabeza toda la noche, mandó llamar á su oficial primero, para que se lo descifrase. Este le dijo exactamente lo mismo que contenía el telegrama y después de una sesión explicativa, en que su secretario hizo derroche de signos, Parada alcanzó á comprender que si aquél no encerraba una destitución, prescindía, por lo menos, de su autoridad.

—¿Ah, sí?—esclamó, cuando esta idea se hubo posesionado de su cerebro—¿Conque intervención, eh? Yo les voy á dar intervención á esos títeres de la capital, que creen que todo se arregla con la boca. Váyase Ud. inmediatamente á la quinta de gobierno santaluciana, y dígale á Rodrigón del Malezal que venga á verse ahora mismo conmigo, ó que me espere allí, para evacuar un asunto de la mayor importancia.

El oficial de policía fué á donde lo mandaba su jefe y regresó, al poco rato, con la noticia de que el gobernador de comedia no estaba en su casa.

—¿Y dónde estará ese idiota?—indagó Redondo Parada.

—En el rancho de Nicanora, del otro lado del río.

—Pues mande Ud. en seguida allí un soldado, con la orden de decirle de mi parte que acabo de recibir un telegrama, en que se me avisa que viene un interventor, con cincuenta hombres de tropa, á hacerse cargo del gobierno de este pueblo.

Y mientras el oficial primero partía, á dar cumplimiento á la orden recibida, Parada redactó un telegrama de cincuenta hojas al autor de sus días, en que le comunicaba que si el Gobierno de la Provincia se atrevía á pasar sobre su autoridad, firmaba inmediatamente un pacto de alianza con Rodrigón del Malezal, y se le iba encima con una revolución de verdad, que daría en tierra con él, antes que tuviese tiempo de conjurarla.

Hecho esto, se echó á andar por su habitación, como si le hubieran puesto un resorte bajo los piés, tal era la rapidez con que lo hacía, y así se lo pasó una, dos, tres, cuatro horas, yendo y viniendo como un autómata, hasta que Rodrigón del Malezal, penetrando en su pieza, como otro autómata, movido por idéntico resorte, le sirvió de espejo para darse cuenta del ridículo papel que estaba haciendo.

Los héroes santalucianos se contemplaron un rato, sin saber que decirse, y, por fin, Rodrigón del Malezal, que traía una espina de todos los diablos atravesada en la garganta, se encaró con su jefe político y dijo:

—¿Conque intervención tenemos, eh?

—Así es, Exmo. Señor;—dijo Parada, por el hueco que le dejaba libre la espina, que, como aquél, tenía en la garganta—pero no se asuste V. E., porque teniéndome á mí de su lado, le quedan muchos años de gobierno por delante. En caso necesario, la pelearemos y la venceremos.

—¡Bah!—exclamó el aplastador de Perro Muerto, aparentando un desdén, que no sentía—¡Eso lo sé por experiencia! Pero explíqueme Ud. como es la cosa—agregó, con ansia—porque estos golpes de alta política, hay que recibirlos siempre con la espalda bien forrada.

—Sucede que, en virtud de los tumultos desarrollados en este pueblo, que no pude evitar, por mi enfermedad, he recibido un telegrama de mi padre, avisándome que el Gobierno de la Provincia ...

—¿De la Provincia?.... —interrumpió Dn. Rodrigón, sorprendido.

Sotero Redondo Parada, que, en su natural atolondramiento, no se explicó de pronto á que venía aquella pregunta rodriguesca, quedóse un rato, con tamaña boca abierta; pero cayendo, al fin, en el *disparate* que había dicho, echóse á reir como un loco, para enmendar la plana.

—¿De la Provincia, dije? ¡Qué bestia soy! De la Nación, Exmo. Señor.

—¡Ah, vamos! Y ¿qué dice el Gobierno de la Nación?

—Dice que habiéndose producido en esta capital un alboroto, que no se ha sabido evitar, y que hallándose violada la carta constitucional, por la proclamación de V. E., en dictador, ha llegado para el Presidente de la República el caso de intervenir, y manda para hacerse cargo del Gobierno de la Provincia, un inventor general, al frente de cincuenta hombres.

—¡Eso será, si yo lo permito!—exclamó Rodrigón del Malezal—El Presidente manda en la Nación; pero en la Provincia ¡mando yo!

Parada, que de ningún modo deseaba perder su jefetura, dijo:

-Yo, si V. E. me apoya, resisto. A esos cincuenta fantoches, en cuanto asomen las narices por aquí, los hacemos pedazos.

Dn. Rodrigón, que á pesar de la confianza que se tenía

en sí mismo, no veía el triunfo tan fácil como su inferior, replicó:

—Sí, los comeremos vivos. Pero ¿y si detrás de esos cincuenta hombres, se nos vienen encima cien, quinientos, mil ó diez mil?

—¡Levantaremos la Provincia contra ellos!

—La Provincia puede menos que la Nación, amigo Parada.

—Entonces ¿piensa V. E. aflojar?

—¡Al contrario, pienso resistir con todas las fuerzas de mi alma!—dijo Dn. Rodrigón, reaccionando, ante el temor de que su buen criterio pudiera ser tomado como una cobardía—Pero yo soy temerario, no loco. Por consiguiente, como sería ridículo oponerse al poder aplastador de la Nación, con nuestros rebenques, charascas y demás vainas, lo primero que hay que hacer es comprar armas, reunir gente y amontonar plata. ¿Cree Ud. que esto es hacedero?

Parada, juzgando definitivamente perdida su jefatura, se dejó caer anonadado por las juiciosas reflexiones del Gobernador.

—Sí, lo es—se contestó éste, á sí mismo—Porque estas no puedan ser más que cosas de esos canallas de las Cámaras que, en su afán de reventarme, se han de haber dirigido al Presidente de la República, poniéndome ante él como un tirano, un ladrón ó un tilingo, y yo quiero demostrar á ese *señor*, que no se juega impunemente con las autonomías provinciales, ni conmigo.

—Declaro que el único hombre que me ha vencido, en esta vida, es V. E., y que teniéndolo de mi parte ¡no tengo miedo á nada ni á nadie!—exclamó Parada, incor-

porándose, reanimado por el tono de su jefe—¡A obrar, pues!

—¡Como hombres!—dijo Dn. Rodrigón, estrechándole la mano—¡Que si la ganamos, Ud. será mi sucesor!

—¡Gracias, Exmo. Señor!—exclamó el jefe político santaluciano, devolviendo el efusivo saludo de su protector—Precisamente por eso, acabo de ordenar á Pacotilla, Villanez y Machaca que bajen inmediatamente á esta, para emplearlos en los mismos puestos que tenían, á fin de tenerlos á mano, si las cosas se complican. Son mis hombres de confianza ...

—Apruebo su proceder. En estos casos, no hay que perder tiempo, en consultas. Yo voy á reunirme en seguida con mis ministros y el jefe de la escolta, para adoptar medidas. También ellos son mis hombres.

Y Dn. Rodrigón, despidiéndose definitivamente de Parada, se dirigió con vertiginosa rapidez á la casa de gobierno, en donde ya le esperaban inquietos, con el jesús en la boca, Ño Vitó, Pateta y Bolada.

Eran las dos de la mañana; la escolta guardaba el palacio gubernativo, con el arma al brazo; el cuerpo de emponchados recorría las calles de la ciudad, con la careta calada hasta los hombros. Dn. Rodrigón, serenándose á medida que la tormenta se condensaba sobre su cabeza, penetró en su morada preocupado, pero no abatido.

—Amigos míos—dijo á sus lugartenientes—estamos abocados á un peligro real, si no procedemos con la rapidez que el caso requiere. Esos crápulas de las Cámaras, que me tienen atravesado en la garganta, como una espina, después de los azotes que les propiné, se

han dirigido al Presidente de la República, presentándome como un mal gobernador, y como consecuencia de esta vil intriga, se nos viene encima una intervención de cincuenta hombres, para hacerse cargo del gobierno que ejercemos.

—¡Renuncie, patrón! -dijo Ño Vitó, asustado—¡Basta de comedia!

—¿Cómo de comedia? ¿Es ese el calificativo que te merece el más honorable de los gobiernos, infame? Renuncia tú ¡cobarde del caráfito!, que yo me basto y me sobro, para afrontarlo todo solo. ¡Habráse visto bestia!

Pateta, que, para indemnizarse de los malos ratos de la víspera, tenía en el bolsillo una orden para sacar dos reses del Tucurú, á la cual agregara un cero, considerando suficientemente hecho su agosto, repitió:

—¡Renuncie, Exmo. Señor! Con el Gobierno de la Nación, no se *purriá*.

—¡Conmigo es con quien no se puede, maulas! ¿Qué se ha creido el Presidente de la República? ¿Que mi gobierno es moco de pavo? Renuncien Uds., pues, ¡sotretas!, que no sirven más que para ensuciarse de miedo. Pero apriétense después los calzones; porque ¡en cuanto arregle esto!....

Bolada, sonriendo sardónicamente, ante los denuestos del enfurecido Gobernador, dijo, por su parte, después de una buena escupida por el colmillo:

—No se meta con la Nación, Exmo. Señor; porque en esa patriada, no nos va á ir como en la malezalera. La Nación puede mucho.

—¡Váyanse á dormir, idiotas!—exclamó Dn. Rodrigón,

indignado—Porque con maulas, como Uds., no se puede afrontar ninguna situación.

Por su parte, Sotero Redondo, en cuanto tuvo conocimiento del regreso de Pacotilla, Villanez y Machaca, los mandó llamar por el oficial primero y les impuso rápidamente de lo que pasaba.

—¿Y Ud. qué piensa hacer?—averiguó Pacotilla.

—¿Yo?.... Aliarme á Rodrigón del Malezal, y demostrar á esos infames de la capital que no se juega conmigo impunemente. Es el único hombre que me ha vencido, y teniéndolo yo de mi parte, ya puede apretarse los calzones el Gobierno de sátrapas que nos rige; porque..

—Perdón, Dn. Redondo — interrumpió Villanez— pero ...

—¡Cállese la boca Ud., que no sabe lo que dice! La intervención que se me anuncia es un atentado contra mi autoridad, una destitución velada, y yo no soy hombre de dejarme pisotear por un maula como el Gobierno de la Provincia.

Machaca, terciando en el debate, con su acostumbrada cachaza, dijo:

— Eso está por verse, señor Dn. Sotero.

—¡No está por verse nada! Para mí, que no tengo un pelo de zonzo, todo está visto. Se trata de sacarnos á nosotros para poner á otros. ¡Ni más ni menos! Por consiguiente, lo que debemos hacer es sacarlos á ellos, para ponernos nosotros, en su lugar.

—¡No diga disparates, hombre de Dios!—argumentó Pacotilla—Hay momentos en que no sé cual de los dos es más loco: si Ud. ó Rodrigón del Malezal.

—¡Cállese el mentecato!—gritó Redondo Parada, pe-

gándose un puñetazo en la rodilla.—En cuanto oyen hablar de lucha, ya se ensucian de miedo, y para disculpar su consuetudinaria cobardía, me tratan á mí de loco. Vuélvanse, pues, á sus puestos—agregó, con desdén—y déjenme á mí arreglarme con Rodrigón, que Uds. no sirven para nada.

Al poco rato de esta discusión, el héroe del Rancho Ensebado, que no había podido dormir en toda la noche, pensando en las insinuaciones de sus acólitos, enderezó á lo de Parada y se encerró, en una pieza, á conferenciar con él, que, como podrá imaginarse el lector, tampoco estaba muy satisfecho del apoyo de sus secuaces. De esta conferencia, no salió, pues, más que un chasque enviado por ambos personajes á Mendoval, en urgente llamamiento, que el caudillo de verdad, dado el apremio con que se le citaba, no tuvo más remedio que acompañar, en viaje de regreso á Santa Lucía.

En cuanto se tuvo noticia de su llegada, Dn. Rodrigón, por un lado, y Redondo, por el otro, enderezaron á su casa, y tan pronto como estos se hubieron quejado del abandono, en que los dejara el caudillo de verdad, y este disculpó como pudo su discutible proceder, comenzó la conferencia llamada por todos á decidir, en última instancia, la suerte que le esperaba á la intervención *ad portas*.

Mendoval, una vez enterado de cuanto pasara en Santa Lucía, desde su ausencia, así como de los designios del gobierno de verdad, opinó que el orden constitucional estaba indudablemente subvertido, y que, por lo tanto, los derechos de la Nación, á intervenir en la Provincia, para restablecer la forma republicana, eran indiscutibles.

—Hasta cierto punto—objetó Redondo Parada—El Gobernador está en se puesto, y no ha solicitado tal intervención.

—Sí, pero la solicitaron las Cámaras disueltas á rebencazos, por un dictador que no cabe en nuestra constitución, que, para el caso, es lo mismo.

—¡Cierto!—reconoció Dn. Rodrigón—Pero ese dictador no ha ejercido hasta hoy su dictadura, sino en defensa propia, y por lo tanto ..

—Llámele V. E. hache. La forma republicana no es la que rige, actualmente, en la Provincia de su mando. Además, sería tonto, contraproducente y ridículo oponerse al poder aplastador de la Nación, que puede lanzar sobre nosotros todos los soldados que quiera, con cuatro gatos, armados á rebenque, que no servirían ni para carnada de uno solo de aquellos *animales* que han visto Uds., en su gira por el Paraná.

—A mí no me asustan hombres, ni bultos que se menean—dijo Dn. Rodrigón, á quien iba dirigida la sibilina advertencia de Mendoval—A esos buques, podemos oponer otros que no serán de tan alto bordo, pero que tampoco se dejarán correr con la vaina.

—Si es por hombres—agregó Parada—en cuanto me ponga yo en campaña, levanto un ejército de más de cincuenta mil combatientes.

—Entonces ¿para qué me consultan á mí lo que han de hacer?—indagó Mendoval, malhumorado—Reunan sus barcos y su gente, y á pelear.

Parada se achicó; Dn. Rodrigón reflexionó.

—Lo hemos llamado—dijo éste, después de un rato—para ver si hay forma de arreglar la cosa, en paz y gra-

cia de Dios; porque si Ud. nos asegura que el Gobierno de la Nación nos hará justicia....

—Eso depende de la persona que se haya nombrado para ello—dijo Mendoval—¿Saben Uds. quién es?

Parada ojeó un telegrama y dió un nombre.

—¡Hola! ¡No es zonzo el Gobierno de la Nación! Como sabe que tengo alguna influencia en la Provincia, nos manda un interventor que no dará un paso, sin consultarlo conmigo. ¡Lo que es la política! ¡Bah!

—¿Ah, sí?—exclamó Parada—Entonces, transijo.

—Yo también—asintió Dn. Rodrigón, satisfecho del giro que tomaban las cosas—porque, en realidad, mi proceder es tan correcto, que nada debo temer de la justicia de los hombres. Además—agregó, dando la sesión por terminada—basta que el Presidente haya confiado la intervención á un amigo de mi ilustre vice, para que yo la reciba con los brazos abiertos.

Y, como al poco tiempo de esta conferencia, hubiese llegado á Santa Lucía la intervención anunciada, Dn. Rodrigón, al frente de su escolta, Parada, con la banda de música, y el pueblo, al son de bombas, llevando á Mendoval, por delante, se atropellaron en las calles, ansiosos todos de conocer, estrechar la mano y cubrir de abrazos al interventor, para ganárselo desde un principio á sus respectivas causas.

El interventor agradeció todos los ofrecimientos que le hicieron, con venias y sonrisas, y aprovechando la buena disposición de ánimo con que era recibido, para dar comienzo á su mandato, sin efusión de sangre, se hizo cargo del maltrecho gobierno rodriguista, declarando intervenida la imaginaria provincia que regía.



XX

Nuevo orden de cosas

No venía tan á obscuras de lo que pasaba, como pudiera imaginarse, el interventor designado por el Gobierno de la Provincia, no de la Nación, para desenredar la madeja santaluciana. De ahí, el decreto que sorprendió á muchos, declarando intervenida la fantástica provincia que gobernaba Rodrigón del Malezal.

Lo que seguramente ignoran todos es que el doctor Minucias, nombre con que se distinguía del resto de la humanidad el referido interventor, todo se lo imaginaba, menos que la asunción de los poderes rodriguistas le hubiese dado tan poco que hacer.

Esto, á él, que viniera descontando dificultades, lo tenía lleno de gozo, y así se lo hizo saber, frotándose las manos de alegría, á su amigo Mendoval, en la visita-consulta que se creyó obligado á hacerle, á raíz de los agasajos con que lo recibiera el pueblo santaluciano.

—¡Caramba, caramba! ¡No me imaginaba que Uds.

me hubieran hecho una manifestación tan lucida! Estoy satisfechísimo, y esto, francamente, me desarma; pero....

—Pero ¿qué?—interrogó Mendoval, explorando las intenciones de Minucias—¿Piensa Ud. hacer algún escarmiento con nosotros?

—Hombre, no. ¡Qué ocurrencia! Basta que esté Ud. metido en este lío, en la mejor forma, se comprende, para que yo lo orille como pueda. Sin embargo, las instrucciones que tengo...Pero .. todo se arreglará.

Mendoval, que poco, en verdad, temía de las reticencias de Minucias, no quiso hacer presión de ningún género, sobre su ánimo, y Minucias, que deseaba resolver algo de su cabeza, agradeció á Mendoval la recepción de que le había hecho *víctima* y se retiró á reflexionar, sobre la cosa.

De él dependía asumir la jefatura de Redondo Parada, atacar al gobierno de Rodrigón del Malezal, meter á quien chistase en un zapato, y dar á la comedia santaluciana el único desenlace razonable. Pero el jefe político de Santa Lucía era hijo del viejo Redondo Parada, á quien nuestro hombre respetaba mucho; Rodrigón del Malezal no le había dado pretextos para recurrir á las armas y el pueblo ...era indispensable saber primero que pensaba de todo aquello.

En consecuencia, Minucias, para obrar con más independencia y no comprometer su mandato, con una resolución inconsulta, se instaló con sus cincuenta hombres, en el vacío local del Congreso, arreglado para el efecto y tenido, por él, como una especie de país neutro. De este modo, actuaba á igual distancia de todos y podía arribar más fácilmente á la fórmula dictada por sus mandantes,

de arreglarlo todo, procediendo enérgicamente, pero sin herir suceptibilidades, para evitar complicaciones.

Sin embargo, el interventor, antes de proceder, quería darse cuenta circunstanciada de las cosas, y como Mendoval no le hubiera dado á conocer aún su verdadero pensamiento, creyó que lo mejor que podía hacer, para formar el suyo, era lanzarse por el pueblo, en sondaje de ánimos, comenzando, como es natural, por los más ofendidos, que lo eran, para el caso, los miembros de las Cámaras disueltas á rebencazos.

– Diré á Ud., señor:—expuso Pedro Torta, con quien habló más extensamente—Yo creo y seguiré creyendo que ese señor del Malezal, á pesar de la manía que lo tiene trastornado, es el hombre más bueno del mundo. A mí, me compraba mucho y todo me lo pagaba religiosamente. ¡Bastante siento haberlo perdido de marchante! Pero el señor Redondo Parada, diciéndonos que tenía orden de la capital de acabar con el imaginario gobierno, en que él y Dn. Benjamín le hicieron creer, nos azuzó en su contra, el hombre se irritó y de ahí viene todo.

—¿Ah, sí?—indagó el doctor Minucias—¡Claro es que eso tenía que suceder! Pero—reflexionó, moviendo la cabeza en múltiples sentidos—¿cómo es que el señor Mendoval, un hombre tan serio, se ha prestado á estas cosas? Digo, en la creación del gobierno; por que en lo demás, no creo que el señor Mendoval....

—El señor Mendoval le ha tenido lástima á Dn. Redondo, y más que á él, creo que se la ha tenido á Dn. Rodrigón; porque si á este buen señor le hubieran dicho que no era tal gobierno, créame Ud., Dn..... ¡ó muere ó mata!

—¡Caráspita!—exclamó Minucias, retrocediendo—Sin embargo, no habrá más remedio que dar un corte á esto—Yo lo siento; pero . ¿acaso no están Uds. sufriendo grandemente, en sus intereses?

Pedro Torta sonrió bajo el bigote.

—No lo crea, señor. Personalmente, es indudable que algo hemos sufrido. Pero, en cuestión de negocios, aseguro á Ud. que nunca se ha vendido tanto, en Santa Lucía. Ud. comprende que con toda la gente que arrastró consigo el señor del Malezal, las ventas, especialmente en lo que á bebida se refiere, han aumentado de un modo extraordinario. Hasta de botica, que es un ramo tan muerto, se ha vendido en estos días una barbaridad.

Ahora le tocó reirse al interventor.

—¡Habría muchos chichones que curar, eh? . . . Eso es grave; pero, si ha sido en bien de la fortuna pública. . . . Entonces ¿porqué se han quejado Uds. tan amargamente?

—Eso deben ser cosas de Juan de la Pita, á quien, entre Dn. Rodrigón y Dn. Parada, le dieron una soba que lo dejó medio muerto.

—¡Y bien, pues!—exclamó Minucias—¿Cree Ud. que eso debe permanecer impune? La paliza habrá sido justa; pero . . .

—Vea, señor,—insinuó Pedro Torta—lo mejor que puede hacer la autoridad es espantar de aquí á ese desgraciado, antes que alguno de nosotros lo reviente. El gobierno de Dn. Rodrigón nos causará disgustos, pero nos deja dinero. En cambio, Yaguá Pelón sólo nos produce desazones, enemistades y clavos. Es un crápula de la última especie.

—¿Entonces, entre Juan de la Pita y Rodrigón del Malezal?....

—¿Yo?....¡Me quedo cien veces con el último! Todo está en que Dn. Redondo no nos vuelva á azuzar contra él.

—¡Hum!—rezongó el interventor—Sí...¡claro! Ahí está el busilis. Pero ¡ya pondremos coto á eso! Sin embargo ..no he estudiado bien la cuestión todavía. Pero... ya la estudiaremos. Mientras tanto....¡adios, eh! Gracias por los datos que me ha dado.

Minucias enderezó á su despacho, convencido de que el verdadero autor de todo cuanto había pasado, en Santa Lucía, era Redondo Parada, á quien sintió impulsos de distituir, para acabar de una vez con aquella inicua comedia. Pero era hijo de un amigo suyo, protegido indirecto de Mendoval, miembro del partido imperante, y la cosa requería maduro estudio, antes de resolverla, en un sentido enérgico. A fin de completar su juicio, se encaminó, después de breve reflexión, á lo de Mendoval; pero éste no fué todo lo explícito que se deseaba, sobre el particular, y Minucias, que no había aún madurado bien el asunto, regresó á su despacho, sin haberse decidido.

—Y, doctor,—preguntóle el teniente, que mandaba el piquete, ansioso de dar alguna prueba de su fiereza—¿qué hacemos?

—Lo que haría otro en mi caso ¡caracho! Pensarlo. La cuestión es ardua. Requiere un prolijo estudio, antes de pronunciarse sobre ella. Esto no es cosa de resolver de una plumada. Sin embargo .. todo se hará.

Absorbido por estos pensamientos, Minucias escuchó á cuantos fueron á visitarlo, exploró nuevos ánimos, entre

la gente del pueblo, tuvo una conferencia más con Mendoval y estudiando el complicado problema, sin dar en el clavo, llevaba ya una semana, que fácilmente habría llegado al mes, si el caudillo malezalero, intrigado por la inacción del interventor, que Parada le pintó como de mal augurio, no se hubiera colocado cierta mañana la medalla del rebenque, en la solapa de la levita, y dirigídose á su despacho, acompañado de Fariña, en demanda de explicaciones, para salir de dudas.

—Señor,—dijo á Minucias —he resuelto venir á ver á V. E, porque me sorprende que no se haya producido, hasta ahora, ningún acto de la intervención, tendiente á normalizar la situación.

—Hombre, sí. Estoy estudiando la cosa ... ¿Qué le parece que hagamos?

—Eso debe saberlo el señor interventor. Pero si quiere que exponga lo que siento, le diré que la Provincia no puede seguir así, acéfala de Gobierno. Yo necesito que V. E. me devuelva cuanto antes los poderes que he depuesto en sus manos, con Cámaras que me dejen gobernar, porque hay mucho que hacer, mucho que corregir, mucho que enderezar....

—¡Cierto! — dijo el interventor — Pero tranquilícese V. E., que pronto, mañana tal vez, adoptaré providencias. Esto requiere un corte radical...

—¿En qué sentido dice eso el señor interventor?—averiguó Dn. Rodrigón, mascullando un suspiro de temor.

—En el sentido de que ...¡vamos! ...no se me ocurre ahora la idea. Necesito profundizar el asunto. La cuestión es compleja. Por un lado, V. E.; por el otro, el señor Redondo Parada; después, las Cámaras, el comercio, el

pueblo.... ¡Caramba! Todo esto requiere estudio, asesorarse bien, antes de proceder, etc. etc. Sin embargo, con un placito más, todo se arreglará.

—Concedido—dijo el gobernador santaluciano—Pero no olvide el señor interventor que estamos perdiendo un tiempo precioso; que mis partidarios claman por mi vuelta al gobierno; que la vida pública está paralizada; que el pueblo soberano chilla....

—¿Chilla, eh? ¿Por qué?....

—Porque no sabe á qué atenerse, ni á quién obedecer ni qué pensar de esto.

—¿Ah, si? ... ¡Caracho; lo siento! Pero ... no se aflija V. E., que mañana, pasado, cualquier día de estos....

Y el interventor, dejando á Dn. Rodrigón más intrigado que nunca, enderezó á lo de Mendoval, para consultar con él lo que debía hacer.

Mendoval, de esta vez, aconsejó al doctor Minucias que, con tal de no sacar á Dn. Rodrigón de su error, resolviera lo que mejor le pluguiese, y Minucias, reservándose estudiar esta faz del asunto, con más detención, regresó al Congreso, en donde le esperaba Redondo Parada, ansioso de saber algo de la suerte que el destino le deparaba, en aquel intríngulis.

—Y, señor interventor,—preguntó á Minucias, esforzándose por sonreir ¿cuándo me cuelgan la galleta?

—Hombre, sí ... ¿eso desea saber Ud?.... Pues, francamente, no lo he pensado. Podría muy bien suceder que....; pero Ud. es un buen muchacho, hijo del viejo Redondo Parada, á quien aprecio mucho; protegido del señor Mendoval, á quien respeto igualmente; partidario decidido del Gobierno.... En fin, lo pensaré, lo analizaré.... Ud. sabe lo que hay en el fondo de las casas.

Parada se puso pálido y el interventor le preguntó si le dolía algo.

—¡Ca! ¡No, señor! Pero ¿piensa Ud. realmente destituirme?

—¿Destituirlo? ¿Eso he dicho?... Hombre, puede ser; pero, francamente, no recuerdo. Déme Ud. un poco de tiempo para meditar la casa. Tengo que consultarlo con la almohada; pero, en fin, si Ud. se empeña ..

Parada tuvo que agarrarse á la pared para no caer al suelo, derribado por aquella reticencia.

—¡Caramba! Ud. está enfermo, amigo mío. Así, yo no puedo resolver nada. Y esto, francamente, requiere calma. No se aflija; de mí, no tiene Ud. nada que temer; por que, ya le digo, marcharé con pies de plomo y antes de dar un paso, lo consultaré ¡vamos!... no haré nada sin dar cuenta á quien corresponda.

Y Minucias, dejando á Parada como antes había dejado á Dn. Rodrigón, hizo una nueva visita á Mendoval, en busca del hilo que le hacía falta, para desenredar la madeja, en que se veía envuelto. Mendoval insinuó, en esta consulta, la conveniencia de dejar á Parada, en su puesto, y el interventor, de regreso una vez más al Congreso, sin haber madurado su juicio, se encontró con Juan de la Pita, que iba á pedirle una indemnización pecuniaria, por las palizas que llevaba recibidas, desde que funcionaba en Santa Lucía el gobierno rodriguista, palizas que, si mal no recordaba, eran cuatro.

—¡Horror! — exclamó Minucias—¡Es pegar, caracho! Pues... lo consultaré con el gobierno. Pero—agregó, aprovechando aquella ocasión, para completar el maduramiento de su juicio—¿qué opina Ud. de todo esto?

—Yo—expuso el director del Yaguá Pelón—opino que lo que está pasando aquí, no pasa en ninguna parte. Rodrigón del Malezal es un loco; Redondo Parada, un idiota; Mendoval, un títere. Y .. ¿quién está pagando el pato de todo esto?.... El periodismo, que no circula; el comercio, que no hace un centavo; el pueblo, que no trabaja ...

- Sí, claro. Eso tiene que suceder, salvo ligeras discrepancias....Pero yo estoy estudiando el asunto y algún día lo resolveré. Dice Ud. que el comercio no hace un centavo, y eso mismo he pensado yo también. Sin embargo, Pedro Torta, que me merece cierto crédito...

—Pedro Torta es un pillo, señor—interrumpió Juan de la Pita—Tuve que suspenderle el envío de mi periódico, por que no me pagaba.

—¿Hombre, sí? ¡Caramba! Yo creía que...; pero ¡vamos! no he dicho nada. Claro está que hay que arreglar esto, cuanto antes. Digo, si no recibo contraorden; porque, como Ud. comprende, yo ...

Y el doctor Minucias, sintiendo que la resolución á adoptar se le embrollaba en la mollera, no animándose á molestar á Mendoval, con una nueva consulta, telegrafió al Gobierno, pidiendo instrucciones para proceder. Este, tomando aquel pedido como una salvedad de responsabilidades, contestó á su mandatario que se atuviera á las recibidas.

—¡Caramba!—exclamó Minucias—¡Para esto, no necesitaba haber gastado un telegrama! Pero, en fin, ya lo resolveremos todo, un día de estos.

Mientras tanto, el pueblo, que no atinaba á que había venido allí aquella intervención, comenzó á murmurar; Parada, temiendo que á cada momento le fuesen á recla-

mar la jefatura política, se atrincheró en ella, con varios peones de su estancia, disfrazados de policianos; Dn. Rodrigón, desconfiando de la lealtad del interventor, rehabilitó el cuerpo de emponchados, que licenciara, remontó la escolta, con nuevos números, y de todo esto, revuelto en consejos de ministros, conferencias de amigos y cuchicheos de todo género, surgió un oficio, en que el Gobernador de la Provincia exigía del Interventor Nacional, que lo repusiera en su puesto, dentro del término de veinticuatro horas.

—¡Caráspita!—exclamó Minucias, pegando un salto en la silla, al concluir la lectura de esta nota—¡Pues no es nada lo que exige de mí este buen señor del Malezal! Esto—agregó, levantándose, dispuesto á afrontar la situación—requiere un corte radical ¡caracho!

Y tapando su calva con el tradicional sombrero de copa, enderezó á lo de Mendoval, resuelto á proceder nérgicamente, si, como era de esperarse, este opinaba como él. Pero Mendoval no estaba en aquellos momentos en su casa, y Minucias, que no se animaba á hacer nada, sin su consentimiento, dejó transcurrir las veinticuatro horas de la nota rodriguista, sin haber adoptado determinación alguna.

Dn. Rodrigón no esperó ni un minuto más. Creyéndose con apoyo suficiente, en la opinión pública, rodeó el Congreso con cien hombres, armados á trabuco, facón y tacuara, exigiendo la inmediata devolución del gobierno del pueblo, y Minucias, pensando que había llegado el momento de obrar enérgicamente... capituló, con la condición de que su autoridad tenía que ser respetada como Dios mandaba.

En consecuencia, pidió á los sitiadores del Congreso que le enviaran á Mendoval, para estipular con él las bases del arreglo á celebrarse, y Mendoval, que no ignoraba nada de cuanto estaba pasando, acudió al despacho de su amigo, para ayudarle á dar un corte al intrincado asunto.

—¡Caramba, caramba! — exclamó el interventor — ¿Ha visto Ud. en que apuro me han puesto las impaciencias de este famoso señor Dn. Rodrigón? Yo soy enérgico; pero ¿qué le parece que hagamos?—indagó, sondando la opinión de sn amigo—¿No caerá sobre mí la sangre de estos inocentes?

Mendoval, creyendo llegado el momento de dar el golpe de gracia á aquella meticulosa intervención, dijo, encocogiéndose de hombros:

—Proceda Ud., amigo mío, como mejor le parezca; pero no olvide que Rodrigón del Malezal lo tiene rodeado con cien hombres, dispuestos á todo, sin contar los que ha dejado en la casa de gobierno y en la jefatura política, que me parece plegada á su causa.

El interventor, que nunca se había visto en semejantes líos, pues toda la vida se lo parara redactando sentencias, en la tranquilidad de su bufete, sintió que se le apagaban los bríos y sólo atinó á decir:

—¡Caracho! ¿Es posible? ¿De modo qne, entonces, tendré que pedir refuerzos? Pero ¿cómo es que el Gobierno no me ha puesto en antecedentes de esto? Porque, en tal caso, yo, francamente, no me hubiese hecho cargo de la misión que se me ha confiado. Para estas cosas, se requiere un militar avezado, no un juez como yo. Sin embargo, tendré que resistir. El principio de autoridad así me lo impone ¿no le parece?

—Lo que debe hacer Ud. es transigir con el estado mental de su sitiador, para evitar mayores dificultades al Gobierno. Por consiguiente, si desea tener la fiesta en paz, el camino indicado para salir de esto, es presidir un nuevo proceso eleccionario de congresales, para no sacar á Dn. Rodrigón de su error, devolverle el imaginario gobierno que ejercía y dejarlo todo, como estaba, antes de su llegada aquí.

—¿Y si, en cuanto yo dé vuelta, se reproducen los desórdenes?....

—Entonces, con sacar de aquí á Parada ...

—¡Caracho! ¡Es cierto! Me hubiera Ud. dicho eso, desde un principio, y todo estaría arreglado ya. Pero es entendido que Ud. seguirá presidiendo las nuevas Cámaras, con aquel jóven de quien me ha hablado; porque sino ¡caramba! yo, francamente, no sé que hacer.

Mendoval, por única contestación, hizo saber á los sitiadores de Minucias que todo estaba arreglado. Dn. Rodrigón levantó el sitio, qne vigilaba, y licenció su gente. En seguida, Mendoval tomó al interventor de un brazo y lo condujo á la imprenta del Yaguá Pelón. Al otro día, el periódico de Juan de la Pita publicó un decreto de la intervención, llamando á nuevas elecciones de representantes. Y aceptado por el Gobierno, á quien consultó Minucias, en última instancia, este modo de arreglarlo todo, bajo la garantía de Mendoval, se dió comienzo á aquella nueva parodia de elecciones.

Redondo Parada, al saber que no se le quitaba la jefatura política, olvidó su pacto de alianza con Rodrigón del Malezal, y desechando los consejos de todos, sólo pensó en ganarle la elección. En consecuencia, valiéndose del ascen-

diente que tenía sobre algunos jefes políticos, les transmitió una lista de candidatos, con el encargo de hacerla triunrar á todo trance. Por su parte, Dn. Rodrigón, que tampoco se había dormido en las pajas, les transmitió otra, compuesta de empleados, amigos y parientes, á quienes era indispensable ungir con el voto popular, costase lo que costara.

La lucha se trabó vigorosa, por telégrafo, entre los candidatos de Dn. Rodrigón y los de Parada, pues como los jefes políticos no habían recibido ninguna consigna del interventor, no quisieron decidir la cuestión, sin saber á que atenerse; pero sea porque Minucias se haya pronunciado, porque Dn. Rodrigón se les hubiera hecho simpático ó por que ansiaran reirse de Parada, éste resultó ignominiosamente derrotado, en la singular contienda.

Triunfante la lista malezalera, Dn. Rodrigón celebró su éxito con un banquete seguido de baile, en el Congreso, al cual, con los nuevos representantes, fué invitado Minucias, y éste, metido de lleno en la chacota, declaró, á su término, abierto el nuevo período parlamentario, hizo entrega del Gobierno á Dn. Rodrigón, y se fué de Santa Lucía, con la gente que trajera, dejándolo todo como estaba.





XXI

Vuelta á las andadas

Las cosas más inexplicables dejan de serlo, en cuanto se profundicen un poco. Tal vez para muchos resulte inconcebible la ayuda más ó menos indirecta que Mendoval prestaba á Dn. Rodrigón, para que éste se sostuviera en su imaginario gobierno, á pesar de los disgustos que semejante apoyo le causaba. Sin embargo, no lo es.

Benjamín Mendoval era una especie de patriarca de su pueblo: sus prosperidades le entusiasmaban; sus miserias, que remediaba, siempre que podía, lo contristaban. La avalancha de gente traída á Santa Lucía por Rodrigón del Malezal, como había declarado Pedro Torta al doctor Minucias, daba hálitos de vida á un comercio que se moría de inacción, y al impulso de esta savia, la rueda de la fortuna santaluciana giraba en dirección al bienestar que el viejo caudillo ansiaba para su pueblo.

Aparte de esto, las dificultades en que, á causa de los disturbios emanados del gobierno rodriguista, se veía el

16

de la Provincia, daban á Mendoval aire reflejo de importancia; pues, como era temido y respetado, nada se animaba á resolver aquél, sin su beneplácito, como se ha visto en el caso del doctor Minucias, y Mendoval, político, al fin, no era hombre de desperdiciar la oportunidad que se le presentaba de hacerse sentir, como rueda indispensable, en la marcha de su provincia.

Con Rodrigón del Malezal, tenía al Gobierno indirectamente en jaque. De ahí, el cierto, inexplicable cariño con que lo sostenía, si bien atemperando los ímpetus del fogoso caudillo malezalero, con sanos consejos, unas veces, hipócritas, otras.

Con estas miras por delante, accedió á volver á presidir, por sí y por Pancho Guapo, unas Cámaras compuestas de protegidos, soldados y espías de Rodrigón del Malezal, que alternaban su tarea de empleados á sueldo de un gobierno imaginario, con la de dictar leyes, para el pueblo que lo soportaba, por la cuenta que le tenía, y la cosa hubiera pasado, como en el mejor de los mundos, si Redondo Parada, en su consuetudinaria vanidad, no se hubiese juzgado ofendido por la derrota eleccionaria que le infligiera el caudillo malezalero.

Mendoval, que no ignoraba los planes de su protegido, el jefe político santaluciano, se fué personalmente á verlo y le advirtió que, si le provocaba la menor dificultad á la situación dejada por Minucias, pediría al Gobierno su destitución, como único medio de continuar la comedia en paz, hasta ver que corte se le daba; pero Redondo Parada, engreído por la conservación de su jefatura, en la cual se creyó más seguro que nunca, después de las debilidades de Minucias, y disgustado por el triunfo ro-

driguista, dió á su visitante todas las seguridades de paz que le pedía, y en cuanto éste volvió la espalda, hizo llamar á Pacotilla, Villanez y Machaca, para conferenciar con ellos, sobre lo que ansiaha hacer.

—Amigos míos—dijo á los aludidos, con gran aplomo—el Gobierno nos teme, ó, mejor dicho, me teme; porque Uds. nada representan.

—Entonces ¿para qué nos ha llamado?—indagó Pacotilla, que no acababa de digerir las pullas de Redondo Parada.

—Los he llamado para utilizarlos de alcahuetes, que es lo único para que sirven, por desdicha mía.

—¡Gracias!—exclamó Villanez, riéndose sin ganas.

—No me agradezcan nada, porque les doy lo que es suyo. Pero no se trata ahora de eso.

—¿De qué se trata, entonces?—preguntó Machaca.

—Se trata de acabar con esta comedia, y, por lo tanto, dispónganse Uds. á dar cumplimiento á mis órdenes, sin chistar. En primer lugar, cuanta ley salga de esas Cámaras inconcebibles debe ser criticada acerbamente, á gritos, si es necesario, y, en seguida, prepararse á barrer el ridículo Gobierno que nos ha ganado la elección de representantes, con la escoba de la basura, si no hay otra peor.

El pedáneo, el comisario y el juez de paz santaluciaños observaron al jefe político que Mendoval era el presidente de aquellas Cámaras y que les había recomendado mucha prudencia, en promover dificultades á la nueva situación, si se estimaban en algo.

—¡Aquí no hay más Mendoval que yo, sotretas! Por lo tanto, ó Uds. me obedecen como máquinas ó pido

inmediatamente su ignominiosa destitución. Cuando Minucias me ha dejado aquí, es porque el Gobierno me tiembla, y si me tiembla toda la Provincia, con más razón me temblará Mendoval, que es un títere. En cuanto á Rodrigón, vive de mis magnánimas condescendencias.

Pacotilla, Villanez y Machaca se echaron á reir, con todas sus ganas, y como Parada, indignado por tan ruidoso acceso de risa, hubiera echado mano á su par de revólveres, para imponerse, salieron á la calle, agarrándose la barriga, sin pronunciarse sobre el pedido de su jefe.

Mientras tanto, Rodrigón del Malezal, contando con la completa adhesión de las Cámaras, se dispuso á recuperar el tiempo antes perdido, en discusiones obstruccionistas, y desde el primer día de su funcionamiento, lanzó sobre ellas, con orden de ser despachados sobre tablas, una serie de proyectos tan estupendos, que Mendoval se quedó á su vista con la boca abierta, sin saber como obrar, pues por mucha que fuese su buena voluntad hacia el gobierno rodriguista, no le agradaba ser títere de nadie.

Y Dn. Rodrigón, envalentonado con el triunfo eleccionario que el mismo Mendoval, por un lado, y Minucias, por el otro, le proporcionaran, se pasaba á la otra alforja, sin consideraciones de ninguna clase.

Entre los proyectos enviados al Congreso, figuraba el de embellecimiento de la ciudad, antes rechazado, uno que ordenaba la confiscación de los bienes de todos los que no abonasen, en el acto, los impuestos atrasados y otro que fijaba el castigo de los opositores, al orden de cosas imperante, en una vuelta de azotes, por ofensa.

Todo esto, pareció á Mendoval tan extraordinario, aun tratándose de un gobierno de comedia, que, antes de ponerlo en discusión, creyó del caso solicitar una audiencia del Gobernador, para hacerle ver lo contraproducente que resultaría, para la paz pública, el sancionamiento de tan absurdas como arbitrarias leyes.

—¡Pase el proyecto de embellecimiento!—dijo el caudillo de verdad al gobernante de comedia—Pero ¡en cuanto á los otros!....

—¿Ve el señor presidente del Senado otro modo de que yo pueda sostenerme en el Gobierno?—indagó Dn. Rodrigón, con cierta placidez—Las cajas provinciales están exhaustas de fondos y las bocas de todos mis enemigos, repletas de improperios.

—Lo sé, Exmo. Señor; pero á mi vez, pregunto: ¿cree V. E. poder remediar la situación, con medidas de rigor?

—El Congreso me responde, como un solo hombre, y desde que el pueblo se ha mostrado tan ingrato, con su magnánimo benefactor, deseo dar comienzo á la segunda etapa de mi gobierno, con una serie de medidas que no den lugar á dudas, sobre el respeto que se me debe.

—No hay que abusar de las circunstancias, Exmo. Señor. El pueblo es una entidad que conviene tratar con ciertos miramientos.

—Se equivoca Ud., amigo Mendoval. El pueblo es un niño grande á quien hay que sacudir el polvo, de vez en cuando, para que ande derecho.

—No opinaba eso V. E., cuando era un simple ciudadano, por cuyas venas corría sangre independiente.

—Es cierto—asintió Dn. Rodrigón—Pero ¡bastante caro me cuesta el error, en que he vivido! Hágame, pues,

el señor presidente del Senado aprobar, en el acto, la ley de embellecimiento de la capital, porque quiero demostrar á todos que me sobran ideas; en seguida, la de confiscación de bienes, porque necesito dinero, para sostenerme en el poder, y después, la de azotes, porque deseo poner coto á los desmanes de mis enemigos.

—Para eso, no necesita V. E. más que apelar á su glorioso rebenque—indicó Mendoval, á quien hacía poca gracia poner su firma á semejante ley—Las Cámaras nada tienen que ver con eso.

—Tal vez; pero yo quiero que todas las azotainas que se apliquen, en mi gobierno, estén dentro de la ley. ¡Ante todo, el respeto á la constitución, que he jurado defender! Por lo tanto, dé Ud. cumplimiento á mi pedido, y hasta cuando guste volver por aquí.

Mendoval, viendo que era inútil insistir, se retiró á su casa, lamentando sinceramente haber influído con Minucias, para que dejase en pie un Gobierno, que tanto trabajo le imponía. El error, sin embargo, estaba hecho, y para remediarlo, en lo posible, resolvió marchar con tiento, en el difícil papel que se había adjudicado á sí mismo, en la comedia santalucense.

Pero Dn. Rodrigón insistió de tal modo, en que le fuesen conferidas las facultades que juzgaba indispensables, para dar tono á su gobierno, que Mendoval, calculando que su ascendiente sobre todos sería bastante, para contrarrestar las consecuencias que pudieran emerger de las leyes cuya sanción se le demandaba, cerró los ojos indolentemente y dejó que el Congreso, rodriguista incondicional, las votase de una hornada.

¡Mejor no lo hubiese hecho! Redondo Parada, en cuan-

to tuvo conocimiento de la sanción de semejantes proyectos, cuyos peligros convenía á sus planes de venganza abultar hasta la exageración, introdujo un billete de cincuenta pesos en el bolsillo, y se fué con ellos á lo de Juan de la Pita, para que atacase al gobierno rodriguista, con la violencia que acostumbraba, cuando le pagaban bien.

El venal periodista, una vez en posesión de la precitada suma, cumplió la orden recibida, al pie de la letra. El Gobierno fué tratado por el Yaguá Pelón de sainete intolerable; el Senado, de sarta de imbéciles; la Cámara, de recua de asalariados y toda la situación, en resumen, de dinastía reinante, antro de ladrones, gavilla de foragidos y otras lindezas exornadas de vocablos tan gruesos, que no podían ser digeridos, sin provocar náuseas.

—¡Es duro de cocer este maldito! —exclamó Dn. Rodrigón, estrujando entre sus manos el periódico de Juan de la Pita—Tiene más palizas, en el cuerpo, que años de vida, encima de las espaldas; pero ¡está visto que no aprende!—Sin embargo—agregó, llamando á Fariña—¡vamos á ver, si le enseño á respetarme!

Fariña, que acababa de echarse al coleto el saldo de una damajuana de caña, concurrió al llamado de su jefe, limpiándose los labios con el revés de la mano, y el Gobernador dijo:

—Toma tres ó cuatro congresales de esos que antes constituían el cuerpo de emponchados; te vás con ellos á la imprenta del Yaguá Pelón y, con el arma que mejor te parezca, le dás á Juan de la Pita la paliza más grande de su vida. ¿Oíste?

—*Oy!*, patrón—asintió Fariña—¿Y si se rebela contra la autoridad?

—Entonces, le dás hasta que no queden ni rastros de su cuerpo.

El edecán de Rodrigón del Malezal partió á dar cumplimiento á la orden recibida, y éste, ahogando la ira que le producían todos los ataques á su gobierno, citó á sus ministros á consejo, para dar curso á las leyes que acababa de sancionar el Congreso.

—¡Vamos á ver!—dijo, haciendo esfuerzos por aparecer sereno—La ley de embellecimiento de la capital ¿por qué ministerio corre?

—Por el mío—se apresuro á decir Pateta, que veía en aquel probable negotium la manera de redondear su fortunita.

—Pues, á ponerla en práctica inmediatamente, á ver si tapamos la boca á la oposición, que dice que no hacemos nada. ¿Y la de confiscación de bienes?

Ño Vitó, que deseaba hacerse á todo trance de algunos pesos, para reponer los muchos que llevaba gastados del Tucurú, antes que el Gobierno de verdad barriera con todos de allí, dijo, á su vez:

—Esa corre por el mío, Exmo. Señor Patrón.

—Bueno, pues, ahí la tienes autorizada. Queda ahora la cuestión de los azotes á propinarse á nuestros enemigos, por oposición de hecho ó de palabra; pero ésta, con el objeto de ser mejor aplicada, correrá directamente por la Gobernación. Por lo tanto, Pateta, procede tú á las expropiaciones necesarias, para embellecer nuestra capital; tú, Víctor, encárgate de hacer efectivos todos los impuestos atrasados y yo, tomaré á mi cargo la fijación de los azotes, que hemos de distribuir á la oposición.

Así dividido el trabajo, Pateta y Ño Vitó se dirigieron

á sus respectivos ministerios y D. Rodrigón se quedó en su despacho, empeñados los tres, cada uno por la cuenta que le iba, en dar forma práctica á la ley que tenían ante los ojos. Engolfados en tan intrincado estudio, allí se lo hubieran pasado quién sabe hasta cuando, si unos gritos agudos, parecidos á los de un cerdo que estuvieran ultimando, no hubiesen llegado hasta la quinta gobernativa, en aquellos momentos, obligando á sus moradores á salir á la calle, para averiguar de que se trataba.

Cuando éstos llegaron allí, ya más de un vecino había hecho lo mismo, en tanto que los penetrantes chillidos continuaban sonando con tal intensidad, que la gente desparramada en la calle, comenzó á aglomerarse ante la puerta de la casa, de cuyo seno partían.

—Pero ... ¿qué diablo de gritos serán esos?—preguntó Dn. Rodrigón, abriendo la boca ingenuamente.

Los miembros del gobierno rodriguista sonrieron amargamente, sin contestar una palabra. Sólo Pateta, á quien no afligían los dolores ajenos, contestó, encogiéndose de hombros:

—No pueden ser más que los ayes de Juan de la Pita, bajo los golpes de sus apaleadores, Exmo. Señor.

Dn. Rodrigón, que, á pesar de la facilidad con que se irritaba, era en el fondo un corazón de oro, en cuanto se dió cuenta del origen de aquellos gritos, que resonaban lúgubremente sobre los techos de las casas santalucianas, mezclados con insólitos chasquidos, envió á Fariña un chasque para que suspendiese en el acto la paliza que propinaba, y, ocultando á todos la palidez que invadió su rostro, volvió cabizbajo á su despacho, de donde ya

no salió, sino para cenar, cuando las quejas de Juan de la Pita se extinguieron, en las sombras de la noche.

Al otro día, atemorizado el pueblo con la paliza propinada al desgraciado redactor del Yaguá Pelón, por más esfuerzos que hizo, no consiguió Redondo Parada sublevar á nadie contra su tradicional enemigo, y al amparo de esta forzada calma, el gobierno rodriguista encaró resueltamente el problema de las leyes, que se había propuesto poner en práctica.

El Gobernador terminó la reglamentación de los azotes; el ministro de Gobierno inició su tarea con la expropiación de un terreno, que le convenía adquirir, y el de Hacienda, para no ser menos que nadie, despachó por todas partes una nube de cobradores, que, valiéndose de toda clase de medios, hicieron ingresar algunos presos, en las exhaustas cajas malezaleras.

Por este lado, aturdido como estaba el pueblo, la cosa marchó tan bien que hasta de los departamentos, á cuyos jefes políticos divertía en alto grado el gobierno rodriguista, llegaron á manos de Ño Vitó sendas listas de subscripción, con su equivalente producto, de modo que todo el mundo, en la quinta gubernativa, estaba que no cabía en sí de gozo.

Engreído por este éxito, Dn. Rodrigón ordenó á Mendoval y Guapo que sometieran á la aprobación de sus respectivos presididos, un nuevo proyecto de ley, por el cual se daban facultades al Gobierno, para establecer un diezmo sobre las entradas diurnas de cada uno, y aunque esta temeraria exigencia gubernativa fué enérgicamente combatida por nuestros dos presidentes, que sólo se prestaban á servir de apoyo al Gobierno, para evitar daños

mayores, el Congreso, abocándose directamente su conocimiento, la sancionó sobre tablas, obligándoles á refrendarla para no aparecer como opositores.

Esto colmó la medida que estaba llena ya El pueblo, el comercio y las familias, ante la perspectiva de tener que concurrir con sus fondos, al sostenimiento de aquel increíble Gobierno, acudieron á Mendoval y Guapo, en demanda de explicaciones, y todos los esfuerzos de estos para contener la avalancha de quejas, alegando que aquella ley no pasaba de una vana fórmula, fueron tan inútiles como mal recibidos.

Instada por Redondo Parada y sus secuaces, la población santaluciana se lanzó á la calle en son de protesta, y cuando más agitadamente comentaba la ley del día, surgió corriendo por entre las piernas de todos una turba de chiquillos, con el Yaguá Pelón debajo del brazo, que pregonaba la muerte de Juan de la Pita, á causa de los palos aplicados por los matones rodriguistas.

El caudillo malezalero, al tener conocimiento de la extraordinaria noticia, en circulación, se trenzó en consejo con sus ministros y mandó llamar á Mendoval y Guapo, encerrando previamente en la cárcel, á Fariña y sus compañeros de apaleamiento periodístico, aunque no fuese más que para cubrir las apariencias. Mendoval y Guapo, hastiados del papel que les tocaba desempeñar, en aquella comedia, se hicieron los enfermos y no concurrieron al llamamiento gubernativo, y el pueblo, exasperado por la noticia que rodaba en boca de todos, rodeó la casa de gobierno en son de guerra.

Felizmente para sus ocupantes, apenas iniciado este sitio, alcanzóse á saber que la muerte de Juan de la Pita

no era más que una treta urdida por Redondo Parada, para levantar al pueblo contra su vencedor eleccionario, y la ola humana, al darse cuenta de la realidad de las cosas, en vez de descargar su ira sobre la quinta gubernativa, se disolvió al son de una carcajada que contagió á todos.

Dn. Rodrigón, en cambio, enterado á su vez de la burda mentira, se indignó de tal modo, que, de acuerdo con el doctor Pateta y el coronel de la Cueva, promulgó en el acto el siguiente decreto:

«Visto, pesado y considerando:

1.° Que el diario local, convertido de la noche á la mañana en cloaca de la oposición, ha pretendido ensuciar con el pestilente material de sus columnas los inmaculados procederes del Gobierno, salpicándolo con la sangre de un muerto que vive, por desgracia de todos;

2.° Que debido á esta infame calumnia, gime en la cárcel pública el benemérito ciudadano Antonio Fariña, con sus presuntos compañeros de extralimitación, en tareas debidamente reglamentadas por una ley del Honorable Congreso de la Provincia;

3.° Que volver á castigar una vez más al autor de tan ridícula mentira, sería perder el tiempo lastimosamente, pues los hombres de goma, como Juan de la Pita, tienen siete vidas como el gato, y no mueren ni á garrote, por muchos que sean los palos que se le propinen.

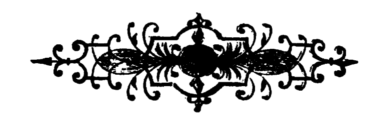
4.° Y que es tan urgente rehabilitar á los presos, en el concepto público, como cortar de raíz el mal que á todos afecta, el Gobernador de la Provincia, en acuerdo general de ministros, decreta:

Dése libertad á los beneméritos ciudadanos Anto-

nio Fariña y demás compañeros de tareas, declarando que la prisión sufrida no afecta su buen nombre, y castíguese al tránsfuga Juan de la Pita, con el total empastelamiento de su imprenta, por los miembros de mi escolta».

Al otro día, á pesar de los trabajos hechos á última hora por Mendoval, ante Dn. Rodrigón, para conjurar los efectos de su terrible decreto, Juan de la Pita, reducida su imprenta á polvo, desapareció de Santa Lucía y el Yaguá Pelón no volvió á molestar á nadie.

¡Requiescat in pace!





XXII

Asalto del Congreso

Suprimido el Yaguá Pelón, que inspirado por Redondo Parada, había contribuído á levantar el pueblo una vez más contra el gobierno rodriguista, aquél se llamo á silencio, y éste, aprovechando aquellos momentos de calma, se dispuso á hacer efectivo el diezmo sancionado por el Congreso, empezando por el comercio.

Este, que sólo soportaba á Rodrigón del Malezal por la cuenta que le tenía, puso otra vez el grito en el cielo, y como Mendoval le asegurara que nada tenía que ver con semejante ley, se negó terminantemente á pagar las sumas exigidas por los esbirros gubernistas.

El Gobierno, que se había propuesto llevar adelante su plan, impartió al juez Pacotilla la orden de trabar embargos á troche y moche, y éste, que no supo que responder á tan imperioso mandato, ocurrió á Redondo Parada, en demanda de consejos, para salir del apuro.

—¡Escúrrase como pueda, amigo! —exclamó el jefe político santaluciano—¿Para qué tiene las entendederas?

También yo he recibido la orden de apoyar sus embargos, con las fuerzas de policía de mi mando. Pero—agregó, sonriendo despreciativamente—lo menos que pienso hacer es eso.

Pacotilla llevó ambas manos á la parte posterior de su cuerpo, y contestó, con doloroso gesto:

—¿Qué me escurra, dice? ¿Y sabe Ud. lo que eso me puede costar?

—¡Cueste lo que cueste, maula! ¿Tanto miedo tiene á los azotes? En último caso, póngase] un forro de lata, en la parte vulnerable.

—Es lo que tendré que hacer;—dijo Pacotilla, con ansia—pero no es eso lo que he venido á consultarle, amigo Parada.

—Entonces, embargue; porque de todos modos, antes de que tales créditos se hagan efectivos, nos ha de sobrar tiempo para dar en tierra con esta maldita parodia de gobierno, que Uds. me obligaron á forjar.

Pacotilla, optando por todo, antes que exponerse á una nueva azotaina rodriguista, dió curso al pedido del gobierno imaginario y acompañado de Villanez y Machaca, que le servían de fuerza pública, el uno, y de secretario, el otro, trabó embargo en valores de cuentos se opusieron á oblar el diezmo reclamado, si bien asegurando á todos que nada temiesen de semejantes embargos.

El comercio, á pesar de estas seguridades, alarmado por las consecuencias que podría tener para su bolsillo el equívoco proceder del juez de paz, se constituyó en comisión, presidida por Pedro Torta, y acudió á la casa de Mendoral, en demanda de explicaciones; pero el caudi-

llo de verdad, previendo lo que iba á pasar, acababa de partir para el campo, con Pancho Suapo, previa presentación de sus respectivas renuncias á las Cámaras de que formaban parte, grandemente disgustado consigo mismo.

Pedro Torta, con los colegas que le acompañaban, enderezó á lo de Redondo Parada, y éste, conocedor de la ausencia de Mendoval, cuya renuncia lamentaba, después de haberla provocado, aconsejó á la comisión del comercio que se dirigiera al Gobernador, á donde efectivamente torció sus pasos; pero el célebre mandatario celebraba á la sazón un importante consejo de ministros, y para no turbar las ideas en discusión, con otras más complejas, le mandó decir que el Congreso era el único que podría atender sus quejas y que á el, por lo tanto, debían dirigirse.

Este, que, habiendo quedado sin cabezas dirigentes, se había reunido en sesión magna de ambas Cámaras, bajo la presidencia de Bolada, el Senado, y de Fariña, la Diputación, para deliberar sobre las renuncias de Mendoval y Guapo, contestó á aquéllos que estaba demasiado absorbido por otros quehaceres, para tomar en cuenta su solicitud, de la cual nada sabía.

La comisión de comerciantes tomó un coche y se dirigió á la estancia de Mendoval, logrando por fin, después de muchos ruegos, ser recibida por el caudillo de verdad, que estaba con el peor de sus humores.

—Ud. comprende, señor Mendoval, —dijo Torta, en re-representación suya y de sus colegas—que esto es grave. Y como la ley lleva su firma...

Mendoval se sintió violento. Aquella introducción, que le recordaba en momento de debilidad, que de ve-

ras sentía haber tenido, en vez de inclinarlo á la razón, le produjo mal efecto.

—Cierto—dijo, con mal contenida displicencia—Pero Uds. saben muy bien que yo no soy presidente de ningún Senado.

—Así será, señor; pero es el caso que, á la sombra de la antedicha ley, nos han ido á embargar.

—Esos embargos son perfectamente nulos. En fin, arréglense Uds. como puedan. Yo bastante he hecho por todos, y no quiero saber más nada, con el famoso gobierno rodriguista. Véanlo á Bolada ó á Fariña, que, en defecto de Guapo y mío, han de haber asumido la presidencia de una y otra Cámara, en su calidad de vices.

Y al decir esto, Mendoval no pudo dejar de reirse, al unísono de los miembros de la comisión comercial, que recibieron su indicación, con una carcajada muy significativa para todos.

—Ud. comprende, señor Mendoval,—advirtió Pedro Torta—que eso y la nada viene á ser lo mismo.

—Entonces, véanlo al cura, al obispo ó al papa; porque, francamente, yo no quiero saber más nada de todo eso.

Los comerciantes se miraron cariacontecidos y cabizbajos; Mendoval se preparó á montar el caballo que piafaba, en el patio de su estancia.

—Señor—dijo Pedro Torta, siguiéndolo hasta el estribo, con sus colegas de solicitud, en desgracia—dénos siquiera una carta para el Gobernador.....

—Eso sería volver ó tomar ingerencia en cosas, á que he renunciado, para evitarme disgustos. Sin embargo, si Uds. creen que eso ha de bastar, para sacarlos del apuro en que se ven.....

Y Mendoval, que deseaba ponerse cuanto antes á mil leguas de sus interpelantes, les dió la carta que le pedían, sin dejar de advertirles, para excusar mejor su proceder, que ellos que tanto habían ganado con los disturbios santalucianos, no eran los que más derecho tenían á regatear los pocos centavos que les reclamaban, para dejarlos seguir haciendo su agosto.

Con la carta de Mendoval, á la que daban gran importancia los comerciantes, estos se dirigieron á la quinta gobernativa, pidiendo hablar urgentemente con Dn. Rodrigón, pues la gracia de su negocio, á pesar de lo dicho por aquél, estaba en vender mucho, sin pagar ningún diezmo.

El gobernador de Santa Lucía, aunque disgustado como estaba con Mendoval, cuya renuncia, sin embargo, dió orden de no aceptar, juntamente con la de Pancho Guapo, recibió amablemente á la comisión del comercio; pero como se había propuesto hacer dinero á todo trance, para reponer lo mucho que llevaba gastado de su bolsillo, les dijo que se trataba de una ley del Congreso, que no podía ser modificada, sino por otra.

La comisión comercial suspiró tristemente. El despojo que pesaba sobre su cabeza, aunque problemático y mezquino, adquirió las proporciones de una catástrofe, y, después de formular una enérgica protesta, se retiró de la casa de gobierno, dispuesta á defender el producto de su trabajo. En consecuencia, volvió los ojos á Redondo Parada, que al fin y al cabo era la única autoridad legal del pueblo, y éste, al ver tan irritados á sus miembros, les aconsejó que se constituyeran, con los demás descontentos, en partido de oposición, y se negaran á pagar el diezmo reclamado.

—Yo contribuiré con una imprenta, para que, por medio del periódico que funden Uds., se conozca en toda la Provincia lo que está pasando aquí y se tomen medidas, para acabar con esto, de una vez. Si yo no estuviera tan atado por las recomendaciones que me llueven de arriba, ya no quedaría ni el polvo de esta parodia de gobierno; pero.....

—¿Y quién podría redactar ese periódico, ahora que se ha ido Juan de la Pita?—indagó Pedro Torta, reflexionando.

—En cuanto á eso, lo que sobran son redactores. Constitúyanse Uds. inmediatamente en partido de oposición, y dejen lo demás de mi cuenta.

La idea de Redondo Parada tuvo éxito. En una reunión nocturna, á la cual concurrió todo el comercio santaluciano, se echaron los cimientos de un partido cuyos estatutos aparecieron á los pocos días en «La Tacuara», periódico con que, bajo la dirección de Dn. Pifiano, como redactor, y de Perrati, como administrador, inició sus luchas contra el Gobierno, la oposición que acaudillaba Pedro Torta, en su carácter de jefe del partido.

Don Rodrigón, en cuanto tuvo conocimiento de la aparición de «La Tacuara», cuyos furibundos ataques le tomaron de sorpresa, no descansó hasta averiguar por qué imprenta se editaba, para reducirla á polvo; pero cuando más afanado estaba en dar con ella, sin conseguirlo, lo vino á sacar de dudas su propio dueño, que lo era el nunca bien ponderado Juan de la Pita, gracias á un préstamo hipotecario del indirecto causante de su última paliza.

Esto equivalía á tentar á la fiera, en su misma cueva;

pero ya hemos dicho que nuestro hombre era de goma, y, por lo tanto, estimaba á su bolsillo en mucho más que su cuero. Sin embargo, como ya no le quedaba ninguna coyuntura en pie, al volver á Santa Lucía, no lo hiciera en carácter de periodista, sino de comerciante. Fué en este concepto, que se presentó al gobernador santaluciano, á quien, antes de que se le fuera encima con otra paliza, le ofreció sus servicios, con la sola condición de respetarle la imprenta y pagarle bien.

El caudillo malezalero, una vez que se asombró bastante, con la reaparición del imponderable periodista en sus dominios, calculando lo mucho que le costaría una imprenta propia, aceptó sus interesados ofrecimientos, y la aparición de «El Rebenque», dirigido por Ruperto Belitre y administrado por Eneene Pirrallo, con la violencia que puede imaginarse, fué la contestación dada á los ataques de «La Tacuara».

Los dos periódicos, sin control alguno, se trenzaron en seguida en una batalla de palabras de grueso calibre, en que los miembros de uno y otro partido desahogaban sus recíprocas iras, y salían del sótano, en que Juan de la Pita acababa de instalar su imprenta, en dirección á sus respectivas redacciones, echando pestes por todas sus líneas, ni más ni menos que si los disturbios callejeros, tantas veces repetidos, se ventilaran ahora por escrito y en vez de palos, se repartieran ultrajes.

Mientras tanto, el diezmo, que era lo esencial para el Gobierno, no se pagaba. Don Rodrigón, atribuyendo esto á la prédica de «La Tacuara», dió orden de que sus directores fueran inmediatamente recluídos en la jefatura política y castigados, con la vuelta de azotes que la ley

fijaba. «La Tacuara» no dejó por eso de seguir saliendo y atacándolo, con más furia que nunca.

En esta emergencia, que le irritó grandemente, dado el compromiso contraído con Juan de la Pita, de no empastelarle la imprenta, Dn. Rodrigón sintió no tener cerca de sí á Mendoval, para aconsejarse. En su defecto, llamó á Bolada y á Fariña, y les ordenó que reunieran inmediatamente las Cámaras que, en ausencia de aquél y Pancho Guapo, presidían, para sancionar una ley que redujera la libertad de imprenta á una expresión tan ínfima, que impidiese la salida de «La Tacuara» ó diera lugar á su secuestro.

—Está bien, Exmo. Señor—dijo Bolada—pero como ni en la escolta, ni en el cuerpo de emponchados, que forman actualmente las Cámaras, hay ningún letrado, que pueda sacarnos del apuro, será necesario que el P. E. mismo nos dé la fórmula que se ha de hacer votar.

—¡Es verdad!—reconoció Dn. Rodrigón, echando mano á la pluma.

Pero el hombre estaba tan aturdido, con los golpes que le llovían de todas partes, que ni alcanzó á escribir dos líneas, ni, como tantas veces había hecho, se le ocurrió acudir al consejo de sus ministros, para salir del apuro. Sólo después de haber permanecido una hora, con la pluma en la mano, sin que cayera una palabra de sus picos, aceptó la indicación que le hizo Bolada de ir á llamar á Ño Vitó y á Pateta, quedándose en tanto llegaban estos, sumido en una meditación de la cual sólo volvió, al choque de una recia sacudida de sus fieles partidarios.

—¡Caracha, patrón!—exclamó Víctor de la Cueva, alarmado—¿Qué le pasa?

El caudillo malezalero, convertido en escuálido gobernante, á fuerza de perder kilo sobre kilo de su opulenta carnosidad, contempló á sus ministros con aire idiota, y agarrándose la cabeza con ambas manos, para que no se le escapara la idea, que relampagueaba en su fondo, dijo:

—Es necesario presentar al Congreso una ley que dé al traste con esta batalla de periódicos, que nos trae á todos fuera de quicio.

—Ño Vitó, siempre dispuesto á llevar la contra á su patrón, por lo mucho que lo quería, indicó que la mejor ley que podía dictarse era la supresión de «El Rebenque», causa indirecta de los desbordes de «La Tacuara».

—Imbécil!—replicó Dn. Rodrigón, recobrando sus bríos—¿Entonces, hemos de quedar con todas las bofetadas que nos dan, sin devolver ninguna?

—Para evitar eso, está la ley de azotes—insinuó Pateta.

—Sí; pero ¿cree el señor ministro que debemos pasar la vida azotando posaderas? ...Además, para que no recaigan sobre nosotros todas las responsabilidades, conviene que el Congreso nos provea de leyes que nos amparen, y como no todo ha de acabar en una azotaina, que tome cartas en el asunto, metiendo en la cafúa á los demagogos de la oposición. Redacte, pues, el señor ministro de Gobierno el correspondiente pliego, y sométalo, en el acto, á la aprobación de ambas Cámaras.

—Lo mejor será que ese proyecto lo presente yo mismo, de viva voz—dijo Pateta—Casualmente, hoy me siento inspirado.

—Sea—aceptó Dn. Rodrigón, estrechando la mano á su ministro.

Pateta colocó su cartera debajo del brazo, puso la medalla de la charasca, en la solapa del saco, y enderezó al Congreso, cayendo sobre los representantes del pueblo soberano, con una de aquellas arengas que no dejaba hablar á nadie. Cuando salió de allí, el partido de oposición, suspendido en el goce de sus fueros, por una ley especial, fué reducido en masa á prisión, por los mismos que acababan de dictarla.

Redondo Parada, al ver su jefatura llena de gente, mandó un artículo furibundo á «La Tacuara», cuya edición fué secuestrada íntegra, y «El Rebenque», para justificar el proceder del Gobierno, se desbordó sobre la oposición con aquella serie de epítetos, que el héroe malezalero empleara un tiempo, contra otros gobiernos tan buenos con el suyo.

Para completar el golpe y reducir á la impotencia al partido opositor, Dn. Rodrigón, valiéndose del arresto de los principales comerciantes del pueblo, ordenó á los miembros del Congreso que mandasen una comisión de su seno, á hacer efectivos los embargos de Pacotilla, y los dependientes de los negociantes presos, asustados por los rostros patibularios de los secuaces de Fariña, los abonaron en el acto.

—¡Ajá! —exclamó Dn. Rodrigón, al ver el buen resultado de su treta —Toma, Víctor, y guarda bien estos pesos en tu caja, que, en caso necesario, estamos nosotros primero que el pueblo, por muy soberano que sea.

Ño Vitó, comprendiendo que se iba operando un cambio en su patrón, sonrió benévolamente, y como éste le había dado, por fin, con el gusto, dijo, guardándose la suma que le daban, bajo llave:

—Eso debiéramos haber hecho desde un principio, Exmo. Señor.....

Pateta abrió tamaños ojos, ante la operación que ejecutaba su colega, en el ramo de finanzas; pero en el momento en que se disponía á pedir un adelanto, llegó á los oídos de nuestros personajes un rumor parecido al de una tempestad lejana, disuelta en granizo, que llamó la atención de todos. El sordo, lejano rumor crecía por instantes, y como la noche cerrara ya, nuestros protagonistas subieron á la azotea de la quinta gubernativa, para averiguar su procedencia, aclarando, con asombro de todos, por los ecos que traía el viento, que se trataba de algo muy grave.

—¡Es un ataque al Congreso!—exclamó Dn. Rodrigón—Y los honorables representantes del pueblo están sesionando!—repitió, indignado—¡Ah! ¡Qué fatalidad! ¡Qué falta de respeto!

Y mientras echaba mano al rebenque, para vengar tamaña afrenta, cayó desmayado de rabia en manos de Ño Vitó, que se interpuso entre él y la barandilla de la azotea, para que no se arrojara á la calle, desde semejante altura, en camiseta como se hallaba.

Pateta corrió á esconderse debajo de la cama; Ño Vitó, quedóse solo con su amo. Mientras tanto, el Congreso, atacado por todas sus aberturas, con gran estrépito, fué invadido por una ola de gente, armada de hachas, martillos y varas de medir. Bolada, Fariña, Pirrallo, Belitre, Minguicho, Barbecho, los soldados de la escolta, los matones emponchados, aturdidos por los golpes que descargaban los asaltantes, en las paredes, bancos y mesas del sagrado recinto de las leyes, y sintiendo algunos va-

razos caer sobre sus espaldas, huían despavoridos de un lado á otro, sin poder franquear la muralla humana que los tenía acorralados. Y mientras tanto, á fuera, el pueblo soberano, representado por todos los chiquillos de Santa Lucía, reclamaba á gritos la renuncia del gobierno rodriguista.

La lucha que entonces se trabó, dada la obscuridad que reinaba en el interior del Congreso, fué algo indescriptible, en que no se oía más que el eco de los muebles reducidos á astillas. Los congresales, considerándose derrotados, se arrojaron de golpe al suelo, y colándose por entre las piernas de sus enemigos, como ratas asustadas, salieron á la calle, dejando un tendal de asaltantes, en su pos. Estos, enfurecidos como estaban, hicieron una pila de todo cuanto encontraron y untándola de petróleo, le prendieron fuego, en una hoguera, que se abrió paso por el techo, abrasándolo todo.

Parada, que había dado soltura á Pedro Torta y sus amigos, para que llevasen á cabo la mencionada hazaña, acudió con las fuerzas de policía, á reducir á prisión á los causantes del alboroto, en momentos en que Dn. Rodrigón, repuesto de su desmayo, acudía también, por su parte, rebenque en mano, á socorrer á su gente.

Y este encuentro, en el lugar de la catástrofe, cuyos promotores acababan de hacerse humo, salvó una vez más al atalondrado jefe político santaluciano, de pagar allí mismo las consecuencias de todo.





XXIII

El castigo del traidor

El escándalo del Congreso, conocido en Corrientes, por una denuncia anónima, agravado con el empastelamiento de la imprenta del «Yaguá Pelón», por la cual reclamaba Juan de la Pita una recompensa pecuniaria, colmó la medida en que juntaba su paciencia el gobierno legal.

Llamado el doctor Minucias. para que justificase aquellos desbordes, después de las seguridades dadas de que todo quedaba satisfactoriamente arreglado, éste opinó que lo acaecido no podía ser obra sino del atolondrado jefe político santalucense, Redondo Parada, que en su afán de dar en tierra con la situación rodriguista, no perdonaba medio de promover dificultades al héroe del Rancho Ensebado.

El Gobierno, corroborada esta opinión por Mendoval, á quien se acudió en demanda de datos más precisos, se resolvió á proceder, cortando por lo sano; pero, temeroso de que el padre de Redondo Parada, á quien debía

su elección, se le pusiera de punta, en vez de destituir lisa y llanamente al mal empleado, orilló el asunto, creando en Lavalle una jefatura política, que dejaba sin efecto á la de Santa Lucía.

Redondo Parada, despojado así de su puesto, sufrió un ataque de rabia que lo postró en cama, y como su padre hubiera también caído enfermo, por aquel tiempo, en cuanto se sintió mejor, se fué á Corrientes á gestionar personalmente su reposición, en el cargo que desempeñaba. Estas gestiones, á pesar de las cuñas puestas en juego, no dieron más resultado que el abandono hecho por el Gobierno, de los cuatro fusiles viejos que tenía en la jefatura política santaluciana, con sus correspondientes policianos, para no tener que mandar allí un piquete en busca de ellos.

Redondo Parada siguió, pues, al frente de su jefatura, tal como estaba; pero no ya como subalterno del gobierno de verdad, sino del rodriguista. Esto lo tenía tan irritado que lo primero en que pensó, para vengarse de la afrenta recibida, fué pactar una alianza con Rodrigón del Malezal, para irse con él sobre Corrientes y hacer tabla rasa de la situación provincial.

Pero ¿cómo plantear esta cuestión, sin descubrir al gobernador de comedia los engaños de que le había hecho víctima? ¡La cosa no presentaba asidero de ninguna especie! Para disipar las nubes que obscurecían el horizonte de su situación, fué inmediatamente á ver á Mendoval, y éste, indignado por todas las dificultades que le promoviera, obligándole á quebrar con Rodrigón del Malezal, para sincerarse ante el pueblo, lo echó á rodar con todo su desdén.

Parada llamó, entonces, á sus protegidos Pacotilla, Villanez y Machaca, y éstos, descontada la pérdida de sus puestos, que siguió á la de aquél, se pusieron á sus órdenes. Alentado con estas adhesiones, entonadas con la de Perrati y Dn. Pifiano, Sotero Redondo Parada se dispuso á vengar su destitución, promoviendo nuevas dificultades al Gobierno de que formaba parte, y descargó su ira por «La Tacuara», que salió al otro día vomitando ataques contra la situación rodriguista.

Para agriar más á su jefe, considerándose suficientemente apoyado por la peonada, con que de su cuenta y riesgo había reforzado la policía, desde que Minucias sintiera pujos de apoderarse de ella, dió libertad á los presos políticos que había vuelto á hacer, por orden de Dn. Rodrigón, informándole por nota que acababan de escapársele.

Rodrigón del Malezal, que estaba redactando un artículo para «El Rebenque», cuando recibió esta noticia, suspendió su trabajo y mandó llamar á Parada, para increparle duramente su proceder; pero éste, creyéndose bastante fuerte para afrontar la situación, contestó al mandatario santaluciano, que se sentía impotente para contener el avance de la ola humana, sublevada contra su gobierno.

—Lo que Ud. no puede contener, amigo Parada, es su miedo;—replicó Dn. Rodrigón, continuando su interrumpido trabajo—pero, en fin, vuélvase á su puesto, que ya proveeré á todo eso.

El jefe político rodriguista no se hizo repetir la orden, y el gobernador santaluciano, enviado su artículo á «El Rebenque», mandó llamar al cuerpo de espías que, en

aquellos momentos, refaccionado ya el Congreso, se ocupaba en sancionar una ley, tendiente á suprimir de cuajo «La Tacuara», y lo envió en busca de los huídos cabecillas de la oposición.

Estos, á pesar de los esfuerzos hechos por Fariña y sus acólitos, para dar con ellos, no fueron hallados, en ninguna parte. Dn. Rodrigón, sin darse por vencido, llamó á la escolta, y dijo á Bolada:

—Agréguese Ud., con su gente, al cuerpo de matones, que manda mi edecán, y entre todos, vivos ó muertos, tráiganme aquí á los jefes de la oposición. ¿Me han entendido Uds.? ¡Bueno, pues! Entonces, cuidado con volver sin ellos, porque les costaría caro.

Bolada distribuyó las vainas á su gente; Fariña repartió á los suyos otra máscara, y, formando todos un pelotón de cincuenta hombres, revolvieron el pueblo de arriba á abajo, durante horas y más horas, sin dar con lo que buscaban, por ningún lado.

—¡Caráfito!—exclamó Dn. Rodrigón, sorprendido del desastroso resultado de la pesquisa—¿Los habrá tragado la tierra?

Y rota la cabeza ya de tanto pensar por donde podrían haberse ido aquellos invisibles seres, se encerró con los ministros de Hacienda y de Gobierno, en su despacho, para discutir el temperamento que debía adoptarse, en tan para él inusitado caso.

—Yo opino, Exmo. Patrón,—dijo Ño Vitó, sentenciosamente—que estamos en vísperas de algo muy gordo. La revolución se nos viene encima. Renuncie, señor, que la que nos espera me huele mal.

El gobernador fantástico, sin desconocer la grave-

dad de la situación, miró á su ministro con aire de profundo desprecio, y solamente dijo, por no dejar su indicación, sin el correspondiente vuelto:

—¡Déjame hacer á mí ¡cobarde! y no me asustes antes de tiempo! ¿Cómo andamos de fondos?

—En cuanto á eso —expuso Pateta, esforzándose por encubrir el ligero temblor de su voz—debemos estar muy bien; porque Ño Vitó no larga ni un centavo de los muchos que ha recibido, y yo, francamente, si no se me adelanta algo, á cuenta de honorarios.....

—¿Estás por desertar también, infame? —interrogó Dn. Rodrigón, poniéndose pálido de ira.—¡Los voy á guardar con centinela de vista, para que sepa siquiera á que huele su miedo, maulas!

—Yo no desertaré jamás, Exmo. Patrón. Mande V. E. lo que haya que hacer, y se hará, con mil amores, aunque sea matar. Pero la resolución con que defenderé siempre á quien tanto quiero, no me ciega hasta el punto de no ver el inminente peligro que corremos de dejar el cuero en este pantano.

—Sí—apoyó Pateta—porque de que se conspira contra nosotros, no tengo duda ninguna. Hay demasiado olor á pólvora en la atmósfera, para que yo, que tengo un olfato de primer orden, no lo haya percibido.

—¡Caráfito!—exclamó Dn. Rodrigón, haciéndose el incrédulo—¡Son Uds. más linces que yo! Pero—agregó, pegándose un puñetazo en aquella cabeza, que siempre se le cerraba, cuando más falta le hacía que se abriera—¿quién puede ser el desgraciado que ose atravesarse en mi camino? Si el Gobierno de la Nación, con todo su poder, me ha temblado—terminó, agitando el rebenque sobre el

cráneo de sus ministros—¿qué entidad será capaz de levantarme el gallo?

Ño Vitó contempló á su amo con verdadera lástima, y deseando quitarle de la cabeza algunos de los muchos humos que se la llenaban, dijo:

—¡El pueblo soberano, que está cansado de nosotros, caracha! Ud. no es moneda de oro, para que todos le quieran.

El gobernante santalucense se mesó la barba con rábia, pero no dijo ni una palabra. Su fiel partidario, de cuya lealtad bien probada no podía dudar, hablaba con tal arranque de convicción, que el bravo caudillo malezalero sintió algo así como el peso de un mundo gravitar sobre sus espaldas. Agobiado bajo él, dirigió á Pateta una mirada, que parecía envolver una pregunta, no formulada aún.

—Yo —dijo, entonces, el ministro de Gobierno, ansioso de dar término á aquella situación—desconfío mucho de Parada, Exmo. Señor.

Por el obtuso cerebro de Rodrigón del Malezal, cruzó un relámpago que iluminó toda su vida política, y lo que no vió, en tantos meses de ofuscación, lo divisó en un momento de lucidez, en que la imagen de Redondo Parada apareció en el fondo del cuadro, como el único causante de todas sus desgracias. La primera crisis ministerial, el entierro del proyecto de embellecimiento, la intervención nacional, todas las salvajadas de que había sido víctima desfilaron ante sus ojos, convertidas en visiones, que se agrandaban ó empequeñecían, el gusto de su enemigo.

—¡Puede ser no más, caráfito!—exclamó, palideciendo

de ira—Pero ¡ay de él! si realmente es el causante de todos mis sinsabores. ¡Bolada! ¡Fariña!—agregó, tocando nerviosamente un timbre—¡Comparezcan Uds., ante mí!

El jefe de la escolta y el de la comparsa de enmascarados comparecieron, efectivamente, ante su jefe de aventuras, y éste, encarándose sombríamente con ellos, empuñado el rebenque por el cabo, averiguó:

—Díganme, amigos, y no me mientan, porque los molería á palos yo mismo..... ¿No desconfían Uds. de que los tan buscados jefes de la oposición puedan estar ocultos, en la jefatura de policía?

Bolada escupió por el colmillo maliciosamente; Fariña vació una botellita de caña, que llevaba siempre consigo, y por toda contestación, ambos miraron á Pateta y Ño Vitó, indagando con los ojos que debían reponder, á semejante pregunta. Ño Vitó, que todo lo temía de un choque con las autoridades legales, se achicó; pero Pateta, para quien no era un misterio la destitución de Parada, hizo á sus mudos interrogantes un signo, que estos tradujeron fácilmente.

—Habría que verlo bien, Exmo. Señor—dijo, entonces, Bolada.

—Pues, hijo, toma mi rebenque, lleva la gente que quieras y no vuelvas aquí, sin poderme decir, de una manera positiva, si esa runfla de pillos de la oposición está guardada bajo llave, por mi propia policía.

Bolada, para dar mejor cumplimiento á la misión gubernativa, dado que ya, antes de entonces, había tratado de averiguar inútilmente lo que ahora se le encargaba, vistió á su gente con el disfráz usado por la de Fariña, y enmascarándose él mismo, esperó que la noche ce-

rrara completamente, y atravesando los tejados que separaban la quinta rodriguista de la jefatura política, verificó que, efectivamente, los jefes del partido opositor se hallaban en donde los suponían todos, menos el único interesado en dar con su misterioso paradero.

Cuando, al amanecer, volvió á su punto de partida, con la noticia, corrió al cuarto de Pateta y Ño Vitó, para consultar con ellos lo que debía decir; pero Dn. Rodrigón, que había pasado toda la noche esperándolo, sin pegar ojo, en cuanto sintió sus pasos, lo atajó, exigiéndole la aclaración de la duda que le roía el alma.

—Efectivamente, allí están, Exmo. Señor —dijo Bolada— Pero advierto á V. E. que no están solos. Hay con ellos, muchos hombres bien armados.

La impresión que esta noticia causó en el gobernador de Santa Lucía, fué tan grande que, en vez de arrebatarse como acostumbraba, sonrió á Bolada con la tranquilidad de un lago, iluminado por el sol.

—¡Gracias á Dios, que he logrado saber donde están mis enemigos! —dijo —Vete á dormir en paz, que yo voy á hacer lo mismo.

Rodrigón del Malezal durmió toda la mañana, con la tranquilidad de un justo. Cuando despertó, su plan de venganza estaba formado. Por vía de precaución, reunió el Congreso sigilosamente, le hizo declarar á la Provincia en estado de sitio, y en cuanto tuvo esta ley en la mano, distribuyó á su gente la dotación de trabucos, vainas y tacuaras, no siempre puesta á disposición de todos sus dueños. Después, se encerró en su despacho, para salir de allí, á las tres horas, con el siguiente

decreto, que fué sometido en seguida á la deliberación de un consejo de ministros:

«Considerando:

1.° Que el inmundo y asqueroso coimero Redondo Parada, á pesar de su pública conversión á mi política, continúa siendo, en el fondo, un trápala adicto al antiguo régimen, derrocado por mí;

2.° Que está visto y probado que la inicua oposición levantada contra mi honorabilísimo gobierno, es obra suya; pues nadie, excepción hecha de él, podía tener interés en arrojar piedras en mi camino;

3.° Que todo cuanto se diga, para clasificar la infamia de este paniaguado de la mazorca, es poco; porque ni siquiera se le ha caído la cara de vergüenza, como ya le hubiera sucedido á cualquier otro;

4.° Y que la traición debe castigarse donde quiera que se cometa, para escarmiento del traidor y de todos aquellos que, inducidos por él, puedan haberse reído del traicionado, sin meditar lo que hacían;

El Gobernador de la Provincia, en solemne acuerdo de Ministros, decreta:

a) Destitúyese ignominiosamente de su cargo al indecente, asqueroso é inmundo botarate Sotero Redondo Parada, aplicándole en castigo de su traición, tantas vueltas de azotes, como burlas sean las que ha hecho de mi persona, en la plaza del pueblo, á vista y paciencia de todos.

b) Nómbrase, en lugar del antedicho coimero, nunca bastante maldecido, jefe político en propiedad de esta capital, al célebre comodoro Demetrio Bolada, á quien se le comisiona asimismo para dar cumplimiento á este

decreto, por sí, ó valiéndose de la gente de su mando.

c) Publíquese en «El Rebenque», comuníquese al interesado y archívese, para los efectos históricos que correspondan.»

Discutido y aprobado que fué el singular documento, púsose Bolada al frente de la escolta, rumbeó á la jefatura política y al poco rato, volvió con la noticia de que Parada no sólo se había negado á entregar la policía, sino que, al darle lectura del decreto é imponerle que se bajara los calzones, para aplicarle la azotaina reglamentaria, le había salido al encuentro con toda su gente, poniéndolo en desordenada fuga.

—¡Son unos cobardes!—exclamó Dn. Rodrigón, arrebatando de las manos de Bolada el rebenque que le diera, para azotar al destituído—¡Síganme, maulas, si no quieren que empiece por Uds!

Pateta, que presenciaba esta escena, desde su despacho, salió corriendo hacia el fondo; Ño Vitó, que recorría agitadamente el suyo, se hizo tres cruces de admiración. Los soldados de la escolta, sin embargo, siguieron á su jefe, sin chistar, y Dn. Rodrigón, al ver el buen resultado de su lacónica arenga, rodeó la jefatura política, con ánimo de asaltarla. Pero, cuando esto se disponía á hacer, las entreabiertas puertas del bien defendido edificio se le cerraron en las narices, y del techo, en donde se hallaba acantonada una parte de las fuerzas en él encerradas, se desplomó sobre sus tropas tan impetuosa y nutrida lluvia de cascotes, que el ejército rodriguista remolineó sobre sí mismo y retrocedió desbandado, hasta el centro de la plaza, en uno de cuyos frentes se hallaba situada la jefatura política.

—¡Al asalto, cobardes!—gritó Dn. Rodrigón, á su gente—¿No ven que sólo de miedo se han encerrado allí los que Uds. temen?

Y Rodrigón del Malezal, seguido otra vez por los hombres que componían su escolta, arremetió contra las puertas de la jefatura, que crujió al empuje de todos, sin ceder; mientras de los altos de la misma se desencadenó sobre sus espaldas otra granizada de cascotes, que levantó ampollas y produjo algunas gotas de sangre. El héroe del Rancho Ensebado vociferó como un energúmeno; los soldados que mandaba vertían sudor y sangre, por varias partes de su cuerpo, sin que las puertas de la jefatura cedieran en lo más mínino. Fué necesario proceder á una nueva retirada, más violenta que la primera, para evitar que algunas cabezas salieran de allí partidas, por los zumbantes cascotes que seguían vomitando las azoteas.

Pero el caudillo de otros tiempos despertaba en el gobernador de ahora, con ímpetus y bríos que sorprendieron á todos, dado el lastimoso estado de flacura á que los múltiples sinsabores de su gobierno le habían reducido. Recobrando la perdida calma, en medio de su forzosa retirada, Dn. Rodrigón midió la altura de la fortaleza opositora, y ante la imposibilidad de escalar aquellas paredes. talladas á pique desde la acera, hasta el techo de ladrillo que le servía de cubierta, meditó un momento.

En esa meditación, se le ocurrió sitiar por hambre al enemigo; pero esto era prolongar mucho un ataque, que Dn. Rodrigón deseaba terminar en el acto, en el día, á más tardar, para hacer ver á todos la imponderable pu-

janza de su brazo, y reducir á silencio la revolución que hervía, como un volcán, bajo sus pies.

—¡Ah, cobardes!—exclamó, fuera de sí—Han tenido el buen cuidado de ponerse fuera del alcance de mi rebenque; pero apriétense bien los calzones, que si logro darles alcance, les voy á producir una diarrea, suficiente para apestar á toda la Provincia. ¡Ríndanse al Gobierno, maulas!

Del interior de la jefatura política, surgió una carcajada que hizo hervir la sangre del ínclito gobernante, convertido en guerrillero; pero al calor de esta ira, brotó la idea que debía sacar á las fuerzas rodriguistas de su apurada situación. Una ferretería, vecina al teatro de los sucesos, fué tomada para asalto, y la partida gubernista, armada de hachas, piquetas y martillos, redujo á astillas la puerta de la jefatura santaluciana, en momentos en que los refugiados en ella, asustados á la vista de aquellos locos, huían en todas direcciones, por los tejados de la misma.

Dn. Rodrigón, penetrando al frente de la escolta, en la fortaleza conquistada, como una ola impelida por el viento, se lanzó en persecución de sus enemigos, por las escaleras que conducían á la azotea, en donde se ensañó con los rezagados, dando y recibiendo golpes, hasta rodar por el suelo, con uno que logró alcanzar por los faldones de la levita, con que había tenido la peregrina idea de ponerse á luchar.

¡Era Redondo Parada!

El héroe de la acción, en cuanto se dió cuenta de la clase de personaje que tenía entre las manos, resolló con la satisfacción del enfermo que repentinamente se ve

curado de todos sus males, y tan grande fué el placer que invadió toda su alma, que, en aquellos momentos, hubiera dado gustoso su gobernación por la presa sometida.

—¡Nadie lo toque! —ordenó á su gente, poniendo al prisionero bajo su custodia—Este hombre me pertenece.

—¿Qué piensa hacer de mí?—indagó Redondo Parada, más muerto que vivo, viendo á su vencedor preparar el rebenque.

—Nada, amigo, sino darle su merecido. ¡Bájese los calzones!

Redondo Parada obedeció, como una máquina, y el rebenque de Rodrigón del Malezal, ora subiendo, ora bajando, cayó sobre aquel redondo montón de carnes, decorosamente cubierto por la falda de la camisa, hasta que el ejecutante de su propia sentencia sintió el brazo caérsele de cansancio, y el sentenciado quedó inmóvil, como un muerto, sobre el banco en que había sido colocado, para recibir el castigo de sus calaveradas.

Satisfecha su venganza, Rodrigón del Malezal hizo conducir á Redondo Parada hasta el centro de la plaza, en donde lo dejó en exposición pública, hasta que sus amigos lo recogieron, y dió término á tan gloriosa jornada, haciendo entrega á su nuevo propietario de la jefatura reducida á su obediencia.





XXIV

¡Revolución! ¡Revolución!

La muerte del padre de Redondo Parada, acaecida á raíz de su indirecta destitución, tal vez á causa de ella, sorprendió á los habitantes de Santa Lucía, en lo más arduo de la contienda que ventilaban con su inconcebible gobierno.

El ex-jefe político recibió la noticia de la agravación de su enfermedad, en los momentos en que el gobernador santaluciano le exigía la inmediata entrega de la jefatura, que conservaba por fatuidad. A pesar de lo mucho que debía á su padre, pudo más en él, cabeza sin meollo, la pasión política que el amor filial, y supeditándolo todo á su entredicho con Rodrigón del Malezal, contestó á la familia que partiría muy brevemente para la capital de la Provincia.

Pensaba nuestro hombre vencer á su contrincante, obligarle á renunciar y partir, en seguida, cubierto con los lauros de la victoria, á dar la última despedida al autor de sus días, aprovechando aquel momento de celebridad,

para imponer al Gobierno legal su reposición, en el puesto de que había sido despojado, con los consiguientes desagravios.

Pero Rodrigón del Malezal y su famoso rebenque dispusieron otra cosa. Junte ahora el lector la destitución, la pérdida de la jefatura, la azotaina recibida y la impo sibilidad de trasladarse á Corrrientes, en una sola tormenta desplomada sobre la cabeza de un hombre, é imagínese el humor con que todo aquello tendría á nuestro personaje.

Los amigos entraban y salían de su casa, con una sonrisa indescifrable, vagando en los labios, y por más sombras de dolor que echaban encima del rostro, para aparecer compungidos, la indescifrable sonrisa surgía, á lo mejor, por entre aquella espesa capa de negruras, con el lejano reflejo de una estrella, en las tinieblas de la noche.

Todos querían aparentar dolor, tristeza, sentimiento; pero la risa, como un grano ávido de vida, echado en surco fértil, rompía cuanta palada de tierra se le arrojaba encima. Redondo Parada, que, á pesar del idiotismo en que vivía, alcanzó á ver claramente lo risueño de las condolencias que le daban, no pudo contener sus ímpetus y estalló como un cohete, que, en la imposibilidad de remontar el cielo, se lanza sobre los concurrentes á una función, produciendo un desparramo.

—¿De qué se rien, infames?—indagó, furioso—¿Les parece que lo que me pasa es moco de pavo, para que Uds. se deleiten en su absorción? Ud. es el que menos puede reirse de mí, tinterillo sin manija—agregó, dirigiéndose á Pacotilla, que era el más risueño del cuerpo

de pésames—porqne todavía ha de llevar, en alguna parte, las señales del mal que á mí me aqueja. Además, estoy bajo el dolor de la pérdida de mi padre, á quien tanto deben algunos de Uds., y es, por lo tanto, inicuo, cobarde, imperdonable, reirse sobre el borde de un sepulcro recién abierto.

—Pero ¡por favor, amigo Parada!— exclamó Pacotilla, esforzándose por aparecer sereno, triste, sombrío—¿Quién se ríe aquí de tan luctuoso caso?—Ni de eso, ni de nada se burla ninguno de nosotros. Las desgracias del prójimo son siempre solemnes—agregó, mirando para otro lado—y Ud. ha recibido tantos rebencazos de la suerte. . . .

La idea de los azotes acudió á la mente de todos, y la risa, apenas contenida, estalló en una docena de rostros compungidos, antes de que el vengativo Pacotilla tuviera tiempo de redondear su pensamiento. Mas ó menos abiertamente, rieron todos los que allí estaban: Pacotilla, Villanez, Machaca, Perrati, Dn. Pifiano y otros de secundaria actuación, que estaría demás mencionar. Parada se indignó, hasta la lividez. Mordiéndose los codos de ira, se incorporó penosamente en la cama, y señalando á todos la puerta, con el brazo extendido y los ojos fuera de las órbitas, dijo:

—¡Fuera de aquí, crápulas inservibles, malos amigos! No quiero oir una palabra más de la boca de Uds. ¿han oído? ¡El primero que mueva los labios, con la intención de articular una sílaba, lo degüello de un tiro! ¡Fuera de aquí, pues, todos, si no quieren que me levante para echarlos á latigazos!

Los amigos del paciente, acallando sus ímpetus de ri-

sa, se fueron por donde habían venido, y Redondo Parada se dió vuelta del otro lado, para revolcarse á gusto, en su lecho de dolor. Los azotes de Rodrigón del Malezal le ardían encima de las carnes, como si le hubieran prendido fuego, y estas ampollas, corroídas por el dolor moral, salpicadas con la burla de los amigos, lo tuvieron todo el día en un ¡ay! desgarrador.

—¡Esto es horrible!—exclamó, dolorosamente—¡Yo, el hombre más importante de la Provincia, azotado como una criatura, convertido en befa de todos! ¡Ah!—repitió—¡Esto es espantoso! ¡Yo me suicido!

Y echando mano al revólver que tenía encima de la mesa de noche, se lo abocó á la cabeza y apretó el gatillo. Pero en el momento psicológico, en que debía dar cuenta de sí mismo, el pulso le tembló, y el tiro, desviado de su camino, fué á deshacer un retrato del autor de sus días, que adornaba la cabecera de la cama, poniendo en sobresalto á toda la servidumbre, que acudió corriendo á ver lo que pasaba.

—¿Cómo?—exclamó Parada, en contestación á las felicitaciones de sus sirvientes—¿No he muerto?.... Entonces—agregó, con fingida resignación—debo estar herido, en alguna parte.

—Tampoco, patrón—aclaró una vieja criada, después de haberlo tanteado de arriba á abajo, en varias partes del cuerpo—A no ser que se refiera Ud....

—¡Ah! ¡Qué vieja infame! ¿A quién se le ocurre que pueda haberme suicidado por ahí? ¡Son unos imbéciles! Márchense todos de aquí ¡animales de cuatro patas!, y cuidado con volver á molestarme, porque los deshago á puntapiés, como si fueran de manteca.

Los sirvientes se fueron, sin proferir una queja. Parada volvió á quedar solo con su vergüenza, y para amortiguar sus penas, sus dolores físicos y morales, no se le ocurrió más idea que la de vengarse de Rodrigón del Malezal, en cuanto lo diese de alta el médico que le asistía, consolándose por de pronto con calcular mentalmente la herencia que le esperaba.

Por su parte, el gobernador santaluciano, no había salido tampoco muy bien parado de la ejemplar azotaina, que acababa de propinar á su irreconciliable enemigo. Fuera por el estado de flacura á que había descendido, por el supremo esfuerzo hecho, para saciar su sed de venganza, ó por un mal movimiento, apenas puso al comodoro Bolada en posesión de la jefatura de policía, comenzó á sentir un dolor tan agudo en todo el brazo, que tuvo que marcharse á la casa gobierno, con el citado miembro de su cuerpo en cabestrillo.

—¡Caráfito!—exclamó, contrariado—¡Ahora, sí, que me he lucido!—¿Cómo voy á manejar el rebenque, si no puedo disponer del brazo? ¡Esto sí que no estaba en mis libros!—agregó, pensativo—En fin ¡todo sea por Dios!

La gente del pueblo, aunque curada ya de espanto, al verlo pasar con el brazo convertido en una bola, sujeta al pecho por un pañuelo atado al cuello, sonrió socarronamente por lo bajo, y su marcha, lenta, aunque segura, fué doquiera saludada por el comentario público, que, revuelto con la azotaina de Parada, rodaba por las plazas, calles y casas de la ciudad, convertido en el manjar cotidiano de todos, hasta el extremo de que aquella tarde no se habló en toda Santa Lucía de otra cosa.

La imposibilidad física de Dn. Rodrigón aumentó de

tal modo, durante la noche, que Ño Vitó, alarmado por las consecuencias que podría tener para su jefe la extraordinaria hinchazón del brazo, creyó del caso llamar á un médico, y éste, después de dolorosos estirones, declaró que Dn. Rodrigón tenía el brazo dislocado, y que sólo sanaría, con muchos días de absoluto reposo, físico y mental.

Pateta, que asistió á esta consulta, aparentemente afligido, se tranquilizó, no tanto por las seguridades de curación dadas por el médico, como ante la perspectiva de unos días, sin sobresaltos, que le eran indispensables para trasladar su familia de adopción al Payubre, en donde, con las economías de su ministerio, había logrado montar una estanzuela. Pero dejemos esto para luego, y volvamos á nuestro enfermo.

Conocida la dolencia que aquejaba á Dn. Rodrigón, su lecho, á semejanza del de Parada, se vió circuído por una nube de congresales, empleados y demás amigos del caudillo, entre los cuales descollaban, como los más interesados, en su pronta cura, los miembros del comercio proveedor de la casa de gobierno. Dn. Rodrigón, ante la prueba de fino amor que le daba el pueblo redimido por su brazo enfermo, sintió retemplados sus bríos, y deseando demostrar á todos su profundo agradecimiento, dijo, contemplando la inmovilidad de tan importante apéndice, indolentemente reclinado sobre el almohadón, que le servía de apoyo, para descansar:

—En verdad que sí no sano pronto, bien puedo considerarme á merced de mis implacables enemigos; pero no se aflijan Uds., porque en cuanto logre levantarme, si no puedo disponer del brazo enfermo, ejercitaré el otro de

tal modo, que el glorioso rebenque con el cual les he dado libertad, hecho justicia y promovido su bienestar, ha de caer aún muchas veces, sobre las carnes posteriores de la oposición.

Los marchantes de Rodrigón del Malezal, reanimados ante la perspectiva de tener que seguir surtiendo á aquel Gobierno, que, al contrario de otros, pagaba sus deudas al contado, se resignaron, comentando alegremente el suceso del día, y la noticia de su imposibilidad física, á pesar de la orden de ocultarla á todo el mundo, tal vez por eso mismo, de apreciación en apreciación, llegó hasta la cama de Redondo Parada, con un volumen superior al adquirido por el brazo fuera de combate.

—¿Sí?—exclamó el ex-jefe político, al tener conocimiento del estado lastimoso de su enemigo—¡Infeliz de él, si yo sano primero!

Y saboreando anticipadamente la terrible venganza que podía tomar de Rodrigón del Malezal, si éste seguía imposibilitado por un tiempo de empuñar su rebenque, tales ansias de vida sintió correr por todos los vasos de su cuerpo, que las magulladuras dejadas por aquél sobre sus carnes formaron rápidamente costra, y nuestro hombre, aunque aumentado su volumen con los trapos en que llevaba envuelta la herida, pudo levantarse en una semana y sentirse bastante bien de salud, para convocar á sus amigos y discutir con ellos el plan de venganza.

—Pero—indagó Pacotilla, en lo mejor de la discusión, con tal motivo trabada—¿está Ud. bastante fuerte para ponerse de nuevo en frente de su vencedor de todos los tiempos?

—A mí, no me ha vencido nadie, más que la fatalidad,

por un lado, y su reconocida ineptitud, por otro ¡maulas! Háganme, pues, proclamar inmediatamente jefe del partido opositor, porque yo soy, entre todos Uds., el único hombre digno de dirigir la campaña, y acabemos de una vez con esta parodia de gobierno, que nos trae fuera de quicio.

A Pedro Torta, que había tomado en serio su papel de jefe de los descontentos, no le hizo mucha gracia la pretensión de Redondo Parada; pero calculando que las responsabilidades que sobre él pesaban, por el papel asumido, podrían alcanzar proporciones incalculables, accedió rezongando á reducir su actuación política, al puesto de sub-jefe del partido sublevado, contra el orden de cosas imperante, que le fué discernido por el núcleo de opinión que representaba.

Así organizada la oposición santaluciana, Sotero Redondo propuso que, aprovechando la imposibilidad material en que se hallaba Dn. Rodrigón de manejar su terrible arma de combate, se llevara un ataque sobre la casa de gobierno, y se arrojase de Santa Lucía á todos cuantos no se sometieran, en el acto, á su omnímoda autoridad. Para llevar á cabo esta idea, entre la gente que unos y otros se comprometieron á poner bajo sus órdenes, se contaba con cerca de cien hombres: fué, pues, aceptada sobre tablas, por aclamación, y sin que ninguna circunstancia la atajase, puesta en vías de hecho, con el calor que infundía á todos la seguridad del triunfo, sobre un enemigo inútil para la lucha.

Redondo Parada, que aun no había tenido ocasión de sentir muy profundamente la muerte de su padre, aprovechó el tiempo en que se organizaba su ejército, para llo-

rarlo con un ojo, y conservando el otro intacto, para mejor llevar adelante la caleverada de derrocar al gobierno rodriguista, distribuyó á sus partidarios la siguiente proclama:

—«Conciudadanos:—El pueblo, cuya dirección he asumido, está cansado de soportar las bajezas á que lo ha sometido el ridículo Gobierno que, por aberración de todos nosotros, se ha entronizado en esta hermosa ciudad, digna de ser tratada con los debidos respetos. Mientras he sido jefe político local, no pude libraros de él, porque mi reconocido valor ha estado siempre supeditado á la consigna de otro Gobierno, que, asustado de su propia sombra, me obligó á contemporizar con sus debilidades.

Pero ahora, que lo eché al demonio, soy libre; y, por lo tanto, puedo encarar la cuestión de frente. Con poco que Uds. me ayuden, yo les daré la tranquilidad que todos necesitan y después de haber dado cuenta de estos energúmenos, que nos han aburrido con sus palizas, sus espionajes, sus leyes—negocios, sus congresos de matones, su gobierno de familia, habrá llegado el momento de arreglarle las suyas al otro, que en vez de sostenerme, como era de su deber, me dió la gran patada, echándome, aunque por mi voluntad, del puesto que tan satisfactoriamente desempeñaba.

Estos son los motivos que me obligan á solicitar vuestro apoyo, para devolver al pueblo, de cuya redención me hago cargo, las libertades de que ha sido despojado, por el gobierno de comedia que lo rige. ¡Viva, pues, la revolución santaluciana! ¡Abajo el ridículo caudillo

Rodrigón del Malezal! ¡Viva vuestro jefe, el valeroso Redondo Parada!»

Torta, Pacotilla, Villanez, Machaca, Perrati, Dn. Pifiano y otros partidarios del derrocamiento de Rodrigón del Malezal, que ya sabían á que atenerse sobre el valor de Redondo Parada y lo bien que había gobernado, sonrieron por lo bajo, á medida que avanzaban en la lectura de la proclama, dada á conocer por «La Tacuara»; pero como todos coincidían en la necesidad de poner término á aquel inconcebible gobierno, que traía revuelto el pueblo, fuera de quicio á todo el mundo, se pusieron á las órdenes del famoso ex-jefe político y se prepararon á correr con él, la suerte que el destino les tuviera deparada.

En consecuencia, el ejército opositor, compuesto de unos cien hombres de la tres armas—vaina, tacuara y trabuco cargado á polvora—que mandaban Francisco Pacotilla, Eusebio Villanez y Tiberio Machaca, bajo las órdenes de Redondo Parada, con Pedro Torta de ayudante, provisto de unas cuantas carretillas de cascotes, á guisa de artillería, se puso en marcha, en dirección á la casa de gobierno, en cuanto cerró la noche de aquel memorable día, al son del himno de la Mula Coja y con el estandarte de la Tacuara desplegado al viento.

Los partidarios de Dn. Rodrigón, que no esperaban semejante acometida, á aquellas horas, al sentir la tormenta de cascotes desplomarse sobre las paredes de la casa que ocupaban, precedida de una treintena de trabucazos, descargados á boca de jarro, sobre las puertas y ventanas de la misma, abandonaron al Gobernador, á quien acompañaban, con la inmóvil bola de su brazo

hundida en el almohadón que le servía de apoyo, para sostenerla, y corrieron en distintas direcciones, gritando despavoridos:

—¡Revolución! ¡Revolución!

El gobernador santaluciano, incorporándose penosamente sobre el lecho, en que descansaba, ordenó al benemérito cuerpo de enmascarados, de guarnición en la quinta gubernativa, que se aprestara á la lucha; á Pirallo, Minguicho y Barbecho, que entonaran el himno de San Miguel; á Belitre, que empuñara la bandera del Tucurú; á Fariña, Ño Vitó y Pateta, que asumieran el mando de todos, y contemplando dolorosamente el rebenque, que se veía imposibilitado de empuñar, exclamó, con toda la amargura que pudo reconcentrar sobre la lengua:

—¡Ah! ¡Si yo pudiese disponer siquiera de un dedo, para ir sobre esa turba de foragidos, con mi gloriosa arma de combate, no me sucedería esto, no! Pero, aunque me duela decirlo, habrá sonado mi hora en el reloj de la historia, y cuando la suerte se empeña, en llevarlo á uno por delante. ...

El humo de un trabucazo, disparado á quema ropa, sobre su lecho, le llenó la boca de tal modo, que le impidió seguir hablando. Con el único brazo de que disponía, el valeroso caudillo tiró un cachate al aire y un hombre rodó por tierra; pero, en ese momento, una mano oculta apagó todas las luces, y entre la obscuridad y el estruendo, que sobrevinieron, no fué posible á nadie darse cuenta de lo que en su torno pasaba.

—Pero ¿dónde están esos malditos?—gritó el bravo gobernador, haciendo inútiles esfuerzos para empuñar su rebenque, al claror de los fogonazos que iluminaban

las tinieblas, como si una verdadera tempestad se hubiese desatado sobre la quinta gubernativa —¡Díganme por donde podré encontrarlos!

—¡Por aquí, patrón, por aquí!—gritó Ño Vitó, empujándolo hacia una puerta abierta, que daba á la calle. —¡Sígame! ¡Sígame!

Dn. Rodrigón, saltando sobre una cantidad de muebles hechos pedazos, que rodaban por doquiera, como restos de un naufragio, tal como se había levantado de la cama, en camiseta y calzoncillos, con el brazo en su cabestro, echó á correr en pós de Ño Vitó, á quien creía lanzado, con sus demás partidarios, en persecución de las rechazadas tropas asaltantes; pero por más raudamente que corrieron unos y otros, por las desiertas calles del convulsionado pueblo, ni alcanzaron al enemigo, en desbande, ni fué posible dar con él en la jefatura política, á donde aseguraban todos haberse dirigido los restos de la revolución vencida.

¡Qué iban á dar! Apoyado por el número, inmensamente superior á la hueste rodriguista, Redondo Parada dió cuenta de cuanto halló en la quinta gubernativa, arros jándolo á la calle, y Dn. Rodrigón hubiera pagado cara sus rebenqueaduras, si Pateta, por salvarse á sí mismo, no hubiese apagado las luces y su fiel capataz, condolido de de él, no lo hubiera engañado á sabiendas.





XXV

El Gobierno en apuros

El eco de los sucesos santalucianos, como tantas otras veces, trascendió á Corrientes, una vez más, con caracteres alarmantes; la jefatura de Lavalle fué reclamada por algunos vecinos, para normalizar aquella insostenible situación, en que nadie se entendía ya.

Pero el Gobierno de la Provincia, que ni quería dar á Dn. Rodrigón importancia de caudillo de verdad, ni agravar las cosas, con una nueva intervención, en que Parada volviera á ponerse del lado de aquél, ordenó al jefe político de Lavalle que se hiciese el sordo é intimó al doctor Minucias que telegrafiara en el acto á Mendoval, para que arreglase de una vez por todas, el intríngulis santaluciano.

Minucias, temiendo que los desórdenes rodrigo-paradistas influyeran desfavorablemente, en la fijación de sus honorarios de interventor, se apresuró á dar curso á la orden del Gobierno, encareciendo á su amigo Mendoval que, por lo que más estimara, pusiera punto final á los

disturbios santalucianos, y éste, que había dado palabra de hacerlo así, sabiendo á que atenerse sobre la causa de todos, se resolvió á terciar enérgicamente, entre los bandos en lucha.

Bajó, pues, de nuevo á Santa Lucía, y al llegar allí, se encontró con todo el pueblo revolucionado. Nadie sabía á quién obedecer, ni á quién combatir, ni á quién cargar la responsabilidad de lo que estaba pasando. Ocupada la jefatura política por Dn. Rodrigón y la casa de gobierno por Parada, la gente iba y venía de un lado para otro, comentando los sucesos en todos los tonos, como locos dentro de un manicomio, dirigido por otros más locos que todos. Y la palabra revolución, llevada de boca en boca, rodó por todos los ámbitos de la Provincia,como en los buenos tiempos del caudillo malezalero.

De modo que, cuando Mendoval, á quien, además de Minucias, acababa de dirigirse el Gobierno de la Provincia, pidiéndole qne diera un corte radical á tan intolerable orden de cosas, se dejó ver en Santa Lucía, fué inmediatamente abordado por el pueblo en masa, como el único hombre capaz de pensar con sentido común y volver las cosas á su quicio.

El viejo caudillo maldijo una vez más la hora en que había mezclado, con semejantes líos, su respetable personalidad; pero, reconociendo deberse á su pueblo, enderezó á lo de Redondo Parada, dispuesto á tener con él una de á pie, si persistía en mantener alborotado el cotarro.

—¡Vamos á ver, amigo!—dijo al que pomposamente se titulaba, entonces, jefe del partido revolucionario san-

taluciano, en cuanto se enfrentó con él—¿A dónde va Ud., con todos sus disparates?

—Voy en busca del desquite, que necesito tomar de este gobierno de comedia, para salvar mi personalidad de los ultrajes que se me han inferido, por la espalda —contestó Parada, suspendiendo la redacción de una nota, en que pedía á Rodrigón del Malezal la inmediata presentación de su renuncia—¿O cree Ud. que debemos soportar toda la vida las tropelías del tilingo, porque sea un gobernador de nuestra hechura?

Mendoval se sintió lastimado por esta alusión, que le sabía á suela hervida; pero, ofendido como estaba, por las intemperancias de Parada, contestó:

—Ud. es un loco, amigo, y si no se refrena, le va á ir mal conmigo. Así como antes lo he salvado, ahora lo voy á hundir.

Parada, aunque rodeado de varios compañeros de calaverada, so achicó, y para soportar mejor el chubasco que se le venía encima, se arrellanó en la poltrona que antes ocupaba Dn. Rodrigón, con el cuidado que aun reclamaban sus lastimadas posaderas, en tanto que Mendoval, midiendo y calculando el efecto de sus palabras, continuó:

—El gobierno que le ayudé á forjar, para salvarlo de una destitución segura, oprobiosa, no hubiera dado que hacer á nadie, si Ud. no le promoviese las dificultades que le promovió. Pero Ud., con sus extemporáneos ataques, ha revuelto el avispero, y el pueblo, que debió sacar mieles de una colmena de locos, se encuentra, por su causa, mordido y desorientado. Ud. es indigno de andar suelto: debía estar en un manicomio.

—Quien debe estar en un manicomio es Rodrigón del Malezal, mi querido señor don Benjamín.

—¡Repito que es Ud., grandísimo tunante, alborotador del pueblo, pretencioso sin ejemplo, pedazo de idiota!

Parada quedó callado, como un muerto. Las palabras del caudillo cayeron sobre su cabeza, con la impetuosidad de una ducha de agua fría, y, aunque quiso reaccionar, se sintió aplastado por la superioridad moral de su interpelante, que gravitaba sobre sus hombros, con el peso de una montaña.

—Entonces ¿qué he de hacer?—interrogó tímidamente—¿Quedarme con los azotes, que se me han propinado?

—Estarse quieto, hasta que yo vea la manera de dar un término decoroso á todo esto; porque si persiste en su manía de alborotar el cotarro, lo dejo abandonado á su suerte, y lo que no pueda Rodrigón del Malezal, lo podrá el Gobierno de la Provincia ó yo mismo, que estoy dispuesto á poner coto á sus desmanes.

—Muy bien; así lo haré—dijo Parada, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo para mostrarse enérgico—siempre que Ud. se comprometa á traerme aquí la renuncia de su protegido, en el perentorio término de veinte y cuatro horas; porque en el caso contrario—agregó, con énfasis—como tengo detrás de mí gente bastante para dominar la situación....

—Lo que Ud. tiene detrás de sí son los rastros de los azotes de su enemigo, amigo Parada. Cuide, pues, eso y deje lo demás de mi cuenta; que si yo no lo arreglo, ya puede lanzarse en busca de una coraza.

Mendoval se fué, dejando el ex-jefe político santaluciano anodadado, bajo las mal disimuladas risas de su fla-

mante estado mayor, observando, al salir de la quinta gubernativa, la gran cantidad de muebles rotos que cubrían el suelo. Esto le revolvió la bilis acumulada en el estómago, pero no deseando reventar de un disgusto, pasó por entre ellos, como si no los viera, y enderezó á la jefatura política, en que ejercía ahora su imaginario gobierno Rodrigón del Malezal.

El caudillo malezalero, ocupaba el puesto de Redondo Parada, con su brazo derecho convertido aún en inerte bola, apoyado en el almohadón que su fiel capataz le consiguiera, y Mendoval, que nada sabía de semejante percance, no pudo ocultar una franca carcajada, cuando aquél le explicó la causa de tan extraña hinchazón.

—¡Pues, sí! —exclamó el conquistador de San Miguel, dolorosamente resignado á su suerte—¡Aquí me tiene Ud., imposibilitado de cobrar á mis enemigos la mobilia que me han arrojado á la calle, por inexplicable aturdimiento de mis tropas, á quienes no perdono el engaño ds que me han hecho víctima! Pero ¡ay de ellos! si logro volver pronto el libre dominio de mi brazo —agregó, haciendo esfuerzos para despegar la bola enferma del almohadón—Los azotes que he de propinarles, en desagravio de sus ofensas al principio de autoridad, son tantos, que no bastará toda su vida para contarlos.

Mendoval volvió á soltar la carcajada; pero esta vez con menos intensidad que la primera; pues dados los muchos enredos que se veía obligado á deshacer, necesitaba toda su serenidad para abordar el asunto que allí lo conducía. En consecuencia, lamentó sinceramente el percance al Gobernador acaecido, y con el objeto de refrenar sus ímpetus é irle cortando las alas, con el menor

daño posible, dijo que aquello no era más que el resultado de sus pocos miramientos con la opinión pública.

—Ningún gobernador más respetuoso que yo, para con el pueblo, amigo Mendoval, pero cuando los subalternos se suben á las barbas de sus superiores, traicionándolos miserablemente ¿qué otro recurso queda á estos, que aplicarles el condigno castigo?

—Sí—dijo Mendoval—pero, para eso, están otros subalternos. Además, un jefe político se destituye, se le prende, se le destierra; pero no se le azota, en público, como un criminal cualquiera. Los delitos políticos son muy distintos de los demás, Exmo. Señor.

—La ley de azotes ha sido sancionada por un Congreso de hombres libres, y, por lo tanto, al ponerla en práctica, no se ha hecho más que rendir pleito homenaje á la voluntad del pueblo soberano.

—Perdone V. E. que disienta, con su modo de pensar. Un gobernador debe reservarse para fines más elevados, que el de verdugo de su pueblo.

Rodrigón del Malezal miró á su contradictor con cierta prevención; pero calculando que los consejos que le daba fluían de un criterio sano, no le increpó su proceder. Sin embargo, creyéndose obligado á justificarse, dijo:

—Las villanías de Redondo Parada reclamaban un castigo ejemplar, y yo no permito á nadie que me engañe, como una criatura, ni que me tome por zonzo. Estoy, pues, satisfecho de la azotaina que le propiné, y crea el señor presidente del Senado que el pueblo, por muy soberano que sea, necesita de cuando en cuando una vuelta de azotes, para andar derecho, como ya le dije.

Mendoval asintió, hasta cierto punto; pero deseando trasladar la cuestión á otro terreno, sacándola del rumbo que llevaba, dijo al Gobernador:

—Sin embargo, yo entiendo que el verdadero pueblo, el pueblo conservador, sigue siendo fiel á V. E.

—¡Ya lo creo que sigue!—exclamó Dn. Rodrigón—La prueba más evidente de ello es que hasta los policianos que derroté, para sacar de aquí al único causante de todas mis desdichas, se han venido á poner á mis órdenes, en cuanto se convencieron de que la única autoridad legal soy yo. Pero, para mí, tan pueblo es el conservador como el levantisco, y, por lo tanto, he aplastado la víbora que me ha mordido, para en cuanto sane....

—Gobernar á todos, en paz y gracia de Dios—interrumpió Mendoval—si, como todo me lo induce á creer, sobra en V. E. tino político, instinto conservador y buena voluntad para un acuerdo con sus gobernados, que le permita desarrollar los planes que hasta ahora han sido tan acerbamente criticados.

—Intransigente no soy;—dijo Dn. Rodrigón, halagado por la manera con que á su respecto se expresaba Mendoval—pero, en realidad,—agregó, meneando la cabeza—es muy tarde ya para transar.

—Entonces—insinuó Mendoval, para dar al Gobernador el golpe de gracia, que proyectaba asestarle—creo que no le queda á V. E. más salida del pantano en que se encuentra, que la presentación de su renuncia.

—¡Eso, jamás!—exclamó Dn. Rodrigón, en un tono, que cortó á Mendoval los bríos para seguir adelante—¡Y le prohibo á Ud. del modo mas terminante, que me vuelva á hablar de semejante cosa!

—Pues si V. E. no se aviene á una noble renuncia de sus derechos al mandato que ejerce, no veo más remedio que una transacción inmediata con el partido opositor, para quebrar la revuelta que se le viene encima.

Dn. Rodrigón, dada la imposibilidad en que se hallaba de empuñar su famoso rebenque enfundado, gimió como un gigante, bajo el peso de una montaña, ante la juiciosa advertencia de Mendoval. La conjuración de todo el mundo contra él, que tan excelso gobernador se creía, le hizo volver los ojos á la tranquilidad de su estancia, como un refugio, en medio de la tempestad. Pero el solo hecho de tener que rendirse á las exigencias de sus contrarios, lo exasperó de tal modo, que sólo dijo:

—No me considero tan abandonado de la suerte, como lo piensa el señor presidente del Senado. Sin embargo, si la *soidisant* revolución comenzara por someterse al principio de autoridad, deponiendo sus armas á mis pies...

—¿Estaría V. E. dispuesto á transigir?..

—¡Con Redondo Parada, nunca! Con los demás.... tal vez. Lo consultaría con mis ministros; con los mienbros del Congreso, con los jefes políticos; pues no quiero ni debo dar un paso, á tan escabroso respecto, sin conocer antes la opinión de mis leales sostenedores.

—Pues consúltelo V. E., porque el caso urge—dijo Mendoval, despidiéndose-La casa de gobierno está en poder de la revolución, y si V. E. no dispone pronto de su invencible brazo....

Dn. Rodrigón intentó una vez más, probar si podía empuñar la reliquia del Buey Rabón, y no habiéndolo conseguido, á pesar de los esfuerzos que hizo, convino con su coleto, en que su situación era grave. En su virtud,

apenas se hubo retirado el caudillo de verdad, comprendiendo que era necesario quebrar la revolución de algún modo, hizo comparecer á su presencia á los ministros, á los presidentes substitutos de ambas Cámaras, á algunos otros notables de su partido como Belitre, Pirallo y Barbecho, y celebró con ellos un consejo de estado, en que fué requerido su acuerdo, para transar con la oposición, bajo ciertas y determinadas bases.

Aquel congreso se prolongó hasta altas horas de la noche, sin adoptarse una resolución definitiva. Ño Vitó, cansado de la incurable manía de su amo, votó por la renuncia lisa y llana; Pateta, que deseaba redondear su fortunita, hizo muchos reparos, para dimitir su ministerio; Bolada estaba conforme, si se le sostenía en un puesto cualquiera; Fariña impuso, como condición para ceder, que se le costeara su vicio, y los demás, marchando á la cola de estos, pidieron tiempo para refexionar.

—¡Caráfito! —exclamó Dn. Rodrigón, después de oir á todos —¡No creí que fueran tan patriotas! Pero ya que tan apegados están á la conongía que disfrutan, Uds. mismos se encargarán de defenderla; porque yo, imposibilitado como estoy de empuñar mi arma de combate, si Uds., no me facultan á transar con la oposición, no me queda más remedio que renunciar el cargo que ejerzo.

Pateta, aun comprendiendo que Dn. Rodrigón sólo trataba de hacer presión sobre ellos, con la amenaza de la renuncia, para que lo autorizaran á transigir con el enemigo común, contestó con displicencia:

—Cosas son esas, Exmo Señor, que hay que consultar con la almohada, antes de pronunciarse sobre ellas.

—Entonces ¡á dormir!—dijo el Gobernador, dando el

consejo por terminado—Aunque me parece que, con patriotas como Uds., no me salvo yo ni la patria, por más almohadas que se consulten.

Los partidarios de Dn. Rodrigón tomaron el rumbo de sus lechos, y éste, que necesitaba ante todo ganar tiempo, se quedó largo rato reflexionando sobre la gravedad de la situación. Allá en su fuero interno, no desconocía nuestro Gobernador que la imposibilidad de manejar el rebenque lo ponía á merced de la oposición; mas no por eso se sentía inclinado á cederle el terreno que le disputaba.

Por lo tanto, la contestación de su estado mayor, á pesar del desdén con que la recibiera, resultábale grata en grado sumo. Sólo le faltaba saber, para aquilatar mejor el mérito de la idea que germinaba en su magín, como sería recibida ella, por el resto de sus partidarios.

Para salir de la duda, en cuanto supuso dormidos á los jefes, se reunió con sus bravos soldados, en *petit comité*, y les hizo presente la necesidad, en que se hallaba, de llamar á la oposición á compartir con él las tareas del gobierno.

Las tropas gubernistas, que tenían grandes motivos de queja contra la oposición, acogieron esta advertencia con evidentes signos de disgusto; pero nadie se atrevió á condenarla, con una palabra. Dn. Rodrigón adivinó, por sus miradas, que tenía defensores, y la idea que clareaba, en el fondo de su cerebro, como un faro salvador, adquirió el brillo de la madurez.

—¡Si yo pudiera manejar esta prenda,—exclamó, haciendo un nuevo esfuerzo, para empuñar el rebenque—no tendría que romperme mucho la cabeza, no! Pero ya que no es así—agregó, resignado—peleemos al enemigo, con las armas que esgrime contra mí.

Engolfado en estos pensamientos, pasó la noche y le sorprendió el día, sin cerrar ojo. El sol, quebrándose en menudos rayos, á través del mosquitero que cubría el lecho en que reposaba, lo sacó de su abstracción, en momentos en que una turba de pueblo pasaba por la calle, pidiendo su renuncia, á grito herido. Dn. Rodrigón, como si nada oyera, tanteó el brazo y se sintió mejor, pero no sano.

Apenas hecha esta operación, un emisario de Redondo Parada penetró en la jefatura política y entregó á Bolada una nota, en que el jefe de la revolución santaluciana intimaba al Gobernador de la Provincia, la inmediata presentación de su renuncia, si quería salvarse de la sentencia de muerte, que pesaba sobre su cabeza. Dn. Rodrigón agarró la nota con mano trémula, la estrujó con furia, entre los dedos, y se fué tranquilamente hasta el fondo de la jefatura, para emplearla en el uso que tantas veces había hecho de otros documentos por el estilo.

Cuando volvió á su escritorio, evolucionaba al frente de su accidental casa de gobierno, con el más provocativo descaro, en columnas que llenaban toda la calle, un poderoso ejército revolucionario, compuesto de cien hombres de las tres armas, al mando supremo de Parada, que puso riguroso sitio á la jefatura política, al son de abajos y mueras, que conmovieron á los contados defensores de la política gubernista.

Rodrigón del Malezal citó á los jefes de sus tropas, á consejo de guerra, y sabiendo por ellos que no había víveres para resistir arriba de un día, tiempo insuficiente para recobrar el uso de su brazo, mandó llamar á Mendoval, en momentos en que Sotero Redondo arengaba á

sus tropas, tendidas en línea de batalla, dándoles la orden de tomar la jefatura á tacuara calada, si el gobierno rodriguista volvía á contestar, con el silencio, á la nueva orden de rendición incondicional, que acababa de enviarle.

Nuestro héroe, que ardía en ansias de tomar sangrienta venganza de sus enemigos, se asomó á la ventana de la jefatura política, para ver si del recuento del ejército contrario, surgía el ánimo que le faltaba, para confiar la defensa del edificio sitiado á sus solas fuerzas; pero éstas eran tan pocas, en comparación con las del enemigo, que el intrépido vencedor del Buey Rabón, inútil como se hallaba para entonarlas con el ejemplo, no tuvo más remedio que rendirse á la evidencia.

—Amigo mío:—dijo en consecuencia á Mendoval, que acudió ansioso á recoger su última palabra, sobre la transacción de que le había hablado, como único medio de conjurar la tormenta cernida sobre su cabeza—soy bastante franco para declarar á Ud. que no transigiré jamás, con esa gentuza de la oposición, que tan mal me ha tratado siempre. En cambio, reconociéndome impotente para quebrarla á rebencazos, en estos momentos, ahí tiene Ud. la renuncia que se me pide.

Mendoval, que no esperaba obtener tan señalado triunfo, abrazó al gobernador de comedia, en prueba de profundo agradecimiento, y blandiendo el documento que acaba de recibir, sobre la cabeza, como un trofeo de guerra, se retiró de la jefatura sitiada; en medio del estupor de los gubernistas y de los aplausos del ejército revolucionario, que lo vivó estruendosamente.



XXVI

La revuelta desconcertada

El partido paradista, en cuanto adquirió la certidumbre de que Mendoval era poseedor de la renuncia del gobernador santaluciano, pareciéndole poco los vivas que ya le había tributado el ejército, le hizo una de esas manifestaciones, que dejan rastros indelebles, en los anales de un pueblo.

Por orden de Redondo Parada, á quien aquel triunfo, que le daba el dominio de la situación, había vuelto loco de alegría, cuatro de sus más robustos correligionarios, de los muchos que acompañaban al ejército, alzaron sobre sus hombros al viejo caudillo, para que viera mejor la presentación de armas que se le hizo, al son del himno de la Mula Coja, mandado tocar en seguida para envolver el acto, en la mayor solemnidad posible.

Mendoval, á quien todas las cosas de Redondo Parada tenían ya soberanamente fastidiado, midió con una mirada de odio mal comprimido á sus atolondrados apologistas; pero como estos no dejasen de vivarlo, ni de

llevarlo á cuestas, se arrojó al suelo de un brinco, subióse á un coche de otro y desde el pescante, sobre el cual se encaramó furioso, gritó á todos:

—¡Animales! ¿Por quién me han tomado Uds? ¿Quieren dejarme en paz?

Pero la consigna estaba dada, y había que sufrir la ovación, tal como fuera decretada por el jefe revolucionario. El ex empleado político santalucense, en cuanto Mendoval se adueñó del coche que marchaba envuelto en la manifestación, gritó á su vez, á lo más granado de su partido:

—¡Compañeros! ¡A desenganchar los caballos, y á ocu par el sitio que nos corresponde!

Y unciéndose él mismo á la lanza del carruaje, con Torta, Pacotilla, Villanez y Machaca de laderos, arrastró á Mendoval por las calles de Santa Lucía, hasta que éste, cansado de la farsa de que le hacían víctima, echó mano á la fusta y comenzó á sacudir latigazos, sin ver por donde daba.

Parada, alcanzado por uno de aquellos golpes, se desató del coche; Torta, Pacotilla, Villanez y Machaca se miraron cariacontecidos, y el pueblo, viendo la fusta de Mendoval revolear sobre la cabeza de sus jefes, dejó de aplaudir. Estaban á la vista de la casa de gobierno, en donde penetraron todos, como avergonzados de lo que acababan de hacer, tan furibundas eran las miradas con que, cansado de repartir latigazos, siguió fustigando á todos el héroe de la jornada.

—¡Bueno!—dijo éste, una vez que todo el mundo dejó de fastidiarlo —¡Aquí tienen Uds. la renuncia del temible Rodrigón del Malezal!

Un viva más estruendoso que todos los demás juntos acogió esta declaración del caudillo de verdad, que, fastidiado con tan inusitados vítores, sintió ímpetus de irse por donde había venido, echándolo todo al diablo.

—¡Cosa bárbara!—exclamó, sonriendo de mala gana—¡Uds. son incorregibles! ¿A quién se le ocurre ponerse á celebrar una victoria que aun no se ha ganado? ¿No ven que para que la renuncia sea válida, falta la aprobación de las Cámaras? No me fastidien, pues, antes de tiempo—agregó, con sequedad—porque los dejo en la estacada, con la boca abierta. Yo no soy títere de nadie.

Sotero Redondo, para desvanecer las prevenciones de Mendoval, derramó unas cuantas botellas de oporto en sus respectivas copas, y el triunfo de la revolución fué descontado en una serie de brindis, que cerró el propietario de la renuncia, comprometiéndose á hacerla aprobar inmediatamente por las Cámaras.

En la jefatura política, que servía de casa de gobierno á Rodrigón del Malezal, las cosas se comentaban de muy distinta manera. Excepción hecha de Ño Vitó, que seguía siendo acérrimo partidario del retiro de su patrón, á la vida privada, todos los demás rodriguistas, desde el ministro Pateta hasta el último matón, recibieron la noticia de la renuncia como un acto de debilidad, sin precedentes en la vida de su jefe, que era indispensable combatir.

¡Claro! Desde el momento en que Redondo Parada dejara de ser jefe político de verdad, todos habían perdido el miedo á las contingencias de la lucha. El que más y el que menos tenían ofensas que vengar de la oposición, y si á esto se agrega que el Tucurú seguía dando

para virtudes y vicios, el descontento gubernista estaba sobradamente justificado.

La crítica sorda, de comentario en comentario, adquirió, pues, un tono tan elevado, que no tardó en llegar á oídos del mismo Dn. Rodrigón, y Pateta, que era el más abiertamente rebelado contra la inexplicable cobardía del caudillo malezalero, creyó del caso promover, entre sus compañeros de causa, una protesta que diera por resultado el inmediato retiro de la renuncia.

Dn. Rodrigón, en cuanto tuvo conocimiento de estos trabajos, sonrió benévolamente, y cuando el doctor Pateta, al frente de los descontentos, que eran todos, menos el juicioso ministro de Hacienda, le endilgó el discurso del caso, tuvo que hacer un esfuerzo, para no venderse.

—¡Hombre, por favor!—exclamó nuestro caudillo.—Yo te creía un gaucho vivo, pero ahora veo que *sos* un pueblero tonto. Un hombre como yo no vuelve nunca sobre sus pasos. Por consiguiente—agregó, cambiando de tono—lo siento; pero no puedo acceder á tu pedido.

Pateta guiñó de un modo indescifrable, como si nada entendiese de cuanto oía, y dió sus gestiones por fracasadas; pero Fariña, que no se avenía á renunciar á la vida de metódicas libaciones que llevaba, se echó á los pies de Dn. Rodrigón, suplicándole que siguiera gobernándolo, en paz y en gracia de Dios.

—¡Otro que bien baila!—dijo el mandatario santalucense—¿Ahora me vienen con esas? ¿Por qué no me han dejado, entonces, transar á tiempo con la oposición? En el estado en que se hallaba mi brazo . . .

—¡Bah!—objetó Bolada, inundando el suelo con un salivazo de colmillo—Mal es ese que no puede durar cien años.

—Sí, efectivamente, me voy sintiendo mejor; pero de cualquier modo, la oposición ha tomado tal vuelo, que no veo como pudiéramos sostenernos en el gobierno, sin una transacción con ella.

—¡Patrón!—exclamó uno de los matones de comedia más resentidos, con la gente de Redondo Parada—Yo me dejaré matar por Ud; pero no por ningún chancho del partido contrario.

—Por eso he renunciado, hijo mío—aclaró el gobernante santaluciano, abrazando á su entusiasta partidario, en un arranque de agradecimiento, que no pudo contener—Pero Uds., que saben que no soy un cobarde, como indirectamente acaba de decirme el señor ministro de Gobierno, no deben criticar mis resoluciones, sin profundizarlas mucho; porque la política, la alta política, especialmente, tiene secretos que más que divulgados deben ser deducidos por los encargados de adivinarlos ...

El ministro de Gobierno guiñó de un modo más comprensible que la primera vez: había penetrado el pensamiento de su jefe, á través del velo con que estudiadamente pretendía ocultarlo.

—¡Muchachos!—dijo, en consecuencia, á los soldados, en cuanto Dn. Rodrigón los dejó solos.—El paso dado por nuestro Exmo. Señor Gobernador está librado á la decisión del pueblo soberano, que somos nosotros, ó mejor dicho Uds., que es lo mismo.

El pueblo no comprendió una palabra de lo que su ministro le decía; pero éste, que no se enredaba nunca en las cuartas, se encargó de sacarlo de dudas, en una conferencia nocturna, de la cual salió cada uno preparado

para afrontar la situación, como lo aconsejaban las circunstancias.

Al otro día, «El Rebenque» citó á las Cámaras á sesión magna, para considerar la renuncia del Gobernador, y esta noticia, dada también por «La Tacuara», como un hecho consumado, congregó en la barra del palacio legislativo, á mucha gente ávida de conocer el resultado de la reunión, á que fueran convocados los representantes del pueblo.

Mendoval, descontando la aceptación de la renuncia, que conceptuaba segura, agitó el cencerro que usaba para reunir á los senadores y diputados, y después de encomiar, en un discurso muy aplaudido por la barra, la noble decisión del Gobernador, propuso á la honorable asamblea de soldados y matones, que presidía, que la renuncia en discusión fuera aceptada sobre tablas, por aclamación.

—Pido la palabra, señor Presidente—dijo Fariña, echándose al coleto un sorbo de caña, para aclarar la voz, agregando, una vez que su pedido fué satisfecho—Yo opino que esta renuncia no debía ser aceptada, hasta que nuestro patrón, digo Exmo. Señor Gobernador, no haya mejorado del brazo; por que, en verdad, es algo que mucho me sorprende, que nuestro querido patrón, digo Gobernador, haya resuelto presentar una renuncia que no le ha sido pedida por el verdadero pueblo, que somos nosotros, sus empleados.

Le barra, que, como el lector ha de haber supuesto ya, estaba compuesta de elementos paradistas, en su casi totalidad, acogió el entrecortado discurso de Fariña con tan estruendosa salva de ruidos antipáticos, hechos con la

boca, que obligó á más de uno á taparse las narices, creyendo que se trataba de otra cosa.

Mendoval, á quien la reticente salida de Fariña no había producido muy buen efecto, se aprovechó del incidente de la barra para descargar su bilis, sin dar á conocer la causa de su disgusto.

—Prevengo á la barra—dijo, con energía que contrastaba con las risas desatadas en la sala—que si vuelve á repetir esas manifestaciones mal olientes, la voy á hacer desalojar á rebencazos por los ugieres de la Cámara, para que aprenda á respetar el sitio en que se encuentra.

Y como á raíz de esta reprimenda, el comodoro Bolada hubiese indicado la conveniencia de dar lectura á la renuncia de Rodrigón del Malezal, antes de seguir adelante, el presidente de la magna asamblea, reconociendo el error cometido, dió orden á Pancho Guapo, que actuaba de secretario, de dar inmediato cumplimiento al justo pedido del vice-presidente de la Cámara vieja.

La renuncia en cuestión decía así:

«Señor Presidente del Senado:

Cuando los abusos de los gobiernos de familia, que me han precedido en la prebenda ejecutiva, pasaron la raya de lo tolerable, empuñé el rebenque de mis mayores y barrí de la Provincia la oprobiosa situación, que la vilipendiaba, ante propios y extraños.

Las manifestaciones con que el pueblo soberano celebró mi bien ganado ascenso á la poltrona gubernamental, son evidente prueba de que yo era una especie de Mesías, que todos esperaban con los brazos abiertos. Pero ¡doloroso me es confesarlo! el pueblo es tan ingrato con los malos como con los buenos Gobiernos, y

declaro ingenuamente que en mi gloriosa carrera de gobernante ejemplar, lamenté más de una vez haber sido tan duro con quien menos mal me hiciera».

Esta afirmación despertó la curiosidad general.

«Me refiero al antecesor que humildemente me pidió perdón de sus faltas y que yo, para dar mayor satisfacción al pueblo, á ese pueblo soberano que tan mal me trató después, á ese pueblo que ahora me rechaza, condené á perpetuo destierro, para que otros me midieran á mí con la misma vara, obligándome á dar el paso que doy».

A esta altura del singular documento, la barra prorrumpió en nueva y más estrepitosas salva de rumores antipáticos; pero Mendoval impuso silencio, á cencerrazos, y Pancho Guapo, ahogadas las risas por el eco de la campanilla presidencial, continuó:

«Cierto es que sólo doy el paso á que aludo, por la imposibilidad en que me encuentro de disponer de mi invencible brazo, por que, si así no fuera, ya podrían los señores figurantes de la oposición esperar, con los pantalones bajados hasta el tobillo, la presentación de mi renuncia. Pero estoy imposibilitado de manejar el arma vengadora, mi glorioso rebenque, y por lo tanto, como mis enemigos sólo son valientes con los enfermos, pueden vanagloriarse de haber conseguido de un inútil para la lucha, lo que nunca habrían logrado del hombre sano.

La hazaña es como de ellos; pero me consuela la idea de que en el pecado llevan la penitencia. ¡Otro vendrá, señor Presidente, que bueno me hará, como dice el adagio! Por lo tanto, si los honorables representantes del

pueblo soberano la aceptan, téngase por un hecho consumado la renuncia que hago del cargo de Gobernador de la Provincia.

Saluda al señor Presidente, con su consideración más distinguida— *Rodrigón del Malezal*».

La barra, calculando que la aceptaeión de la renuncia pondría término á la anómala situación imperante, con el objeto de ganar para su causa á los representantes rodriguistas, aplaudió, y Mendoval, una vez terminada la lectura de aquélla, insistió en que, dada la manifiesta voluntad del Gobernador de renunciar, su dimisión debía serle inmediatamente aceptada.

—Sí;—observó uno de los matones de comedia—pero según tengo entendido, la renuncia del patrón es á condición de que nosotros la aceptemos, porque sino no vale.

Mendoval se enfadó. La advertencia del matón, que fué apoyada por la mayoría de la Cámara, á pesar de los antipáticos murmullos, en que volvió á estallar la barra, lo puso nervioso. En consecuencia, echó una vez más mano al cencerro, y después de volver á amenazar á la barra con disolverla, si no se portaba como la gente, dijo, dirigiéndose al diputado interruptor, con cierto énfasis:

—¡Claro que así es! ¿Piensan Uds. acaso rechazarla? El Gobernador de la Provincia no es hombre de volver sobre sus pasos. La apelación puesta al final del documento, en discusión, es una fórmula que se encuentra en todos los de su clase. Por consiguiente ¡á votar!

—Pido la palabra, señor Presidente—dijo Bolada.

—¿Otra vez?—exclamó Mendoval, sintiendo que su

impaciencia crecía de tono—Téngala el señor senador por Payubre, siempre que no abuse de ella, porque el tiempo urge.

—Yo opino que antes de votar esta renuncia, debe pasarse al estudio de la comisión de negocios constitucionales, para que nos indique lo que debemos hacer, en el caso ocurrente.

—¡Aquí no hay más constitución que mi voluntad!—dijo Mendoval, alentado por la tempestad de ruidos, con que la barra recibiera la indiación del vice presidente del Senado.

—¡No conforme!—replicó Belitre, ahogando los ecos del cencerro presidencial, con su voz—El asunto es demasiado grave, para que no se llenen las prescripciones legales. Y tengo entendido que esta no es una Cámara de carneros, sino de hombres libres.

Mendoval, á pesar de la impaciencia que le dominaba, comprendió que se había pasado á la otra alforja. Para complicar la situación, Sotero Redondo, creyendo levantada ya la asamblea, hizo en aquellos momentos irrupción, en la sala legislativa, preguntando:

—¿Y? .. ¿Está aceptada ya la renuncia?

—¡A Ud., nadie lo llama aquí!—gritó Mendoval, descargando su bilis en la cabeza del atolondrado ex jefe político—¡Retírese, ó lo hago echar por los ordenanzas de la Cámara!

—Es que si no la han aceptado ya, se la voy á hacer aceptar yo, á cintarazos, ahora mismo.

—¡Le repito que se retire!

Y como la barra pareciera ponerse del lado de Redondo Parada, Mendoval agregó:

—Y Uds., cállense la boca ¡idiotas!, si no qnieren que levante la sesión, y los deje abandonados á su suerte, que es lo que merecen.

Cuando, con la retirada de Sotero Redondo, se restableció la calma, el viejo Mendoval, comprendiendo que nada conseguiría de los congresales rodriguistas, si no encaraba la cuestión de manera que no hiriese susceptibilidades, dijo:

– Decía el diputado Belitre....

—Que antes de tomarse en cuenta esta renuncia, debe pasar á la comisión de negocios constitucionales.

—Yo opino que esto es innecesario; pero, en fin, si la moción de señor diputado por San Roque está suficientemente apoyada por la Cámara, que se vote. Los que estén por la afirmativa....

La Cámara se puso de pie, como un solo hombre, y Mendoval, contrariado por aquella unanimidad, que nada bueno auguraba, para la aceptación de la renuncia, que ingenuamente había descontado, sintió impulsos de retirarse á su casa, echándolo todo al diablo. Pero el pueblo, aquel pueblo de su nacimiento, estaba cansado de las tropelías por que, sin quererlo, le había hecho pasar su idolatrado caudillo, y la obligación moral que tenía de poner término á todo, lo contuvo á tiempo.

—¡Muy bien!—exclamó—Entonces, sírvanse Uds. expedirse para mañana, si les parece propio.

Y dicho esto, tomó el sombrero y se fué refunfuñando.

Al otro día, habiendo tenido aviso de que la comisión de negocios constitucionales se había expedido de un modo favorable á la renuncia, el caudillo de verdad volvió á pre-

sidir la magna asamblea de ambas Cámaras; pero grande fué su sorpresa y mayor aún su desagrado, cuando, á la hora de la cena, tuvo que suspenderse la lectura del informe, sin haber llegado siquiera á la mitad, tal era su extensión.

Mendoval, sin poderse contener, trató á la Cámara de obstruccionista; pero los congresales, sin intimidarse por los denuestos de su presidente, ni por las antipatías manifestadas por la barra, que no perdía ocasión de titearlos, contestó que cumpliría con su deber, hasta el fin.

—Yo también—dijo Mendoval.—Y prevengo á Uds. que si mañana no aceptan la renuncia del Exmo. Señor Gobernador, yo presentaré la mía y Uds. se entenderán con sus tradicionales enemigos.

Al otro día, á pesar de las amenazas de Mendoval, la sesión de ambas Cámaras fué absorbida íntegra por la terminación de la lectura del informe, y en el que siguió á éste, cuarto de la vía crucis, fueron tantos los diputados á pedir la palabra, que tuvo que prorrogarse la votación para el quinto, sin que tampoco en éste tuviera lugar.

Mendoval no aguantó más. Comprendiendo que Dn. Rodrigón lo había fumado, indispuesto con Redondo Parada, que le exigía el cumplimiento de su palabra, fastidiado consigo mismo, echó mano á un garrote y la emprendió á palos con la Cámara, con la barra, con el pueblo, con todo cuanto encontró, sin mirar por donde daba.

Y se marchó á la estancia, dejándolo todo peor que nunca, y á la revuelta, desconcertada.



XXVII

Batalla del Peladar

Redondo Parada, en cuanto se dió cuenta de la diabólica burla de que había sido víctima su partido, en la cabeza de Mendoval, se dispuso á tomar sangrienta venganza de su autor. Felizmente, sin embargo, para el Gobierno que se proponía tragar vivo, cuando adoptó esta resolución, ya nuestro caudillo había tenido tiempo de apercibirse á la defensa, repuesto y curado de su dolencia.

Efectivamente, Dn. Rodrigón, en cuanto supo que el primer día de asamblea había transcurrido, sin que su renuncia fuese aceptada, sintió tan notable mejoría en su brazo, que pudo aquella noche cenar con él. Al otro día, la hinchazón desapareció, como por encanto; el tercero, empuñó el rebenque, como si nunca hubiera estado enfermo; el cuarto se lo pasó haciendo molinetes, para asegurarse bien de su completo manejo, y el quinto estaba en condiciones de afrentar la lucha.

Por otra parte, su ministro de Hacienda, con la mitad de la plata abandonada en la jefatura política, por Sotero Redondo, se lanzó á la calle, en busca de los peones que éste, descontando la aceptación de la renuncia, había despachado; el de Gobierno, con la otra mitad, se puso al habla, por telégrafo, con los jefes de los departamentos, á quienes intimó el inmediato envío de refuerzos á Santa Lucía, para sofocar la revolución, antes que tomase más cuerpo, y estas medidas, hábilmente dirigidas por Rodrigón del Malezal, en persona, dieron el más satisfactorio resultado.

Los jefes políticos, á quienes el gobierno rodriguista había caído en gracia, enviaron á la capital santaluciana cuanto vago hallaron á mano, y de los paradistas, tan precipitadamente licenciados, se pasaron muchísimos á las filas malezaleras. De modo que, cuando Parada, con la poca gente que le quedaba, se rompía el cráneo pensando como podría sorprender al Gobierno, en su guarida, el vencedor del Rancho Ensebado disponía de un ejército suficientemente fuerte, para aplastar la revolución.

Comprendiéndolo así, Rodrigón del Malezal, en cuanto barruntó que su contrario se preparaba para venírsele encima, dejó una guarnición de cincuenta hombres en la policía, al mando de Bolada, y se fué sobre la quinta gubernativa con cien soldados de las tres armas, sub-dirigidos por Pateta, Ño Vitó y Fariña.

Eran las doce de la noche. Redondo, tomadas ciertas precauciones elementales, en toda clase de guerras, discutía con Pacotilla, Villanez y Machaca, atribuyéndoles, como siempre, la culpa de cuanto le pasaba. Pedro Torta, al frente de la comisión del comercio, había salido en bus-

ca de gente, por los negocios de la ciudad, y regresaba con cuanto dependiente le fuera posible reunir, á aquellas horas.

—¡Alto ahí!— intimó Dn. Rodrigón, rodeando este refuerzo con los suyos—¡Ríndanse al Gobierno, sotretas!

Pedro Torta quedó mudo, como un muerto; los dependientes se entregaron, como criaturas que eran. Dn. Rodrigón corrió á estos con la vaina, hizo aplicar á Torta una vuelta de azotes y avanzó sobre la quinta gubernativa, dispuesto á hacer tabla rasa de todo cuanto hallase, al alcance de su rebenque.

Una compañía de soldados, que al opaco clalor de la luna, proyectaba una sombra fantástica, sobre el pelado suelo de la quinta, esperaba á la entrada de ésta, con la tacuara alzada sobre la cabeza. Dn. Rodrigón, al frente de su ejército, intimó en el acto la rendición de todos á su gobierno; pero como nadie le contestase, cayó sobre ellos con una tempestad de rebencazos, tacuarazos y vainazos que no dejó títere con cabeza.

Alentado por este triunfo, que le aseguraba la posesión de la quinta, sin gran trabajo, excitó á sus soldados al asalto, y del primer empellón que dieron á sus bien cerradas puertas, una de ellas se desplomó en astillas, por el suelo. Abierta esta brecha, Dn. Rodrigón penetró resuelto en el obscuro interior de su ex vivienda, intimando al estado mayor revolucionario su completa rendición; pero tampoco esta vez respondió nadie, á tan imperioso mandato.

¡Caráfito! —exclamó nuestro hombre, sorprendido de no encontrar á nadie en la descierta casa de gobierno, que iluminó con un fósforo, para ver mejor—¿Habremos dado cuenta de todos estos infames?....

Pero aun no había terminado de formular esta pregunta, cuando reventó sobre su cabeza un vendaval de aquellos ruidos antipáticos, productores de su ira, que resonaron, en el silencio de la noche, mezclados con las carcajadas de sus propios soldados.

—Parece que aun han quedado algunos vivos, Exmo. Señor —observó Pateta, dándose vuelta á encender una lámpara, para disimular su risa—Esto...que hemos oído no me parecen cosas de muertos....

—Efectivamente—convino el mandatario santaluciano—Son de los puercos de siempre, que si no resuellan, por un lado, resuellan, por el otro.—Pero—agregó, poseído de la mayor sorpresa—¿dónde se habrán metido estos indecentes, qne solo se hacen sentir por el olor?

Y como nadie pudiese responder á esta pregunta, Rodrigón del Malezal, ardiendo en ansias de vengar la burla de que le hacían víctima, gritó á su ejército:

—¡En cuatro patas! ¡Por de bajo de las camas! ¡Paso redoblado! ¡Mar!..

Hecho esto, el ejército gubernista, con su jefe al frente, subió al piso alto, escudriñó la azotea, bajó por las paredes de adentro y escaló los naranjos de la quinta, sin dar con lo que tan afanosamente buscaba.

—¡Bah!—exclamó Dn. Rodrigón, despreciativamente—Lo mejor que podían haber hecho era disparar, por que si llego á dar con ellos ahora, les habría cabido á todos la misma suerte que á los desgraciados con quienes han pretendido atajarme el paso. Dejemos, pues, la cuenta de los vivos pendiente de arreglo, hasta mañana, y aprovechemos el resto de la noche, para llenar nuestro deber de cristianos con los muertos.

El ejército rodriguista, iluminado por un farol de la quinta, se echó en busca de los cadáveres, sobre los cuales había pasado, para darle piadosa sepultura; pero con gran asombro de su jefe, sólo encontraron, en su lugar, una cantidad de palos esparcidos por el suelo, en indescriptible mescolanza, con otra de sacos, pantalones y sombreros viejos.

—¡Patrón!—dijo Fariña, que marchaba al frente de todos, con el farol—Yo no veo aquí ningún difunto.

—¡Cómo no!—exclamó Dn. Rodrigón, más sorprendido que nunca—¿De quiénes son, entonces, estas ropas?

Ño Vitó no pudo más. Echó una de aquellas carachas, que le servían de válvula de escape, para no reventar con las cosas de su patrón, y dijo:

—¿Y no vé que son los trapos, con que sus enemigos vistieron los espantajos, que nos han puesto de ceba, para disparar por la azotea, mientras nosotros los *matábamos*?

—¡Caráfito!—exclamó, Dn. Rodrigón, participando de la ruidosa carcajada, que provocó la salida de Ño Vitó—¡Esta sí que echa tierra á la de mi renuncia! Pero—agregó, reaccionando sobre su risa, de un momento—¡yo les prometo que la van á pagar, á precio de costo!

Y dejando á Fariña, con cincuenta hombres, al cuidado de la casa de gobierno, salió con el resto de las tropas, en busca de sus odiosos burladores, dispuesto á dar con ellos, aunque fuera bajo tierra. Una por una, recorrió las calles del pueblo, penetró en sus casas, revisó fondos y destapó más de una cama; pero el sol del nuevo día brilló sobre su frente, sin que tan minuciosa pesquisa diera el resultado apetecido.

—Pero ¿dónde estarán estos malditos?—se preguntaba

á sí mismo nuestro hombre, reflexionando sobre los sucesos en marcha, mientras sus tropas, rendidas de cansancio, se habían echado á dormir.

Y cuanto más se engolfaba en sus ideas, más embrollada aparecía ante sus ojos, la verdadera solución del problema. En medio de sus ofuscaciones mentales, llegó á creer posible la defunción total de sus mortales enemigos; pero el recuerdo de los espantajos, acudiendo á su memoria, lo devolvió á la realidad, en lo más florido de la ilusión. Y siguió quebrándose el cráneo, sin dar con lo que buscaba, toda aquella memorable mañana de su vida.

A la hora del almuerzo, un número de «La Tacuara», que excitaba al pueblo á derrocarlo, le hizo levantar los ojos del plato, en que comía, y agitando el puño, como quien da un martillazo en el clavo, arrojó la comida lejos de sí, empuñó el rebenque y salió con sus tropas del Congreso, en que se había alojado, en dirección al sótano en que se editaba el periódico opositor.

Allí, efectivamente, se habían refugiado los jefes de la revolución santaluciana; pero cuando Dn. Rodrigón, pasando, con toda su gente, sobre Juan de la Pita, que se atrevió á darle el alto, hubo llegado al fondo de la amplia cueva, sintió caer sobre sus espaldas tan violenta lluvia de tacuarazos, que se vió obligado á retroceder vencido, en demanda de auxilios, para imponerse.

Parada, en las veinte horas transcurridas, desde el suceso de la Cámara, había logrado volver á reunir, con el auxilio de Torta, en rededor suyo, unos setenta hombres, entre dependientes y peones, y atrincherado, como estaba, detrás de los burros de la imprenta, el gobernador imaginario necesitaba, cuando menos, doble gente,

para derrotarlo. Bolada y Fariña, avisados por un cohete, que fué inmediatamente lanzado al aire, acudieron con todas sus fuerzas, al teatro de los sucesos, y Dn. Rodrigón, con tan valiosos refuerzos, renovó el ataque, con aquellos ímpetus que nunca le negaban la victoria.

A la media hora de combate, los paradistas, abrasados por las muchas gruesas de cohetes, que fueron arrojadas sobre sus cabezas, desde todas las aberturas del sótano, salieron disparando á la calle, por entre las piernas de sus asaltantes, y el estado mayor revolucionario, cogido en la trampa, después de haber sido azotado sobre los escombros de su imprenta, en venganza de la burla de los espantajos, tomó desconcertado el camino de su gente, con uno de aquellos cohetes prendido á la cola.

Esto colmó la medida. Parada, avergonzado de tanto vejamen, vendió una de las estancias que acababa de heredar, y se dispuso á vencer á Rodrigón del Malezal, por la fuerza ó el dinero. Con el producto de este negocio, á los pocos días del ultraje de la imprenta, disponía otra vez de más gente que su enemigo.

Y conceptuándose bastante fuerte, para derrotarlo, le mandó una nota, en que le intimaba la inmediata rendición de todas sus fuerzas al ejército revolucionario, bajo pena de devolverle todos los azotes que le había propinado, si así no lo hacía. Rodrigón del Malezal, conceptuándose, á su vez, con elementos más que suficientes para dominar la situación, contestó la nota de su enemigo, con un ruido antipático; pasó la noche adoptando providencias, y al romper el alba del siguiente día, cayó con todas sus fuerzas, sobre el campamento adverso.

Redondo Parada, sabiendo que su ejército era superior

21

al de Dn. Rodrigón, había acampado en un paraje desnudo de vegetación, conocido por «El Peladar», para hacer maniobrar sus fuerzas, con entera libertad. Y con el objeto de dirigir el combate, sin peligro de una nueva azotaina, había hecho levantar, en el centro de sus tropas, un palo previamente jabonado, de unos ocho metros de altura, coronado por una especie de púlpito, desde el cual se creía nuestro hombre á salvo de toda contingencia, por mal que le fuese, en la patriada.

—¡Caráfito!—exclamó Dn. Rodrigón, al ver á su contrario impartir órdenes, desde semejante altura—¡Allí, sí, que no alcanza mi rebenque! Pero—agregó, escupiendo significativamente en la palma de las manos—¡muchachos, al asalto del palo!

La caballería gubernista, que formaba la vanguardia, al mando de Bolada, avanzó al galope sobre el ejército revolucionario que rodeaba el enhiesto tronco, desde el cual mandaba en jefe Redondo Parada; pero después de una hora de combate, tuvo que retroceder en desbande, con el pecho de los caballos desgarrados por las tacuaras, con que, á guisa de bayoneta, defendieron su ataque al palo jabonado las huestas opositoras.

Dn. Rodrigón, mientras se cambiaban algunos caballos heridos, ordenó un ataque á vaina, por retaguardia, con la infantería que mandaba el coronel Víctor de la Cueva, y en cuanto vió que los revolucionarios se daban vuelta, para hacer frente á tan inesperada acometida, hizo cargar sobre ellos, por el lado opuesto, al doctor Pateta, con la artillería, que se inició en la lucha, envolviendo el ejército revolucionario en una tromba de humo.

Los insurrectos, haciendo funcionar sus trabucos,

cargados de pólvora hasta la boca, como los gubernistas, ahogaron á estos en otra nube, que, chocando con aquélla, sumió el peladar, en que se libraba la batalla, en profunda obscuridad, y cuando ésta, barrida por una racha de viento, se disipó, empuñando la tacuara, á manera de sable, cayeron sobre su espalda, con tan formidable lluvia de golpes, que más de uno rodó por el suelo, rebotando como pelota.

Un nuevo ataque de la caballería rodriguista se estrelló contra la muralla humana, defensora del palo coronado por el púlpito, que ocupaba Redondo Parada; pero, sobre este fracaso, Dn. Rodrigón puso en juego una compañía de tiradores de cascotes, que, chocando contra las tablas del púlpito, obligaron á aquél á ocultarse en su interior.

—¡Salga del caracol, baboso!—gritó Dn. Rodrigón, indignado, ante la acción de su contrario—¿Dónde se ha visto pelear así?

—¡Yo peleo como me dá la gana, tilingo de porra! —replicó Parada, sin abandonar su escondite—¡La cuestión es vencer!

Dn. Rodrigón, recomendando al jefe revolucionario que pusiera en remojo aquello que sabía, cargó á caballo contra el irreductible ejército revolucionario, al frente de todas sus tropas.

—¡Formen cuadro!—ordenó Parada á su gente, temblando como un azogado, ante la perspectiva de una nueva azotaina.

El ataque rodriguista fué impetuosísimo. El bravo caudillo, despreciando el peligro, llegó á fuerza de incontrastables rebencazos, hasta unos dos metros de distancia del enhiesto tronco; pero los revolucionarios eran muchos;

estaban dispuestos á triunfar, y á no ser por Pateta, Bolada y Ño Vitó, que secundaron valientemente la arremetida de su jefe, éste hubiera caído prisionero de Pacotilla, Villanez y Machaca, que lo rodearon en seguida, con lo mejor de sus tropas.

A las doce del día, á pesar de todos sus esfuerzos, los gubernistas no habían logrado aún llegar al pie del palo, en cuyo torno se trenzara la singular batalla, con indescriptible denuedo. Los trabucos, las tacuaras y las vainas humeaban, pinchaban, sonaban, sobre aquel mar de hombres, en jadeante movimiento; pero la balanza de la victoria, no se había inclinado hacia ninguna parte. Y la lucha adquirió un carácter tan violento, que el pueblo santaluciano, á pesar de lo acostumbrado que estaba á todo aquello, asistía al espectáculo, con la emoción pintada en el rostro.

Dn. Rodrigón, alentado por el ansia de triunfar, formó un triángulo, con todo su ejército, hacia las tres de la tarde, y poniéndose otra vez á su frente, tendido en línea de batalla, sobre el amplio peladar, se introdujo, como una cuña, entre el ejército revolucionario, llegando por fin, después de reñida y prolongada lucha, al pie del codiciado tronco, cuyo toque con la mano saludó con estentóreo grito de alegría.

Eran las seis. Obscureció. La gente de uno y otro bando, rendida de fatiga, muerta de hambre y de sed, se arrojó al suelo, sin escuchar la voz de sus jefes. Fué necesario convenir un armisticio, para que cada uno saciase las necesidades que sentía, evitando así que la batalla terminara, en una huelga de combatientes. Los proveedores de ambos ejércitos, con varias carretas de

víveres, llevadas al campo de la lucha, en previsión de esto, se encargaron de remediar la situación, haciendo su agosto.

A otro día, segundo del combate, Dn. Rodrigón, ignorando que estuviese jabonado, dió orden á su gente de escalar el palo, en que Parada, aparentando suma confianza, en el resultado de su treta, seguía dirigiendo la batalla, reanudada en toda la línea, sin conseguir por cierto su objeto, á pesar de los múltiples esfuerzos hechos para lograrlo; pues, jabonado como estaba el maldito palo, cuanto soldado intentó subirlo, cuanto rodó por el suelo, molidas las espaldas á tacuarazos.

Esto irritó grandemente al vencedor del Culantro. Tan inesperado contratiempo le hizo dudar un momento del resultado final de la batalla. A las once del día, viendo que el éxito no se declaraba, saltó sobre la espalda de nn soldado, puesto en cuatro patas, y se arrojó él mismo tronco arriba, para venir al suelo, como todos los demás, desde una altura de cuatro metros, en medio de los rumores antipáticos de todo el ejército revolucionario.

—¡Puercos! —exclamó nuestro hombre, rebotando sobre el peladar, hecho un ovillo.

Y como los revolucionarios hubiesen contestado este insulto, con otra salva de ruidos mal sonantes, el caudillo gubernista cargó sobre ellos con tal ímpetu, que Redondo Parada, viendo el tronco del palo libre de enemigos, respiró con ansia. Pero no, no podía durar este resuello, desde que, para el gobernador santaluciano, todo el éxito de la batalla estribaba en la toma del famoso palo jabonado. Volvió, pues, á arrojar sus huestes sobre él, una, dos, tres veces, cuantas fueron necesarias para volver á

tocarlo con la mano, á dormir en su torno, si bien tuvo que dejar para el otro día la cuestión de su escalamiento, por haberse declarado en huelga ambos ejércitos, después de aquella nueva tarde de titánica lucha.

Se repitieron, pues, las ascensiones y las caídas, en medio de los consiguientes rumores antipáticos, con un encarnizamiento digno de cantarse en verso, durante la mañana del tercer día de combate, en torno del endemoniado palo, sin que fuera dado á ninguno tocar con la mano, el púlpito, desde el cual seguía Parada dominando la situación, con indescriptible disgusto del caudillo malezalero y de sus tropas, que llevaban ya sobre las espaldas la sangrienta marca de los palos recibidos.

A eso de las dos de la tarde, habiendo Pateta conseguido un hacha, que en el fragor de la batalla cambió muchas veces de propietario, antes de llegar á manos de Rodrigón del Malezal, éste, dueño absoluto, al fin, de ella, á las seis, empuñándola bajo una tempestad de tacuarazos, la blandió con tal fuerza, contra el palo jabonado, que el baluarte gubernista crujió por su base y se vino al suelo, con jubiloso aplauso del público mirón, que ardía en ansias de ver el resultado de la lid.

Dn. Rodrigón, viendo que Parada huía con los suyos, en cuyo seno cayera, sin mayores descalabros, dió la batalla por ganada; pero cuando quiso lanzarse en pos del ejército fugitivo, para acabar con él, su gente, muerta de cansancio, se negó á seguir combatiendo, y no tuvo más remedio que pasar la noche, sobre el campo de batalla del cual, sin embargo, quedara dueño y señor.



XXVIII

El vencedor vencido

Al otro día, el héroe del Peladar, ó sea del Palo Jabonado, que con ambos nombres pasó á la historia esta batalla, ligeramente repuesto de fatigas, se levantó con el sol, ansioso de marchar sobre la imaginaria capital de su provincia, para recoger los laureles del triunfo.

—¡Arriba, muchachos! —gritó á su gente, aumentada con algunos rezagados paradistas, una vez en pie—¡El pueblo soberano nos espera, para rendirnos los honore de la jornada!

Las tropas, sin embargo, estaban tan cansadas, que ninguno de los soldados se movió del pedazo de suelo, en que yacía postrado. Dn. Rodrigón mandó tocar el himno malezalero, para despertarlos; pero esto, que en otras ocasiones daba su golpe, tampoco produjo el anhelado efecto.

—¡*Servlles* el café! —ordenó, entonces, el bravo caudillo á Ño Vitó, único que se había levantado con él,

para hacer esta operación—No me gusta acostumbrarlos mal; pero tres días de combate, bien merecen esta distinción.

Los soldados rodriguistas tomaron el café que se les sirvió, y se dieron vuelta del otro lado. Dn. Rodrigón, disgustado por este proceder, mandó tocar otra vez el himno de San Miguel; mas como los soldados siguieran haciéndose los morrongos, empuñó el rebenque con ira, y dijo:

—¡A ver, caráfito, si quieren que los mueva á palos! ¿Pretenden acaso pasarse el día durmiendo, sobre los laureles de la victoria, ó aguarme el triunfo de ayer, con su pereza de hoy? ¡Tomen ejemplo del enemigo, maulas, que, derrotado como estaba, le sobraron fuerzas para disparar!

Esta salida rodriguista produjo su efecto. Los soldados sonrieron, se desperezaron con desgano, y, azuzados por Ño Vitó, Pateta y Bolada, empuñaron los trabucos, las tacuaras y las vainas y formaron, en línea de batalla, para que el vencedor del Peladar los revistara.

Dn. Rodrigón, montado en su brioso tordo, recorrió la línea tendida ante sus ojos, notando impreso en el rostro de su gente, un cansancio que no estaba acostumbrado á ver. Cierto era que la lucha había sido tremenda; que la conquista del palo jabonado exigiera tres días de continuo esfuerzo; pero lo señalado de la victoria debía bastar para teñir aquellos rostros macilentos, con el color de alegría.

—¡Vamos!—exclamó nuestro hombre, un si es no es descontento de su gente—Habrá que entonar esto con una proclama.

Y llamando á Pateta, para que le soplara algunas frases de efecto, á medida que fuera hablando, tosió con cierto énfasis, y dijo:

—¡«Valientes! No quiero abrumaros con un reproche, después del día de gloria, con que acabáis de disipar las sombras que empañaban mi gobierno. Sé que estáis cansados; que la tarea ha sido ruda, rudísima, y por eso, por eso solamente, soldados de mi mando, no agarro ahora el rebenque, para sobaros las espaldas, á fin de que entréis en calor, y sepáis como se celebra una victoria.

El sol del Peladar brilla sobre nuestras cabezas, con los rayos esplendorosos del triunfo. Nada tenemos que envidiar á los vencedores del Vale Cuatro, del Rancho Ensebado, del Buey Rabón y de tantas otras batallas de que está sembrada mi carrera política. El Palo Jabonado marca el punto culminante de nuestra gloria; y representa el jabón más grande de un enemigo, que llama estrategia á la disparada.

El hecho de no sentir ningún olor especial, en este momento, me hace suponer que, á la fecha, está bien lejos de aquí, tal vez dando cuenta al diablo de sus fechorías. Nada tenemos, pues, que temer de los inmundos sotretas, que han pretendido una vez más asustarnos con la parada, batirnos con la boca. Muchachos ¡en marcha á nuestra casa!, para gobernar en paz y recibir las bendiciones del pueblo salvado de la anarquía por vuestro jefe:—Rodrigón del Malezal.»

El gobernador santaluciano hizo en seguida un saludo con el rebenque, que fué contestado con una presentación general de armas, y el ejército rodriguista, entonado con la arenga que dejamos transcripta, se puso en viaje

al son del himno de San Miguel, con su bandera de combate desplegada al viento.

Eran las seis de la mañana. El sol, abierto en abanico de fulgurantes rayos, inundó con sus luces el amplio peladar; el río, encrespado por la fresca brisa de la mañana, se deslizaba como un reptil de plata, por entre la fronda de sus márgenes; Santa Lucía dormitaba allá, á lo lejos, envuelta en el follaje de sus naranjos, convidando á nuestros héroes á tomar posesión de su dominio.

El ejército gubernista, con su jefe al frente, pasó una tras otra las primeras casas de la población, sin que ninguno de sus habitantes lo saliera á recibir, con los honores soñados por el vencedor del Peladar. Más que de vivos, la capital rodriguista parecía una ciudad de muertos, tal era el silencio que reinaba, por donde quiera que lucían su triunfo los flamantes salvadores de la patria.

—¡Habráse visto envidiosos, caráfito!—exclamó Dn. Rodrigón, al encontrarse con semejante recibimiento— ¡Acabo de devolverles la paz, por que tanto clamaban, y no se levanta ni un alma para recibirnos en sus brazos! Pero—agregó, con dolorosa resignación—¡déjenlos no más, que algún día me las pagarán todas juntas! ¡Adelante, muchachos, que, á falta de otros honores, la historia nos hará justicia!

Por grande, sin embargo, que fuera la sorpresa del valiente luchador, estaba muy por debajo de la realidad. Apenas se acercó á la quinta gubernativa, en donde pensaba penetrar, con toda su gente, como dueño que era de ella, comenzó á zumbar por el aire una lluvia de casco-

tes, que hizo retroceder desorientados á los que marchaban al frente.

Dn. Rodrigón, sorprendido por tan inesperado recibimiento, dió á su ejército la voz de alto; pero atribuyéndolo luego á cosa de muchachos, renovó la orden de avance, sin mayores precauciones. Y con la inconciencia que fluía de su valor temerario, se metió una vez más en la boca del lobo que lo acechaba.

Al llegar á la puerta de la quinta gubernativa, la lluvia de cascotes adquirió la densidad y el estruendo de un huracán deshecho, y Dn. Rodrigón, encaramándose sobre su tordo, para inquirir el origen del tempestuoso fenómeno, arribó con profundo disgusto á la conclusión de que su famoso palacio se hallaba ocupado por las fuerzas revolucionarias, que creía haber aniquilado en el campo del Peladar.

—¡Malditos de cocer!—exclamó, reconociéndose víctima de colosal fumada—¿Cuántas vidas tiene esta gente? ¿Con qué armas habrá que batirlos, para exterminarlos? ¡Al asalto, muchachos!—agregó, después de brevísima reflexión—¡Y acabemos de una vez por todas, con esta runfla de maulas, que ya me pesa sobre el estómago!

Y empuñando su glorioso rebenque, el vencedor del Palo Jabonado, arremetió con el ímpetu de siempre, contra la entrada principal de la casa quinta; pero fuése porque sus tropas estuvieran aún rendidas de cansancio; porque no lo secundaran, con el empuje de otras veces, ó porque la defensa resultase superior al ataque, el ejército gubernista se estrelló contra ella, sin poder forzarla.

—¡A la jefatura!—intimó Dn. Rodrigón, convencido

de la inutilidad de sus esfuerzos, después de cuatro ataques sucesivos, llevados sin éxito, por el frente, por ambos flancos y por el fondo.

Pero en la jefatura, que se prestaba mejor aún que la casa de gobierno, á la defensa, el ejército rodriguista sufrió otro descalabro, tan grande, si cabe, como el primero. Dn. Rodrigón, enfurecido, dió orden á su gente de atacar por la azotea, escalando las paredes, pero al poco rato de iniciada esta operación extrema, se vino todo el mundo al suelo, barrido por la tremenda cascoteada que seguía lloviendo.

—¡Al Congreso!—ordenó el bravo Gobernador, entonces.

Y como algunos de los soldados, contusos y hambrientos, dieran muestras de cansancio, agregó, blandiendo su rebenque sobre aquella selva de cabezas, inclinadas hacia el tronco:

—¡He dicho qué al Congreso, maulas! ¡Y cuidado con mezquinar la tripa á la purga, porque ya saben que no transijo con los cobardes! ¡Si en algo estiman su cuero, sosténganme en la mala, que yo sabré recompensarlos en la buena! ¡Al Congreso, pues, si les place!

Los gubernistas, excitados por el reto y la promesa de su jefe, se pusieron en marcha, en dirección al sagrado recinto de las leyes, y encontrándolo también tomado por los revolucionarios, lo acometieron con ímpetu, por puertas y ventanas, aguantando valientemente el chubasco de cascotes, para retroceder, al fin, completamente derrotados, después de una lucha, en que no quedó uno, sin rodar por el suelo.

—¡Bueno!— exclamó Dn. Rodrigón, ante la inutilidad

de los esfuerzos hechos, para reconquistar las posiciones perdidas—¡La fumada ha sido de mi flor! Pero—agregó, reaccionando sobre tan inesperados contratiempos—¡aun no está muerto quien pelea! Estableceré mi gobierno en la plaza pública, y gobernaré con el estado de sitio, mientras quede uno que me sostenga.

Y como, transcurrido el día en los ataques y contraataques, que una vez más revolvieron el pueblo santaluciano, excitándolo grandemente, avanzara la noche, acampó con su gente, en la única plaza de la capital, esbleciendo su gobierno, en derredor de la pequeña pirámide que le servía de centro.

Allí, á la luz de los contados faroles que iluminaban el círculo enladrillado, cubierto por nuestro hombre, con sus lugartenientes, promulgó la ley de estado de sitio, con que oportunamente le habían munido sus leales Cámaras, y llenado este requisito, dió á su gente el descanso que bien ganado tenía. Pero aun más que fatigadas, las huestes rodriguistas estaban hambrientas; de modo que, en cuanto la libertad de acción les fué devuelta, se abalanzaron todos á los naranjos de la plaza, para saciar con el jugo de su sabrosa fruta, las más apremiantes necesidades del estómago.

Y terminada la fructífera cena de la cual, á falta de otra mejor, participó Rodrigón del Malezal, con su valiente estado mayor, jefes, oficiales y soldados se dejaron caer sobre el pedazo de tierra que ocupaban, para quedarse al poco rato profundamente dormidos, á pesar de los cascotes que por entre la arboleda, que les servía de techo, continuaban cayendo sobre sus cuerpos.

Mientras esto sucedía, en el campamento gubernista,

Parada, Pacotilla, Villanez y Machaca, que se sentían bastante más descansados que sus enemigos, celebraban en la casa de aquél los triunfos del día, con una franca chela en que corriera abundante bebida.

—¡Digan ahora que no soy un gran estratégico, maulas!—decía el jefe de la revolución santaluciana—Lo que Uds. han creído una derrota no fué más que la hábil preparación del triunfo de hoy.

—Tal vez—asintió Pacotilla—pero si no aprovechamos la noche, para completarlo, mañana tenemos otra vez al tigre encima de nosotros.

—¡Qué saben Uds! A estas horas, anda Pedro Torta en campaña, para evitar que tal cosa suceda. ¿Creen Uds, acaso, que yo me duermo en las pajas?

—No, no lo creemos—objetó Villanez—pero ¿se puede saber qué misión le ha confiado Ud., al presidente de la comisión comercial?

—¡No!—replicó Redondo Parada, con énfasis—porque yo soy bastante hábil, talentoso y prudente, para no andar cacareando por ahí, como una gallina, los huevos que pongo. Pero pueden Uds. dormir tranquilos—agregó, levantándose—porque mientras los mande un jefe de mi talla, nada tienen que temer del destino.

—Entonces, nos retiraremos—dijo Machaca, sonriendo.

Y tomando cada uno su sombrero, los tres subjefes paradistas se fueron con rumbo al puesto que tenían asignado en la contienda, mientras el nunca bien ponderado generalísimo de la revolución santaluciana, se acostó pensando que con otro golpe de estrategia, como la desplegada en el Palo Jabonado, concluiría por ser dueño

absoluto de la situación, creada por sus aturdimientos habituales.

En el campamento rodriguista, todo yacía en calma. Dn. Rodrigón, reconociéndose impotente, para tentar un golpe de mano, acabó por tenderse á la bartola, como sus soldados. Al poco rato, sin embargo, de haber caído en brazos de Morfeo, nuestro valiente caudillo, que dormía con un ojo, se despertó sobresaltado, como si alguien hubiera tropezado con él. Animas de muertos ó siluetas de vivos, vió cruzar por su campamento unas sombras, que se agachaban cautelosamente á cuchichear con otras, y esto, sobre lo cual le llamó la atención su astuto capataz, que también velaba, le hizo parar la oreja, como vulgarmente se dice.

Pero las sombras se confundían con los arabescos arbóreos que dibujaban los faroles, sobre el térreo piso de la plaza; los cuchicheos, intraducibles como los susurros del viento, se perdieron en el espacio, sin adquirir formas articuladas, y esto, mezclado con la extrema confianza que el valiente caudillo malezalero tenía en la lealtad de su gente, á la cual juzgaba incorruptible, acabó por convencerlo de que las sospechas, que momentáneamente le asaltaron, no podían pasar de visiones de la mente. Y se dió vuelta del otro lado, para volver á dormirse, aunque siempre con un ojo, por lo que pudiera suceder.

Cuando despertó, claro ya el día, se encontró encima del recado que oficiaba de mesa gubernativa, con una nota de Redondo Parada, en que el jefe de la revolución le decía que si antes del almuerzo no se postraba á sus pies, con todas las fuerzas de que disponía, le iba á pegar tantos tiros, como azotes recibiera de su mano.

—¡Vean esto!—dijo nuestro hombre á su gente, sonriendo con benevolencia.—Lo que es por falta de intimaciones, no ha de quedar el entripado este, por resolver. Ahora comprendo—agregó, después de un rato—las fantasmagorías de esta noche. Estos maulas, no animándose á mandar esto por uno de los suyos, se han valido de las tinieblas para hacer llegar hasta mí, sus ridículas intimaciones.

Ño' Vitó, Pateta y Bolada, enterados de la nota que acababa de recibir su valiente jefe, le aconsejaron que capitulara, como único medio de salir con honra de la insostenible situación, en que se hallaban; pero el caudillo malezalero, irguiéndose amenazador para encararse con ellos, les reprochó su cobardía de tal modo, que ninguno se animó á insistir.

—¡Ahora me vienen con esas, maulas!—dijo—¿Porqué, entonces, no me han dejado transar á tiempo? Pues ahora, si tienen miedo que se les caiga la comida, antes de tiempo, apriétense los calzones, porque yo no me rindo, á ningún sotreta de la revolución.

Y sin hacer caso de lo demás que quisieron decirle, agarró la pluma que llevaba consigo, y se puso á redactar un oficio, dirigido á Redondo Parada, en que le decía que, si á su vez no se apresuraba á devolverle las posiciones que le tomara por descuido, lo iba á hacer azotar por una mujer, para demostrarle que no era hombre para nadie.

La nota fué enviada á su destino, por uno de los matones de sainete, y mientras tanto, Dn. Rodrigón, convertida en palacio administrativo la plaza que ocupaba, se pasó el resto de la mañana ejerciendo toda clase de actos de

gobierno, como si nada anormal pasara en torno suyo.

A las doce del día, no habiéndose producido la esperada rendición de los revolucionarios, Rodrigón del Malezal proclamó á sus tropas, y se dispuso á marchar sobre la quinta gubernativa, en donde acababa de saber que residía su tradicional enemigo, Redondo Parada; pero apenas dió un paso fuera de la órbita central de la plaza, aparecieron coronadas de cabezas las azoteas, que la rodeaban, y atestadas de cuerpos, las cuatro boca-calles, que á ella convergían.

—¡Caráfito!—exclamó Dn. Rodrigón, al verse rodeado, en son de guerra, por el pueblo santaluciano en masa —¡Parece que ahora la cosa va de veras! Pero—agregó, resuelto á todo—¡no se la han de llevar de balde! ¡Adelante, soldados de mi mando, que de cobardes no hay nada escrito!

Y sin perder el tiempo en reflexiones, atropelló por la calle que conducía á la casa de gobierno, para estrellarse contra la muralla humana, que le cerraba el paso, y retroceder á su punto de partida, bajo la tempestad de cascotes, que se desgajó de las azoteas, sobre su cabeza. Batido por este lado, Dn. Rodrigón, animando á su ejército, con el ejemplo, trató de abrirse paso, por otro; pero, por más prodigios que hizo, otra vez tuvo que retroceder, arrollado por el número de sus contrarios, que invadió la plaza, desbordándose sobre ella como una ola.

Una carga de las tres armas, trabuco, vaina y tacuara, intrépidamente dirigida, le abrió, sin embargo, el camino de la jefatura, elegida por nuestro hombre para guarecerse contra la tempestad de cascotes, que le diezmaba la gente; pero cuando estaba á punto de tomarla, un alud

de vecinos, surgiendo de su interior, lo arrojó sobre el centro de la plaza, estrechándolo en un círculo de cuerpos, con ánimo de ahogarlo, á pesar de los gritos que, desde el campanario de la iglesia, se puso á dar el párroco, á esta altura del combate, para que se respetara la vida del aturdido caudillo.

Dn. Rodrigón, viéndose perdido, á pesar de los terribles rebencazos que seguía distribuyendo, ordenó á su gente que, despojando á los naranjos de sus gajos, para reemplazar las armas rotas, formara cuadro en torno suyo, á garrote calado. Pero cuando esta operación presentaba mejor cariz, Pateta se pasó con la artillería, á las filas contrarias; Bolada se rindió con la caballería desmontada, y la infantería, que mandaba Ño Vitó, se desbandó cobardemente. Una ola de enemigos envolvió, entonces, á nuestro bravo caudillo, llevándolo por el aire, como una hoja, y éste, víctima de lo que nunca se imaginara, se encontró, cuando menos lo pensaba, en medio del estado mayor revolucionario, sin más defensa que su rebenque.

—¡Ríndase á su vencedor, maula!—gritó Redondó Parada, haciéndole gracia de la vida, si le reconocía el valor que le negara—¡No ve que está perdido!

Dn. Rodrigón por toda réplica, alzó el rebenque. Parada rodó por el suelo. Pacotilla, que acudió en su auxilio, rodó sobre él, víctima de otro rebencazo. Villanez, acometiendo en pós de ambos, rodó á su vez, por encima de ellos; pero, entonces, Machaca, atacando de atrás, le partió la cabeza de un hachazo. ¡Sólo así pudieron rendirlo!



XXIX

Consecuencias del desastre

—¡Canallas! ¡Bandidos! ¡Miserables!—gritó Ño Vitó, llegando con Pirrallo, al lugar de la catástrofe, en momentos en que Dn. Rodrigón caía al suelo, bañado en sangre—¡Matar así á un enfermo indefenso! Pero—agregó, indignado—¡espérense un poco, que les voy á hacer pagar cara su infamia!

Y empuñando su mellada charasca, la misma con que un día cortara la cola del Buey Rabón, de una rebanada, se precipitó en busca de Machaca, cuyo golpe traidor alcanzara á ver, sin tiempo para atajarlo. Pero cuando esto sucedía, ya el ex-pedáneo de Las Lomas, que tenía bastante que hacer con los heridos de su bando, se había perdido en el tumulto que sobrevino, alejándose con ellos, del lugar en que cayera el héroe malezalero.

El capataz del Tucurú, viéndose solo, sin remedios de ninguna clase, ante el cuerpo inanimado de su amo,

de aquel patrón por quien hubiera dado gustoso toda la sangre de sus venas, sintió que las lágrimas se le agolpaban á los ojos, y rompió á llorar como un niño.

—¡Vamos!—dijo Pirallo—¿Porqué llora Ud? La cosa no me parece para tanto....

—Entonces ¿para qué te parece, animal? ¿Crees tú que la vida de nuestro idolatrado patrón no vale una lágrima de sus leales servidores? ¡Llora como yo, estúpido! ¡Llora, ó te volteo de un charascazo!

Pirrallo, ante la actitud de Ño Vitó, qne se le fué encima, con la charasca desenvainada, quiso disparar, pero aquél lo agarró por un brazo, y apretándoselo hasta hacerlo gritar, lo arrojó á los pies del muerto, para que llorase como él.

El ex contador general santaluciano, que no podía creer que Dn. Rodrigón hubiese fallecido, se atrevió á decir:

—Pero si el patrón no puede haber muerto, amigo Ño Vitó ...

El lugarteniente rodriguista envainó la charasca, enjugó sus lágrimas con el revés de la mano, se hincó delante del inmóvil cuerpo de su amo y descubriéndole el velludo pecho, hasta dejárselo al aire, pegó su afilado oído á la tetilla izquierda.

—¡Caracha!—exclamó, después de un rato de ansiosa espectativa—*¡sabés* que parece que *tenés* razón! Yo siento, aunque muy allá adentro, una especie de latido, que me da esperanzas. ¿Será posible, caracha, que no se haya perdido todo? Si tuviera aquí un espejo, para ver si respira....—agregó, tendiendo una mirada escrutadora, por la desierra plaza, en que, un momento antes, todo era vida, bullicio y animación.

¡No descubrió ni un alma! La noche había cerrado tan negra, sobre el revuelto campo de batalla, y la dispersión de los combatientes había sido tan rápida, en cuanto circuló la noticia de la caída rodriguista, que sólo se oía, interrumpiendo su profundo silencio, el susurro del viento que pasaba por entre los naranjos, mezclado con los ronquidos de algunos muertos de cansancio, á quienes faltaron alientos, para huir con sus compañeros de pelea, en previsión de lo que pudiera suceder.

—¡Ah!—dijo Ño Vitó, parodiando inconscientemente á un gran poeta —¡Qué espantosa soledad! ¡A ver, pues, hombre, si llamas á alguna de esas puertas, para que venga alguien á socorrernos!

Pirrallo, empujado por Víctor de la Cueva, se lanzó por las calles santalucianas, llamando á todas las puertas; pero como ninguna cediera á sus golpes, á causa de las precauciones tomadas por los vecinos, para no verse envueltos en enojosas declaraciones, volvió á su punto de partida, para dar cuenta á su mandante del fracaso de su misión.

—¡Canallas!—exclamó Ño Vitó—Y ahora ¿qué hacemos, mi Dios?—agregó luego —¿A tí, no te se ocurre ninguna idea?...

—A mí, no—contestó Pirrallo—Lo mejor será esperar que amanezca. Si estuviera aquí el señor Pateta...

—¡Cállate, idiota! No me hables de esa basura.

Pirrallo abrió tamaña boca.

—Parece que no supieras nada de cuanto ha pasado—continuó Víctor de la Cueva, atando la ensangrentada cabeza de su amo, con el pañuelo que llevaba al cuello.

—Y ¿qué es lo que ha pasado? Yo lo único que sé es que todos hemos peleado como buenos.

—¡Parada, amigo, parada! He visto porquerías en mi vida, pero como ésta ¡ninguna!

Eneene Pirrallo volvió á abrir la boca.

—¡*Sos* un papanatas!—exclamó Ño Vitó, indignado, ante la brutalidad de Pirrallo—¿No has comprendido aún, infeliz, que nos han traicionado? ¿Qué tan puercos son Parada, Pacotilla, Villanez, Machaca y demás revolucionarios, como Pateta, Bolada, Fariña y otros que han vivido á nuestras costillas, para salir vendiéndonos después por un zoquete?....

—Pero ¿cuándo ha sucedido eso?—indagó Pirrallo, más sorprendido que nunca.

—¡Anoche, zopenco, anoche! ¡Dichoso tú por cuyo cuerpo no pasan penas ni glorias! Yo bien se lo advertí al patrón; pero....

Ño Vitó aprovechó la estupefacción causada por esta noticia, en el hijo de Marianona, para aplicar nuevamente el oído al pecho de su amo, y convencerse de que vivía.

—¡Caracha!—exclamó—Es indudable que este hombre no está muerto. Pero ¿cómo hacer para saberlo? ¿A dónde lo llevamos?

Una sombra iluminada por un farol, á cuyo resplandor se descubrió otra que le seguía, sacó al fiel servidor del ex gobernante santaluciano de su abstracción.

—¡Caracha!—dijo—Si la Providencia se acordara de nosotros, aunque fuera en forma de un fantasma, con remedios.

—¡Ño Vitó!—gritó en este momento una voz.

—¿Qué dice, amigo?

—¿Dónde está Ud., que no lo veo?

—¡Aquí, amigo, aquí!

El fantasma se aproximó al paraje, en que había caído Rodrigón del Malezal, y antes de que Ño Vitó hubiera salido de su asombro, dijo:

—Tome. Aquí tiene árnica, hilas y vendas. Cure como pueda á su patrón. Ahí, en la orilla del río, espera una canoa; del otro lado, hallará Ud. una carreta. Hágase ayudar por este hombre, que es el canoero, y saque de aquí al herido, antes que venga la policía, que no puede tardar.

Por las curtidas mejillas del viejo capataz del Tucurú corrieron dos lágrimas de agradecimiento. Todas las iras que sintiera levantarse en su alma, se ahogaron en la profunda placidez que brotó para él de esta sencilla, aunque excelente acción.

—¡Dios se lo pague, señor cura!—exclamó el agradecido viejo, reconociendo en su benefactor al párroco local— Pero—agregó, nuevamente nublado su semblante, por un velo de amargura—¿sabe Ud. en qué estado se halla mi patrón? ¡Ah, ese infame de Machaca no tiene perdón de Dios!...

—Hijo mío, de su parte vengo, sin embargo. Y no le brindo en nombre de ambos mi casa, porque sería peor para todos, especialmente para el herido. Atiéndalo, pues, como pueda, y sáquelo de aquí cuanto antes. Machaca me aseguró que salvaría. ¡Adios!

Y el párroco, bendiciendo al caído, se alejó de la plaza que sirviera de sepulcro al gobierno rodriguista.

Ño Vitó, acatando el consejo del sacerdote, curó la sangrienta herida de su amo, con los rudimentarios remedios que aquél le trajera, y haciéndose ayudar, después de bien vendada, por el canoero y Pirrallo, lo condujo hasta

la embarcación que esperaba, á la orilla del río, el cual fué atravesado en seguida, para alcanzar la carreta apostada en la opuesta margen, en donde fué colocado el enfermo, con las precauciones del caso, sobre un lecho de ponchos, tan mullido como lo permitían las circunstancias.

Una vez en marcha, como le tocara pasar al lado del rancho de Pateta, á pesar de la acción que le achacaba, llamó á su puerta, con ánimo de pedir hospitalidad para su amo; pero allí supo, por un vecino, que el ex-minisro rodriguista acababa de partir para el Payubre, con su familia, disfrazado de mujer; y ahogando en su alma la ra despertada por esta cobardía, se alejó resueltamente, campo á fuera, en dirección á la estancia del Tucurú, á donde llegó, con el estropeado personaje, ardiendo en fiebre, veinte y cuatro horas después del momento, en que el jee político de Lavalle, sabedor de lo que había pasado en Santa Lucía, se puso al frente de cuatro hombres bien montados y cayó sobre el lugar de la catástrofe.

Unos minutos antes, hubiera sorprendido allí al tigre del Malezal, bañado en su propia sangre; pero estaba probablemente en sus designios, dar tiempo á que todos se pusieran en salvo, y por esa razón, más que por otra, seguramente, llegara tarde.

—¿Dónde están los promotores de este miserable escándalo?—preguntó á gritos, una vez en el campo de batalla—¡A ver!—agregó, dirigiéndose á su gente—¡Procedan Uds. á la prisión de cuanto bicho viviente encuentren, y á la cafúa con ellos, que ya es tiempo de hacer un escarmiento!

Los policianos, al resplandor de los faroles que iluminaban opacamente la plaza, bañándola en grísea claridad,

empezaron á cintarazos con los rezagados que se resistían á levantarse, tan molidos se encontraban todos, después de cinco días de endemoniada brega.

—¡Estos hombres parecen muertos!—dijeron aquéllos, ante la inutilidad de los cintarazos—Y si no cargamos con ellos, va á ser punto menos que imposible arrancarlos de aquí.

—¡Cárguenlos!—ordenó el jefe político.

—Es que son más de veinte—objetó el oficial primero.

—Entonces, redúzcanlos al número que puedan llevar!—intimó el jefe de Lavalle—¡No admito excusas de ninguna especie!

Los policianos ciñéronse los cinturones y desenvainaron los machetes, con los cuales se pusieron á repartir planazos, por donde rayaba. Algunos de aquellos muertos de cansancio se levantaron, y la policía pudo, por fin, dar cumplimiento, á una parte de la misión. que le correspondía desempeñar, aunque á costa de grandísimo trabajo.

Bajo segura custodia, estas pruebas del escándalo santalucense, el jefe político de Lavalle se acostó tranquilo, durmió soñando con un ascenso y al otro día regresó, con sus cuatro hombres, á tomar posesión del pueblo abandonado, en momentos en que Parada, ligeramente curado de su rebencazo, lo recorría al frente de los vencedores de la Plaza, á quienes ordenara vitorearlo en pública manifestación, para tener derecho á la recompensa pecuniaria que les ofreciera.

Los vivas, mezclados con salvas de aplausos, estallidos de bombas y otras demostraciones de júbilo, eran tantos, tan entusiastas y tan estruendosos, que el jefe político de

Lavalle, creyéndose con poca gente para dominar la situación, hizo correr la voz de que andaba por allí, para que la manifestación se disolviera, sin apelar á la fuerza.

Parada, envalentonado como estaba por la circunstancia de no habérsele tomado preso, hasta entonces, contestó á los encargados de transmitirle semejante nueva:

—Díganle á ese gusano, que si él anda por ahí, yo ando por aquí.

Y sin tomar en cuenta, para nada, la advertencia que tan mal le sonaba, en aquellos momentos, repartió á sus admiradores una proclama que decía así:

«Ilustres campeones de de mí política:—Al fin, mi voluminosa cabeza dió con la idea salvadora de la patria. La treta del palo jabonado, por una parte, y el producto de mis estancias, por la otra, hábilmente secundados por mi reconocido valor, han dado en tierra con el tigre del Malezal, de quien sólo yo era capaz de libraros.

Me debéis, pues, el más grande de los favores que puede hacer un hombre á sus desgraciados semejantes, y no os pido que me levantéis una estatua, porque no me gusta adelantar los acontecimientos. Lo único que de vosotros reclamo ahora, es que me sirváis de testigos, para demostrar á los sotretas de la capital que, á no ser por mí, tendrían á la fecha que andar todos con una cataplasma, en donde no viene el caso repetirlo.

A mí lado, han resultado todos unos porotos. Yo soy el único hombre que, á semejanza de Alejandro, ha sido capaz de cortar el nudo gordiano de la cuestión santalu ciana. Merezco, pues, bien, mucho bien de la posteridad, á la cual dejo la tarea de discernirme los honores, que me correspondan. Os saluda vuestro jefe, el estratégico

del Palo Jabonado, á quien debéis lo que sois:—Sotero Redondo Parada.»

El pueblo, que, á pesar del apoyo que á última hora le prestara, estaba hasta la caronilla de las cosas de Parada, sabiendo que la policía andaba por allí, se llamó á silencio; pero la manifestación de las tropas adquirió tales proporciones, que más de uno se lanzó á la calle, en son de protesta. Había un herido de por medio, tal vez un muerto, y era, por lo tanto, tiempo de proceder enérgicamente.

Comprendiéndolo así, el jefe político de Lavalle, á cuyos oídos llegaron acerbos comentarios, ordenó á los manifestantes que se disolvieran; pero Parada, que, en defecto de Rodrigón del Malezal, se creía dueño y señor de Santa Lucía, contestó la orden recibida, con uno de sus más sonoros rumores antipáticos.

El jefe político de Lavalle corrió á su jefatura, armó á rémington á los rezagados de la Plaza y con este refuerzo, bien dirigido, cayó á tiros al aire sobre las fuerzas paradistas, tomando posesión de la jefatura en que pretendieron atrincherarse, después de haberlas dispersado en todas direcciones, con su jefe por delante.

El pueblo, dando por terminada la función, resolló con ansia, aunque no por mucho tiempo, porque el jefe político de Lavalle, alegando que el escándalo santaluciano sólo había podido sostenerse durante tanto tiempo, debido á los víveres suministrados por el comercio, cayó sobre éste con un rosario de multas, que volvieron á complicar la situación. Pedro Torta, Perrati y Dn. Pifiano fueron los más aporreados, en este sentido; pero, por más gritos que pusieron en el cielo, ninguno de ellos se salvó del castigo decretado por el pacificador de Santa Lucía.

Hecha la colecta de multas, que fué abundante, el jefe político de Lavalle, deseando dar otras pruebas de energía, mandó aplicar una paliza más á Juan de la Pita, dictó órden de prisión, contra todos los miembros de la situación caída, y las cosas se volvieron á enredar de tal manera, que tuvo que volver Mendoval de su estancia, á poner orden en el desgraciado pueblo de su nacimiento.

El jefe político de Lavalle, que sabía los puntos que calzaba Mendoval, en cuestión de popularidad, accedió con ciertas reticencias á dar por liquidada la cuestión, con los cintarazos repartidos, las multas cobradas y los tiros lanzados al aire; de modo que, al poco tiempo de hallarse en Santa Lucía su verdadero caudillo, las puertas de la jefatura política fueron franqueadas á los presos en ella aglomerados.

El pueblo comentó, entonces, á sus anchas, el sangriento desenlace de la batalla de la Plaza, y la noticia de la derrota rodriguista, convertida por algunos en bárbaro asesinato, rodó por todos los ámbitos de la Provincia, levantando tempestades de discusiones, entre cuantos habían llevado el hilo de los estrafalarios sucesos santalucianos.

Pero dejemos que rueden por donde quiera la más extraordinarias bolas, y dando también nosotros la cuestión santaluciana por liquidada, con el violento desparramo de todos sus actores, apresurémonos á volver al Tucurú, en donde nos queda aún el rabo por desollar.





XXX

La moral del cuento

Dn. Rodrigón estuvo como un mes luchando, entre la vida y la muerte, sin decidirse por ninguna.

Su robusta naturaleza se impuso al fin á la enfermedad; pero esto no sucedió sino después de una serie de crisis nerviosas, en que tuvieron que librarse algunas batallas santalucianas, de las cuales se dejaba á nuestro hombre salir invariablemente victorioso, para quitarle la angustia que llevaba adentro y narcotizarlo después, para que olvidase lo pasado, en el sueño que sucedía á cada una de ellas.

Cuando volvió en sí, después de la última, por orden del médico que lo asistía, las cosas habían sido preparadas de tal modo, que todo apareciese ante su vista, como si nunca hubiera salido del Tucurú. Ño Vitó, Marianona, Pirrallo y otros conocidos estaban allí, para asegurárselo, con respuestas aprendidas de memoria, en caso necesario.

—¿A dónde me han traído?—preguntó, como un viajero que regresa de un largo viaje, sin memoria de cuanto en él le ha pasado.

—Para eso, hubiera sido necesario que lo hubiésemos llevado á alguna parte, patrón—contestó Ño Vitó, haciéndose el admirado—Ud. no ha salido nunca del Tucurú, señor Dn. Rodríguez.

—¡Caráfito!—exclamó el ex-gobernador de Santa Lucía, abriendo los ojos, la boca y la nariz—Entonces....¿he estado enfermo, ó loco?

—Ha estado Ud. un año sin conocimiento, señor—aclaró el facultativo, para agregar, viendo que el enfermo se daba vuelta del otro lado, sin demostrar mayor contrariedad—¡Está salvado!

Dn. Rodrigón, ó sea Dn. Rodríguez, como se llamaba nuestro héroe, antes de su salida del Tucurú, estaba efectivamente fuera de peligro. Allá en el fondo de su alma, velada por los vapores del narcótico, pero no muerta, yacía la imagen de su pasado. El médico, sin embargo, no se había engañado; pues, conjurada por el momento la enfermedad moral, la física avanzó rápidamente hacia su cura.

Y ello fué que Dn. Rodríguez, confirmada la contestación de Víctor de la Cueva, por los demás dependientes de la casa, vecinos de la comarca y amigos del partido, que acudieron á enterarse de su salud, al mes y medio de haber recibido el hachazo de la Plaza, se arrojó de la cama, ansioso de dar una vuelta por sus dominios.

No Vitó, que había visto el deplorable estado á que las calaveradas de su patrón dejaran reducida la estancia, se opuso á este paseo; pero el ex-gobernador santaluciano, levantado otro, se empeñó de tal modo en dar gusto á su cuerpo, que aquél no tuvo más remedio que acompañarlo, para ahorrarse el disgusto de dejarlo ir solo.

La estancia, como repetidas veces hemos dejado entrever, había sido consumida casi íntegra, por la revolución y el gobierno imaginariamente ejercidos por el dueño del Tucurú. Del millar de reses que la poblaban, cuando salió de allí, para vengar la derrota eleccionaria de Santillán, no quedaban ni cien, y éstas en tal estado de flacura que daba lástima verlas.

—¡Caráfito!—exclamó Dn. Rodríguez—¿Y qué se ha hecho de tanta hacienda, como teníamos aquí?

—Se ha vendido, patrón—contestó Ño Vitó, con displicencia.

—¿Y dónde está la plata?

Ño Vitó quiso reprochar á su patrón; pero el cuero no le dió para tanto. En consecuencia, dijo:

—La plata se ha gastado en su enfermedad. No olvide, patrón, que ha estado Ud. un año enfermo.

Dn. Rodrigón calló. Pero, después de un rato de silencio, preguntó, clavando una mirada escrutadora, en los ojos de su capataz:

—¿Enfermo ó loco?

—Para el caso, lo mismo da—contestó Ño Vitó, encogiéndose de hombros.

—Según y conforme—objetó Dn. Rodríguez—Para simple enfermedad, me parece mucho el gasto. Ahora, si realmente he estado loco .....

Víctor de la Cueva levantó los ojos del suelo, en que los tenía puestos, y los lanzó resueltamente sobre los de su amo Ambos personajes sostuvieron largo rato la mirada, tratando de adivinarse el pensamiento.

Dn. Rodríguez, como si deseara provocar una aclaración, alegando sentirse un poco fatigado, se bajó del

tordo que montaba y se acomodó al pie de un ombú, cuyas raíces se tendían más allá de la sombra que proyectaba su ramaje, formando retorcidas vueltas que brillaban á los rayos del sol, como lomos de reptiles descascarados por el tiempo.

Un aire tibio, juguetón y travieso mecía blandamente la copa de otros árboles, qne ondeaban á su contacto, con la sorda vibración de un arpa, herida por oculta mano; allá, á lo lejos, rielaban las cenicientas aguas de las lagunas malezaleras, empinándose sobre sí mismas, en burbujeantes círculos de espuma, y por entre los huecos que dejaban libres éstas y aquéllos, se abrazaban, en revuelta orgía de colores, el tierno arbusto, la silvestre flor y la menuda hierba.

—¡Siéntate, hombre!—dijo Dn. Rodrigón á Ño Vitó, que permanecía en pie, á su lado—¡Siéntate y hablemos, que esta soledad, solamente interrumpida por el susurro de la arboleda, invita á echar un párrafo sobre el pasado, que no se olvida así no más!

Ño Vitó obedeció, frunciendo el ceño significativamente.

—Tú comprendes—agregó Dn. Rodríguez—que después de un año de enfermedad, han pasado muchas cosas, y que el enfermo, arrancado de las garras de la muerte, siente la necesidad de aclarar algunas. Por de pronto, yo deseo que me repitas que he estado loco.

Ño Vitó hizo un gesto de impaciencia. Aquello iba por mal camino. No sabiendo que contestar, guardó silencio.

—¿Qué quiere que le diga, patrón?—exclamó, por fin—Yo, en realidad, no lo sé. Esas son cosas del médico.

—¿Del médico? ¡Bah! Los médicos nunca dicen á los

enfermos la verdad. Cuando mucho, se la dicen á sus deudos.

— Pero—averiguó Víctor de la Cueva, cada vez más desconfiado—¿qué me quiere decir el patrón, con todo eso?

— Quiero decirte que si he estado loco, no puedo haber permanecido en la cama todo el tiempo que me han dicho. La locura, por pacífica que sea, no da para estarse quieto, sino para hacer y acontecer. ¿Estás seguro de que nunca hemos salido del Tucurú?

Ño Vitó sudó tinta, primero; después, pez y por fin, agua.

—¡Segurísimo, patrón! ¿Cuántas veces quiere que le diga que no?

El ex-gobernador de Santa Lucía, ante el aplomo con que le contestaba su capataz, vaciló, como quien se siente vencido antes de atacar. Sin embargo, sintiéndose también impotente para ahogar los pensamientos, que lo empujaban adelante, continuó:

—¿No he sido yo el jefe de una revolución?

Ño Vitó abrió la boca de par en par.

—¿No he sido yo gobernador de la Provincia?

Ño Vitó se santiguó con la mano izquierda.

—¿No he sido yo el hombre de quien más se ha hablado en estos últimos tiempos, el célebre Rodrigón del Malezal, en una palabra?

Ño Vitó se convirtió en una máquina de pronunciar carachas, tan encontradas eran las emociones que levantaban, en su alma, las intempestivas preguntas de su amo.

—¿No?—exclamó Dn. Rodrigón, tomando por rotun-

das negativas las enigmáticas contestaciones de su capataz — Entonces, debo haber estado loco, muy loco, loco de remate; porque todo eso y mucho más lo he soñado. Lo único que no recuerdo bien, es dónde he recibido este maldito hachazo—agregó, llevándose la mano á la coronilla—porque no guardo memoria de haber disparado nunca, ante nadie.

—Ese hachazo...—aclaró Ño Vitó, viendo en aquella duda una puerta para volver á sepultarlo todo en el olvido —ese hachazo es... ¿cómo se llama esa carachita de herramienta que usan los médicos para abrir la carne?

—¿El bisturí?—dijo el dueño del Tucurú.

—¡Eso! Es el *bisturazo* que le dió el médico, para abrirle la cabeza á la razón; porque en cuanto á loco, no lo dude, Dn. Rodríguez, ha estado de remate, como Ud. mismo ha dicho.

Dn. Rodrigón, un si es no es avergonzado, aceptó la invitación que en seguida le hizo Ño Vitó, para volver al Tucurú, en donde debía estarles esperando ya el almuerzo, y alarmado por las inesperadas preguntas de aquél, éste mandó inmediatamente un chasque al médico, para que pasara á ver al convaleciente.

El ex-jefe de la revolución malezalera, como si las contestaciones de Ño Vitó, no bastaran para disipar todas sus dudas, almorzó sin pronunciar una palabra, y se levantó de la mesa, con un torbellino de recuerdos, girando vertiginosamente bajo la bóveda de su cráneo.

Al otro día, tomó asiento á la puerta de su estancia, en donde se mantuvo callado, silencioso, abismado en profunda meditación, hasta que, al caer de la tarde, se acercó á él una sombra que se arrojó á sus pies, lamiéndoselos á besos, mientras decía:

—¡Perdón, Exmo. Señor, perdón! Yo no fuí de los que lo han vendido.

Ño Vitó, reconociendo á Fariña, acudió con una escoba á espantarlo. Pero... ¡ya era tarde! Dn. Rodrigón, iluminado por aquel rayo de luz, reconstituyó en el acto toda la historia de su pasado.

—¡Ah, canalla!—exclamó, dirigiéndose al capataz—¿Hasta cuando pensaban engañarme tú y tus complices? ¡Niega ahora que he sido gobernador de la Provincia!

—¡No ha sido tal gobernador, patrón!

—Entonces ¿qué he sido, infame?—indagó Dn. Rodríguez, acogotándolo.

—Ha sido gobernador... de Santa Lucía.

Dn. Rodrigón soltó á Ño Vitó, se reconcentró un momento sobre sí mismo y rodó por el suelo desmayado. La razón se había abierto paso, á través de la montaña de ilusiones que poblaba su cerebro, y ésta, al desmoronarse, lo aplastó. Cuando el médico se apeó en el Tucurú, ardía en fiebre, y la locura hacía crisis.

Ño Vitó, comprendiendo que se le había ido la lengua, al sentirse acogotado por su amo, se afligió tanto, tragó tanta amargura, que quiso suicidarse; pero el médico, haciéndole saber que de esta vez, el enfermo sanaría radicalmente, le quitó semejante idea de la cabeza.

Efectivamente, á los pocos días de este último desmayo, el irascible estanciero del Tucurú estaba curado de su locura. Las cosas aparecieron, ante sus ojos, tal como eran; se rió de buena gana de sí mismo y tomando al médico de un brazo, salió con él á dar una vuelta por la estancia.

—De modo que—dijo, una vez internados ambos, cam-

po adentro—lo que en realidad he sido fué un revolucionario de comedia, un gobernador imaginario, un loco político, en fin, que ni el mérito ha tenido de la originalidad.

—Sí, ha habido algunos como Ud.—contestó el facultativo, por decir algo—Pero ¿acaso la luna deja de tener luz, porque refleje la del sol?

—Tal vez; pero siempre será esa una luz de poco brillo. Y ¿qué me dice Ud. de los que han tenido la peregrina idea de llevarme el apunte?...

—A la fecha, han tomado todos el camino de sus estancias, sus negocios ó sus chacras. El único que se ha considerado bastante rico, para no trabajar más, es el falso doctor Pateta, su ex-ministro de Gobierno.

—¡Canalla!—murmuró Dn. Rodrigón.

—Hecho por Ud., señor—advirtió el galeno.

—En fin, echemos tierra sobre lo pasado y pensemos en rehacernos de los quebrantos de la guerra, que no por ser de comedia, ha sido menos desastrosa para mí. ¡Vea Ud., á que extremo ha quedado reducida mi opulenta estancia de hace un año!

—Es el extremo á que quedan reducidas todas las naciones, con las guerras ó las revueltas que las devastan, señor. Felizmente, Ud. es bastante joven aún para rehacer su patrimonio, por el trabajo.

—No tanto como Ud. cree, doctor. Pero, sin duda, suficientemente fuerte para acometer la obra. Por eso, no me he suicidado ya. ¡Cuánto tiempo perdido!

Pensando en su regeneración, el estanciero del Tucurú regresó á su casa, cenó con el médico, á quien encargó diera á Machaca las gracias, por el hachazo con que le había devuelto la razón, le retribuyó con la mitad de la

hacienda que le quedaba, la cura hecha, y al día siguiente, se despertó con ánimos bastantes para acometer la pesada tarea de la reconstitución de su fortuna.

No tenía un centavo disponible, ni de donde sacarlo, pues los pocos animales que le quedaban le hacían falta, para dar cima al proyecto que iluminaba su mente; pero tenía una media legua de tierra feraz, por delante de los ojos, y teniendo tierras que hipotecar, no le resultaba cosa del otro mundo hacerse de dinero.

Sin mayores dificultades, consiguió lo indispensable para la compra de los más rudimentarios útiles de la labranza, y sin perder tiempo en reflexiones, que tenía hechas, echándose confiadamente en brazos del destino, unció una yunta de bueyes á la lanza del arado y empuñando la esteva, con mano firme, rasgó la faz de aquella tierra virgen, abandonada, que solo esperaba la inmersión del grano, en su seno, para devolverlo á la superficie, en deslumbrante multiplicación de espigas.

El primer año le fué propicio. Lo que no pudo sacar, en aumento de hacienda, ni en reses vendidas, lo sacó en maíz, tabaco, maní y otros productos del suelo, que le sobraron del consumo, pudiendo con el remanente de su venta, levantar una parte de la hipoteca, que pesaba sobre su escuálido patrimonio. Y el hombre se encontraba tan satisfecho de sí mismo, que se pasaba los días contemplando su obra, con la fruición de un artista que ve coronado por el éxito el fruto de sus desvelos.

Algo, sin embargo, faltaba á nuestro hombre. Una noche, una de esas largas noches del invierno, en que todo trabajo agrícola se suspende, Dn. Rodrigón se encontraba tan aburrido, que sintió ansias de leer algo; pero, re–

cordando todo el mal que le habían hecho las lecturas, reaccionó en seguida sobre sí mismo y se pasó la noche revolcándose en la cama, sin poder dormir, hasta que, sobre la madrugada ya, lo calmó una idea, que saludó con una palmada.

Cuando se levantó, llamó á Víctor de la Cueva y le dijo:

—*Mirá*, Víctor. Mañana te vas al pueblo.

—¿A qué pueblo?—indagó el capataz de Dn. Rodríguez.

—A cualquiera de los que nos circundan: Goya, Esquina, Mercedes. .

—¿A hacer qué?....

—A traerme una de esas gringas, que paren por nidadas.

Ño Vitó abrió la boca y se quedó mirando á su patrón, creyendo que éste se había vuelto loco otra vez.

—¡No te asustes, hombre! Cumple lo que te digo, y déjame hacer

—Pero—agregó, por fin, el sesudo capataz—¿para qué quiere el patrón que le traiga esa gringa?....

Dn. Rodrigón, pensando tal vez en los cuarenta años que llevaba á cuestas, se puso ligeramente colorado. Sin embargo, dijo:

—Para llenar esta soledad con algo, que me impida volver á aquellas lecturas, que tanto mal me hicieron.

Ño Vitó volvió á abrir la boca, sonrióse después benévolamente y comprendiendo la idea de su amo, dijo:

—¿Y porqué no una criolla?

—No. Hay que mezclar nuestra sangre demasiado ardiente con otra más mansa, para que del cruce de ambas surja la raza pacífica, trabajadora, sufrida, que odie

la guerra y ame la paz, que es lo que necesita nuestra patria para rehacerse de los quebrantos en que la ha tenido sumida nuestro carácter levantisco.

Marianona, á quien causaba poca gracia tener que echarse encima una patrona, á sus años, que no eran pocos, criticó acerbamente la resolución de su amo; pero Ño Vitó, que veía en ella el complemento de una cura, accedió gustoso al pedido del ex gobernador santaluciano, y se puso en campaña, mientras aquél, realizada la fructífera cosecha, preparaba la tierra para el siguiente año.

No fué sin trabajo, que Ño Vitó dió con una muchacha honesta que se largara hasta el Malezal, para ligar sus destinos con los de un hombre que no conocía; pero la aureola de riqueza con que el astuto capataz, se cuidó de circuir el nombre del candidato, fué cebo seficientemente pegajoso, para que sus gestiones dieran el apetecido resultado.

Un bello día, presentóse en el Tucurú, seguido por un honrado remendón italiano, que mediante la promesa de montarle un taller de zapatero, en debida forma, accedió gustoso á dar su hija, una robusta rapaza de veinte y cinco años, en matrimonio, al ex-revolucionario del Malezal, que la tomó en seguida por esposa.

Al año del casamiento, un niño rubio como las espigas de maíz que llenaban los graneros del Tucurú, jugaba con la lustrosa melena de un hombre, que lo llevaba á cuestas por todas partes, mostrándolo á todo el mundo, como la mejor de sus obras. Era el padre, que se pasaba el día enterrando granos, en los surcos recién abiertos de la humeante tierra, y la noche charlando con su grin-

ga de bueyes perdidos, cuando no jugando con su vástago, á cualquier cosa.

Al año siguiente, otro gringuito á fuera y otra buena cosecha á dentro, y así sucesivamente, hasta completar la media docena, entre varones y hembras, que rodaban por la estancia, embelleciéndolo todo, con los sanos colores de su rostro.

—¡Caráfito!—exclamó Dn. Rodrigón, entonces, radiante de alegría —¡Esto va viento en popa, gringa! ¡Dentro de poco,será pequeña la chacra para dar de comer á toda esta *gentuza!* A ver—agregó, echándose uno de los chicos al hombro—¡venga Ud. á ayudarme, caráfito!

La italiana abrazó á su gaucho y éste partió, entre las risas de Ño Vitó, Marianona y Pirrallo, para seguir arando, removiendo, trabajando aquella tierra generosa, que, más que con la sangre, merecía haber sido regada siempre con el sudor de sus hijos.



ÍNDICE

PÁGS.



Imp. Europea de M. A. Rosas, Moreno 423